

**OBSEQUIO DEL MINISTERIO DE EDUCACION  
NACIONAL. - DIRECCION DE CULTURA**

**CRONICA DE CARACAS**

## Primeros títulos

de la

### BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

#### ◆ SERIE ROJA: Novelas y Cuentos.

1. — LAS MEMORIAS DE MAMÁ BLANCA. — *Teresa de la Parra.*
4. — TÍO TIGRE Y TÍO CONEJO. — *Antonio Arráiz.*
7. — CANTACLARO. — *Rómulo Gallegos.*
9. — PEREGRINA. — *Manuel Díaz Rodríguez.*
11. — LEYENDAS DEL CARONÍ. — *Celestino Peraza.*
13. — MEMORIAS DE UN VIVIDOR. — *F. Tosta García.*
15. — LAS LANZAS COLORADAS. — *Arturo Uslar Pietri.*
17. — LAS SABANAS DE BARINAS. — *Capitán Vowell.*
18. — EL MESTIZO JOSÉ VARGAS. — *Guillermo Meneses.*

#### ◆ SERIE AZUL: Historia y Biografías.

2. — MOCEDADES DE BOLÍVAR. — *R. Blanco-Fombona.*
5. — JOSÉ FÉLIX RIBAS. — *J. V. González.*
8. — SUCRE. — *Juan Oropesa.*
12. — HOMBRES E IDEAS EN AMÉRICA. — *Augusto Mijares.*
19. — VENEZUELA HEROICA. — *Eduardo Blanco.*

#### ◆ SERIE MARRON: Antologías y Selecciones.

3. — CUENTISTAS MODERNOS. — *Julián Padrón.*
6. — CANCIONERO POPULAR. — *José E. Machado.*
10. — AÑORANZAS DE VENEZUELA. — *Pedro Grases.*
14. — POETAS PARNASIANOS Y MODERNISTAS. — *Luis León.*
16. — CRÓNICA DE CARACAS. — *Aristides Rojas.*
20. — POETAS CLÁSICOS Y ROMÁNTICOS. — *Enrique Planchart.*

04957-1  
BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

16

987.7  
R741/c  
Q.2

ARÍSTIDES ROJAS

# CRÓNICA DE CARACAS

— ANTOLOGIA —



DIRECCION DE CULTURA

MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL DE VENEZUELA

1946

ES PROPIEDAD

IMPRESO EN LA ARGENTINA

## ESTA EDICION

Según el plan expuesto en el prólogo de las *Leyendas Históricas* (Segunda Serie. Caracas, 1891) Arístides Rojas pensaba dar a la estampa diez y seis o diez y siete volúmenes. Uno de ellos se titularía *Caracas*. "Esta obra comprende —dice textualmente— la historia de la capital, de sus transformaciones, de su desarrollo, costumbres, anécdotas, etc., etc.". En el prólogo de *Orígenes Venezolanos* publicado el mismo año, anuncia un volumen —acaso el mismo— bajo el título de LA FAMILIA CARAQUEÑA. Rojas cambiaba a menudo los títulos de sus escritos. Otro volumen abrazaría la historia del pueblo venezolano desde los remotos tiempos indígenas: familia, creencias, usos, costumbres, tradiciones, supersticiones, sentencias, adagios, refranes, dichos, canciones populares, corridos, etc., etc., etc.". Otro volumen estaría dedicado a la *Literatura de la Historia Venezolana*. Otro a los filibusteros de los siglos XVI y XVII en las costas venezolanas. Otro a la época de la Guerra a Muerte. Otros serían de carácter biográfico: *Sanz, Boves, Morillo*, etc., etc. Dos volúmenes estarían formados por *Estudios Indígenas*. Otro por las *Humboldtianas*. El *Vocabulario de Voces Indígenas* contaría más de mil voces de diversas lenguas americanas de uso frecuente en Venezuela, y así sucesivamente.

Este proyecto no pudo realizarse. Sobrevino la guerra civil de 1892, y más tarde, en 1894, la muerte del autor. Tampoco se tomó en cuenta en recopilaciones posteriores de sus obras. En 1907 José María Rojas publicó en París *Obras Escogidas de Arístides Rojas* (1 vol. Garnier Hnos.) Contiene buena parte de la vendimia recogida por el autor: *Ciencia y Poesía, Fantasías Geológicas, Estudios Indígenas, Orígenes Venezolanos, Contribución al Folk-Lore Venezolano*, etc., etc. Años después, con motivo del centenario de su nacimiento, el Gobierno Nacional decretó la impresión de "los trabajos de

Arístides Rojas que no estén —se lee en el decreto— en las *Leyendas Históricas y Orígenes Venezolanos*”, y designó para compilarlos al señor José E. Machado. Llegaron a publicarse tres volúmenes con las vagas denominaciones de *Estudios Históricos* (primera y segunda serie) y *Lecturas Históricas*. Contra la letra del decreto se eligieron para la formación de estos volúmenes buen número de las *Leyendas Históricas*, y entre diversos trabajos *El Castillo y las Salinas de Araya* (Serie Primera) publicado en “La Opinión Nacional”, el 20 de noviembre de 1875, que no es otro sino el de *Las Salinas Condiadas*, incluido en *Orígenes Venezolanos*. En cambio dejáronse a un lado multitud de trabajos casi desconocidos y dispersos en folletos, diarios y revistas. “La Editorial América” publicó en Madrid un volumen (1919) bajo el título de *Capítulos de Historia Colonial de Venezuela*. Allí aparecen *El Elemento Vasco en la Historia de Venezuela* y *Orígenes de la Instrucción Pública en Venezuela*, que son parte del primer tomo de *Orígenes Venezolanos*, y *Caracas fué un Convento* que pertenece a la segunda serie de las *Leyendas Históricas*. Las *Humbolitanas* fueron recopiladas por Eduardo Rohl en 1924 (Caracas. Tip. Vargas) y luego reimpresas en dos volúmenes por la editorial “Cecilio Acosta” (Buenos Aires, 1942). También publicó esta editorial un volumen de los *Estudios Indígenas* (1941)

Lo primero que se ofrece al considerar la gran variedad de escritos que Rojas amontonaba en incesante trabajo —muchos de sus estudios son apenas esbozos de otros más vastos para los cuales no tuvo tiempo—, es la necesidad de ordenarlos debidamente. Un libro que recogiese todos sus escritos sobre Caracas resultaría muy voluminoso. (Véase la *Bibliografía de don Arístides Rojas* publicada por la Biblioteca Nacional. Caracas, 1944.) En el presente tomo editado por el Ministerio de Educación junto con los de otros autores venezolanos, se intenta realizar en parte, dentro de los límites señalados, el pensamiento de don Arístides. Esta selección se refiere a lo que propiamente puede considerarse crónica popular y ha sido hecha en los dos volúmenes de *Leyendas Históricas* publicados en 1890 y 1891, hace tiempo agotados.

## CARACAS FUE UN CONVENTO

Nos llama la atención la diversidad de caracteres que distinguieron a los prelados de Venezuela desde los más remotos tiempos, desde Bastidas en 1536, hasta nuestros días. Entre ellos figuran varones eximios por sus virtudes, caracteres intolerantes y díscolos, espíritus progresistas y benévolos, corazones nacidos para el amor y la caridad, verdaderos apóstoles del Evangelio en la tierra venezolana; cada uno en obediencia a la educación que había recibido, a la índole de su naturaleza, y al influjo de la época en que figuró. Si Bastidas, joven inexperto, lleno de nobles sentimientos respecto de la iglesia venezolana, se deja arrastrar por las influencias contagiosas de los conquistadores, y favorece la esclavitud del indígena, sus sucesores, fray Pedro de Agresa y fray Antonio de Alcega, representan las más empujadas cumbres del ministerio apostólico. Tan santos varones abrieron, así puede asegurarse, el camino fructífero de la enseñanza y de la práctica de la virtud en los primeros pueblos que fundara entre nosotros el conquistador castellano. Fray Juan de Boherquez fué el iniciador de aquella lucha secular que conoce la historia de Venezuela con el nombre de *Competencias*; y hombre indigno del sublime encargo de que había sido revestido. Había nacido no para llevar el báculo del apóstol y sí la alfange de los conquistadores. Mauro de Tovar, fué un espíritu intransigente, voluntarioso y aun déspota, pero sumiso ante sus deberes religiosos y hasta humilde en su asistencia a los necesitados. Contagiado por la epidemia de su época, las *Competencias*, e imbuido de las máximas de Hildebrando, según asienta el historiador Yanes, quiso dar a su autoridad tal preeminencia y extensión que exigía que el poder civil le estuviese subordinado, propasándose a conocer y juzgar de la conducta y hechos domésticos de las familias, so pretexto de pecaminosos. Eran estos errores hijos de su carácter y de su tiempo, antes que de su corazón. En las épocas de lucha social, de conquistas armadas, los caracteres más humildes se convierten en solemnes tiranuelos.

Fray Antonio González de Acuña y Don Diego de Baños y Sotomayor fueron apóstoles de progreso, y con ellos Don

Juan José de Escalona y Calatayud, corazón caritativo y espíritu ilustrado. Celosos defensores de la disciplina eclesiástica, creadores, reformadores, siempre dispuestos al ensanche de cuanto redundara en beneficio de la instrucción eclesiástica; éstos y otros varones del apostolado venezolano de las pasadas épocas, sembraron buena semilla e hicieron cuanto estuvo al alcance de sus facultades.

Mas al llegar a los días en que figuraron los últimos prelados de quienes acabamos de hablar, un carácter, que parece que desconocieron nuestros historiadores modernos, nos llama la atención: nos referimos al Obispo Don Diego Antonio Diez Madroñero, que figuró desde 1757 hasta 1769. Los cronistas venezolanos nos lo presentan como protector de las fábricas del Seminario, y del templo de los Lázaros, y creador de los ejercicios espirituales llamados de San Ignacio, que practican los escolares de la actual Escuela Episcopal; pero esto es nada ante la constancia de este reformador de costumbres, de este innovador religioso, monomaniaco pacífico, que supo transformar a Caracas, durante los doce años de su apostolado en un convento, en el cual sólo faltó que los moradores de la capital vistieran todos el hábito talar.

Ninguno de los Obispos y Arzobispos de Venezuela ha dejado en nuestra historia eclesiástica, una estela más prolongada; y todavía, después de ciento veinte y dos años que han pasado, desde el día de su fallecimiento, todavía perdura algo de sus obras, a pesar de las revoluciones que han conmovido la sociedad caraqueña. Con su voluntad inquebrantable, con sus edictos, con su constancia supo imponerse y cortar de raíz hábitos inveterados por la acción del tiempo. Y coincidencia admirable! La época de este prelado que hizo de Caracas un convento, es la misma en que figuró, como Gobernador, el General Solano, espíritu recto, liberal, que puso a raya a los nobles y mantuanos de Caracas, sabiendo, desde su llegada, emanciparse de toda influencia española o americana, pues obraba con conciencia propia, ayudado de un criterio tan justo como ilustrado: así y sólo así, pudo acabar con el contrabando, ensanchar la ciudad y vencer a los caciques tenaces del Alto Orinoco, y dejar su nombre bien puesto en los anales de la patria venezolana.

Quiso el Obispo salvarse del influjo pernicioso de las *Competencias*, y aliándose con el Gobernador, salvó el escollo como pudo, y obró con su leal saber y entender en la educación del rebaño caraqueño. A los pocos días de su llegada a la capital, conoció la índole de sus moradores, y puso por obra cuando le sugirió su pensamiento. ¿Qué hizo durante su pon-

tificado? Comprendió que la ciudad necesitaba de una patrona que llevase nombre indígena y creó a Nuestra Señora Mariana de Caracas; y desde entonces llamóse a Caracas, la *ciudad Mariana*; vió que las calles y esquinas no tenían sino nombres de referencia; y bautizó calles y esquinas con nombres del martirologio, e hizo excavar nichos en algunas paredes, para colocar imágenes, e impuso a todas las familias del poblado, a que fijaran sobre la puerta interior del zaguán, la imagen del patrón o la patrona de la casa. Encontró que el pueblo de Caracas, era partidario de bailes antiguos, conocidos con los nombres de la zapa, el zambito, la murranga, el dengue, etc., etc., y con un edicto los enterró. Quiso el prelado levantar el censo de la capital, y sin necesidad de poder civil, y con sus curas y monigotes, formó el padrón de la capital, sabiendo a poco el número de habitantes de cada casa, edades, condiciones, nacionalidad, y sobre todo, los que se habían confesado y comulgado. Un incidente inesperado, el fuerte sacudimiento de la tierra, en octubre de 1766, lo pone en la vía de exaltar el culto a la virgen de las Mercedes, patrona de la ciudad y de las arboledas de cacao, y la hace conocer también, como abogada de los terremotos. En conocimiento de que la mayor parte de las propiedades agrícolas, vecinas de Caracas, carecían de oratorios, concede la licencia necesaria, y a poco, se rezaba la misa en todas estas capillas privadas. Excita a la población, tanto de la capital como de los campos, a que rezaran la oración del rosario, diariamente, y no quedó familia ni repartimiento que no lo hiciera en congregación antes de acostarse. Quiso que la imagen de la Virgen del Rosario se viera con frecuencia en las calles de Caracas, y estableció que la procesión saliese de cada parroquia cada siete días. Y para sostener la fe, hizo que se representara en los teatricos ambulantes, loas y autos de fe en gloria de la Virgen celestial, con preferencia a sainetes necios y ridículos. Por supuesto, que los sexos debían estar separados en estas reuniones de carácter popular. Protegió la confradías, las procesiones, el culto a la Copacabana y se recreó en la contemplación de su obra. Finalmente, quiso acabar con el juego del carnaval, y lo substituyó con el rezo del rosario, en procesiones vespertinas, durante los tres días de la fiesta carnavalesca.

¿Qué consiguió el prelado con todo esto? Fundó la estádica, que no se conocía; levantó los cimientos del alumbrado público, costeado por los dueños de casas, favorecedores del culto católico, y sin que las rentas gastaron un centavo; acabó con el zambito, la zapa y bailes livianos; enterró, durante once años, el juego del carnaval; impuso a toda familia

el rezo diario del rosario; acostumbró a los niños y criados a que gastaran sus economías favoreciendo las procesiones nocturnas de cada parroquia, y puso, finalmente, nombre a todas las calles y esquinas de la Caracas de antaño.

La capital fundada por Losada se había convertido en un hermoso convento, como vamos a probarlo.

## LA CARACAS DE ANTAÑO

Nada más curioso en las pasadas épocas de esta capital, *Santiago de León de Caracas*, que las numerosas fiestas religiosas que, durante el año, tenían divertidos a sus moradores. Con fiestas y octavarios comenzaba enero, y con fiestas y aguinaldos remataba diciembre, sin que hubiera tiempo al descanso; que la sociedad caraqueña, en su totalidad, no tenía en mientes otra materia, como elemento de vida, que las fiestas en los templos y las procesiones en las calles, con el objeto de celebrar el día de alguna Virgen, o el de algún patrono de la capital.

Quince templos tenía Caracas a mediados del último siglo, a los cuales pertenecían algunas capillas contiguas, y cerca de cuarenta cofradías y hermandades religiosas que entre otras llevaron los nombres de *Dolores*, *San Pedro*, *Las Animas*, *San Juan Nepomuceno*, *Los Trinitarios*, *Los Remedios*, *San Juan Evangelista*, *Jesús Nazareno*, *Santísimo Sacramento*, *Las Mercedes*, *El Carmen*, *Santa Rosalía*, *La Guía*, *La Caridad*, *El Socorro* y *Candelaria*, todas compuestas de libres y de esclavos; a manera de sociedades religiosas encargadas del culto de alguna imagen o de la fábrica de algún templo, y dedicadas al servicio de las cosas divinas. Y como cada una de ellas, según su reglamento, vestía de una manera igual en la forma, aunque distinta en los colores, sucedía que, reunidas todas en días solemnes, daban a la población un aspecto carnavalesco, aunque se presentaban silenciosas y recatadas. Aceptaron unas el color azul, el blanco otras; y las había también con hábitos color de púrpura, morados, negros y marrones. Ya llevaban al cuello cintas de colores, ya escapularios bordados sobre el pecho, ya finalmente, escuditos de plata u oro en las mangas; pues era de necesidad que cada una cargase un distintivo, desde luego que todos los hermanos tenían de común el andar con la cabeza descubeirta y con una bujía de cera en la mano.

Si a la pluralidad de las cofradías y hermandades, se agregan los frailes de los conventos, con hábitos de color azul, blanco, y blanco y negro, se comprenderá que una fiesta religiosa de los pasados tiempos de Caracas, acompañada de las cruces y guiones de cada hermandad, y de las cruces de la Metropolitana y de las parroquias, debía aparecer como un

mosaico de múltiples colores. En los días solemnes, como los de Corpus Cristi, Jueves Santo, Santiago, etc., etc., y también en el entierro de algún magnate español o caraqueño, veíanse reunidas todas estas Corporaciones, haciendo séquito al Ayuntamiento, Gobernación y Audiencia, pues en tales casos hacía gala cada Cuerpo e individuo del rango que representaba en el esfera política o religiosa; de su riqueza y posición social; o, finalmente, de la vanidad con que quería aparecer inflado, hueco o sólido, según los méritos que suponía tener o los que le concedieran sus semejantes.

Sólo una de las hermandades tenía el privilegio exclusivo de pedir limosna el día en que la justicia humana decretaba la muerte de algún criminal: era la de *Dolores*, la cual, horas antes de la ejecución, recorría las calles llevando un crucifijo y un plato, e iba de casa en casa recitando el siguiente estribillo: *Hagan bien para hacer bien por el alma del que van a ajusticiar*. A poco se escuchan cuatro o más tiros de fusil en la plaza de la Metropolitana o en la de San Jacinto, y los dobles de las campanas de los templos. Con el producto de la limosna conseguida se pagaban los gastos del entierro, las misas que por el alma del ajusticiado debían rezarse, el regalillo a la pobre familia del reo y algo para los hermanos de la cofradía, pues la justicia entra siempre por casa.

Las cofradías y hermandades vivían por lo general, dé las economías que cada una guardaba, y también de la limosna pública, la cual se solicitaba de varios modos. Por lo común, en los días solemnes, a la puerta de los templos, donde cada hermandad tenía mesa cubierta de riquísima carpeta en la cual sobresalía una bandeja de plata, de plomo o de latón. Era esta operación una especie de peaje forzado, donde la concurrencia que entraba y salía del templo se veía asediada por la tropa de pedigüños y limosneros. Y ocasiones hubo en que las diversas cofradías se disputaron la limosna de algún personaje extranjero que, atolondrado por una lluvia de gritos donde se percibían: —*para el Santísimo, para las ánimas benditas, para la cofradía de los Dolores, para la fábrica del templo, etc., etc.*: no sabiendo qué hacer, procuraba salvarse de aquel ataque inusitado.

La costumbre de pedir limosna tenía sus días clásicos y era siempre de carácter doméstico, puesto que no podía pasar de las puertas de cada templo; mientras que había otra, de carácter público, que se extendía hasta las últimas chozas del poblado. Queremos hablar de la compañía de sanitarios, delegados de las comunidades y cofradías. Eran aquellos, por lo general, hombres ancianos, cuyo encargo se limitaba a recoger

limosna, para lo cual llevaban, como divisa de su oficio, una imagen en pintura o escultura, exornada de flores naturales; una cesta o *macuto* que pendía del brazo, y algunos rosarios, reliquias, escapularios, novenas y otros objetos religiosos que vendían a los fieles.

Con tal industria ganaban los santeros su vida, pues además de la limosna en dinero efectivo, llenábase el *macuto* a cada instante de efectos comestibles. La visita diaria de estos comerciantes religiosos al mercado público, era un hecho curioso: si por una parte los compradores depositaban en manos del santero el centavo de la limosna, después de arrodillarse y de besar la imagen, por la otra, los vendedores depositaban en el prolongado cestillo huevos y verduras, pan y fritadas que pagaba el santerío con sonrisas, y también con el permiso de besar la imagen del santo o virgen que le servía de pasaporte para llamar a todas las puertas y recibir limosnas de todos los fieles.

Desde el día de la Circuncisión de Jesucristo, al comenzar el año, hasta el de la Natividad, que lo remataba; y desde el Viernes de las Llagas, primero que anunciaba la Cuaresma en el templo de San Francisco, hasta el del Concilio, en que, por la tarde subía el Nazareno de San Jacinto, en peregrinación, a la colina del Calvario, y por la noche la Dolorosa de Altigracia, hasta el Domingo de Resurrección en que remataba la pasión, Caracas vivía en estado de vértigo. Aderezábanse las señoras de pie a cabeza, ostentando las más ricas joyas; llevaban las matronas su cola de esclavas; acompañaban las autoridades las principales procesiones, y gala hacían los batallones de sus limpias armas y bellos uniformes, en tanto que la primera autoridad de la colonia, repleta de vanidades y de ignorancia, atraía la mirada contemplativa de los necios, que en una sonrisa o en un saludo, encontraban la suprema dicha.

Una de las fiestas que más entretenía a los caraqueños, durante la época colonial, era la dedicada a la *Venta de las bulas*, la cual se efectuaba cada dos años, en la Metropolitana.

Lo que en los días de las Cruzadas llamóse *Bula de la Santa Cruzada*, fué cierta indulgencia o gracia concedida por el Sumo Pontífice a los que se aprestaban en la conquista de la Tierra Santa. Con el producto de la venta, se contribuía a los gastos de la conquista, patrocinada no sólo por los que en ella figuraban, sino igualmente por toda la cristiandad. Pero tan luego como cesó el espíritu de conquistas y remató la guerra de las Cruzadas, el Gobierno de España, después de emprender la destrucción de los moros y la civilización de



los indios, hubo de obtener del gobierno de Roma el permiso de continuar con la venta de las bulas de la Santa Cruzada contra los nuevos infieles, a la cual se agregaron las de los *vivos*, la de *composición*, la de *lacticinios* y la de los *muertos*, que proporcionaron al Gobierno de España durante tres siglos cuantiosa renta. Cambió así la primitiva idea, con mayor beneficio, pues en la venta de las bulas había gerarquía de precios, desde dos reales hasta veinte pesos; y como las concesiones que dispensaba cada una de aquellas debían de estar de acuerdo con la renta y posición social del comprador, sucedía que había orgullo en los ricos y pudientes en adquirir las más costosas; que en ellos obraba la vanidad como el principal aliciente.

Por la bula de la *Santa Cruzada* llamada de *vivos* que compraba todo el mundo, se conseguían admirables gracias, entre otras la de ser absuelto de toda especie de crímeens; y por la de *lacticinios* obtenían los clérigos licencia para comer cada uno a sus anchas, durante los días de ayuno. Por la llamada de *composición* quedaban favorecidos aquellos que poseían bienes pertenecientes a la iglesia, por obras pías, o dueños ignorados. Si las bulas de *vivos* y *muertos* favorecían a los necios y pobres de espíritu, la de *composición* era el triunfo de los ladrones, usurpadores y avaros.

De todas estas supercherías, de cuya renta disfrutaba el gobierno español, la bula de los *muertos* nos llama la atención. Un viajero francés que visitó a Caracas, al comenzar el siglo, después de hablarnos de las diversas bulas que se vendían en la capital, nos dice, respecto de la de los *muertos* lo siguiente:

“Es una especie de boleta de entrada al paraíso, pues haciéndonos salvar el fuego devorador del purgatorio, nos conduce directamente a la mansión de los escogidos; pero es necesario advertir que una de ellas no puede servir sino para una alma. Así, desde el instante en que un español espira, sus parientes ocurren a la casa del Tesorero por una bula de *muertos*, sobre la cual se inscribe el nombre del difunto. Si la familia de éste no puede obtenerla por carecer de recursos, entonces dos o más miembros de ella solicitan en la ciudad limosna con qué comprarla, y en el caso de no poder obtenerla, lloran públicamente y dan gritos escandalosos, con los cuales manifiestan, si poco la pena que les causa la partida del pariente, mucho el que éste no haya ido provisto de un pasaporte tan esencial.

“La virtud de esta bula no se limita a salvar el alma del purgatorio: tiene el poder de emanciparla de las llamas, donde se blanqueaba, a semejanza del amianto en el fuego; más aún,

puede designar el alma que quiere salvar. Basta inscribir sobre la bula el nombre de la persona cuyo cuerpo abandonó el alma, para que al instante las puertas del paraíso se abran para éste. Por de contado, que es de necesidad una bula para cada alma, pudiendo obtenerse de cuantas bulas se necesiten, con tal que sean pagadas. Con piedad y riqueza es, por lo tanto, muy fácil vaciar el purgatorio, que no permanecerá por mucho tiempo solitario, porque la muerte incansable, remueve a cada instante los habitantes" (1).

La fiesta de las bulas tenía efecto en algunas ciudades de la América española en el día de San Juan, y en otras, en el día de San Miguel. Caracas pertenecía al primer grupo. Desde el amanecer todos los caraqueños se aprestaban a celebrar la solemne procesión, que comenzaba en el templo de las Monjas Concepciones y remataba en la Metropolitana. Al sonar las nueve de la mañana, las autoridades civiles y eclesiásticas, acompañadas del pueblo, salían de la plaza mayor y se dirigían a la capilla de las Concepciones, donde se tomaban los paquetes de bulas que procesionalmente eran conducidos a la nave central de la Metropolitana, donde los colocaban sobre mesa ricamente vestida. Por razones de conveniencia no asistía a estas fiestas el prelado, pues hubiera estorbado al canónigo, comisario de la *Santa Cruzada*, que ocupaba el puesto de honor y presidía la ceremonia, que consistía en gran misa acompañada de sermón. Concluida ésta, comenzaba la venta de las bulas, tomando cada comprador la que cuadrara a su riqueza, posición social y nombradía, teniendo todas ellas, se entiende, después de pagadas, la misma virtud.

Pero, no se crea por esto que en la Caracas llena de procesiones, durante el año, la humildad estaba a la altura de la devoción. No, que las autoridades civil y eclesiástica vivían como perros y gatos, queriendo cada una aplastar a la otra, pues en cuestiones de autoridad, fueros, prerrogativas y el *yo*, primero que todo, ninguna familia humana es más recalitrante que la española y sus nietecitos de ambos mundos. Las autoridades civil y eclesiástica de Caracas, después de bombardearse con metrallas de insultos y de cometer sandeces y tonterías, acudían al Rey acusándose como pupilos de escuela. Por esto dijo un monarca de allende los mares, al ocuparse en cierto día en la resolución de una de tantas necedades, que: "*no tenía ya tiempo ni paciencia para resolver las tonterías y disputas entre las autoridades de Caracas*".

---

(1) Depons. Voyage a la parte orientale de la Terre-Ferme, 3 vols. París, 1806.



La vanidad religiosa, que consistía en favorecer la fábrica de los templos, en asistir a las procesiones, tenía su complemento en los entierros y en el recibimiento del viático en la casa de los ricos. En una capital donde no existían las carreras de la industria, que no comenzaron sino en 1778; donde no figuró el teatro, que no surgió sino en 1784; donde no había alumbrado público, el cual apareció casi al rematar el siglo, 1797; y donde las únicas diversiones consistían en los juegos de toros y cañas y en el de pelota, en los templos y procesiones, en los entierros y bautizos, debía buscarse solaz el espíritu y entretenimiento social.

Notables aparecieron siempre los entierros de los magnates de Caracas, no sólo por las cosas que hacían en cada cuadra, sino igualmente, por la asistencia de todas las cofradías, cruces de las parroquias y los empleados y Corporaciones, desde el último alguacil hasta el Capitán general Gobernador. El espíritu venezolano no podía desarrollarse sin el aliciente de las procesiones.

No existía en Caracas, para aquel entonces, ninguna agencia funeraria, siendo peculiar de las cofradías correr con los entierros, alquilando cada una lo que tenía; y como no había coches mortuorios, los cadáveres se cargaban sobre andas. Cada cofradía tenía ataúdes para ricos y pobres consistiendo los primeros en urnas abiertas, de graciosa forma, con esculturas doradas, semejantes a las que sirven hoy para el entierro de los canónigos y Obispos. El cadáver iba descubierto o velado con ligera gasa, y tan luego como concluían los oficios religiosos, la familia lo sacaba de la urna elegante, lo encerraba en un ataúd nuevo y era enterrado en algún sitio del templo.

Al celebrarse, en honra del difunto, los funerales de costumbre, días más tarde, se colocaba al pie del túmulo una media barrica de vino, una cesta llena de pan, y un carnero, como ofrenda a los manes de aquél, según costumbres de las épocas más remotas. Al regresar el acompañamiento a la casa mortuoria, tropezaba con dos filas de pobres de solemnidad que llenaban las aceras de la calle; y como era tanto el número de exequias fúnebres que se verificaban en Caracas, en pasados días, los mendigotes más retirados del poblado, tenían que saberlo, por el hábito de solicitar la limosna, que se había hecho una necesidad.

Los muertos gozaban también, como los santos y vírgenes de los templos, de su octavario, consistiendo éste en reunión general de toda la parentela del difunto, con el fin de almorzar y comer, charlar, departir acerca de los asuntos del día, y

convertir el triste suceso en tema de parranda. Era de costumbre y de lujo el que toda la parentela contribuyese a estos días del octavario con obsequios culinarios y tan mona era la rijidez del duelo, que hasta los pavos y jamones aparecían sobre la suculenta mesa con las patas y el mango llenos de lazos negros. Cubríanse las paredes de las salas con género oscuro, y se cerraban éstas después del octavario. Todos los esclavos participaban del duelo, no en el corazón, sino en los vestidos, y con éstos los retratos de los antepasados, los cuadros al óleo, las arañas colgantes, las mesas y cuanto objeto figuraba en las principales salas de la familia. ¡Cuántos contrastes se veían en estos días! Recogidos y llorosos estaban los allegados del difunto, mientras que la parentela, compuesta en casi su totalidad de epicuristas, se aprovechaba del octavario fúnebre.

En aquellos tiempos los entierros se efectuaban casi siempre de noche, y el duelo se despedía en la casa. Desde lejos se conocía un entierro en las solitarias calles de Caracas, por las dos filas de acompañantes, vestidos de duelo, por el hacha fúnebre que cada uno llevaba y los farolitos blancos de papel que resguardaban la llama del viento. Pero hay un signo distintivo que ha caracterizado en toda época los entierros de Caracas, y es la conversación, que se anima a proporción que el acompañamiento se acerca al templo de la parroquia. El murmullo de la concurrencia es tal, que una persona situada en el dormitorio más retirado de la calle, puede asegurar, por el ruido que produce la conversación, que un entierro pasa.

Los cadáveres de los pobres de solemnidad no pasaban de la puerta del templo, adonde venía el cura a rezar los oficios religiosos. Les estaba cerrada la entrada a la casa de Dios, por carecer de medios monetarios. Esta infame jerarquía entre el pobre y el rico, sostenida por los curas de parroquia, en una gran porción de la América, trajo el más repelente escándalo que presenciaron las pasadas generaciones. La pobrecía, las madres, al verse desamparadas por los sostenedores del culto católico, rechazaron las oraciones religiosas y colocaron sus parvulitos en cestitas llenas de flores, en las puertas de los templos, en los nichos de la fachada de la Metropolitana, en la destruída escalinata al Este de San Francisco. No hubo día en remotas épocas en que no se vieran dos y más cadáveres de expósitos en los sitios indicados.

Los entierros de los párvulos pudientes se efectuaban siempre de tarde, y sólo eran acompañados de niños. Desde remotos tiempos eran conducidos en mesitas bellamente exornadas con flores y cintas; después por medio de cordeles. Al regreso

del cementerio aguardaba a los niños acompañantes suculenta mesa llena de confituras. Siempre Epicúreo en las casas mortuorias; tal fué la costumbre de pasados tiempos.

En la Caracas de antaño no había comparsas de llorones en los entierros; pero como el llanto, y tras éste el grito, que son indicios del dolor, en muchos casos, sucedía que ciertas familias escogían, como hora propicia para manifestar el sentimiento, aquella en que salía el cadáver de la casa. Apenas se levantaban las andas, cuando comenzaba la gritería. Y como el llanto, así como la risa, tienen poder contagioso, sucedía que las familias que estaban ya en la casa y las que llegaban en el solemne momento, comenzaban también a llorar, a gritar, y a participar de tan ridícula como escandalosa costumbre.

La vida caraqueña la sintetizaban, en pasadas épocas, cuatro verbos que eran conjugados en todos sus tiempos; a saber: comer, dormir, rezar y pasear. El almuerzo se verificaba de ocho a nueve de la mañana; la comida de medio día a la una de la tarde; la siesta hasta las tres, y tras ésta la merienda: a los negocios se le concedían dos o más horas de la tarde, y según los paseos, visitas, etc., hasta las once o doce de la noche. A las siete de la noche casi todas las familias rezaban el rosario dirigido por el jefe de la familia, pues otras lo hacían a las tres de la tarde.

A la hora de la siesta, desde que comenzaba el almuerzo hasta la hora de la merienda, se cerraban todas las puertas de la población, quedando solitarias las calles y plazas. Y tanta rigidez hubo en el cumplimiento de esta costumbre, que por haber llamado un desgraciado a la puerta de la casa de cierto Intendente general, el Ayudante de éste, abrió la puerta y disparó su pistola sobre el pecho del inconsciente importuno. A la hora de siesta, ni se cobraba, ni se pagaba, ni se vendía.

La vida social no carecía de cierta elegancia, sobre todo, por la variedad del vestido de los hombres, que consistía en casaca redonda de varios colores, chaleco bajo, pantalones cortos, zapatos cortos con hebilla y sombrero tricornio, desde la confección más barata hasta la más rica por la abundancia de bordados y piedras preciosas que brillaban en las hebillas. Respetto de las damas, lo que en éstas sobresalía eran las ricas mantillas españolas y los camisones de brocado, con adorno de oro y plata, de seda los más.

Era curiosa la sociedad caraqueña respecto de las visitas de etiquetas, las cuales se hacían por la tarde. En primer término era necesaria la venia de la familia obsequiada, con horas más o menos de anticipación, con lo cual se recordaba que debían prepararse a recibir a la familia obsequiante, con con-

fituras y bebidas, que se servían en platos y platillos de China o del Japón y vasos dorados. Al llegar al zaguán la visita, que se componía, por lo menos, de dos o tres señoras y señoritas, éstas se despojaban de la saya y mantilla que traían, y las entregaban a la criada que las acompañaba. Entonces sobresalía el rico vestido bordado de pies a cabeza, y erguidas entraban, sin que ningún curioso viandante se hubiera detenido en la puerta de la casa, como observador de costumbre tan incomprensible. A la hora señalada por las visitantes tornaba la criada que había conducido en un cesto las sayas y mantillas, trayendo los sombreros, mantos y abrigos correspondientes.

En las clases acomodadas, el uso de la capa fué siempre un distintivo social, y aunque la temperatura no exigiera el abrigo, la vanidad lo necesitaba. Entonces comenzaron los pobres industriales a hacer uso de los capotes de variados colores, los cuales duraron hasta ahora cuarenta años. En los días de la colonia las capas triunfaron siempre; después de creada la república imperaron los capotes. Capas y capotes desaparecieron por completo de las calles de Caracas.

A falta de teatros, la noche en Caracas tenía sus diversiones, de acuerdo con la índole de los habitantes. Eran las procesiones del Rosario acompañadas de mala música y de peores cantantes. Apenas se sentía en cada cuadra, cuando las puertas de las casas se llenaban de niños y de criados, y las ventanas de rostro marchito y juvenil. De todas partes pedían una Salve, un Ave María, y el canto, música y rezo iba de cuadra en cuadra haciendo estaciones. Cuando la procesión se recogía cerca de las once de la noche, se habían cantado cien Salves y doscientas Ave Marías, lo que equivalía a veinte y cinco o más pesos que se distribuían los cantores, los músicos, el lego recolector, los muchachos cargadores de faroles, y el conductor del retablo que representaba la Virgen del Rosario.

Y tan partidaria era la población de estas diversiones de carácter religioso, que lo mismo sucedía al sentirse la esquila del viático que se llevaba a los enfermos y moribundos. Como movidos por resorte secreto, se lanzaban a la calle las beatas de la parroquia, los niños, los criados; abríanse las ventanas y salían a brillar las luminarias de sebo o de cera, pues la esperma no llegó a conocerse sino mucho tiempo después. ¿Qué solicitaban estos curiosos? Días de perdón, según acompañaron al cura con luces, faroles o llevaran el paraguas encarnado de pesado varillaje. El sonido de una sola esquila anunciaba el viático para los pobres o modestos; mas cuando la esquila era doble, se aprestaba el vecindario de la parroquia

como para asistir a una procesión de Corpus. Acudían los amigos y parientes del difunto, movíase la muchedumbre, llenábase el templo, barríanse las calles y de flores se esmaltaban para que pasara el viático bajo palio conducido por magnates, al son de la música y seguido de grande acompañamiento. Cuando esta procesión se efectuaba en las silenciosas horas de la noche o de la madrugada, revestía cierto carácter imponente, pues a las armonías de la música acompañaba el repique de las campanas, que despertaba a los fieles y les hacía lanzarse a la calle en busca de novelerías.

Un mismo alimento nutría a los moradores de la Caracas de antaño, y ricos y pobres, solicitaban la misma comida en el mercado general. No había médicos, ni boticas, ni la química, la química del engaño y de la falsificación, no había penetrado en la ciudad de Losada: ni las conservas alimenticias habían turbado la salud de la familia caraqueña. La mayoría de nuestros antepasados, longevos y jóvenes, no llegó a pronunciar el vocablo *dispepsia*, que sintetiza la nutrición perdida, la digestión bajo cero, la salud triturada por este peso de las vanidades, de las mentiras y patrañas, del desbordamiento de las pasiones humanas que se llama CIVILIZACION MODERNA.

## LOS ANTIGUOS PATRONES DE CARACAS

Caracas, así como las demás ciudades de la América española, tuvo también sus patronos y santos tutelares, y sus vírgenes milagrosas. Antes de ser fundada y desde que se pensó en conquistar la belicosa nación indígena de los Caracas, ya en la mente del conquistador Losada bullía la idea de ofrecer una ermita a San Sebastián, si le libraba de las flechas envenenadas en la empresa que iba a cometer. Y así sucedió en efecto, pues en 1567 se fundó a Santiago de León de Caracas y se colocó la primera piedra de San Sebastián en el lugar que ocupa hoy la Santa Capilla. Pero al mismo tiempo que se levantaba esta ermita, se daba comienzo al templo que debía servir más tarde de Catedral, nombrado por patrón de la ciudad al Apóstol Santiago. ¿Y qué patrón más noble podía ambicionarse invocado siempre por el pueblo español, que le reconoció como mensajero de Dios en todos sus aprietos, conquistas y batallas? Desde las orillas del mar hasta las cimas nevadas, jamás santo alguno llegó a alcanzar culto más grande ni proporcionó frutos más copiosos al hombre. La primera fiesta dedicada al patrón de Caracas fué celebrada el 25 de julio de 1568, poco antes de perder Losada la conquista adquirida.

Los conquistadores continuaban con feliz éxito, y vencidas eran las tribus enemigas, cuando en 1574 visitó la langosta los primeros campos cultivados de la triste ciudad. Nueva ermita es entonces construída al Norte de la de San Sebastián, dedicada a San Mauricio, nombrado al efecto abogado de la langosta. Esta desaparece, pero el pajizo templo es a poco devorado por las llamas, logrando el patrón salvarse del incendio y encontrar refugio en la ermita de San Sebastián.

Tras de Santiago, Sebastián y Mauricio, viene Pablo el Ermitaño, como abogado contra la peste de viruela que azota a Caracas en 1580. El Ayuntamiento de la ciudad dispone levantarle un templo, y antes de que éste comenzara, se ordena que el nuevo patrón fuera festejado con fiesta anual en la Iglesia Mayor, con asistencia de los dos Cabildos. A pesar de esto las viruelas volvieron, y en el cementerio que se construyó contiguo a San Pablo fueron enterradas las numerosas víctimas. San Pablo ha dejado su puesta a Talía.

Tras de San Pablo debía asomarse la primera Virgen de origen indiano: la Copacabana, de la cual hablaremos más adelante.

No debía rematar el siglo décimo sexto sin que Caracas enriqueciera con un santo más la lista de sus patrones. Tristes y llorosos andaban los habitantes de la ciudad por los robos que en la costas hacían los piratas, cuando de repente las sementeras de trigo aparecen, en cierta mañana, cubiertas de gusanos que en pocas horas devoran las espiga y despojan a los árboles de sus hojas. Al verse arruinados aquellos pobres moradores, elevan sus oraciones a Dios, y le piden con lágrimas y promesas les salve de aquel ataque destructor. Reúnese el Ayuntamiento, y resuelve que, antes de abrirse la siguiente sesión, escuchen los pobladores una misa dedicada al Espíritu Santo, de quien esperaban les inspirase la manera de salir de tan comprometido trance. En efecto, el Ayuntamiento abre la sesión después de rezada la misa y dispone que se inscriban en tarjetas los nombres de cien santos, y que el favorecido por la suerte sea el patriarca y abogado de las sementeras de trigo. Sale el nombre de San Jorge, y el Ayuntamiento decreta al instante que la fiesta anual de este santo pertenezca exclusivamente a dicho Cuerpo, no pudiendo ingerirse en ella ni el Gobernador ni el prelado. Desde entonces San Jorge fué celebrado anualmente en la Capilla Metropolitana que lleva su nombre.

Al comenzar el siglo décimoséptimo aparecen en Caracas dos santos varones de mérito relevante: San Frnacisco de Asís y San Jacinto: y en 1636, la Virgen de la Concepción. Eran tres templos mas, con sus comunidades que venían a aumentar el cortejo religioso de la ciudad de Losada. Y no contenta todavía la población con tres templos, levanta otro en 1656, que dedica a la Virgen de Altagracia, y recibe una Santa americana, Rosa de Lima, que se pone a la cabeza del primer instituto de educación que tenía la ciudad: el Seminario Tridentino, en 1673.

En una ocasión, por los años de 1636 a 1637, los agricultores de cacao vieron desaparecer sus arboledas, devoradas por un parásito llamado entonces *candelilla*, el cual destruía la corteza de los árboles. Deseosos los caraqueños de tener una patrona que protegiera las hermosas siembras del rico fruto en las costa y valles cercanos a la capital, fijan sus miradas en la Virgen de las Mercedes, a la cual levantan un templo en 1638 y le ofrecen una fiesta anual. Rumbosa era ésta y con constancia celebrábase todos los años a la Virgen protectora

del cacao, al mismo tiempo nombrada abogada de Caracas, y más tarde en 1766 abogada de los terremotos.

Al rematar aquel siglo, en 1696, Caracas es víctima de la fiebre amarilla, que llega a diezmar la población. En medio de la más triste orfandad, una inspiración se apodera de los pocos que había dejado la epidemia. Piensan en Rosalia de Palermo, a la cual llaman con súplicas y esperanzas. La santa acude a la llamada de los desgraciados, y éstos le levantan un templo. Era una nueva patrona que venía a sentarse en la asamblea caraqueña, donde figuraban Santiago, Santa Ana, Mauricio, Pablo el Ermitaño, Jorge, Jacinto, Francisco, varias vírgenes y Rosa de Lima, que aceptaba la capital donde era venerada su compatriota, la Virgencita de Copacabana.

Durante el siglo décimo octavo, una nueva Virgen, la del Carmelo, visita a Caracas en 1732 y se hace dedicar un convento. Casi en los mismos días, aparece en Caracas una Virgen más; la de la Pastora, que se hace construir un templo en los extremos de la capital, y en la misma época, al Norte de la Ciudad, se levanta el de la Santísima Trinidad rematado en 1783, después de cuarenta y dos años de trabajo. En 1759 llega San Lázaro a socorrer a los leprosos. Ultimamente llegaron los neristas y capuchinos, en 1774 y 1783, para levantar dos templos más, a San Felipe y San Juan, y entrar en competencia religiosa con los franciscanos, dominicos, mercedarios, y la colonia isleña que había levantado a la Virgen de Candelaria un templo en 1708.

Hasta la época del Obispo Diez Madorñero, 1757-1769, no se conocía en Caracas una patrona que llevase el nombre indígena de la capital. Ya veremos cuanto hizo el prelado al bautizar a ésta con el nombre de *Ciudad Mariana* y ponerla bajo el patrocinio de Nuestra Señora Mariana de Caracas. Otra Virgen protectora debía surgir igualmente en esta época, la de las Mercedes que llegó a figurar como abogada de los terremotos. Y tanto fué el entusiasmo del Obispo por la creación de vírgenes protectoras de la ciudad, que llegó a pensar en *Nuestra Señora de Venezuela*, bautizando con este nombre la calle que está entre la Metropolitana y la Obispalía, dando el nombre de Nuestra Señora Mariana de Caracas a la que corre de la Metropolitana a la Casa Amarilla.

Pero el culto al cual se decidió el Obispo con todas sus fuerzas, fué el del rosario. No hubo durante su apostolado, semana en que no se rezara públicamente, ni casa de Caracas y de los vecinos campos, donde las familias no cumpliesen diariamente, a las tres de la tarde o a las siete de la noche, con aquel deseo y mandato del Obispo.

## NUESTRA SEÑORA DE CARACAS

Desde el día en que fué demolido el antiguo templo de San Pablo, de 1876 a 1877, y con éste la capilla contigua de la Caridad, cesó el culto que desde remotos tiempos rindieran los habitantes de la capital a *Nuestra Señora Mariana de Caracas*, tan festejada durante los postreros años del siglo último. En uno de los altares de la Capilla sobresalía cierto cuadro en grande escala, que representaba a la Virgen, la cual recibía con frecuencia la visita de los fieles; mientras que en la esquina de la Metropolitana, un retablo de la misma imagen, fijado allí desde 1766, servía de consuelo y de esperanza a los devotos de la nueva Virgen. Desde el toque de oraciones hasta las diez y doce de la noche, multitud de persona se arrodillaban y oraban delante del retablo, para ganar de esta manera las indulgencias que desde 1773 concediera el Obispo Martí a todos aquellos que comunicaran a la Soberana de los Cielos sus miserias y necesidades.

Durante ciento doce años permaneció el retablo de *Nuestra Señora de Mariana*, ya en la esquina de la Metropolitana, en la casa del municipio, frente a la puerta mayor del templo; ya en la opuesta, diagonal con la torre, donde los vecinos anduvieron constantes en iluminarlo durante la noche. Al dar las siete el reloj de la ciudad, la concurrencia se presentaba numerosas; comenzaba a declinar a las nueve, y desaparecía a las diez; aunque hubo repetidos casos en que corazones penitentes vieron brillar sobre el rostro de la Virgen los reflejos de la aurora.

¡Cuántas generaciones se han sucedido desde el año de 1766, en que fué colocado el retablo en la esquina de la Metropolitana, hasta el de 1870, en que fué quitado de su antiguo sitio para ser colocado en un rincón del Museo de Caracas! ¡Cuántos sucesos se verificaron durante este lapso de tiempo, y cuántas noches borrascosas, con su hora de angustias, llegaron, en la misma época, a turbar la paz de la familia caraqueña, en tanto que la luminaria de la Virgen, cual estrella de los naufragos, atraía siempre a todos aquellos que con el pensamiento la buscaban en la soledad del desamparo! Ciento doce años de luchas sociales, de cataclismos, de sol y de agua,

han pasado por el añejo retablo, que pudo al fin salvarse de la intemperie, para recordarnos la historia de pasadas épocas!

El retablo es un cuadro de 68 centímetros de largo por 49 de ancho, colocado en un viejo marco, cuyo dorado se ha desvanecido. En su parte inferior figura la ciudad de Caracas de 1766, con tres torres de las que entonces tenía: la de la Metropolitana, la de San Mauricio, y más al Norte, la de las Mercedes, derribada por el fuerte sacudimiento terrestre de 1766. En la porción superior descuella, como suspensa en los aires, María, coronada por dos ángeles. Con noble actitud, la Soberana de los Cielos extiende sus brazos hacia la ciudad, como signo de protección. A la derecha de la Virgen figuran una santa y un apóstol, y a la izquierda, dos santas. Grupos de ángeles que llevan en las manos guirnaldas y lemas con frases de las letanías, llenan el conjunto y parece que celebran a María, en tanto que un arcángel aparece frente a Nuestra Señora y le presentan un objeto. Ya veremos más adelante quienes son los diversos actores que figuran en esta pintura, y cómo el artista sintetizó en ella la historia de Caracas durante los dos primeros siglos de su fundación: desde 1567, en que fué levantada, hasta 1763, en que surgió la Virgen con el nuevo nombre de *Mariana de Caracas*.

En los días del Obispo Diez Madroñero, contaba Caracas una abogada de la peste, otra de las lluvias, y otra de las arboledas de cacao y de los terremotos. Reconocía, además, un abogado de la langosta, otro de las viruelas, y a San Jorge como protector de las siembras de trigo. Contaba, igualmente, la capital, con su patrón Santiago; la Catedral, con Santa Ana; y el Seminario Tridentino, con Santa Rosa de Lima; pero la ciudad necesitaba de una virgen que, sin figurar en el martirologio romano, fuese, por excelencia, grande abogada y protectora de la ciudad, cuyo nombre debía llevar.

Tales sentimientos abrigaba la población de Caracas: eran ellos el norte de los fieles corazones, motivo por el cual los estimulaba el prelado, que aguardaba el momento propicio en que apareciera sin ruido y sin milagros la Soberana de los Cielos, amparando a la ciudad de *Santiago de León de Caracas*; nombre éste que debía desaparecer ante el de *Mariana de Caracas*.

Los primeros hechos referentes al nacimiento de la Virgen a que nos concretamos, datan del 25 de agosto de 1658, época en que el cabildo eclesiástico, sede vacante, por sí, y a nombre del clero, decretó defender la pureza de la Virgen María, guardar como festivo su día y no comer carne en su correspondiente vigilia. Era un voto hijo de la gratitud, pues por

la intervención de María, Caracas se había salvado de la cruel epidemia que en aquellos días comenzó a destruir la población. Caracas, protegida por María, debía traer a la capital el calificativo de *Mariana*, es decir, que rinde culto a María.

Tan noble propósito continuaba en la mente de los miembros del cabildo eclesiástico, cuando, en 11 de abril de 1763, el Ayuntamiento de Caracas elevó a la consideración del Monarca una petición, que abrazaba los términos siguientes: 1º que todos los empleados públicos de la Capitanía general de Venezuela, jurasen defender la pureza de la Inmaculada Concepción; 2º que el escudo de armas de la ciudad fuese orlado con la confesión de este misterio; y 3º que en las casas capitulares se edificara un oratorio, en el cual figurara la imagen de la Santa venerada, como Madre Santísima de la Luz.

Feliz coincidencia de fechas obraba en el ánimo del Ayuntamiento, al pedir cuanto dejamos escrito; y era que Santa Rosalía abogada de la peste, venerada en Caracas desde 1.696, en que se le dedicó un templo por haber salvado la población de la capital, era celebrada por la Iglesia católica el 4 de setiembre. En 4 de setiembre de 1.591 fué concedido un sello de armas, por Felipe II, a la ciudad de Caracas; y, últimamente, en 4 de setiembre de 1.759, Carlos III se ciñó por primera vez la corona de España. Estas y otras razones influyeron poderosamente en el ánimo del Ayuntamiento, para suplicar al Monarca que le concediera la orla mencionada, con el lema siguiente: *Ave María Santísima de la Luz, sin pecado concebida*.

El nombre de *Mariana*, dado a la ciudad de Caracas antes de 1.763, época en la cual lo decretaron ambos cabildos, data desde la llegada a Caracas del Obispo Diez Madroñero, acaecida a mediados de 1.757, Partidario decidido y entusiasta por el culto a María se mostró desde el principio aquel virtuoso prelado, que desde 1.760 fechaba sus comunicaciones en la *Ciudad Mariana de Santiago de León de Caracas*, según consta de documentos que hemos visto y estudiado detenidamente.

Por real cédula de Carlos III fechada en San Lorenzo a 6 de noviembre de 1.763, y que encontramos en las actas del Ayuntamiento de 1.764: "Su Majestad se digna manifestar a la ciudad de Caracas, haber diferido a sus instancias sobre que juren, los que ejerzan empleos públicos, la pureza original de María Santísima; que puede poner la orla que se expresa en su escudo, y erigir oratorio en las casas capitulares, sacándose del caudal de propios el que se necesite para su fábrica, aseo y permanencia".

Los señores del Ayuntamiento dijeron, en sesión de 22 de enero de 1764: "que celebrando, como celebran, la nueva honra que debe a S. M. esta ciudad, y principalmente el que, para gloria del culto y veneración de la Inmaculada y Santísima Madre de la Luz, pues, desde aquí en adelante, con nuevo título, ser y llamarse *Mariana* esta misma ciudad, tan obligada a su piedad, y tan reconocida a sus inmensas misericordias, a la que confiesa deber cuantos progresos ha logrado y de la que los espera en adelante mucho mayores, constituida con nueva, honrosa y distinguida marca, y el más ilustre blasón por su virtuoso pueblo..."

"Desde hoy en adelante —agrega el Ayuntamiento— deberá la ciudad titularse, y se titulará así: *Ciudad Mariana de Santiago de León de Caracas.*"

Ya en diciembre de 1763, el mismo Ayuntamiento, al acusar recibo de la real cédula de 6 de noviembre del mismo año, había dicho: "La amantísima ciudad de Caracas tiene ya, con razón, nuevo título, y con orgullo se llama *Ciudad Mariana*, por haberla dedicado con tamaña honra V. M...." Y a tal grado llegaron el entusiasmo, la humildad y la adulación de los miembros del Ayuntamiento, que en uno de tanto oficios dirigidos por ésta al Monarca, llegaron a decirle, que S. M. poseía un *mariano corazón*.

Después de dar a Carlos III las más expresivas gracias con frases más o menos parecidas a las últimas copiadas, el Ayuntamiento pidió al Gobernador y Capitán general de la Provincia, en vista de la real cédula y de las actas del Cuerpo, se sirviera dictar las providencias que tuviese por convenientes, para la más devota publicidad de las nuevas obligaciones, que, para con la gran Madre de Dios, contraía esta su Mariana ciudad.

En 27 de enero de 1764, el Ayuntamiento presenta al cabildo eclesiástico la real cédula de Carlos III, que fué acogida con señales de satisfacción. Ofrecieron los señores del capítulo el sacrificio de sus personas a la Majestad divina, "por la continuación del augusto patrocinio de la Madre Santísima de la Luz sobre esta su *Mariana ciudad*". Y a nombre del Rector y Claustro del Real Colegio Seminario y de la Real y Pontificia Universidad de Santa Rosa, de esta *ciudad Mariana de Caracas*, "ofrece celebrar las nuevas honras que ha recibido esta misma *Mariana ciudad*". En los propios términos se expresaron al siguiente día todas las comunidades religiosas existentes en Caracas. (1)

(1) Véanse las actas del Ayuntamiento y del cabildo eclesiástico, correspondientes a los años de 1763 y 1764.

Nunca concesión alguna llegó a Caracas en época más propicia que en los días de Diez Madroñero. El espíritu religioso dominaba los ánimos; quería el Obispo ensanchar la obra que había comenzado, y todo llegaba a medida de sus deseos. Una virgen que llevara el nombre indígena de la capital de Venezuela, iba a colmar la ambición de los moradores de ésta, acostumbrados a reverenciar a María bajo todas sus advocaciones.

Levantóse el oratorio, y colocaron en él a María Santísima de la Luz; comenzaron el lema que debía brillar en los pendones de la ciudad, y, después de conciliarse las opiniones, quedó por lema, no el que propuso el Ayuntamiento, sino el que indicó el Monarca; es, a saber: *Ave María Santísima de la Luz, sin pecado original concebida en el primer instante de su Ser Natural.*

Desde esta época aparece, ya en las actas de ambos cabildos y de las comunidades religiosas, ya en los documentos públicos de otro orden, el nombre de *Ciudad Mariana de Caracas*; en otros, *Ciudad Mariana de Santiago León de Caracas*.

He aquí una nueva Virgen, la que iba a figurar en el sello de la ciudad, la que iba a dar su nombre al pueblo fundado por Losáda. He aquí a la patrona por excelencia, a la Virgen de nacionalidad caraqueña, que venía a sentarse en la asamblea de los patronos y patronas de Caracas, y también en todos los templos, en todas las oficinas públicas, eclesiásticas y políticas.

Creada la Virgen, ¿cómo figurarla en el lienzo o en la escultura, para que fuese reverenciada de los fieles y reconocida de las generaciones? Desde luego era necesario que descollaran al lado de la Virgen algunos de los patronos venerados en la ciudad, y que aquella sintetizara a Caracas en sus diversas épocas. ¿Cómo hacer esto? Opinaban unos por colocar en el retablo que representara a la Nuestra Señora, a San Sebastián, o San Mauricio, o San Pablo y a San Jorge, como primitivos abogados de Caracas en sus primeras necesidades: opinaban otros por darle cabida solamente a las santas y sabios doctores de la Iglesia. En esta situación estaban las cosas, cuando el obispo invita a los devotos y devotas de Caracas, y presentándoles la cuestión en la sala de su palacio, les obliga a escoger el cortejo que debía acompañar a la Virgen bajo la nueva advocación de Nuestra Señora Mariana de Caracas. Debían figurar en el cuadro la ciudad de Caracas, el escudo de armas concedido por Felipe II, y reformado por Carlos III, y los patronos y patronas que en diversas épocas la habían favorecido.

Después de una discreta y prolongada discusión, hubieron de triunfar al fin las mujeres sobre los hombres, haciendo que el Obispo aceptara, entre los cuatro personajes que debían acompañar a la Virgen, a tres santas de las protectoras de Caracas, y el asunto del retablo quedó decretado de la siguiente manera: arriba, en las nubes, decollaría la Virgen coronada por dos ángeles; a la derecha de María, Santa Ana, su madre, patrona de la Metropolitana de Caracas; y después, el Apóstol Santiago, patrono de la ciudad. A la izquierda de la Virgen estarían Santa Rosa de Lima y Santa Rosalía; la primera, como representante de los estudios eclesiásticos, al fundarse, bajo su advocación, el Seminario de Santa Rosa en 1.673; y la segunda, como abogada contra la peste, por haber salvado de ella a la capital en 1.696. En derredor de este grupo se colocarían los ángeles de la corte celestial que celebran a María, debiendo llevar en las manos cintas en que estuvieran los diversos y versículos de las letanías. Y para representar a la antigua Caracas, en medio de los ángeles debía aparecer un querubín que presentase a la Reina de los Cielos el escudo de armas concedido por Felipe II a la Caracas de 1.591. Consistía éste, como hemos dicho alguna vez, en una venera que sostenía un león rapante coronado, en la cual figuraba la cruz de Santiago.

Arriba de todas las figuras colocaría el lema que dice: *Ave María Santísima*, para recordar la concesión hecha por Carlos III a la ciudad en 1.763, mientras que abajo estaría Caracas con la fisonomía que ostentaba en esta época.

Diversos pintores dieron a luz sus obras, y fueron aceptadas. El primer retablo, cuyo destino ignoramos, estuvo en la capilla de la Caridad, contigua al derribado templo de San Pablo. El segundo fué colocado en la esquina de la Metropolitana, y está hoy en el Museo.

Así continuó el entusiasmo religioso, con más o menos intermitencias, hasta que, para fines de siglo, casi había desaparecido el nuevo título de la ciudad. La muerte del Obispo Diez Madroñero, acaecida en 1.769, adormeció el entusiasmo por el culto de Nuestra Señora Mariana de Caracas. El Obispo Martí quiso levantarlo y restituirlo a su prístino esplendor, pero todos sus esfuerzos fueron infructuosos, y algún tiempo después el referido culto había desaparecido por completo.

El nombre de *Ciudad Mariana de Caracas* no ha quedado sino en los documentos públicos y en las actas de los cabildos y comunidades religiosas. Igualmente ha desaparecido el de *Santiago de León de Caracas*, que durante tres siglos llevara

la capital de Venezuela. Pero si Nuestra Señora Mariana de Caracas no puede ya salir de los archivos, Santiago tiene aún, por lo menos, su día: aquel en que lo celebra la Iglesia Metropolitana de Caracas.

En los tratados públicos, en las leyes, en todos los documentos de Venezuela independiente, la capital de la República no figura sino con su nombre indígena, el de *Caracas*, nombre que llevó aquel pueblo heroico que supo sucumbir ante sus conquistadores.

## HABILIDAD DEL OBISPO

En una ciudad como la de Caracas durante el último siglo, la cual, sin teatros ni paseos, sólo tenía por única diversión toros y cañas, las fiestas religiosas, durante el año, eran de necesidad imperiosa. Y como ya dejamos asentado, nada más solemne, durante la época colonial que un día de Corpus, un Jueves Santo o la fiesta de alguno de los patronos de la ciudad, porque la muchedumbre, inspirada en un solo sentimiento, deplegaba su vanidad o su entusiasmo aderezando ventanas y puertas con ricas cortinas; ostentando las bellas matronas sus valiosas prendas y sus numerosas esclavas; y los empleados y magnates, sus uniformes y cruces, bastones y espadas. Un octavario lleno de todo género de diversiones remataba cada una de las festividades de la Caracas colonial, que no tuvo por divisa sino *Dios y el Rey*.

La época del Obispo Diez Madroñero, desde 1.757 hasta 1.769, puede considerarse de paz, pues había sido vencida, años antes, la revolución del Capitán León; triunfo que había contribuído a sostener de una manera oficial el monopolio de la célebre Compañía Guipuzcoana, amordazando de esta manera la opinión pública. A pesar de estos y otros ataques a la libertad política y comercial, el Gobernador Ricardos había dado comienzo a nuevas obras públicas, tan necesarias al ensanche de una sociedad atrasada: tales fueron un hospicio de lázaros, un cuartel de artillería, un puente y la plaza mayor que sirvió de mercado y comenzó a proporcionar al Municipio una renta segura.

La Caracas de la época de Diez Madroñero era una ciudad muy reducida. Acababan de concluir el templo de Candelaria, que dió vida a la parroquia de este nombre, centro entonces de los acomodados hijos de las islas Canarias, y el nuevo convento de las Mercedes en el sitio donde figura hoy la Iglesia de este nombre y la Plaza Falcón. Los puentes de la Pasora y de la Trinidad no estaban todavía rematados y la parroquia actual de San Juan era un erial, lo mismo que gran porción de las de San Pablo y Candelaria. El templo de la Pastora podía considerarse como una ermita, así como el de Santa Rosalía, ambos en las afueras de la ciudad.

La Caracas de aquellos días estaba reducida a un corto número de manzanas.

A los primeros meses de estada en la capital, el Obispo conoció la índole de la población y lo que podía aguardarse de sus moradores. Al instante se propuso civilizar a su manera la sociedad caraqueña, y propicio anduvo en la obra. Introducir innovaciones en su gobierno eclesiástico, reformar costumbres bárbaras y hacer de la capital un convento, fué obra de poco tiempo. Las calles y esquinas de Caracas no tenían en aquel entonces nombre alguno, y se conocían por los que llevaban los templos más cercanos, por los de algunos personajes, o por algún suceso notable. En vista de este desorden, el Obispo concibió la idea de bautizar las calles y cuadras de Caracas, con nombres que recordaran la vida y pasión de Jesucristo, poner cada casa bajo la protección de un patrón celestial, colocar en las principales esquinas nichos excavados en la pared, que contuvieran algún santo, santa o virgen, y bautizar igualmente las esquinas con nombres místicos, para que así toda la ciudad, de Norte a Sud y de Este a Oeste apareciera como una congregación de todas las vírgenes del Cristianismo, desde el día en que apareció sobre la faz de la tierra.

Corrían los días de 1.765 a 1.766 cuando cada uno de los curas de parroquia recibió del Obispo un plano de la ciudad que tenía el siguiente título: *Plan de la Ciudad Mariana de Caracas, dedicado a Dios, su Santísimo Hijo, Santísima Madre, y Santos Protectores de sus casas y vecinos.*

Figuraban como calles de Norte a Sud las siguientes: calle de la "Encarnación del Hijo de Dios"; "Nacimiento del Niño Dios"; "Circuncisión y Bautismo de Jesús"; "Dulce Nombre de Jesús"; "Adoración de los Reyes"; "Presentación del Niño Jesús en el Templo"; "Santísima Trinidad"; "Huída a Egipto"; "Niño perdido y hallado en el Templo"; "Desierto y Transfiguración del Señor"; "Triunfo de Jerusalén"; "Cenáculo"; "Santísimo Sacramento"; "Corazón de Jesús"; "Oración del Huerto". Y de Poniente a Oriente figuraban estas: "Prendimiento de Jesucristo"; "La Columna"; "Ecce-Homo"; "Jesús Nazareno"; "Cristo Crucificado"; "La Sangre de Jesucristo"; "La Agonía"; "El Perdón"; "El Testamento"; "La Muerte y Calvario"; "El Descendimiento"; "El Santo Sepulcro"; "La Resurrección"; "La Ascensión"; "El Juicio Universal".

Como se ve, las calles de Norte a Sud y de Este a Oeste, figuraban la vida y pasión de Jesucristo. Pero como cada calle tenía cuatro o más cuadras, cada una de éstas llevaba

a su turno nombre diferente, multiplicándose así el séquito de las vírgenes y de los santos. Por esto surgían en las cuadras, los nombres de Nuestra Señora del Pilar, de Covadonga, de la Sabiduría, etc., etc., y las vírgenes que bautizó el Obispo con los nombres de Nuestra Señora de Venezuela y de Nuestra Señora Mariana de Caracas.

No contento con dar nombres religiosos a las calles y esquinas, Madroñero pide a las familias que acepten un patrón o abogado de cada casa; y a poco aparecen sobre la puerta interior de cada zaguán retablos y bustos religiosos de todos tamaños, que llevaban al pie el mote de: *patrono de esta casa*, después de nombrar a la imagen protectora. Al mismo tiempo figuraron en las esquinas, imágenes y bustos en nichos excavados en las paredes.

Sin intervención de la autoridad civil los curas encargados del Obispo inscribían en un libro de matrícula las casas que habían nombrado de antemano su patrón, sacado en suerte, para cuyo efecto llevaban en un bolsillo nombres religiosos, para imponerlos a las casas cerradas o aquellas cuyos dueños estuvieran remisos en corresponder a los deseos del prelado, procurando que no hubiera en la misma cuadra un nombre repetido.

Y la sociedad caraqueña, identificándose con las ideas del prelado y obedeciendo ciegamente a sus mandatos, armóse con todos los santos y vírgenes del martirologio, comenzó a rezar el rosario al toque de oraciones, llenó las esquinas y las puertas de las casas de retablos y efigies religiosas, y entregóse finalmente a la confesión y a la penitencia.

Tras de esto quiso el Obispo obtener el censo de la población, y ayudado sólo de los curas, logró conocer el número de habitantes de Caracas, sus edades, condiciones, oficios, etc., etc. Nunca rebaño más dócil baló tan dulcemente a los mandatos de su buen Pastor. Pero todavía no fué coronada su dicha sino cuando en cierta noche paseó, acompañado de su clero, la ciudad Mariana. Espléndida apareció ésta a las miradas del prelado, pues toda estaba exonerada de retablos, de nichos, de letreros y de centenares de farolillos que le daban aspecto veneciano. Los farolillos que iluminaron estos centenares de patronos en las esquinas y zaguanes, fueron la cuna del alumbrado público en la capital de Venezuela, donde no llegó a establecerse aquel sino a fines del siglo, por los años de 1.797 a 1.798.

Después de haber hecho innovaciones importantes en el gobierno de la iglesia y en la reforma de las costumbres; después de haber acabado con el juego de carnaval, convir-

tiéndolo en procesión del rosario por las calles de Caracas; después de haber exornado la ciudad con todos los santos y vírgenes de la cristiandad, el Obispo Diez Madroñero quiso sorprender a su numerosa grey de una manera agradable y misteriosa. En cierto día, en esta época de santidad, al amanecer oyeron los habitantes de la capital, toques de campanas en los diversos templos. La población se preguntó lo que aquello significaba y nadie pudo darse de ello cuenta. Era la primera campanada del *Angelus*, que desde remotos tiempos anuncia a los cristianos en tres momentos del día, la llegada del Angel que anunció a María: ceremonia que el Obispo acababa de introducir en sus diócesis. Desde entonces, en el hogar tranquilo y apacible de la familia, más tranquilo y apacible mientras más reinen en él la pobreza y la conformidad, este toque de las campanas, que precede a la luz de la aurora, es como la voz del ángel que anuncia la esperanza a los corazones de buena voluntad.

Para la familia que en esa hora solemne sufre y aguarda, y ve confundirse los dos crepúsculos del día en presencia de la agonía de seres queridos; la voz de esa campana, cuyos ecos se pierden en el silencio de los campos y de las ciudades, es algo más que una promesa: es un eco de Dios que llega al corazón, y anima con celeste claridad la prolongada noche del sufrimiento.

Después de ciento veinte años transcurridos de la muerte del Obispo Diez Madroñero, el toque del *Angelus* no ha podido desaparecer, mientras que están vacíos los nichos de las principales esquinas, no quedando sino una que otra luminaria y uno que otro patrón de los centenares que figuraron en los zaguanes de las antiguas casas. Desaparecieron los nombres religiosos de las calles y cuadras, lo mismo que los de las esquinas, no figurando hoy sino las que llevan los extremos de la población. Aun viven *San Carlos*, *San Andrés*, *San Miguel*, *San Cayetano*, *San Casimiro*, *San Pedro*, *San Ramón*, *San Rafael*, *San Martín*, *San Roque*, y también *San Francisquito*. Quedan en algunas los nombres de *El Nazareno*, *El Sepulcro*, *Jesús* —que es la antigua esquina de las Cabezas— y *El Cristo*. En otras surgen los nombres de las siguientes vírgenes: *El Carmen*, *La Barbanera*, *La Consolación*, *Los Remedios*, *El Rosario*, *Los Dolores* y *La Soledad*; mientras que del gran cataclismo —el tiempo— sólo pudo salvarse una santa: *Santa Bárbara*.

## LA ABOGADA DE LOS TERREMOTOS

No hay país de origen castellano donde no exista alguno o más conventos de Nuestra Señora de las Mercedes. El surgimiento de esta Virgen, Redentora de Cautivos, ha inspirado, desde hace ocho siglos, tal veneración, que el nombre de Mercedes se lleva siempre con orgullo. Sólo en esta orden brilla un sello de armas de los antiguos reyes de España: el de Felipe de Aragón, quien aceptó aquélla desde que fué establecida.

El primer convento de Mercedes que tuvo Caracas fué una hospedería situada, desde los primeros años del siglo décimo séptimo, en tierras de la parroquia actual de San Juan, cuando en ésta no existían pobladores, sino el camino que comunica a los habitantes de Caracas con los valles de Aragua. Estaba, por lo tanto, muy distante de la pequeña capital que constituía limitado número de manzanas, en derredor de la Iglesia Mayor. Más tarde, en 1.638, se levanta el primer convento de las Mercedes en la porción alta de la ciudad, cerca de la represa del Catuche, cuando no existían ni el puente de la Pastora ni el de la Trinidad, que aparecieron cien años más tarde. Patrocinó el Gobernador Ruy Fernández Fuenmayor la fábrica de las Mercedes, quedando desde entonces esta Virgen como patrona de la ciudad, reconocida por voto y juramento de ambos cabildos. Por cuanto dejamos escrito en el cuadro precedente titulado: *Los Patronos de Caracas*, sábese que la Virgen de las Mercedes figuraba desde 1631 como abogada de las arboledas de cacao. Así continuaba, y creces y entusiasmo había tomado el culto a Nuestra Señora, cuando el terremoto de 1.641 destruyó en casi su totalidad el gracioso convento. Cuarenta años permanecieron en el arruinado edificio los padres mercedarios, cuando se resolvió por la comunidad trasladarse en 1.681 al sitio que ocupó después hasta su completa ruina en 1.812.

Nuevo título, el de abogada de los terremotos, aguardaba a la Redentora de Cautivos, al levantarse el nuevo templo en la prolongación Norte de la antigua calle de San Sebastián, hoy Norte 2. En los tres terremotos que ha presenciado Caracas y de los cuales dos de ellos la arruinaron en gran parte, todos han pasado a la historia acompañados de algún



incidente extraordinario. En el de 1.641 figura aquella piadosa señora María Pérez, que tanto contribuyó al ejercicio de la caridad pública y a la construcción de la Catedral del siglo décimo sétimo: en el de 1.812 la idea que domina y se apodera de los pueblos es la política, y el cataclismo verificado en el día Jueves Santo, a los dos años de haber sido derrocado el gobierno peninsular por la revolución de 1.810, durante el mismo día, aparece para los enemigos de la causa republicana, como castigo de Dios y como prueba de protección al monarca español, desgraciado en aquella época; la idea religiosa, unida a la idea política, triunfan por completo y la república desaparece. En el gran temblor de tierra de 1.766, conocido con el nombre de terremoto de Santa Ursula, por haberse verificado en el día de esta santa, el 21 de octubre, la idea que domina pertenece a otro orden de cosas: se conexiona con lo maravilloso, como es la intervención de la Virgen de las Mercedes, protectora de la ciudad que salva a ésta de inminente ruina.

La época del Obispo Diez Madroñero, tan fecunda en reformas religiosas, debía serlo igualmente en milagros, hijos éstos de los pueblos creyentes. En los archivos de la Obispalía de Caracas aparece aquel prelado, no sólo como reformador de costumbres y pastor rígido en el cumplimiento de su encargo, sino también como espíritu de caridad y abnegación, inspirado y capaz de preveer los más ocultos males a que está sometida la sociedad humana. Más meritorio que el prelado, por su saber, edad y virtudes excelsas, fué el venerable cura de la Pastora, Don Nicolás Bello, varón preclaro que, según la tradición, murió en olor de santidad. En los días que precedieron al gran temblor de Caracas del 21 de octubre de 1.766, el padre Bello había escrito al Obispo, quien a la sazón hacía la visita pastoral de los valles de Aragua, que ordenase la traída de la Virgen de las Mercedes a la Catedral, pues abrigaba presentimientos de que algo debía suceder para el día de Santa Ursula. Si el venerable anciano expuso al prelado las razones de sus presentimientos, es cosa que ignoramos, mas es lo cierto que el Obispo ordenó la visita de la Virgen de las Mercedes a la Catedral, donde fué recibida por grande concurrencia, como protectora de la ciudad, sin que nadie sospechara el objeto de aquella disposición.

El Padre Bello, que entretenía semanalmente con una conferencia religiosa a sus amigos íntimos, excitó a algunos de éstos a que le acompañaran a orar en el templo de la Pastora, en la noche del 20 al 21 de octubre, manifestándoles

que abrigaba muy tristes presentimientos respecto de la población, y que nada era más natural que elevar a Dios el corazón cuando se teme y espera. Dejemos al preclaro varón en el templo, mientras que narramos otros acontecimientos.

Vivía en Caracas, en aquella época, un loco pacífico y loquaz llamado Saturnino, a quien nadie ofendía por su carácter humilde y benévolo. Desde muchos días antes del de Santa Ursula, Saturnino recitaba por todas las calles el siguiente estribillo:

Qué triste está la ciudad  
Perdida ya de su fe,  
Pero destruída será  
El día de San Bernabé;

Y ya en la víspera del 21 de octubre decía:

Téngolo ya de decir,  
Yo no sé lo que será,  
Mañana es San Bernabé,  
Quien viviere lo verá. (1)

Y echándose a cuestras una pesada piedra, subió la colina del Calvario, diciendo a cuantos encontraba que al raso iba a pasar la noche, porque al día siguiente Caracas debía bailar como un trompo. Rióse la población tanto de la profecía como del profeta, al cual debía después solicitar e interrogar.

Serían las cuatro y veinte minutos de la mañana de 21 de octubre de 1766, cuando la población de Caracas despierta aterrorizada al súbito estremecimiento que hace bambolear los edificios de la capital. Al acto lánzanse los habitantes a la calle, y los gritos de —“Misericordia Señor”— se escuchan por todas partes. Nadie sabe qué hacer ni a dónde ir, y todo inspira temor por largo tiempo, cuando al despertar la aurora se sabe que ningún edificio notable había caído, aunque casi amenazaban ruina sobre todos los templos. Dilatada fué el área de este sacudimiento que causó estragos en la región oriental de Venezuela.

Dos frailes acompañaban a la Virgen en Catedral, en el momento del sacudimiento, mientras que el Padre Bello, con sus amigos, oraba en la Pastora aguardando la hora del *Angelus*, para seguir a la Catedral, donde debía obsequiarse a la Soberana de los Cielos con solemne misa. Inmediatamente

(1) Ibarra. Estudio acerca de los temblores de Caracas.

fueron abiertas las puertas de la Metropolitana y demás templos, a los cuales se acogió la población atemorizada.

Nombrada por el Gobernador, General Solano, una comisión de hombres entendidos para que informase acerca del estado en que se hallaban los edificios de la capital, después de un prolijo examen, vióse que todos los templos exigían pronta reparación en sus muros, arcos, etc.; que era necesario rebajar el tercer cuerpo de la torre de San Jacinto y derribar por completo la de las Mercedes. Medidas necesarias pusiéronse por obra, y a poco la ciudad quedó libre de todo peligro inmediato.

¿Por qué habían sufrido todos los templos, mientras que en las casas de los habitantes no se temía riesgo alguno? Los moradores de Caracas atribuyeron este hecho a la intervención de la Virgen de las Mercedes que, como hemos dicho, estaba de visita en la Iglesia Mayor.

Al amanecer del 21, el loco Saturnino estaba ya en Caracas sano y salvo, después de haber pasado la noche al pie de un árbol en la colina del Calvario. Jamás este pobre se vió tan rodeado de la muchedumbre y hasta de la gente de criterio, que quería saber del loco lo que éste ignoraba y había dicho inconscientemente. Pero Saturnino se limitó a contestar a cuantos curiosos le interrogaban, con una frase: —“¿No se lo dije yo, que algo grande iba a suceder”? Obraba así, como si fuera el hombre más cuerdo.

Calmados los ánimos y realzada por un milagro la Virgen de las Mercedes, los moradores de Caracas nombraron a la Redentora de Cautivos, abogada de los terremotos, dedicándole fiesta solemne el 21 de octubre de cada año. Reparados los estragos que causó el temblor de tierra en los diversos templos, regresó la Virgen al de las Mercedes, acompañada de todos los habitantes de Caracas. Desde esta fecha quedó pospuesta, como patrona de los temblores, la Virgen del Rosario, que tenía tal encargo, desde tiempos remotos, como lo asevera el historiador Oviedo y Baños.

Llama el cronista Terreros la atención hacia el hecho de no haber caído en Caracas ni una teja de la más humilde choza, mientras que todos los templos amenazaron ruina. En este suceso ve el cronista el pronóstico de la expulsión de los Jesuitas, que tuvo efecto un año después, en 1.767.

Una graciosa tarjeta de plata esculpurada, regalo del cabildo eclesiástico y Ayuntamiento de Caracas, figuró desde esta época al pie de la imagen que fué testigo de la tribulación de la capital en la mañana del 21 de octubre de 1.766.

En una de las caras de la tarjeta se lee:

SERVATRICE NOSTRAE

Die. XXI. OCT. A DMN. MDCDLXVI

Y en la otra las siguientes sentencias:

OMINES, ET JUMENTA SALVASTI DOMINA.

Ex. Psalmo 67.

TU CAPTIVORUM-REDEMPTIO, ET OMNIUM SALLUR.

S. Ephren.

TE NOSTRAE CAUSAM SERVATRICEN QUE SALUTIS.

Ex. Ovidio.

NOSQUE TUOS LIBRA FAMUR ET (AETEMAGIS).

Ex. Ovidio.

En medio del fervor religioso que se apoderó de los caraqueños hacia la Redentora de Cautivos, comenzó igualmente a apoderarse de ellos la inconstancia. Agujoneados por la vanidad, se cansaron de la antigua imagen de Nuestra Señora, a la cual habían conducido en triunfo, desde el sustito que les proporcionó el gran temblor de 1766, y resolvieron poscer una escultura de la Virgen cuyo modelo fuera caraqueño, alegando que la abogada de la ciudad, abogada igualmente de los cacahuales y de los terremotos, no podía ser reverenciada en imagen venida de España o de Italia, sino en imagen modelada en presencia de una de las más bellas y distinguidas hijas de Caracas. Cúpole la dicha a la bella Mercedes Iriarte Aresteiguieta, quedando la nueva Virgen idéntica al modelo. Descendió del trono la antigua española, y orgullosa subió las gradas la caraqueña, a cuyos pies colocóse la tarjeta de plata. Esta Virgen es la que recibe anualmente en el templo de las Mercedes la visita de los fieles.

La inconstancia fué apoderándose igualmente de los ricos agricultores de cacao, perdiendo su brillo la rumbosa fiesta anual dedicada a la Virgen, hasta que imperaron el olvido y el indiferentismo. Entibióse igualmente la ciudad y poco a poco fué olvidándose de su abogada la Redentora de Cautivos.

En esto llega el famoso terremoto de 1812 que echó por tierra aldeas, villas y ciudades y sepultó diez mil víctimas,



dejando número igual de contusos y heridos. Arrasados fueron en Caracas los templos de la Pastora, la Trinidad, San Mauricio, Altagracia y otros más; pero sobre todos el hermoso convento de las Mercedes, tumba de los frailes y de cuantos visitaban el templo en aquella memorable tarde del 26 de marzo de 1812. Así se vengó de la inconstancia de los caraqueños la abogada de los terremotos, la que fué igualmente abogada de la ciudad y de las haciendas de cacao. En el espacio de cincuenta años, sobre las ruinas del antiguo templo, se ha levantado uno nuevo. En el área del convento figuran hoy jardines y la estatua de uno de los hijos de Marte, mientras que en su nicho de flores está la imagen de la bella y distinguida Mercedes Iriarte Aresteiguieta de Ponte.

## SALIR COMO LA COPACABANA

*Salir como la Copacabana* es frase muy conocida entre las familias de Caracas, hace siglos, queriendo significar con ello que una persona o familia sale poco a la calle, de cuando en cuando y en determinados casos, recordando de esta manera a la virgencita de Copacabana que, desde 1.596 hasta ahora cincuenta años, la sacaban en procesión de San Pablo a la Metropolitana para que lloviera, cuando a causa de estío caluroso y prolongado se agostaba la yerba de los campos y morían los animales por ausencia completa de agua; y también cuando la langosta visitaba las sementeras de Caracas.

En la gran nación indígena de los Caiquetías, moradores del actual Estado Falcón, una tribu de aquéllos, los Cuibas, que estuvieron a orillas del Pedregal y en los volcancitos apagados de a Cuiba, cuando se prolongaba la sequía y se agostaban las cosechas por falta de agua, solicitábase la más hermosa doncella de la tribu, la cual, a orillas del río era inmolada, para en seguida ofrecer su sangre al Sol, suponiendo que la Virgen era una de las esposas del astro. Tal ceremonia, aunque perseguida por los conquistadores, continuó entre los Cuibas por mucho tiempo de una manera sigilosa, a pesar de la vigilancia castellana.

Los Cumanagotos que poblaron la pampa del antiguo Estado de Barcelona, tenían entre sus animales predilectos, a la rana, a la cual azotaban, si no llovía a tiempo. Sábese que este animal representó el agua en muchas regiones americanas. En el calendario de los muizcas, la rana simboliza el principio, abundancia y decrecimiento de las aguas, durante la estación lluviosa; así como igualmente la época geológica, cuando se rompieron los diques de los lagos andinos y se inundaron las llanuras al Este de los Andes de Cundinamarca.

Después que se estableció el Cristianismo en la América española, apareció en los Andes peruanos una Virgen, patrona de las lluvias, cuyo culto se ha establecido en algunos pueblos de América y ha cruzado el Atlántico para recibir adoración también en España.

A orillas del majestuoso Titicaca, el más elevado lago de la Tierra, en la región de los Andes bolivianos, existe una

península que lleva el nombre de Copacabana, voz del idioma quichua.

En ésta existe el pueblecito del mismo nombre, donde sobresale el santuario de la virgencita de Copacabana. Un templo admirablemente pintoresco describe un viajero moderno —sin estilo determinado, pero formando cierto conjunto que, a pesar de sus pormenores corintios, dóricos, españoles del Renacimiento; a pesar de las hendeduras que recuerdan el Partenón y de las cúpulas que traen recuerdos bizantinos, se destaca con su silueta variada sobre un cielo incomparable produciendo en medio de miserables chozas, cierta impresión llena de gracia y de elegancia que sorprende y cautiva. (1) En este santuario se venera una virgencita que tiene de siete a ocho pulgadas de tamaño, acerca de la cual se ha escrito y publicado un libro que habla de los milagros de esta célebre Virgen y del culto que a ella tributan muchos pueblos de la América española, desde mediados del siglo décimo sexto.

Refiere la tradición y atestiguan los cronistas, que habiendo los copacabanos héchose rebeldes a las insinuaciones de los padres doctrineros que querían establecer entre aquéllos el cristianismo, fueron contrariados y afligidos por el castigo del Cielo. Sopló sobre sus campos viento de fuego y arrasadas fueron las cosechas: vino el granizo y azotando los árboles desoló labranzas y praderas. Surcó de nuevo la tierra el indio indómito, y al brotar el grano, horrible plaga de langostas dejó yermos los campos y abatidos sus moradores. De repente los copacabanos se dividen en dos partidos proclamando cada uno su genio protector. Aclaman los arinsayas a San Sebastián, mientras que los anasayas se ponen bajo el amparo de la Virgen María. A poco viéronse los campos de éstos libres de toda plaga, reverdecidos por abundantes lluvias, al paso que los campos de los contrarios continuaron estériles y roídos por la langosta. En medio de la alegría de los unos y de la amargura de los otros, las dos tribus se unen y proclaman a la Madre Divina, protectora de aquellas tierras. (2)

Así refieren los cronistas que fué plantado el árbol de la fe cristiana en las regiones de Titicaca, cuna del primer hombre conquistador y civilizador del Perú.

---

(1) Wiener. Perou et Bolivie. Recit. de Voyage, 1880, París.

(2) Andrés de San Nicolás. Imagen de Nuestra Señora de Copacabana, portento del Nuevo Mundo, ya conocida en Europa. Madrid, 1 vol. en 8º, 1663.

El símbolo de la Cruz fué levantado a orillas del Titicaca, y el sacrificio que ella conmemora, creído de los naturales; pero había necesidad de un busto o imagen que representara a la Virgen María, la protectora y abogada de los copacabanos. ¿Cómo haberla, si no había medios para realizar tan apremiante deseo? Cierta indio, conocido con el nombre de Francisco Tito Yupanqui, descendiente de los lucas y cristiano fervoroso, quiso construir una Virgen y de barro la formó, pero tan tosca y contrahecha, que fué rechazada por el Doctrinero, produciendo hilaridad en las tribus indígenas. No desmayó por esto el novel alfarero, y repitiendo el ensayo por cuatro acasiones, fué igualmente rechazada la obra. Impelido por secreta fuerza, Yupanqui deja el pueblo de Copacabana y pasa a los de Potosí, Chuquisaca y otros con el objeto de perfeccionar su obra, la cual fué por todas partes desaprobada, recibiendo del Obispo de Chuquisaca la orden de que fuera a cultivar los campos y abandonase el propósito de fabricar vírgenes, porque lo juzgaba más idóneo para pintar monas que para crear imágenes. Con humildad resignase el indio, y guardando el tosco barro de la Virgen, esperó que llegasen venturosos días. A poco la imagencita, con todo el aspecto de una india rechoncha, se hizo dueña de las voluntades. Exige la muchedumbre la imagen, hácela bendecir, y con pompa inusitada la llevan al templo de Copacabana, donde entra triunfalmente el día 2 de febrero de 1583. Al instante la tosca Virgen comienza a transfigurarse aparece bella, acabada, radiante, terminando por conquista con su prodigio, el amor de los copacabanos.

En 1580 los moradores de Caracas, a consecuencia de la epidemia de viruelas que azotó a la pobre ciudad, levantaron un templo a San Pablo, primer ermitaño. Diez y seis años más tarde llegó a este templo una imagen de la virgencita de Copacabana semejante a la de Titicaca, recibiendo desde entonces hasta ahora cincuenta años, fervoroso culto, puris venerada fué como patrona de las lluvias y de la langosta.

Muy diferente de la tradición peruana es la caraqueña. Refiere ésta que un indio al pasar por cierta calle de Caracas se quitó el sombrero y vió caer una moneda de plata. Admirado del hallazgo toma la moneda, sigue al primer ventorrillo y la emplea en bebida espirituosa. Inconscientemente continúa y al sentarse en la esquina de otra calle, vuelve a sucederse la escena con todos sus pormenores, repitiéndose más tarde y por tercera vez, igual suceso. Entonces el indio examina con acuciosidad la moneda y halla que en ella figura la imagen de la Virgen. Con veneración la coloca en un es-



capulario, que cuelga del cuello y oculta tras de la camisa. Pero corriendo el tiempo, el indio comete un asesinato, y se le enjuicia y es condenado a ser ahorcado. Al subir el reo al cadalso, el verdugo no le ha dado todavía el lazo a la cuerda, cuando ésta se rompe. Toma entonces otra más fuerte, la cual se rompe igualmente. En presencia del público el indio declara entonces que aquel hecho milagroso se debe a la intervención de nuestra Señora de Copacabana, y quitándose el escapulario lo hace abrir, encontrándose en él la pequeña moneda de plata que había crecido y con ésta la imagen de la Virgen. El indio pidió en seguida que aquella imagen fuese depositada en el templo de San Pablo y que a ella se apelase para obtener del Cielo lo que se quisiera. El asesino fué ahorcado y la imagen depositada en San Pablo.

Desde este día, el Ayuntamiento de Caracas nombró a la Virgen de Copacabana abogada de las lluvias, y a ella clamaba la población cuando la sequía tostaba la yerba de los campos, se hacía insoportable el calor y todo el mundo pedía a gritos la lluvia. Cuando llegaba el día fijado por el Ayuntamiento, en vista de circunstancias apremiantes, la virgen-cita salía en procesión del templo de San Pablo a la Catedral, acompañada del Obispo y Capítulo, del Gobernador y Ayuntamiento, de los frailes de los conventos, demás empleados y gran número de devotos; y desde fines del último siglo, también con el Consulado, la Intendencia y la Audiencia Real. Permanecía la Virgen en la Catedral uno o más días y regresaba a San Pablo después que recibía la visita de todos los habitantes de la ciudad. Tan solemne procesión verificóse en Caracas casi durante tres siglos, desde fines del décimo sexto hasta 1.841. (1)

Si la Copa salía para anunciar las lluvias, nada tenía de extraño, pues aquí los almanaques que llegaban de Cádiz, nunca traían noticias sobre la temperatura, etc. Todavía antes de la separación de Venezuela en 1.830, jamás los almanaques anunciaron el tiempo. Esto vino más tarde, después de la instalación de la Academia militar en 1.831. Pero lo extraño no es que la Copa saliera durante la colonia después de 1.606; lo admirable es haber salido después que se anunciaba el tiempo en los almanaques, desde 1.837 a 1.841.

(1) El Obispo Alcega, uno de los varones más piadosos del pontificado de Venezuela, protegió el culto de esta virgen desde el comienzo del siglo XVII, 1607 a 1608. Testigo en esta época de la horrible sequía que hacía sufrir las poblaciones en Venezuela, pensó en la Copacabana de Titicaca, hizose de una imagen de ella y publicó un edicto acerca de sus milagros.

“Van a sacar la Copacabana para que llueva”, era el estribillo general. “Piensan en sacar la Copacabana”. Hoy nadie dice esto sino se ve el termómetro, se salen los más a tempear, se van al baño, y sufren los pobres desheredados ardiente calor, sequía, escasez de lluvias, etc.

Lloverá cuando deba llover.

Por supuesto la Copa salía cuando el aumento de calor y ciertos síntomas anunciaban la lluvia, a pesar de la aseveración del historiador Oviedo y Baños que asegura que apenas se pensaba en sacar la imagen cuando se desataban las nubes en aguas.

Desde los primeros años del siglo décimo séptimo, la virgencita de Copacabana comenzó a mostrar a los caraqueños el influjo que ella ejercía sobre la lluvia, nos asegura el cronista Don Blas Terrero; y éste mismo refiere que durante el apostolado de Bohorques, de 1.611 a 1.617, tuvo efecto uno de los milagros más elocuentes que ha presenciado la población de Caracas. Sacada la Virgen, en procesión de San Pablo a la Catedral, acompañada del Obispo, Gobernador, empleados y población de Caracas, no faltaban sino pocos pasos para llegar al último templo, cuando se desataron las nubes y cayó el agua a torrentes. Y añade: ante aquel milagro, todo el mundo comenzó a pedir perdón de sus faltas y a confesarse, desde el Gobernador hasta el último de los esclavos.

En la época de Diez Madroñero, decíase que si la Virgen, al salir en los días calurosos, no efectuaba el milagro, modificaba por lo menos el calor, y que esto contribuía en mejora de la situación.

A los tres siglos de haberse levantado el templo de San Pablo fué demolido, 1.880, figurando hoy en el mismo sitio el Teatro Municipal. Desde entonces la virgencita de Copacabana fué robada, ignorándose donde estaba hasta ha poco, que fué trasladada a la Basílica de Santa Ana. Demolido San Pablo, ha concluído en Caracas el culto de Nuestra Señora de Copacabana, quedando sólo el refrán de “Salir como la Copacabana”, que a su turno tendrá también que desaparecer.

La Virgencita de Copacabana no volverá a salir en procesión por las calles de Caracas. ¡Cómo cambian los tiempos y las civilizaciones!

## EL CARNAVAL DEL OBISPO

Cuando fueron anunciadas con mucha anticipación las fiestas del Centenario de Bolívar, en 1883, una de las disposiciones del Gobierno fué que todos los edificios de Caracas debían tener, para el 24 de julio, las fachadas pintadas; es decir, que la capital tenía que exhibirse en el día indicado, vestida de gala, destruyendo por completo los andrajos que llevaba a cuestas, desde tiempo inmemorial, y las numerosas arrugas ocasionadas por los años. De dicha llenos y de entusiasmo se felicitaron los farmacéuticos y pintores, al enterarse de tal disposición, pues se les presentaba a los unos, la ocasión de salir de los vetustos barriles de pinturas que tenían almacenados, y a los otros la de hacerse de algunas monedas por embadurnar paredes, puertas y ventanas, al gusto de los moradores de Caracas.

Al amanecer del 23 de julio, víspera del 24, fecha del nacimiento de El Libertador, Caracas apareció vestida de limpio y ataviada, desafiando al más pintiparado de los numerosos visitantes que llenaban los hoteles, casas de pensionistas, rancherías, ventorrillos, y se presentaban igualmente empaquetados a la moda, obedeciendo a los impulsos del entusiasmo. Por la primer vez y quizá sea la única, en el espacio de trescientos diez y seis años, la ciudad de Losada ostentaba las gracias de su juventud, como Venus surgiendo de las espuma del mar: por la primera vez y única, en la historia de Caracas, ésta contemplaba al sol cara a cara, y sonreía y coqueteaba con sus pobladores, al verse limpia, elegante y hasta poética, pues ella se decía:

Ayer maravilla fui,  
Hoy sombra de mí no soy.

Desde esta fecha, Caracas perdió para siempre uno de los distintivos de su pasada historia; dejó de narrarnos a lo vivo, lo que era el carnaval antiguo, desde épocas remotas, cuando la barbarie estableció que había diversión en molestar al prójimo, vejarlo, mojarlo, empapararlo y dejarlo entumecido. Y hasta las paredes de los edificios participaban de este baño de agua limpia o sucia, pura o colorida, pues

el entusiasmo no llegaba al colmo sino después de haber ensuciado, bañado y apalcado al prójimo, dando por resultado algunos contusos y heridos, y degradados todos.

A proporción que se deslizaban los años, las manchas de todos colores que dejaba cada carnaval en las paredes de los edificios de la ciudad se multiplicaban, lo que daba a Caracas cierta fisonomía repelente. Dos cosas llamaron la atención de un viajero que visitó la capital, hará como cincuenta años; la yerba y arbustos desarrollándose en los techos, calles más públicas, y aun en los barrotes de hierro de las ventanas y campanas de los templos, y las numerosas manchas, de todos colores, que sobresalían sobre las paredes del caserío. Lo primero le pareció como prueba evidente de la fuerza vegetal, del ningún tráfico de la población y de la ausencia completa de policía urbana: lo segundo, después de conocer la causa, como muestra de una sociedad bárbara que desconocía por completo la cultura de las diversiones públicas.

¡Cosa singular! En la historia de nuestro progreso, el carnaval moderno es una de nuestras bellas conquistas, porque acerca las familias, da ensanche al comercio, perfecciona el gusto, despierta el entusiasmo, aproxima los corazones y trae el amor, alma del matrimonio. El carnaval antiguo era puramente acuático, aleroso, demagogo, siempre grosero, infamante: el carnaval moderno es riente, artístico, espontáneo, honrado y republicano. Aquel fué siempre amenazante, invasor, terrible. Caracas tenía que cerrar puertas y ventanas, la autoridad las fuentes públicas, y la familia que esconderse para evitar el ser víctima de la turba invasora. Las tres noches del carnaval de antaño, eran noches lúgubres; la ciudad parecía campo desolado. El carnaval de hoy aspira el aire y el perfume de las flores en presencia de la mujer pura y generosa, siempre resplandeciente, porque posee las dotes del corazón y los ideales del espíritu. Por esto Caracas abre puertas y ventanas, y comparsas de máscaras en coche o a pie, recorren las calles y visitan las familias. La noche no es fúnebre, como en pasados tiempos, sino alegre, bulliciosa, poblada de luces y de armonías. El amor, antiguamente escondido, temeroso, sufrido, es hoy libre, expansivo; espléndido a la luz del día, confidente al llegar la noche.

Dejó de figurar el agua, y con ella aquel famoso instrumento del Médico a Palos de Moliere, del mango prolongado y punta roma, que tanto llamaba la atención en remotas épocas. ¿Qué mortal se atrevería a llevarlo hoy en sus ma-

nos? El antiguo carnaval era una ciudad sitiada; el moderno es una ciudad abierta. Si el primero dejaba por todas partes los despojos del huracán, calles sucias, manchas en las paredes, contusos y heridos; el moderno deposita al pie de cada ventana, como homenaje a la mujer virtuosa, ramilletes de flores naturales y artificiales, grajeas, y quizá el billete perfumado de algún galán imberbe. El carnaval de antaño era económico; el moderno es fastuoso. ¿Y qué importa que el crédito tome creces y se aumente en los libros del Comercio la partida de pérdidas y ganancias, si los corazones se unen y la humanidad se multiplica?

No tienen los dos carnavales de común, sino la mala intención: la de lanzarse cada prójimo cuanto proyectil pueda haber a las manos, con toda fuerza de que es capaz el cuerpo humano. Así son los campos de batalla: el que sale con gloria, no es el muerto, sino el que sobrevive, con un ojo de menos, con dañada intención de más.

Entre los dos carnavales de que acabamos de hablar, está el carnaval religioso creado en los días en que se amarraban los perros con longanizas. En la época del Obispo Diez Madroñero, 1.757 a 1.769, Caracas no tenía jardines ni patios ni alumbrado ni médicos, ni boticas ni modistas, ni cosas que se le pareciera, ni carretas ni coches, sino magnates y siervos. Distinguíase el carnaval de aquellos días no sólo en el uso del agua, en el baño fortuito, intempestivo, que se efectuaba en *ciertas* familias del poblado, cuando el zagalejo entraba de repente en el patio, cogía con astucia la zagaleja, y ambos se zambullían en la pila como estaban, sino en algo todavía más expresivo, como eran los jueguitos de manos entre ambos sexos, los bailecitos, entre los cuales figuraban el fandango, la zapa, la mochilera y compañía.

En el estudio que hizo el prelado, de la sociedad caraqueña, no dió importancia al uso de los proyectiles de azúcar o de harina, con los cuales cada jugador quería sacarle los ojos a su contrario; tampoco se ocupó en si se mojaban con betún o con agua, o si se embadurnaban con harina o pinturas. Lo que llamó toda la atención del prelado fueron los baños de los zagalejos en las casa de *ciertos* moradores de Santiago de León, y los retozos y bailecitos populares, los tocamientos y morisquetas de los sexos, los juegos de la "gallina ciega", la "perica", el "escondite" y el "pico-pico". Que se lancen balas, si quieren, decía el Obispo; pero que no se acerquen, pues no conviene tanta incongruencia. ¿Qué hacer? Concibió entonces el proyecto de sustituir el juego

del carnaval con el rezo del rosario. Invitó a reunión general los magnates de la ciudad, hacendados, comerciantes, industriales, curas de las parroquias, etc., etc., y les dijo: "Voy a acabar con esta barbarie, que se llama aquí carnaval; voy a traer al buen camino a estas mis ovejas descarriadas, que viven en medio del pecado: voy a tornarlas a la vida del cristiano por medio de oraciones que les hagan dignas del Rey nuestro señor y de Dios, dispensador de todo bienestar". Y después de explicar su pensamiento y de obtener la venia de la numerosa asamblea, lanzó a la luz pública cierto edicto con el cual enterró a la zapa y demás bailes populares. En seguida quiso hacer su ensayo respecto del carnaval, y como vió que le había producido admirable resultado, lanzó a la faz de todos los pueblos del Obispado el siguiente edicto, con el cual acabó, durante los diez años de su apostolado, con el carnaval de antaño:

Nos, Don Diego Antonio Diez Madroñero, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Caracas y Venezuela, del Consejo de su Majestad.

Entre los muchos y singulares efectos que como favor especialísimo celebramos haber causado en los piadosos ánimos de sus devotos súbditos, la Madre Santísima de la Eterna Luz, Divina Pastora de esta ciudad y Obispado, son muy notables y maravillosos (si maravilla es, que a los dulces silbos y armoniosas voces de María hasta los efectos, obedientes se sujetan a la razón y la razón a Dios) cuantos admiramos, particularmente en las carnestolendas del año próximo pasado, las semanas precedentes a ellas, y en el siguiente santo tiempo de Cuaresma, en que convidados por la Santa Iglesia a penitencia, a una devota tristeza y al ejercicio de las virtudes, cuando el mundo ostentando escenas de sus teatros como lícita, las más vivas y artificiosas expresiones de libertad en juegos, justas, bailes, contradanzas y lazos de ambos sexos, contactos de manos y acciones descompuestas e inhonestas y cuando honestas indiferentes, siempre peligrosas, llamaba a los deleites corporales aquellos nuestros súbditos, fieles siervos de Nuestra Señora, combatiendo y despreciando constantemente hasta los atractivos halagüeños de semejantes diversiones profanas, admitieron gustosos aquel convite espiritual, prefiriendo entre sí mismos con santa emulación por participar de las delicias celestiales preparadas en los sagrados banquetes y espectáculos representados, ya en las iglesias, donde estuvo expuesta su Majestad Sacramentada, ya en las procesiones de Semana Santa, ya en los rosarios convocatorios, ya en los demás ejercicios

piadosos repetidos en los días de Cuaresma, habiendo asistido todos dando recíprocos ejemplos con su más fervorosa devoción y compostura, sin excepción de los niños y párvulos que abstenidos de las travesuras pueriles de que el enemigo común solía valerse para perturbar y retraer de las iglesias a los devotos, no fueron los que menos edificaron, advertidos, sin duda, de sus párrocos, maestros prudentes y devotos, padres de familia de cuidado, celo y eficacia en el cumplimiento de sus muchas y gravísimas obligaciones, pende muy principalmente la universal santificación de este pueblo y Obispado, a que esperamos nos ayuden unos y otros cooperando en cuanto les sea respectivo, perseverantes en la soberana protección necesaria, y en los medios y ejercicios santos practicados el año precedente que haremos notorio, se les facilitaron repitiéndolos, y que nuevamente les invitamos, satisfechos en la constancia de sus santas resoluciones y buenos propósitos, con que desterrados perpetuamente el carnaval, los abusos, juguetes feroces y diversiones opuestas a nuestro fin, se radiquen más y más las virtudes y buenas costumbres, aumenten en los piadosos estilos e introduzcan firmemente como loable el de continuar la custodia de ésta ciudad para que, fortalecida con el número inexpugnable de la devoción de María, Señora Nuestra, y quitado embarazo el domingo, lunes y martes de carnestolendas, permanezca defendida y concurran los fieles habitantes de María, sin estorbo a adorar a su Divina Majestad Sacramentada, en las iglesias, donde se expondrá a la veneración de todos, convocados por sus Santos Rosarios que salgan de las respectivas, donde se hallan situados a las cuatro según ordenamos a todas las cofradías, congregaciones o hermandades y personas a cuyo cargo están; dispongan y saquen en las tres tardes en el inmediato carnaval dirigiendo cada cual el suyo por las cuadras que circundan las iglesias de su establecimiento, sin juntarse con otro, volviendo y concluyendo en la misma forma con la plática mensual en que, confiamos del fervor y facilidad de los predicadores, tocará algún asunto conducente a desviar a los fieles de las obras de la carne y a traerlos a la del espíritu con que templen la ira de Dios irritada por las culpas de las carnestolendas y Semana Santa. En testimonio de lo cual damos las presentes, firmadas, sellas y refrendadas en forma en nuestro Palacio Episcopal de Caracas, en catorce de febrero de mil setecientos cincuenta y nueve. DIEGO ANTONIO, Obispo de Caracas. Por mandato de su Señoría Ilma. mi Señor. *Don José de Mejorada*. Secretario. Letras congratulatorias,

invitatorias y exhortatorias por las que ordena su Señoría Illma. la repetición de rosarios en los tres días del carnaval confiando no se manifestarán menos devotos en este año, sus muy amados y piadosos súbditos, que lo ejecutaron en el pasado, hasta los niños". (1)

Así se celebró el carnaval en Caracas, durante el pontificado del Obispo Diez Madroñero. Las procesiones, llevando a la cabeza un cura de almas, recorrían las calles del poblado, sin tropiezos, sin desorden, y con la sumisión y mansedumbre de ovejas fieles. De manera que en aquella época, se rezaba el rosario todos los días, por las familias de Caracas; en procesión cada dos o tres noches, e igualmente, durante los tres días de carnaval.

¿Era todo esto efecto de una alucinación epidémica, o debía considerarse a la sociedad caraqueña como un pueblo de ilotas? Sea lo que fuere, en dos y más ocasiones, el Ayuntamiento de Caracas, durante este Obispado, escribió al monarca español diciéndole: "No tenemos paseos ni teatros ni filarmónías ni distracciones de ningún género; pero sí sabemos rezar el rosario y festejar a María, y nos gozamos al ver a nuestras familias y esclavitudes, llenas de alegría, entonar himnos y canciones a la Reina de los Angeles" (2).

Así pasaban los años, cuando el Obispo murió en Valencia en 1769. A poco comienza la reacción, y la sociedad de Caracas, a semejanza de los muchachos de escuela en ausencia del maestro, da expansión al espíritu y movimiento al cuerpo. El rezo del rosario, en la época del carnaval fué desapareciendo, hasta que volvieron los habitantes de la ciudad Mariana al carnaval de antaño. Tornaron los bailes populares y los jueguitos de manos, y el zambullimiento de los zagalejos enamorados en las fuentes cristalinas. Resucitó el famoso instrumento de Molière, llenáronse las calles de embardunadores, recibieron las paredes del poblado innumerables proyectiles, salieron finalmente, de las jaulas, los pajarillos esclavos, y se comieron los perros las apetitosas longanizas. La reacción es siempre igual a la acción.

---

(1) Con este edicto comenzó el Obispo Diez Madroñero, las reformas que llevó a cabo en la sociedad caraqueña. Al posponer en el orden cronológico este cuadro a los que preceden, se comprenderá que ha sido para dejar coronada de modo más interesante la relación histórica de aquel pontificado.

(2) Actas diversas de los Ayuntamientos de esta época.

## CIENTO TREINTA Y TRES AÑOS DESPUES

Caen los imperios y derrúmbanse las sociedades, de la misma manera que se desprenden las hojas de los árboles. Todo nace y muere, todo pasa y nada es estable, porque tal es el destino, al cual sometió la Providencia las cosas sublunares.

¿Dónde están los patronos y abogados de Caracas? Demolidos fueron los conventos de mujeres y de hombres, lo mismo que los templos de San Pablo, San Felipe, San Lázaro, San Mauricio y la Trinidad. Demolidas fueron también las capillas y ermitas del Calvario, la Soledad, El Rosario y los Dolores; pero han surgido Santa Teresa, la Santa Capilla, San José y las Capillas del Calvario, de Lourdes y de la Trinidad.

Con la extinción de los conventos y de las capillas, desaparecieron las cofradías y hermandades, y con éstas, las procesiones nocturnas del rosario, las fiestas de Corpus, los octavarios, las procesiones de Semana Santa y los retablos de las esquinas. Ya los santos no salen por las calles, ni éstas se entoldan ni hay cortinas que engalanan puertas y ventanas. Ya el viático para los enfermos y moribundos, no sale en procesión, bajo de palio, ni bajo de paraguas, precedido de la esquila del templo. Esta ceremonia exige el misterio, para no estar en contacto con el bullicio de las ciudades.

Desaparecieron los santeros que por los cuatro vientos tenía Caracas, siempre en solicitud de los creyentes; pero abundan los petardistas, los pedigüños, los ociosos y holgazanes.

Ocultóse la Copacabana; dejó de ser esta Virgen la protectora de las lluvias, y tuvo que refugiarse en la Basílica de Santa Teresa, después de haber recibido culto durante tres siglos. Pero si esta virgencita desaparece, la de Lourdes surge y guía a los peregrinos en dirección a Maiquetía. Desapareció el patrono de las flechas envenenadas, y también el de la langosta, la cual se presenta cuando quiere, se ríe de los hombres y de las cosas, y desaparece para volver cuando le place. La Virgen de las Mercedes cesó de ser la abogada de las sembreras de cacao, de los terremotos y la patrona de Caracas. Los agricultores se olvidaron de ella, en tanto que el terremoto de 1812 destruyó el hermoso convento de la Redentora de Cautivos. Desapareció San Pablo el Ermitaño, y se quedó sin templo; San Jorge no tiene ya culto, y gracias que

Santiago sea obsequiado anualmente con una misa pontifical, homenaje que recibe, no como patrono de Caracas, sino por ser uno de los discípulos más notables que tuvo el Divino Maestro, finalmente, *Nuestra Señora Mariana* desapareció de Caracas. Ya nadie le rinde culto, ya ninguna corporación firma *Mariana de Caracas*, sino simplemente, *Caracas*. De la Virgen protectora de la ciudad, con cuyo nombre fueron bautizados tantos párvulos en los últimos años del pasado siglo, sólo queda en el Museo el retablo que figuró durante ciento doce años en la esquina de la Metropolitana.

Los oratorios privados y los que figuraron en los establecimientos agrícolas de las cercanías de Caracas, están cerrados, convertidos los primeros en despenas y los segundos en graneros. Dejó el esclavo de rezar el rosario en comunidad, desde el momento en que recuperó su libertad. Ya no hay siervos en Venezuela.

Ya no figuran expósitos en las puertas de los templos, que hospicio tienen los huérfanos: ya no está cerrada la puerta de la casa de Dios a los cadáveres de los pobres de solemnidad, que sociedades benéficas protegen a todos los desheredados: ya no se afeita a los cadáveres ni se visten, calzan y adornan, sino se amortajan: ya no hay banquetes ni octavarios fúnebres, aunque quieren algunos resucitar las antiguas parrandas epicúreas en los días de duelo. Esta es la vanidad que con forma halagadora penetra en todos los hogares, estimula el amor propio, y trata de nivelar todas las fortunas. Si algo debe tener presente la familia, pobre en estos días de tribulación, en los cuales la competencia es causa de ruina, es aquella sublime sentencia del Divino Maestro: *Los primeros serán los últimos, y los últimos los primeros*.

En las solitarias calles de Caracas, ahora ciento treinta y tres años, no se veía una carreta ni un coche ni aun el alumbrado público, porque las luminarias de los santos patronos en las esquinas y zaguanes de las casas, era suficiente para que los moradores de la ciudad pudieran pasearla en las noches oscuras.

¿Qué queda de aquellos días en que Caracas fué convertida en convento? Los ejercicios de San Ignacio en el Colegio Episcopal. Todavía las campanas de los templos tocan todas las noches la hora de los muertos y la hora de los agonizantes: todavía al nacer y al ocultarse el sol, las campanadas del *Angelus* son las compañeras de los que sufren y esperan.

La civilización en su constante obra de derrumbamiento y de progreso, va cambiando de forma y de ideas, siempre bajo

el influjo de intereses mundanos, que cada sociedad sabe revestir con tendencias más o menos lisonjeras. Cayó la colonia y surgió la República. Si ésta llega a desaparecer, alguien llegará a contemplar el *caos primitivo*, de que nos habló el gran Bolívar.

## LA PRIMERA TAZA DE CAFÉ EN EL VALLE DE C A R A C A S

Con el patronímico francés de Blandain o Blandín, se conocen en las cercanías de Caracas, dos sitios; el uno es la quebrada y puente de este nombre, en la antigua carretera de Catia, lugar que atraviesa la locomotora de La Guaira; el otro, la bella plantación de café, al pie de la silla del Avila, vecina del pueblo de Chacao. Recuerdan estos lugares a la antigua y culta familia franco-venezolana que figuró en esta ciudad, desde mediados del último siglo, ya en el desarrollo del arte musical, ya en el cultivo del café, en el valle de Caracas, y la cual dió a la iglesia venezolana un sacerdote ejemplar, un patriota a la revolución de 1810 y dos bellas y distinguidas señoritas, dechados de virtudes domésticas y sociales, origen de las conocidas familias de Argain, Echenique, Báez-Bladín, Aguerrevere, González-Alzualde, Rodríguez-Supervie, etc., etc.

Don Pedro Blandain, joven de bellas prendas, después de haber cursado en su país la profesión de farmacéutico, quiso visitar a Venezuela, y al llegar a Caracas, por los años 1740, a 1741, juzgó que en ésta podía fundarse un buen establecimiento de farmacia, que ninguno tenía la capital en aquel entonces. La primera botica en Caracas databa de cien años atrás, 1649, cuando por intervención del Ayuntamiento, formóse un bolso entre los vecinos pudientes, para llevar a remate el pensamiento de tener una botica, la cual fué abierta al público, y puesta bajo la inspección de un señor Marcos Portero. Pero esta botica, sin estímulo, sin población que la favoreciera, sin médicos que la frecuntaran, pues era cosa muy rara, en aquella época ver a un discípulo de Esculapio por las solitarias calles de Caracas, hubo de desaparecer, continuando el expendio de drogas en las tiendas y ventorrillos de la ciudad, como es de uso todavía en nuestros campos. El estudio de las ciencias médicas no comenzó en la Universidad de Caracas sino en 1763.

La primera botica francesa que tuvo Caracas, fundada por Don Pedro Blandain, figuró cerca de la esquina del Cují, en

la actual Avenida Este, número 54, casa que hasta ahora pocos años, tuvo sobre el portón un balconcete (1).

A poco de haberse Don Pedro instalado en Caracas, uni6se en matrimonio con la graciosa caraqueña Doña Mariana Blanco de Valois, de la cual tuvo varios hijos; y como era hombre a quien gustaba vivir con holgura, hizose de nueva y hermosa casa que habit6, y fu6 esta la solariega de la familia Blandain. (2) En los d6as de 1776 a 1778, la familia Blandain hab6a perdido cuatro hijos, pero conservaba otros cuatro: Don Domingo, que acaba de recibir la tonsura y el grado de Doctor en Teolog6a, y figur6 m6s tarde como Doctoral en el Cabildo eclesi6stico; Don Bartolom6, que despu6s de viajar por Europa, tornaba a su patria para dedicarse a la agricultura y al cultivo del arte musical, que era su encanto; y las se6oritas Mar6a de Jes6s y Manuela, ornato de la sociedad caraqueña en aquella 6poca. A poco esta familia, con sus entroncamientos de Argain, Echenique, B6ez, constituy6 por varios respetos, uno de los centros distinguidos de la sociedad caraqueña.

A estas familias, como a las de Aresteigueta, Machillanda, Uzt6raiz y otras m6s que figuraron en los mismos d6as, se refieren las siguientes frases del Conde de Segur, cuando en 1784, hubo de conocer el estado social de la capital de Venezuela. "El Gobernador —escribe— me present6 a las familias m6s distinguidas de la ciudad, donde tropezamos con hombres algo taciturnos y serios; pero en revancha, conocimos gran n6mero de se6oritas, tan notables por la belleza de sus rostros, la riqueza de sus trajes, la elegancia de sus modales y por su amor al baile y a la m6sica, como tambi6n por la vivacidad de cierta coqueter6a que sab6a unir muy bien la alegr6a a la decencia". Y a estas mismas familias se refieren los conceptos de Humboldt que visit6 a Caracas en 1799: "He encontrado en las familias de Caracas —escribe— decidido gusto por la instrucci6n, conocimiento de las obras maestras de la literatura francesa e italiana y notable predilecci6n por la m6sica que cultivan con 6xito, y la cual, como toda bella arte, sirve de n6cleo que acerca las diversas clases de la sociedad".

---

(1) Ya sea porque los l6mites al Este de Caracas, llegaban, en la 6poca a que nos referimos a la esquina del Cuj6, ya porque los sucesores de Don Pedro quisieron vivir en un mismo vecindario, es lo cierto que las hermosas casas de la familia Blandain y de sus sucesores Blandain y Echenique-Blandain-B6ez-Blandain, Aguerrever6, Alzualde, etc., etc., figuran en esta 6rea de Caracas, conserv6ndose a6n las que resistieron el terremoto de 1812.

(2) Esta casa destruida por el terremoto de 1812, bellamente reconstruida hace como cuarenta y cinco a6os, es la marcada con el N6 47 de la misma avenida.

Todavía, treinta años más tarde, después de concluída la revolución que dió origen a la República de Venezuela, entre los diversos conceptos expresados por viajeros europeos, respecto de la sociedad de Caracas, en la época de Colombia, encontramos los siguientes del americano Duane, que visitó las arboledas de Blandain en 1823, y fué obsequiado por esta familia. Después de significar lo conocido que era de los viajeros el nombre de Blandain, así como era proverbial la hospitalidad de ella, agrega: "el orden y felicidad de esta familia son envidiables, no porque ella sea inferior a sus méritos, sino porque sería de desearse que toda la humanidad participara de semejante dicha". (3)

En la época en que el Conde de Segur visitó esta ciudad, el vecino y pintoresco pueblo de Chacao, en la región oriental de la Silla de Avila, era sitio de recreo de algunas familias de la capital que, dueñas de estancias frutales y de fértiles terrenos cultivados, pasaban en el campo cierta temporada del año. Podemos llamar a tal época, época primaveral, porque fué, durante ella, cuando se despertó el amor a la agricultura y al comercio, visitaron la capital los herborizadores alemanes que debían preceder a Humboldt, y se ejecutaron bajo las arboledas del Avila, los primeros cuartetos de música clásica que iban a dar ensanche al arte musical en la ciudad de Losada. En estos días finalmente, veían en Caracas la primera luz dos ingenios destinados a llenar páginas inmortales en la historia de América: Bello, el cantor de la zona Tórrida; Bolívar, el genio de la guerra, que debía conducir en triunfo sus legiones desde Caracas hasta las nevadas cumbres que circundan al dilatado Titicaca.

¿Cómo surgió el cultivo del café en el valle de Caracas? Desde 1728, época en que se estableció en esta capital la Compañía guipuzcoana, no se cultivaba en el valle sino poco trigo, que fué poco a poco abandonado a causa de la plaga; alguna caña, algodón, tabaco, productos que servían para el abasto de la población, y muchos frutos menores; desde entonces comenzó casi en todo Venezuela el movimiento agrícola, con el cultivo del añil y del cacao, que constituían los principales artículos de exportación. Mas, la riqueza de Venezuela no estaba cifrada en el cacao, que ha ido decayendo, ni en el añil, casi abandonado, ni en el tabaco, que poco se exporta, ni en la caña, cuyos productos no pueden rivalizar con los de las Antillas, ni en el trigo, cuyo cultivo está limitado a los pueblos de la Cordillera, ni en el algodón, que no puede com-

(3) Conde de Segur. *Memoires, Souvenirs et Anecdotes*, 3 vol. Humboldt. *Viajes*. Duane. *A visit to Colombia*, 1 vol. 1827.

petir con el de los Estados Unidos, sino en el café, que se cultiva en una gran parte de la República.

Sábese que el arbusto del café, oriundo de Abisinia, fué traído de París a Guadalupe por Desclieux, en 1720. De aquí pasó a Cayena en 1725, y en seguida a Venezuela. Los primeros que introdujeron esta planta entre nosotros fueron los misioneros castellanos, por los años de 1730 a 1732, y el primer terreno donde prosperó fué a orillas del Orinoco. El padre Gumilla nos dice, que él mismo lo sembró en sus misiones, de donde se extendió por todas partes. El misionero italiano Gilli lo encontró frutal en tierra de los Tamanacos, entre el Guárico y el Apure, durante su residencia en estos lugares, a mediados del último siglo. En el Brasil, la planta data de 1771, probablemente llevada de las Misiones de Venezuela.

La introducción y cultivo del árbol del café en el valle de Caracas, remonta a los años de 1783 a 1784. En las estancias de Chacao, llamadas "Blandín", "San Felipe" y "La Floresta", que pertenecieron a Don Bartolomé Blandin y a los Presbíteros Sojo y Mohedano, cura este último del pueblo de Chacao, crecía el célebre arbusto, más como planta exótica de adorno que como planta productiva. Los granos y arbuñitos recibidos de las Antillas francesas, habían sido distribuidos entre estos agricultores que se apresuraron a cuidarlos. Pero andando el tiempo, el padre Mohedano concibe en 1784 el proyecto de fundar un establecimiento formal, recoge los pies que puede, de las diversas huertas de Chacao, planta seis mil arbolillos, los cuales sucumben en casi su totalidad. Reunidos entonces los tres agricultores mencionados, forman semilleros, según el método practicado en las Antillas, y logrraon cincuenta mil arbustos que rindieron copiosa cosecha.

Al hablar de la introducción del café en el valle de Caracas, viene a la memoria el del arte musical, durante una época en la cual los señores Bandín y Sojo desempeñaban importante papel en la filarmonía de la capital. Los recuerdos del arte musical y del cultivo del café son para el campo de Chacao, lo que para los viejos castillos feudales las leyendas de los trovadores: cada bosque, cada roca, la choza derruida, el árbol secular, por donde quiera, la memoria evoca recuerdos placenteros de generaciones que desaparecieron. Cuando se visitan las arboledas y jardines de "Blandín", de "La Floresta" y "San Felipe", haciendas cercanas, como lo estuvieron sus primitivos dueños, unidos por la amistad, el sentimiento y la patria; cuando se contemplan los chorros de Tócome, la cascada de Sebucán, las aguas abundosas que serpean por las pendientes del Avila; cuando el viajero posa sus miradas sobre las rui-

nas de Beilo Monte, o solicita bajo las arboledas de los bucares floridos, cubiertos con manto de escarlata, las arboledas de café coronadas de albos jazmines que embalsaman el aire: el pansamiento se transporta a los días apacibles en que figuraban Mohedano, Sojo y Blandín; época en que comenzaba a levantarse en el viejo mundo la gran figura de Miranda, y a orillas del Anauco y del Guaire, las de Bello y Bolívar.

El padre Sojo y Don Bartolomé Blandín acompañado éste de sus hermanas María de Jesús y Manuela, llenas de talento musical, reunían en sus haciendas de Chacao a los aficionados de Caracas; y este lazo de unión que fortalecía el amor al arte, llegó a ser en la capital el verdadero núcleo de la música moderna. El padre Sojo, de la familia materna de Bolívar, espíritu altamente progresista, después de haber visitado a España y a Italia, y en ésta muy especialmente a Roma, en los días de Clemente XIV, regresó a Caracas con el objeto de concluir el convento de Neristas, que a sus esfuerzos levantara, y del cual fué Preósito. El convento fué abierto en 1771. (4)

Las primeras reuniones musicales de Caracas se verificaron en el local de esta Institución, y en Chacao, bajo las arboledas de "Blandín" y de "La Floresta". El primer cuarteto fué ejecutado a la sombra de los naranjeros, en los días en que sonreían sobre los terrenos de Chacao los primeros arbustos del café. A estas tertulias musicales asistían igualmente muchos señores de la capital.

En 1786 llegaron a Caracas dos naturalistas alemanes, los señores Bredemeyer y Schultz, quienes comenzaron sus excursiones por el valle de Chacao y vertientes del Avila. Al instante hicieron amistad con el padre Sojo, y la intimidad que entre todos llegó a formarse, fué de brillantes resultados para el adelantamiento del arte musical, pues agradecidos los viajeros, a su regreso a Europa en 1789, después de haber visitado otras regiones de Venezuela, remitieron al padre Sojo algunos instrumentos de música que se necesitaban en Caracas, y partituras de Pleyel, de Mozart y de Haydn. Esta fué la primera música clásica que vino a Caracas, y sirvió de modelo a los aficionados, que muy pronto comprendieron las bellezas de aquellos autores.

---

(4) En el área que ocupó el convento y templo de Nerista, figura hoy el parque de Washington, en cuyo centro descuella la estatua de este gran patricio. Nuevos árboles han sustituido a los añejos cipreses del antiguo patio, pero aún se conserva el nombre de esquina de los Cipreses, a la que lo lleva hace más de un siglo.

Planteado el cultivo del café, como empresa industrial, los dueños de las haciendas mencionadas acordaron celebrar aquel triunfo de la civilización, es decir, el beneficio del arbusto sabeo en el valle de Caracas; y para llevar a término el pensamiento, señalaron en la huerta de Blandín los arbustos que debían proporcionar los granos necesarios para saborear la primera taza de café, en unión de algunas familias y caballeros de la capital aficionados al arte musical.

A proporción que las plantaciones crecían a la sombra paternal de los bucares, con frecuencia eran visitados por todos aquellos que, en pos de una esperanza, veían deslizarse los días y aguardaban la solución de una promesa. Por dos ocasiones, antes de florecer el café, los bucares perdieron sus hojas, y aparecieron sobre las peladas copas macetas de flores color de escarlata que hacían aparecer las arboledas, como un mar de fuego. ¡Cuánta alegría se apoderó de los agricultores, cuando en cierta mañana, al cabo de dos años brotaron las capullos que en las jóvenes ramas de los cafetales anunciaban la deseada flor! A poco, todos los árboles aparecieron materialmente cubiertos de jazmines blancos que embalsamaban el aire. El europeo que por la vez primera contempla una arboleda de café en flor, recibe una impresión que le acompaña para siempre. Le parece que sobre todos los árboles ha caído prolongada nevada, aunque el ambiente que lo rodea es tibio y agradable. Al instante, siente el aroma de las flores que le invita a penetrar en el bosque, tocar con sus manos los jazmines, llevarlos al olfato, para en seguida contemplarlos con emoción. No es nevada, no es escarcha; es la diosa Flora, que tiende sobre los cafetales encajes de armiño, nuncios de la buena cosecha que va a dar vida a los campos y pan a la familia. Pero todavía es más profunda la emoción, cuando, al caer las flores, asoman los frutos, que al madurarse aparecen como macetitas de corales rojos que tachonan el monte sombreado por los bucares revestidos.

De antemano se había convenido, en que la primera taza de café sería tomada a la sombra de las arboledas frutales de Blandín, en día festivo, con asistencia de aficionados a la música y de familias y personajes de Caracas. Esto pasaba a fines de 1.786. Cuando llegó el día fijado, desde muy temprano, la familia Blandín y sus entroncamientos de Echenique, Argain y Báez, aguardaban a la selecta concurrencia, la cual fué llegando por grupos, unos en cabalgaduras, otros en carretas de bueyes, pues la calesa no había, para aquel entonces, hecho surco en las calles de la capital ni el camino de Chacao. Por otra parte, era de lujo, tanto para caba-

llos, como para damas, manejar con gracia las riendas del fogoso corcel, que se presentaba ricamente enjaezado, según uso de la época.

La casa de Blandín y sus contornos ostentaban hermosos adornos campestres, sobre todo, la sala improvisada bajo la arboleda, en cuyos extremos figuraban los sellos de armas de España y de Francia. En esta área estaba la mesa del almuerzo, en la cual sobresalían tres arbustos de café artísticamente colocados en floreros de porcelana. Por la primera vez, iba a verificarse, al pie de la Silla del Avila, inmortalizada por Humboldt, una fiseta tan llena de novedad y de atractivos, pues que celebraba el cultivo del árbol del café en el valle de Caracas, fiesta a la cual contribuía lo más distinguido de la capital con sus personas, y los aficionados al arte musical, con las armonías de Mozart y de Beethoven. La música, el canto, la sonrisa de las gracias y el entusiasmo juvenil, iban a ser el alma de aquella tenida campestre.

Espéndido apareció a los convidados el poético recinto, donde las damas y caballeros de la familia Blandín hacían los honores de la fiseta, favorecidas de la gracia y gentileza que caracteriza a personas cultas, acostumbradas al trato social. Por todas partes sobresalían ricos muebles dorados o de caoba, forrados de damasco encarnado, espejos venecianos, cortinas de seda, y cuanto era del gusto de aquellos días, en los cuales el dorado y la seda tenían que sobresalir.

La fiesta da comienzo con un paseo por los cafetales, que estaban cargados de frutos rojos. Al regreso de la concurrencia, rompe la música de baile, y el entusiasmo se apodera de la juventud. Después de prolongadas horas de danza, comienzan los cuartetos musicales y el canto de las damas, el cual encontró quizá eco entre las aves no acostumbradas a las dulces melodías del canto y a los acordes del clavecino.

A las doce del día comienza el almuerzo, y concluido éste, toma el recinto otro aspecto. Todas las mesas desaparecieron menos una, la central, que tenía los arbustos de café, de que hemos hablado, y la cual fué al instante exornada de flores y cubierta de bandejas y platos del Japón y de China. Y por ser tan numerosa la concurrencia, la familia Blandín se vió en la necesidad de conseguir las vajillas de sus relacionados, que de tono y buen gusto era en aquella época, dar fiestas en que figurasen los ricos platos de las familias notables de Caracas.

Cuando llega el momento de servir el café, cuya fragancia se derrama por el poético recinto, vese un grupo de tres sacerdotes, que precedidos del anfitrión de la fiesta, Don



Bartolomé Blandín, se acercaron a la mesa: eran estos, Mohedano, el padre Sojo y el padre Doctor Domingo Blandín, que, desde 1.775, había comenzado a figurar en el clero de Caracas. (5) Llegan a la mesa en el momento en que la primera cafetera vacía su contenido en la transparente taza de porcelana, la cual es presentada inmediatamente al virtuoso cura de Chacao. Un aplauso de entusiasmo acompaña a este incidente, al cual sucede momento de silencio. Allí no había nada preparado, en materia de discurso, porque todo era espontáneo, como era generoso el corazón de la concurrencia. Nadie había soñado con la oratoria ni con frases estudiadas; pero al fijarse todas las miradas sobre el padre Mohedano, que tenía en sus manos la taza de café que se le había presentado, algo esperaba la concurrencia. Mohedano conmovido, lo comprende así, y dirigiendo sus miradas al grupo más numeroso, dice:

“Bendiga Dios al hombre de los campos sostenido por la constancia y por la fe. Bendiga Dios el fruto fecundo, don de la sabia Naturaleza a los hombres de buena voluntad. Dice San Agustín que cuando el agricultor, al conducir el arado, confía la semilla al campo, no teme, ni la lluvia que cae, ni el cierzo que sopla, porque los rigores de la estación desaparecen ante las esperanzas de la cosecha. Así nosotros, a pesar del invierno de esta vida mortal, debemos sembrar, acompañada de lágrimas, la semilla que Dios ama: la de nuestra buena voluntad y de nuestras obras, y pensar en las dichas que nos proporcionará abundante cosecha”.

Aplausos prolongados contestaron estas bellas frases del cura de Chacao, las cuales fueron continuadas por las siguientes del padre Sojo:

“Bendiga Dios el arte, rico don de la Providencia, siempre generosa y propicia al amor de los seres, cuando está sostenido por la fe, embellecido por la esperanza y fortalecido por la caridad”. (6)

(5) El Doctor Don Domingo Blandín, Racionero de la Catedral de Cuenca, en el Ecuador, tomó posesión de la misma dignidad, en la Catedral de Caracas, en 1807. El 25 de junio de este año, ascendió a la de Doctoral, y el 6 de noviembre de 1814, a la de Chantre.

(6) Hace más de cuarenta años que tuvimos el placer de escuchar a la señora Dolores Báez de Supervie, una gran parte de los pormenores que dejamos narrados. Todavía, después de cien años, se conservan muchos de estos, entre los numerosos descendientes de la familia Blandín. En las frases pronunciadas por el padre Sojo, falta el último párrafo que no hemos podido descifrar en el apagado manuscrito con que fuimos favorecidos, lo mismo que las palabras de Don Bartolomé Blandín, borrada por completo.

El padre Don Domingo Blandín quiso igualmente hablar, y comenzando con la primera frase de sus predecesores, dijo:

“Bendiga Dios la familia que sabe conducir a sus hijos por la vía del deber y del amor a lo grande y a lo justo. Es así como el noble ejemplo se transmite de padres a hijos y continúa como legado inagotable. Bendiga Dios esta concurrencia que ha venido, a festejar con las armonías del arte musical y las gracias y virtudes del hogar, esta fiesta campestre, comienzo de una época que se inaugura, bajo los auspicios de la fraternidad social”. Al terminar, el joven sacerdote tomó una rosa de uno de los ramilletes que figuraban en la mesa, y se dirigió al grupo en que estaba su madre, a la cual le presentó la flor, después de haberla besado con efusión. La concurrencia celebró tan bello incidente del amor íntimo, delicado, al cual sucedieron las expansiones sociales y la franqueza y libertad que proporciona el campo a las familias cultas.

Desde aquel momento la juventud se entregó a la danza, y el resto de la concurrencia se dividió en grupos. Mientras que aquella respiraba solamente el placer fugaz, los hombres serios se habían retirado al bosque que está a orillas del torrente que baña la plantación. Allí se departió acerca de los sucesos de la América del Norte y de los temores que anunciaban en Francia algún cambio de cosas. Y como en una reunión de tal carácter, cuyo tema obligado tenía que ser el cultivo del café y el porvenir agrícola que aguardaba a Venezuela, los anfitriones Mohedano, Sojo y Blandín, los primeros cultivadores del café en el valle de Caracas, hubieron de ser agasajados, no sólo por sus méritos sociales y virtudes eximias sino también por el espíritu civilizador, que fué siempre el norte de estos preclaros varones.

Ya hemos hablado anteriormente del padre Sojo y de Don Bartolomé Blandín, aficionados al arte musical, que después de haber visitado el viejo mundo, trajeron a su patria gran contingente de progreso, del cual supo aprovecharse la sociedad caraqueña. En cuanto al padre Mohedano, cura de Chacao, nacido en la villa de Talarrubias (Extremadura), había pisado a Caracas en 1.759, como familiar del Obispo Diez Madroñero. A poco recibe las sagradas órdenes y asciende a Secretario del Obispado. En 1.769, al crearse la parroquia de Chacao, Mohedano se opone al curato y lo obtiene. En 1.798, Carlos IV le elige Obispo de Guayana, nombramiento confirmado por Pío VIII en 1.800. Monseñor Ibarra le consagra en 1.801, pero su apostolado fué de corta duración,



pues murió en 1.803. Según ha escrito uno de sus sabios apologistas, el Obispo de Tricala, Mohedano fué uno de los mejores oradores sagrados de Caracas. Su elocuencia, dice, era toda de sentimiento religioso, realzado por la modestia de su virtud. La sencillez y austeridad que se transparentaban en su semblante, daban a su voz debilitada dulce influencia sobre los corazones”.

Hablábase del porvenir del café, cuando Mohedano manifestó a sus amigos con quienes departía, que esperaba en lo sucesivo, buenas cosechas, pues su producto lo tenía destinado para concluir el templo de Chacao, blanco de todas sus esperanzas. Morir después de haber levantado un templo y de haber sido útil a mis semejantes, será, dijo, mi más dulce recompensa.

Entonces alguien aseguró a Mohedano, que por sus virtudes excelsas, era digno del pontificado y que este sería el fin más glorioso de su vida.

—No, no, replicó el virtuoso pastor. Jamás he ambicionado tanta honra. Mi único deseo, mi anhelo es ver feliz a mi grey, para lo que aspiro continuar siendo médico del alma y médico del cuerpo. (7) Rematar el templo de Chacao, ver desarrollado el cultivo del café y después morir en el seno de Dios y con el cariño de mi grey, he aquí mi única ambición.

Catorce años más tarde de aquel en que se había efectuado tan bella fiesta en el campo de Chacao, dos de estos hombres habían desaparecido: el padre Sojo que murió a fines del siglo, después de haber extendido el cultivo del café por los campos de los Mariches y lugares limítrofes; y Mohedano que después de ejercer el episcopado a orillas del Orinoco, dejó la tierra en 1.803. Sólo a Blandín vino a solicitarle la Revolución de 1.810. Abraza desde un principio el movimiento del 19 de abril del mismo año, y su nombre figura con los de Roscio y Tovar en los bonos de la Revolución Venezolana. Asiste después, como suplente, al Constituyente de Venezuela de 1.811, y cuando todo turbio corre, abandona el patrio suelo, para regresar con el triunfo de Bolívar en 1.821.

Nueve años después desapareció Bolívar, y cinco más tarde, en 1.835, se extinguió a la edad de noventa años, el único que quedaba de los tres fundadores del cultivo del café en el valle de Caracas. Con su muerte quedaba extinguido el patronímico Blandain.

---

(7) Aludía con estas frases a la asistencia y medicinas que facilitaba a lo senfermos de Chaco y de sus alrededores.

Blandín es el sitio de Venezuela que ha sido más visitado por nacionales y extranjeros durante un siglo; y no hay celebridad europea o nacional que no le haya dedicado algunas líneas, durante este lapso de tiempo. Segur, Humboldt, Bonpland, Boussingault, Sthephenson, y con éstos, Miranda, Bolívar y los magnates de la Revolución de 1.810, todos estos hombres preclaros, visitaron el pintoresco sitio, dejando en el corazón de la distinguida familia que allí figuró, frases placenteras que son aplausos de diferentes nacionalidades a la virtud modesta coronada con los atributos del arte.

Un siglo ha pasado con sus conquistas, cataclismos, virtudes y crímenes, desde el día en que fueron sembrados en el campo de Chacao los primeros granos del arbusto sabeo; y aún no ha muerto en la memoria de los hombres el recuerdo de los tres varones insignes, orgullo del patrio suelo: Mohedano, Sojo y Blandín. Chacao fué destruído por el terremoto de 1812, pero nuevo templo surgió de las ruinas para bendecir la memoria de Mohedano, mientras que las arboledas de "San Felipe", y las palmeras del Orinoco, cantan hosanna al pastor que rindió la vida al peso de sus virtudes. Del padre Sojo hablan los anales del arte musical en Venezuela, las campiñas de "La Floresta" hoy propiedad de sus deudos, los cimientos graníticos de la fachada de Santa Teresa y los árboles frescos y lozanos que en el área del extinguido convento de Neristas circundan la estatua de Washington. El nombre de Blandín no ha muerto: lo llevan, el sitio al Oeste de Caracas, por donde pasa después de vencer alturas la locomotora de La Guaira; y la famosa posesión de café, que con orgullo conserva uno de los deudos de aquella notable familia. En este sitio célebre, siempre visitado, la memoria evoca cada día el recuerdo de sucesos inmortales, el nombre de varones ilustres y las virtudes de generaciones ya extinguidas, que supieron legar a la presente lo que habían recibido de sus antepasados: el buen ejemplo. El patronímico Blandín ha desaparecido; pero quedan los de sus sucesores Echenique, Báez, Aguerrevere, Rodríguez Supervie, etc., etc., que guardan las virtudes y galas sociales de sus progenitores.

Desapareció el primer clavecino que figuró entonces por los años de 1.772 a 1.773, y aún se conserva el primer piano clavecino que llegó más tarde, y las arpas francesas, instrumentos que figuraron en los conciertos de Chacao. Sobresalgan en el museo de algún anticuario las pocas bandejas y platos del Japón y de China que han sobrevivido a ciento

treinta años de peripecias, así como los curiosos muebles abandonados como inútiles y restaurados hoy por el arte.

Los viejos árboles del Avila aún viven, para recordar las voces argentinas de María de Jesús y de Manuela, en tanto que el torrente que se desprende de las altas cumbres, después de bañar con sus aguas murmurantes los troncos añosos y los jóvenes bucares, va a perderse en la corriente del lejano Guaire.

## EL CUJÍ DE ÑO CASQUERO

A mediados del pasado siglo la ciudad de Caracas tenía por límite oriental el ex-convento de San Jacinto. Todo el terreno que se encuentra al Sur y al Este de dicho edificio, estaba cubierto de bosques de acacia, llamados vulgarmente cujisales. Pero chozas pajizas y alguna que otra casilla de tosca construcción, sobresalían a manera de barracas en muchos lugares del bosque. La más al Oeste, situada en la actual esquina del Cují, llamaba la atención, no sólo porque allí terminaban las casas de la capital, sino también por el corpulento cují que le daba sombra. (1) Vivía en ella un pobre zapatero, a quien llamaban el maestro Ño Casquero, hombre bueno, honrado, enjuto de cuerpo, flaco de carnes, de nariz aguileña y ojos azules, cuyas miradas ocultaban unos anteojos verdes que daban a la fisonomía del viejo artesano un aspecto de anticuario y de astrólogo.

No contento con su suerte, pues que su trabajo apenas le proporcionaba el sustento de su familia, Casquero vivía inquieto y siempre quejoso. Afortunadamente, concibió una manía que le distraía y le hacía esperar en mejores días para él y los suyos. Fijóse en su mente la idea de un tesoro que él debía encontrar, y aguijoneado por esta visión halagadora, la tuvo como único tema de sus conversaciones. Sus amigos trataron de disuadirle, queriendo así descartar de la imaginación del zapatero una nueva causa de tormento; mas sordo el artesano a las reflexiones de sus relacionados, hubo de encontrarse al fin en ese estado de febril excitación que se apodera de todos los maniáticos.

Vivía en aquellos tiempos, en el convento de San Jacinto, un fraile ejemplar por su conducta, sobriedad y erudición; el padre Caraballo, querido de los habitantes de Caracas, sobre todo de Casquero, a quien le había llevado un hijo a la pila de bautismo. Con frecuencia visitaba el fraile al caer la tarde la casa de Casquero, y su tertulia, a la cual asistía uno que otro amigo, tenía siempre un carácter de espontánea familiaridad, pues era Caraballo hombre de agudos

---

(1) Cují es el nombre vulgar que lleva, en una gran porción de Venezuela, la acacia olorosa, la flor amarilla, silvestre en nuestros campos.

chistes y de variada y amena conversación, que sabía embellecer con la relación de anécdotas y aventuras risibles. Su influencia sobre el zapatero, que veía en su protector un oráculo, llegó a ser proverbial; de manera que, cuando el fraile, por una casualidad, no venía a la casa del zapatero, éste iba al convento para saber algo de su compadre y poder así acostarse temprano.

Un día, cansado el fraile de la monotonía de Casquero, preguntó a éste si era hombre de valor, pues sólo así podía conseguir el objeto de sus desvelos.

—¿Y de qué manera, compadre? exclama Casquero.

—El lance es grave, amigo mío, contesta el fraile. Se necesita de gran presencia de ánimo, de valor heroico, pues de otra manera nada podrá conseguirse.

--Hablad, compadre de mi alma, replica el zapatero, clavando sus miradas sobre el fraile, que se encontraba revestido de una gravedad impotente.

—Por tres ocasiones consecutivas, contesta el fraile, y sólo por cumplir un voto, he tenido que bajar a la bóveda de Nuestra Señora del Rosario; y por tres ocasiones se me ha presentado un difunto a quien no he podido hablar, porque me ha faltado valor y resolución.

—Continuad, continuad, interrumpe Casquero, como si una luz le hubiera ya indicado el camino del tesoro.

—Probablemente, continúa el fraile, esta alma en pena quiere hacer una revelación; y es muy probable que podáis conseguir algo de vuestros deseos, pues los muertos conocen todo lo de este mundo.

—¡Oh!... contesta Casquero, llevándose ambas manos a la cabeza: ¿de dónde sacaré yo el valor que se necesita para hablar con un alma en pena? —Esto es horroroso, padre mío.

—Valor Casquero, replica el fraile; valor es lo que se necesita para encontrar la fortuna o alcanzar el premio de tantas fatigas.

—¿De qué manera podré yo hablar con esa alma en pena? —pregunta Casquero.

—Visitando la bóveda a las doce de la noche, cuando nadie os vea; y cuando no tengáis por testigos de nuestro sacrificio, sino a Dios y a ese difunto que tanto desea salir del Purgatorio.

Aceptó el zapatero la proposición del fraile, y preparándose como un hombre que va a morir, dejó escritas sus disposiciones respecto a su familia, a sus instrumentos de zapatería y a su casita de la esquina del Cuji: confesóse, tomó

la Extremaunción y aguardó el día. Casquero debía ir al convento a la hora de cerrarse éste —seis de la tarde— y aguardar la última hora del día en la celda del fraile.

El antiguo convento tenía dos patios, ambos con claustros altos y bajos. La celda del fraile estaba en el claustro alto del primer patio, contigua casi a la escalera que conducía a la puerta de la sacristía. Por lo tanto, atravesar ésta y entrar en la nave del Rosario, era cuestión de un instante: aquí estaba la trampa de la bóveda que tenía salida al gran corral del convento. Las cocinas se encontraban a extremos del segundo piso y en dirección del mismo corral. De esta manera el padre, al querer ir a la bóveda, sólo tenía que bajar una escalera y atravesar la sacristía; mientras que el que debía ir por la entrada del corral, tenía que caminar todo el claustro de ambos patios, bajar tres escaleras para llegar a las cocinas, y desandar después todo este trayecto para poder encontrarse a la entrada de la bóveda: es decir, como cien varas.

Casquero llegó al convento a las seis de la tarde del día fijado: aguardó las doce en el reloj del claustro, y tan luego sonó la última campanada, el fraile dijo al zapatero:

—Llegó el momento solemne, compadre: pensad en Dios y en vuestra familia, armaos de ese valor de que nos habla la historia de los mártires. Sí, partid. Y poniendo en las manos de Casquero una linterna le enseñó el camino que debía seguir.

Tan luego como Casquero se pierde de vista, el fraile toma una linterna ciega, cúbrese con el manteo, átase la capucha, baja la escalera de la sacristía, y abriendo la trampa de la bóveda desciende a ésta y se oculta en uno de los rincones.

A poco principia el fraile a divisar los reflejos de la linterna de Casquero; en seguida siente los pasos, y tan luego como se acerca a la bóveda el zapatero, abre un poco el padre su linterna y puede contemplar el semblante del artesano. Este, casi no podía sostenerse en pie; temblábanle las piernas, la cabeza y los brazos, y la linterna se sostenía por la rigidez de los tendones, que la voluntad para llevarla, flaqueaba.

Reíase interiormente el fraile de la agitación de su compadre, cuando éste, lleno de pavor y sin poder articular las frases, dice:

—Her... ma... no... De... parte... de... Dios... os... su... plico... me... di... gáis... ¿qué... es... lo... que... que... réis... de... mí?



El difunto permanece mudo, impasible...

—Her... ma... no... —exclama Casquero lleno de pavor. Un sudor frío corría por el rostro del zapatero, y con sus ojos clavados sobre el blanco espectro de la bóveda, parecía ser él el alma en pena.

—Por Dios, exclama Casquero, —ha... blad... her... ma... no..., os... lo... su... pli... co...

—Hermano, responde el difunto dando a su voz un sonido sepulcral. Por amor de Dios, hermano, sacadme de las penas del Purgatorio.

—¿Y qué... es... pre... ci... so... ha... cer... pa... ra... con... se... guir... lo...? —replica Casquero, trémulo y espantado.

La escena era terrible. La oscuridad y el silencio de la noche y los ecos de las voces que se repercutían en lontananza; la luz fúnebre; el espectro de la tumba; todo contribuía a enloquecer al pobre zapatero, el cual creía encontrarse en otro mundo.

—Hablad, her... ma... no.. —agrega Casquero, cuya cabeza bamboleaba como la linterna que tenía en una de sus manos.

—Cumplid estrictamente con el encargo que voy a haceros, —dice el alma en pena.

—Os lo ju... ro... contesta Casquero .

—¿Conocéis el Cují que llaman de Ño Casquero? —pregunta el muerto.

—Sí... her... ma... no... Mi... casa... es... tá... cer... ca..., Casque... ro... soy... yo...

—Pues bien, hermano, agrega el difunto; medid la distancia de cinco varas, desde el tronco del cují hacia el Oriente; haced una excavación de otras cinco varas, y después, hacia el Norte, cavaréis otras cinco; allí encontraréis una pequeña botijuela, que contiene veinte reales; aumentad cuatro reales más y mandadme a decir tres misas, de a un peso cada una, que con este sufragio yo saldré de penas y pediré a Dios para que os libre de ellas.

—Sí, her... ma... no... cum... pli... ré... con... vues... tro... en... car... go..., —contesta Casquero, que no aguardaba, en su grande turbación, tal resultado. Su casa, el cají, la botijuela con los veinte reales... de nada podía darse cuenta su razón: todo zumbaba en sus oídos, mientras que sus ojos estaban como petrificados.

—Partid, hermano, idos con Dios y pensad sólo en El, —exclama el difunto ocultando por completo la luz de la linterna.

Casquero parte.

Cuando el fraile deja de sentir las pisadas de su compadre, sale de la bóveda y regresa a su celda. Pero pasan cinco minutos, pasan diez y Casquero no vuelve. Temeroso de que algo le hubiese sucedido, el fraile va en su solicitud y le encuentra sin aliento y lleno de sudor frío al pie de la tercera escalera. Con trabajo se lo echa auestas y lo conduce a la celda. En esto vuelve en sí, a fuerza de asistencia y de los cuidados que le prodigaba su compadre.

—¿Qué os ha pasado, amigo mío? —le pregunta el padre a Casquero, después que lo encuentra algo repuesto.

—Nada, nada, no me habléis de esto. He visto un espectro, un alma en pena, que me persigue.

—Explicaos, Casquero, yo soy vuestro amigo y algo puedo hacer.

El zapatero relató entonces al fraile cuanto dejamos dicho, y le ofreció que al siguiente día se ocuparía en cumplir con lo que había ofrecido al alma en pena.

—No os ocupéis en eso, repuso el padre. Son veinte reales que no merecen la pena de tanto trabajo. Yo diré las misas para que el difunto salga del Purgatorio, y de esta manera todo quedará arreglado.

Desde aquel instante Casquero no volvió a hablar más de entierros ni de tesoros: estaba curado de la monomanía.

De su casa nada queda, y del cují sólo recuerda la tradición, que existió uno muy notable en la actual esquina de este nombre.

## DOMINGO DE MINERVA

Don Francisco de la Hoz Berrio, hijo de Bogotá, llegó a Caracas como Gobernador de la Provincia de Venezuela, en junio de 1.616. Hombre bueno y piadoso hizo lo que estuvo a su alcance en pro de la provincia que le fué encomendada. Por acta del ayuntamiento de 17 de julio de 1.617, Don Francisco funda la fiesta dominical conocida en Caracas con el nombre de *Domingo de Minerva* y fija para las doce funciones del año el tercer domingo del mes. Desde entonces el Ayuntamiento, acompañado del Gobernador, no faltó a esta función en obsequio de Jesús Sacramentado. Sencillas eran las costumbres de aquellos tiempos, pero exageradas las pretensiones de las autoridades civil y eclesiástica, quienes sin quererlo y dejándose arrastrar por necias vanidades, llegaron a constituir dos partidos en los cuales imperaron, a falta de moderación, de probidad y de razones, amenazas, odios y tropelías de todo género, que no dejaron sino ruina y malos antecedentes. Estas acerbas disputas que durante muchos años tuvieron en Caracas los dos cabildos, desde comienzos del siglo décimo séptimo, las conoce la historia con el nombre de *Competencias*. Reclamaba cada Cuerpo ciertos puntos de jurisdicción, como privativos de soberanas regalías, y lo que al comenzar parecía asunto trivial, de fácil resolución, se convertía a poco, en tropelías y persecuciones indignas de toda sociedad bien constituida.

Cuando el Gobernador Berrío fundó la fiesta de Minerva ya habían comenzado las famosas competencias entre su predecesor, el Gobernador García Girón y el Obispo Bohórquez. Hombre de tuerca y tornillo y también de espada y garrote fué este prelado, de origen catalán, el cual llegó a infundir el espanto en la población de Caracas. Muerto el Gobernador Girón, contra Berrío continuó el Obispo, y sustituido éste a su turno por Gonzalo de Angulo, continuaron las competencias, cual epidemia que necesitaba para concluir de millares de tropelías y de infortunios.

¿Sobre qué versaban las competencias? Ya se ocupaban en ocultar los escaños y bancos que había en los templos, o sobre quién o quiénes debían recibir en la Iglesia Mayor al Gobernador y Ayuntamiento. Ya versaba la materia sobre

los cojines que debían tener el Gobernador y los Regidores en sus asientos; ya cerca de los pajes y caudatarios que quería tener el Obispo, o de los quitasoles con los cuales querían los padres del cabildo eclesiástico resguardarse del sol. Ya eran las pretensiones de los Gobernadores que reclamaban en el templo asientos de cierta preferencia, honores desconocidos; ya figuraba la mujer de alguno de los Gobernadores que aparecía en el templo extravagantemente vestida, o la falta de etiqueta y de puntualidad en alguna invitación; ya, finalmente, el saludo oficial dado de tal o cual manera, en ocasiones solemnes.

El fuego de las competencias se hacía necesario, a proporción que crecía. Era una locura de la cual no participaban, en los primeros días, sino dos cuerpos sociales, los *cabildos*; pero más tarde fueron dos partidos, con sus odios, acechanzas y persecuciones. En ausencia del Obispo quedaba siempre un Vicario encargado de continuar la lucha, y en defecto del Gobernador, los Alcaldes.

Actuaban los Alcaldes por muerte del Gobernador, en los días de 1.623, cuando el famoso Vicario Mendoza, hombre audaz e intrigante, queriendo castigar a los señores del Ayuntamiento, en la fiesta de Minerva correspondiente al mes de mayo, los burló de una manera muy brusca. Fué el caso, que en vísperas de la fiesta, el Vicario, que expiaba cuanto hacían y proyectaban los del Ayuntamiento por medio de un agente de su confianza, envió su secretario a los directores de las comunidades religiosas con cierto oficio, en el cual las invitaba para que asistieran a la Catedral a la siguiente mañana.

—Diga usted a los señores directores, agregó el Vicario, que si llega a conocerse en la ciudad el contenido de esta nota, los sepulto en los sótanos de la Catedral.

Cuando llegaron las comunidades al templo, a la siguiente mañana, no faltó uno de los directores que le hiciera al Vicario indicación oportuna.

—No está aquí el Ayuntamiento, señor, dice uno de los frailes, y debe aguardarse, porque ésta ha sido la costumbre en cada Domingo de Minerva, desde 1.617.

—Aguarde usted, padre, en la sacristía, contestó Mendoza ya molesto, órdenes que tengo que comunicarle.

—¿Y la procesión, señor?

—No se necesita de usted, contestó el Vicario.

Esta advertencia tan justa como oportuna, proporcionó, concluida la función, ratos de amargura al pobre dominico,

tan poco conocedor del carácter y condiciones de su superior, el Vicario Mendoza, que representaba al Obispo ausente.

Al instante dase comienzo a la fiesta de Minerva, como dos horas antes de la acostumbrada.

"Ya verán estos tunantes del Ayuntamiento, se decía el Vicario, si Gabriel de Mendoza es capaz de dejarlos desplumados".

Cuando a las nueve de la mañana se presenta en la Catedral el Ayuntamiento con sus Alcaldes a la cabeza, se encuentra con la procesión del Santísimo Sacramento, que recorría las naves del templo, acompañada de los frailes de las comunidades, que llevaban las varas del palio. Los bancos del Ayuntamiento habían desaparecido, y los Regidores contrariados con tan ridículo percance, hubieron de partir.

"Ya lo veréis, se decía el Vicario, al contemplar el apuro en que había colocado a sus contrarios: ya lo veréis, que no somos los de sotana juguete de tanto necio. Volveréis a la Minerva de junio, y os aseguro que encontraréis el templo cerrado".

Al siguiente día, el Ayuntamiento hizo sacar de la Catedral los bancos de su propiedad, los cuales fueron trasladados a San Francisco, donde, por mucho tiempo, se verificaron las fiestas religiosas patrocinadas por el Ayuntamiento. Acusado el cabildo eclesiástico ante la Audiencia de Santo Domingo, ésta contestó:

"Dígase al Obispo de Caracas que se deje de novelorías, de mudanzas y variaciones que perturban el orden: que reponga los bancos donde estaban, y aguarde siempre al Ayuntamiento para que pueda efectuarse la procesión de Minerva".

Los dos cabildos se acusaban como niños ante la Audiencia de Santo Domingo y ante el Monarca, por cuantas necesidades llegaron a ser tema de discusión entre ambos Cuerpos. En 1.631 el Gobernador Núñez Meleán asiste con el Ayuntamiento a la fiseta del Domingo de Ramos, y al salir de nuevo a la calle, donde se efectúa la ceremonia de costumbre en la puerta mayor del templo, observa que el Obispo está acompañado de prolongada cola de pajes y caudatarios. Al instante se inmuta, se encoleriza y grita: "a nuestros asientos", y deja a Monseñor con los canónigos. Eleva la queja a la Audiencia de Santo Domingo, y ésta contesta: "Que el prelado pueda llevar, en las procesiones y actos públicos, cerca de su venerable persona, todos los caudatarios y pajes que a bien tenga".

En cierta mañana de 1.728 en que los canónigos tenían que asistir acompañados del Ayuntamiento a Santa Rosalía, se

presentaron en la calle llevando hermosos quitasoles de color encarnado, con regatones plateados. Muy satisfechos caminaban los buenos señores y se resguardaban del sol; mientras que los Regidores del Ayuntamiento se calentaban las mejillas a los fuegos del astro rey. Acusan al cabildo eclesiástico los del Ayuntamiento y la autoridad superior contesta: "Que en actos tan solemnes no deben figurar quitasoles que son incompatibles con la seriedad del acto; y por ir acompañado aquel Cuerpo del Gobernador y Ayuntamiento".

Sería no acabar, si quisiéramos entretener al lector con la historia de tantas puerilidades de los pasados siglos. En los libros de la Metropolitana se relata cada uno de estos ridículos incidentes, desde comienzos del siglo décimo séptimo hasta principios del actual. En las *Crónicas inéditas* del Padre Don Blas Terrero, figura un extracto sacado de los archivos de ambos cabildos. Este cronista nos refiere que fueron tan tempestuosas las *Competencias*, durante el obispado de Mauro de Tovar, que la familia de éste tuvo que romper cuantos documentos hubo a las manos en ambos cabildos, pues no quería que escándalos tan necios, fueran conocidos de la posteridad. Pero nosotros, al estudiar ambos archivos, hemos tropezado con frases sueltas, con dichos agudos; que aun en los mayores incendios, siempre queda algo bajo las cenizas que no puede ser destruido por el fuego. (1)

Ya hoy los cabildos de Caracas no luchan ni se insultan. Si mansos aparecen los canónigos, tolerantes o indiferentes se presentan los concejales. La diosa Libertad, al cobijarnos a todos, desde 1821, acabó con las *Competencias*, con las Audiencias y con los reyes. La Metropolitana realista dejó su puesto a la Metropolitana republicana. Esta comenzó por entregar sus ricas alhajas, para sufragar a los gastos de la guerra, en 1814, y aceptó después la emancipación de los esclavos. Los canónigos hoy no cabalgan en ricas mulas, ni tienen esclavos que los acompañen con farol por las oscuras calles de Caracas, que ya abundan el gas del alumbrado y los carruajes de paseo. Se impuso a la Metropolitana que abandonara las procesiones, y escondió el paraguas del Viático e hizo pedazos la esquila. Los canónigos se han hecho diplomáticos y tolerantes. Ya no se yerguen, porque son republicanos.

---

(1) Acerca de la historia de Mauro de Tovar conservamos una Leyenda inédita.

Todo lo añejo e inconducente va desapareciendo poco a poco, y el progreso entra por todas partes, no como visitante, sino como invasor. Pero si éste decora los templos y los hermosea, y hecha a la calle los vetustos bancos de la época de las *Competencias*, y levanta capillas, y ha aceptado la adoración perpetua, no podrá mandar arriar la modesta banderilla, el angosto guión blanco con una custodia pintada, que flamea en los campanarios de los templos, hace ya tres siglos. He aquí un recuerdo palpitante que nos habla de la época de Berrío, cuando en 1617 fué fundada en la Metropolitana, la fiesta de Minerva.

## LAS DISCIPLINAS DE SANTA ROSALIA

Refieren las crónicas de ahora ciento cuarenta y más años, que en el área contigua al actual templo de Santa Rosalía, hubo un pequeño claustro; que en él se instalaron las primeras monjas Carmelitas que llegaron de Méjico, en 1.731, las cuales hubieron de abandonar el tal sitio, para sustraerse de las visiones imaginarias que las atormentaban durante la noche: que años más tarde, en el mismo lugar, en los días del Gobernador Ricardos, 1.753 a 1.758, fueron instaladas las tropas veteranas que habían llegado con el Brigadier Gobernador, a las que se unieron las que había en Caracas; que irritada la Santa de Palermo por el ultraje que durante algunos años se le había querido inferir, el de crear un cuartel en su santa casa, lugar de meditación y de recogimiento, se propuso castigar tanta insolencia, y se valió de una epidemia violenta, pues siendo ella abogada de la peste desde 1.696, época en que los moradores de Caracas le levantaron un templo a causa de haberlos protegido en la cruel epidemia de fiebre amarilla que desoló en aquel entonces a la capital por espacio de catorce meses, debía valerse de los mismos estragos que sabía aplacar para castigar a los holgazanes que no habían llegado a Caracas, sino con el único objeto de perseguir a todos aquellos que clamaban justicia contra el monopolio de la célebre Compañía guipuzcoana. (1)

Refieren también las crónicas que al prender la epidemia, en la época de Ricardos, morían los soldados de una manera tan alarmante y lastimosa, que el espanto se apoderó de la población. Y lo más notable de todo, era que morían los peninsulares, sin que se presentara un solo caso de defunción en los hijos del país. Aluden las crónicas que todo el vecindario de Santa Rosalía hubo de emigrar, y que durante muchas noches, las imaginaciones exaltadas vieron por los

---

(1) A pesar de las tropelías que ejerció Ricardos en Caracas, es necesario hacerle justicia, pues contribuyó en mucho, durante su gobernación, al ensanche y embellecimiento de la ciudad. El hospicio de lázaros, la reconstrucción de la plaza real, la renta que creó para estas obras, el puente de la Pastora, el cuartel de artillería, varios puentes y otras obras, hacen el elogio de este mandatario español, a pesar de su dictadura y tropelías contra los enemigos de la Compañía guipuzcoana.

aires a Santa Rosalía, armada de unas disciplinas de fuego, con las cuales azotaba sin compasión a los soldados de Ricardos, que huían en todas direcciones y lanzaban gritos lastimeros. Decían los vecinos que se escuchaban los ayes de los moribundos, que se veía a la Santa desde el momento que llegaba la noche, que por todas partes las familias oraban y sufrían, al ser testigos de los enojos de la Santa; y agregaban, últimamente, que tan luego como fueron sacados los soldados españoles del improvisado cuartel, la epidemia cesó como por encanto, y que no volvió a verse a Santa Rosalía.

Vamos a relatar los diversos incidentes de una epidemia física que trajo una epidemia moral.

El actual templo de Santa Rosalía, con su graciosa plazuela no es el primer templo de este nombre fundado en 1.696, a consecuencia de la primera epidemia de fiebre amarilla de que fué víctima una gran porción de la ciudad, en la época indicada. El pequeño templo pajizo levantado a la abogada de la peste, por ambos cabildos, con obligación de fiseta solemne anual, como agradecimiento de la protección dispensada a Caracas, estuvo cerca de cien varas más al Sud del actual, al comenzar la siguiente manzana. Destruído por la incuria del tiempo, los moradores de la capital quisieron levantar un templo más al Norte, y escogieron el sitio actual. Comienza la obra, y surgía el modesto edificio, cuando de repente se despierta el deseo de levantar contiguo al templo un pequeño convento de Carmelitas Descalzas, pensamiento que patrocinaba desde 1.724 Monseñor Escalona y Calatayud. Aislado se presentaba el edificio en el sitio indicado, pues en aquellos días la actual parroquia de Santa Rosalía era casi un erial, con población diseminada, llena de arbustos y de árboles frutales, y a distancia del centro de Caracas. Esta no había podido extenderse sino muy poco en la dirección Sud.

Desde el momento en que se pensó crear un convento de Carmelitas Descalzas, anexo al templo de Santa Rosalía, la fábrica tomó creces, animóla el entusiasmo público, y todo llegaba a su término, cuando en 1.728 dejó a Caracas el Obispo Escalona y Calatayud. Muerto éste en 1.729, sucedióle Monseñor Valverde, que de Méjico salió para su obispado, trayendo consigo tres monjas para el beaterio de las Carmelitas. Instaladas en la obispalía, aguardaron en ésta que la fábrica del beaterio estuviese en disposición de recibir las, hasta que a poco fueron conducidas, con gran pompa, al nuevo convento de Caracas. El permiso real que abre la

historia de este monasterio, tiene la fecha de 1.725. En 1.727 se pone la primera piedra en la fábrica de Santa Rosalía, el día de San Miguel, 29 de setiembre, día en que según superstición popular, está suelto el diablo. Valverde llegó en 1.728, y el beaterio fué instalado el 19 de marzo de 1.732. (1)

Pero el Obispo Valverde, como todo mortal, tenía sus émulos que a la sordina le minaban su reputación, y no perdían ocasión de hacerle el mal que deseaban; porque entre los mortales el deseo del mal ahoga el sentimiento del bien, y más se satisfacen ciertos corazones dando rienda suelta a sus pasiones feroces, que ejerciendo el apostolado de la caridad. Sucedió lo que era de esperarse y lo que la práctica enseña, donde quiera que se instalen comunidades. Recluidas aq. ellas buenas madres, por una parte, en un lugar solitario y húmedo, lejano de la población; y por la otra, teniendo constitución anémica y carácter timorato, comenzaron a ser víctimas de multitud de dichos malélicos inventados con el objeto premeditado de alucinarlas. Ya se decía que las madres monjas eran todas las noches amenazadas de hombres de poblada barba que llevaban cuernos en la cabeza y abrían las puertas de las celdas; ya que espíritus malignos, en forma de jovencitos llenos de gracia, llamaban a las madres con palabras y frases suplicantes. Con invenciones de este género que tomaban creces, en cada hora, y llegaban al convento de una manera sigilosa y alarmante, todas estas vulgares invenciones de los enemigos del Obispo, exaltaron el ánimo timorato de las buenas señoras. Al instante se presenta la polémica entre las madres que desean abandonar el convento y tornar a Méjico, y el Obispo que trata de disuadirlas de semejante propósito. Al fin vencen las monjas, y nada pudieron las súplicas del prelado y de muchas familias. Al mes de estar en Santa Rosalía, salen de este sitio, se trasladan a una casa de alto frente al de la puerta través de la Metropolitana, y a poco dos de ellas se embarcan para Veracruz. Sólo una que no había sido contagiada se quedó en Caracas, para ser primera abadesa del segundo Convento de Carmelitas, que debía suceder al primero. Decía que se quedaba porque Dios le ordenaba que permaneciera en Caracas.

Desde aquel entonces quedó en la memoria de los vecinos de Santa Rosalía, la crónica de las visiones de las monjas Carmelitas, y aun al acercarse la noche, las imaginaciones enfermas y también las protervas, al pasar por las cercanías de los solitarios claustros, repetían las mismas inven-

(1) Véase nuestro estudio sobre los ex-conventos de Caracas.



tivas acerca de los hombres de barba poblada y de enormes cuernos en la cabeza. Y a tal grado llegó la oposición de los enemigos del Obispo, que consiguieron que el Monarca mandara suspender la fábrica y ordenara que las monjas tornaran a Méjico. En 1.732 el Monarca dispone lo contrario y el nuevo beaterio queda instalado en 1.736, en casas que pertenecieron a la señora viuda de Don José de Ponte y Aguirre, que bondadosamente las cedió para el nuevo convento de las madres Carmelitas. (1)

Corrían los años y la parroquia de Santa Rosalía iba lentamente desarrollándose, hasta que llegó el caserío cerca del convento abandonado. Prosperaba, mientras tanto, el nuevo templo, acudían los fieles a los oficios religiosos, visitaban anualmente a la Santa de Palermo los dos cabildos, el eclesiástico y el civil, en obediencia a lo dispuesto por estas corporaciones desde 1.696, y se desarrollaba el culto a la abogada de la peste, cuando llega a Caracas, en 1.752, el Brigadier Don Felipe de Ricardos, como Gobernador y Capitán General de la provincia. Lleno de mala intención, y más celoso de los intereses mercantiles de la Compañía guipuzcoana que de la grandeza de España da comienzo a su obra de persecuciones premeditadas. (2)

Al instalarse Ricardos dispone que los doscientos veteranos que habían llegado con él y los demás que estaban en Caracas, fuesen acuartelados en los solitarios claustros de Santa Rosalía; y como era natural, los soldados no se preocuparon con el hecho de que allí habían estado unas monjas, menos aún pensaron en Santa Rosalía, la abogada de la peste. Corrían los años unos tras otros y nada indicaba temores en el cuartel, cuando por los años de 1.756 a 1.757, prende en la tropa una epidemia de fiebre amarilla con intensidad alarmante, tan alarmante que hubo soldados que desaparecieron en cortas horas. Al momento cunde el espanto en los vecinos y a poco en toda la población, que recordaba los días calamitosos de 1.696, cuando por primera vez se presentó en Caracas la fiebre amarilla. Notóse que sólo los soldados españoles sucumbían, mientras que no era atacado por la epidemia ninguno de los hijos de Caracas.

El haberse desarrollado la epidemia solamente en los antiguos claustros abandonados hacía años, y el no ser víctimas

---

(1) Véase nuestro estudio citado sobre los ex-conventos de Caracas.

(2) En el templo de Santa Rosalía conservóse durante mucho tiempo, un fragmento del coxis de la Santa de Palermo. Ignoramos donde está hoy esta reliquia.

de ella sino los soldados de Ricardos, fueron suficientes razones para que los moradores de Caracas vieran en el hecho un castigo de Santa Rosalía contra aquellos pobres infelices, que en nada eran culpables de estar acuartelados junto a la casa sagrada de Rosalía de Palermo. De manera que lo que la ciencia enseña, desde remotos tiempos, a saber, que causas físicas, locales o generales, unidas a marcadas idiosineracias son en la mayoría de los casos las causas de las epidemias, la tomaba la población de Caracas como un castigo de Dios. En época tan atrasada no habían consideraciones de este género, sino la idea mística, la superstición y el fanatismo que tenían que triunfar de todo.

Cuando el Gobernador comprende que había dos epidemias, la física, que le destruía el ejército, y la moral, que le alucinaba la población, manda sacar la mitad de la tropa del cuartel de Santa Rosalía; pero apenas salen los soldados cuando se hace más intensa la epidemia y se aumenta el número de las víctimas, al mismo tiempo que las imaginaciones supersticiosas, iban contagiando el resto de la población. Decíase y repetíase por todo el mundo, que Santa Rosalía, cansada de sufrir las vejaciones de la soldadesca, había resuelto castigarla: que la Santa, armada de disciplinas de fuego, fustigaba sin piedad a los soldados, los que corrían por los claustros, pidiendo misericordia. A poco todo el mundo veía esto, durante la noche, y oía igualmente los gritos de los soldados y los ayes de los moribundos, lo que motivó el que las familias del vecindario, en constante oración, pidieron a la Santa de Palermo que tuviera piedad de tantos desgraciados. (1)

En una de estas noches lóbregas, ciertas personas algo preocupadas con lo que pasaba, cercaban al Gobernador Ricardos. Este, que era hombre de mucha serenidad, decía

---

(1) El Cronista Don Blas Terrero nos describe a lo vivo la epidemia física, pero nada nos dice la epidemia moral. Esto tiene sus razones como veremos más adelante. Lo que nos ha servido para conocer los diversos incidentes de esta historia, lo encontramos en papeles que fueron del Dr. Fernando Quintana, que perteneció al cabildo eclesiástico de Caracas, por los años de 1768 a 1770. En ellos se habla de la muerte del Capitán Capella, de los insultos dirigidos por el Gobernador al Capitán Rosales, de la actividad que desplegó Ricardos contra la epidemia y las invenciones de los ignorantes, etc. Y en un panegírico de Santa Rosalía, manuscrito perteneciente a la obispalía de Caracas, se hace a la Santa de Palermo el debido elogio por haber salvado, en varias ocasiones, a la ciudad de Caracas, y traído la calma a los espíritus que creyeron que la Santa había querido destruir, en la época del Gobernador Ricardos, a los soldados que pacíficos vivían en las celdas del destruído claustro de las primeras monjas Carmelitas.

a la concurrencia que temía más los estragos de la epidemia moral que los de la morbosa; pero que no omitiría los medios que estuviera a su alcance, para extirpar de raíz ambas calamidades; y aprovechando la llegada del encargado del obispado, dijo a éste:

—Necesito de los curas de la ciudad para asistir a los soldados moribundos en el cuartel de Santa Rosalía. Donde está la desgracia debe imperar el espíritu de la caridad. Os advierto, agrega, que pululan multitud de dichos absurdos propagados intencionalmente con el maléfico fin de alucinar las imaginaciones enfermizas; pero tomo nota de todo esto, para castigar de una manera ejemplar, llegado el momento, a los que quieran turbar la tranquilidad de las familias.

Entonces Ricardos, con voz imperiosa, llama al Capitán Rosales que pertenecía a su guardia, y le dice:

—Vaya usted al cuartel de Santa Rosalía, observe cuanto pasa, tome nota de los oficiales y soldados enfermos y moribundos, y retorne en el término de la distancia.

El oficial parte. Eran las nueve de la noche, y la ciudad parecía abandonada. Ni un transeúnte ni una voz: todo era silencio de tumbas. El Capitán Rosales llegaba a las cercanías del cuartel, cuando tropieza con un compatriota que le saluda al pasar y le detiene. Al informarse el vecino de Santa Rosalía de que su compatriota iba al cuartel en comisión del Gobernador, le aconseja no seguir, y le relata cuanto pasaba en los claustros de aquél. La imaginación de Rosales comienza a ser víctima de la epidemia, y el oficial vacila si debe o no continuar. —Entra, le dice el paisano; sube a este árbol, y examínalo todo. "Rosales entra, pasa cerca de varias mujeres que a la sazón oraban, en seguida asciende al árbol y observa, sin articular una palabra. A poco descende inmutado; y al acercarse con el paisano a las mujeres que oraban, les dice:

—He visto a Santa Rosalía con las disciplinas de fuego; he escuchado los gritos de los soldados; y lleno de pavor, ya alucinado, retorna a la casa del Gobernador.

—¿Qué hay, Capitán Rosales? —pregunta Ricardos, con altivez.

—Mi General, mi General, contesta Rosales, algo trémulo... Quiso hablar y no pudo.

—Habla, estúpido; ¿por qué tiemblas?

—Mi General, la vi... vi a Santa Rosalía con las disciplinas de fuego.

—Alma de Lucifer, —grita el Gobernador en medio de la concurrencia que lo rodeaba—. Voto al diablo, ya éste

miserable está contagiado. Y llamando dos sargentos, les dice:

—Inmediatamente, pongan este oficial en el cepo.

Ricardos se dirige al instante al Capitán Capella, joven arrogante y pundoroso.

—Siga usted, Capitán Capella, al cuartel de Santa Rosalía, para que se informe del estado sanitario de los soldados y oficiales. Le advierto, agrega Ricardos, ya encolerizado, que si usted, al desempeñar su encargo, me habla de Santa Rosalía y de las disciplinas de fuego, le hago pasar inmediatamente por las armas.

El elegante Capitán se inclina, y con despejo, sigue en dirección del cuartel. Capella era joven de valor y de inteligencia clara, pero no estaba exento del influjo que ejercen ciertas impresiones súbitas sobre el corazón humano. La muerte de este oficial, no va ser producida por el miedo vulgar ni por los temores que infunde una imaginación enfermiza, sino por un conjunto de incidentes inesperados que tuvieron efecto en un mismo instante.

La puerta del cuartel por donde debía entrar Capella, estaba algo en ruinas, y pedazos del muro caían de vez en cuando, por el uso continuado de las hojas. Cerca de la puerta había un dormitorio donde agonizaba un oficial querido de la tropa, cuyo nombre, ignoramos. Estaba con él un sobrino que le asistía. Entre la puerta del dormitorio y la exterior del cuartel, se hallaba en pie un grupo de tres oficiales encapotados, pues la noche estaba húmeda. Este grupo aguardaba silencioso la muerte del oficial agonizante. El Capitán Capella, sin detenerse en las calles del tránsito, llega a la puerta del cuartel, la cual conocía. Empuja una de las hojas y ésta no cede, pero a nuevo esfuerzo se abre, y caen a los pies del Capitán dos gruesos terrenos de la pared arruinada. Esto sucede en el instante en que los tres oficiales del grupo se mueven y exclaman: “el pobre, el pobre”, al escuchar el sobrino del enfermo, que desesperado, salía gritando: “¡Ya murió, ya murió! Los oficiales, al fijar sus miradas en la puerta en aquel momento, ven que ha caído un cuerpo, y quieren cerciorarse del hecho. Favorecidos con la luz de una linterna, levantan el oficial que acababa de caer, y todos exclaman: “¡Es Capella!” “¡Es Capella!” Con la esperanza de encontrar en los bolsillos de la levita algún parte del Gobernador los registran, pero nada obtienen. Entonces los tres oficiales resuelven dirigirse a la casa de Ricardos.

—¿Qué hay señores? ¿Qué traen ustedes? ¿Dónde está el Capitán Capella?

—Dos desgracias, General, nos traen a estas horas delante de V. E.: la muerte de nuestro compañero, que como sabe V. E. estaba moribundo desde ayer, y la muerte violenta del Capitán Capella al empujar la puerta del cuartel.

—¡Cómo! ¿Murió Capella? —pregunta Ricardos, lleno de sorpresa.

Los oficiales relatan entonces, el hecho al Gobernador, quien después de un rato de reflexión, dice:

—Esta noche no dormiremos, señores, estaremos de facción, pues es necesario conjurar la desgracia que nos amenaza.

Y sin pérdida de tiempo, y favorecidos por la actividad de celoso mandatario, todas sus órdenes son atendidas. Antes de las dos de la madrugada el nuevo día, estaban listas las camillas y los peones conductores de los enfermos de Santa Rosalía. Lencería, objetos de uso, muebles y cuanto fué necesario, sin tener que apelar a lo que había en el hospital de Santa Rosalía, fué llevado al hospital improvisado en Catia. Al amanecer estaban los enfermos en su nuevo hospital, y abandonados por completo los antiguos claustros de las Carmelitas. Cuando los moradores de Caracas conocieron lo que había sucedido, bendijeron al mandatario que sabía obrar con tanta sabiduría. Ricardos había conjurado la tormenta.

Sacados los enfermos de un sitio que alimentaba la epidemia y llevados a otro de mejores condiciones higiénicas, el flagelo desapareció; la confianza tornó al corazón de los enfermos, y la reflexión a las imaginaciones alucinadas.

A poco, al comenzar la nave del templo de San Francisco, que se llamó más tarde los Terceros, surgió una capilla dedicada a la Virgen de la Luz. En el altar figuró un hermoso retablo de esta gran Señora, protectora de la ciudad, y a los lados estaban los bustos de Santa Gertrudis y Santa Bárbara. Dos inscripciones en español, con sus correspondientes sentencias en latín, indicaban que aquella obra había sido levantada durante el reinado de Fernando VI, y bajo la Gobernación del Brigadier Don Felipe de Ricardos. Esta era la capilla donde los oficiales españoles oían la misa dominical, después de haberse salvado de la cruel epidemia.

La epidemia moral de que acabamos de hablar, no llegó a ejercer influjo alguno en el ánimo de la población caraqueña. En aquel entonces, cuanto se dijo, se afirmó y fué creído, sin comentarios ni explicaciones, aparecía como un hecho natural. Que la Santa se presentara airada, con sus disciplinas de fuego y azotara a los pobres soldados que vivían contiguos al templo de Santa Rosalía, era un suceso en armonía con las creencias de aquella época y con el es-

píritu religioso de la población. Y que cada uno, al dudar de ciertos hechos concluyera por aceptarlos y afirmarlos; no podía considerarse entonces como epidemia moral, sino como consecuencia lógica de la educación fanática que animaba a la población.

La epidemia moral de que más tarde fué víctima Venezuela, a consecuencia del terremoto del 26 de marzo de 1.812, efectuado en Jueves Santo, a los dos años de haber sido derrocada en el mismo día la autoridad real, tuvo una área muy extensa, y numerosos abogados que la patrocinaran. El estrago que engendran estas epidemias, no es sobre la minoría pensante y civilizada que las patrocina, sino sobre las muchedumbres ignorantes, que se rinden y obedecen ciegamente. Débil el gobierno patriota para luchar contra el Arzobispo Coll y Prat, y poderoso éste, ayudado de su clero, para pintar la catástrofe con sus diversos estragos, como castigo de Dios contra el partido republicano, éste hubo de sucumbir. Todas las persecuciones de los españoles contra los patriotas, desde el 26 de marzo de 1.812, la desmoralización y anarquía del partido patriota, la ausencia de opinión pública que lo patrocinase, la deserción de sus tropas; todos estos tristes resultados fueron debidos al influjo que tuvo sobre los pueblos la epidemia moral, sostenida por el odio de unos, por los intereses de otros, por la acción continuada de una gran porción del clero venezolano. La acción física del memorable terremoto de 1.812, y la epidemia moral, tan violenta, que aquél desarrolló, fueron los dos agentes principales de las desgracias sin cuento que afligieron a Venezuela desde comienzos de 1.812 hasta fines de 1.814.

## MARIPERE

A orilla de la carretera del Este, entre los pueblos de Quebrada-honda y Sabana-grande, existe una pequeña zona con casas de campo y poco cultivo, que se conoce con el nombre de Maripere. No hay entre los transeúntes de aquella vía quien no conozca el sitio mencionado, bañado al Este por aguas del Guaire, y al Oeste por la escasa quebrada que se desprende la cordillera del Avila. Lugar de doscientas almas, es más solicitado por lo agradable de su clima que por el cultivo de su tierra.

Hace ya como cerca de doscientos cincuenta años que se conoce este lugar con el nombre Maripere, contracción del de María Pérez, que así se llamó la piadosa señora y rica que empleó sus caudales en el ejercicio de la caridad, fundó cofradías, acompañó al obispo Mauro de Tovar durante la mañana y días que siguieron al primer terremoto de Caracas en 11 de junio de 1.641, y contribuyó con mano generosa al socorro de las víctimas y a la reconstrucción de la catedral de Caracas, arrasada por tan violenta catástrofe.

La actual Metropolitana de Caracas, que resistió el célebre terremoto de 1.812, y ha sido modificada en diversas épocas, fué, en los primeros años de los conquistadores y fundadores de esta capital, 1.567 a 1.690, un miserable caney, simulacro de templo en el cual se albergaron en 1.595 los filibusteros ingleses de Amyas Preston, continuando así hasta mediados del siglo décimo séptimo, época en la cual el derruido edificio amenazaba ruina. Concedida por real cédula de 1.614 la licencia que del Monarca impetraran los caraqueños para refaccionar la iglesia parroquial, poco se había hecho para conservar el edificio, cuando llegó de prelado en 1.640 el obispo Mauro de Tovar. Animado andaba éste y aún había reunido los fondos necesarios para dar remate a la obra ya comenzada, cuando la naturaleza se encargó de echar por tierra la primera Catedral de Caracas, la cual, para la época de que hablamos, contaba cerca de setenta años.

La mañana del 11 de junio de 1.641 estaba despejada y ningún signo infundía temores en los habitantes del poblado, cuando a las nueve menos quince minutos violento sacudimiento de tierra hace bambolear los edificios, llenando de escombros el limitado recinto. Gritos de espanto y de dolor

se escuchan por todas partes, y vese a los moradores que despavoridos huyen en todas direcciones. Desde este momento no hubo quietud en la ciudad, sino temores y lágrimas, queriendo huir los que habían sobrevivido a la catástrofe. Pero mientras que unos abandonaban sus hogares reducidos a escombros, otros se ocupaban en salvar a los heridos y contusos que habían quedado bajo las ruinas. Como la ciudad era pequeña, a poco se supo que el número de muertos alcanzaba a doscientos y a otro tanto el de los aporreados. En los momentos de la catástrofe, el prelado, que estaba en la obispalía, al sentir bambolear las paredes y crujir los techos, escápase salvando dificultades y sale a la calle, donde tropieza con parte de la muchedumbre que clamaba misericordia. Sin turbarse y en medio de escena tan lastimera, el obispo piensa en salvar la custodia y se dirige a los escombros de la Catedral. Entre las ruinas se abre paso y logra al fin, con trémula mano, abrir el sagrario, saca la custodia y se dirige a la plaza mayor, donde bendice a la muchedumbre aterrada. Horas más tarde se levantó en este lugar una barraca de tablas, que sirvió de templo provisional durante algunas semanas. Sin perder tiempo el obispo comenzó a auxiliar a los moribundos y a socorrer a los necesitados. El dinero que con este piadoso objeto fué conseguido entre los sobrevivientes y el cabildo, sirvió para satisfacer las necesidades de los desgraciados, los cuales continuaron bajo el amparo y amor del prelado. Acompañó al obispo en estos días y ayudóle con constancia y eficacia una señora piadosa, Doña María Pérez, corazón caritativo que dedicó su existencia al alivio de la orfandad y al culto de la religión.

Vinieron al suelo la vetusta Catedral, parte de los conventos de San Francisco y San Jacinto, el nuevo de las Mercedes, que figuraba desde 1638 en la porción alta, despoblada y cerca del sitio donde más tarde se levantara el templo de la Pastora, y el puente del mismo nombre, que atrajeron a este sitio incremento de población.

Construída la nueva Catedral hubo de durar pocos años, pues para 1664 amenazaba ruina, comenzando en esta época la actual que fué rematada en 1674 y poco a poco ampliándose hasta nuestros días. Desde muy remoto tiempo figuró en la Metropolitana, en la pared occidental del coro bajo un retablo de brocha gorda, de regular tamaño, el cual representa el martirio de San Esteban. En el lado izquierdo del lienzo y en el último término, vese al obispo Mauro que conduce la custodia y va acompañado de una anciana. Representa esta escena al prelado virtuoso, tan sublime en los



días del terremoto de 1641, y a la señora María Pérez, tan abnegada como espléndida en la misma época. Este retablo que según nuestras observaciones no fué colocado, sino cuando se reedificó por tercera vez la Catedral, 1664 a 1674, trae su origen desde el pontificado de Mauro de Tovar, quien juzgó que era necesario perpetuar en la memoria de los caraqueños la de una mujer tan abnegada y espontánea, tan caritativa y humilde, como lo había sido María Pérez para sus compatriotas. La colocación del tal retablo, está conecionada con un hecho, si se quiere vulgar, pero que exigía cierta reparación de la sociedad caraqueña.

Vivía en Caracas en la época del obispo Mauro cierto gallego, pintor de brocha gorda, insolente y desvergonzado por hábito, pues no había hora en que de su boca no salieran descomunales improperios, que letrado parecía en el estudio de ciertas frases provinciales de Galicia y también de Cataluña y Andalucía. Por lo demás era Mauricio Robes hombre cumplido y trabajador. Como en el oficio de pintor tenía ya el gallego algunos años, y compradas eran sus obras por mujeres piadosas e ignorantes, creyó que había llegado el momento en que dos de sus pinturas pudieran exornar los muros interiores de la nueva Catedral, y dando la última mano a los lienzos, la huída de Egipto y la Oración de Huerto, presentóse con éstos en cierta mañana a la obispalía en solicitud del prelado. (1)

—Qué solicita D. Mauricio, preguntó el obispo a Robes, tan luego como le vió en el corredor de la obispalía.

—Vengo a suplicar a Su Señoría Ilustrísima me compre estos lienzos que he concluído para adornar con ellos el nuevo templo y que con tanta perseverancia levanta Vuestra Señoría. Y Robes, desenrollando las dos pinturas las expuso a la contemplación del obispo.

El Pastor, después de recorrer con la vista las obras y de estudiarlas desde varias distancias, soltó una carcajada estrepitosa y dijo al pintor: —“Amigo (2) esto es malo, muy malo, malísimo”. y se retiró.

(1) Era este hombre seco, enemigo de preámbulos, lacónico y voluntarioso.

(2) La primera obispalía entonces era la casa N<sup>o</sup> 13 que pertenece a la Metropolitana y donde está el establecimiento mercantil del señor Ruíz. Todavía se conservan en el patio de esta casa los muros de la capilla provisional que sirvió al obispo después del terremoto de 1641. La segunda obispalía, que es la casa actual, fué vendida al cabildo eclesiástico por el Deán Escoto muchos años después. Era baja y como la reconstrucción comenzó con la fábrica del Seminario que le era contiguo, hubo de ponerse a una y otra, arcadas bajas a prueba de terremoto.

Sin menear los labios Robes enrolló sus lienzos y dejó la obispalía. Al salir a la calle le vino, sin duda, el recuerdo de la piadosa y espléndida María Pérez, pues a la casa de ésta, que estaba frente al convento de San Jacinto, dirigió sus pasos. Hasta entonces el gallego estaba como espantado y no sabía darse cuenta de la repulsa del obispo; pero al llegar a la casa de Doña María, el pintor, como queriendo desahogarse, refirió a la señora la escena de la obispalía, coronando su narración con frases lisonjeras a la matrona, la única que en Caracas era capaz de conocer el mérito de aquellas dos pinturas. Pero María, ya fuera porque no le era desconocida la estética, ya porque no quisera discrepar de la opinión emitida por el obispo, después de haberlas estudiado le dijo al gallego: —“pues amigo, esto es malo, muy malo, malísimo”. El pintor, al verse sentenciado en segunda instancia y perdiendo el aplomo que por respeto o por temor había observado delante del prelado, estalló en esta ocasión dejando libre curso a la lengua, que desató en las más groseras expresiones.

Al escuchar tanto improprio, Doña María, con ademán dijo al esclavo que hacía las veces de portero:

—“Lanzad a ese hombre de la casa, por insolente y atrevido”. Y Robes, más que mohino, furioso, con paso apresurado, ganó la calle y llegó a su casa, después de haber conjugado cuantas frases sugirieron la venganza y el despecho.

Dos meses después de esta escena, el pintor llamó a sus vecinos y relacionados para que contemplaran un lienzo que acababa de pintar y el cual lo juzgaba como otra acabada, digna de ser admirada. Robes había ideado un cuadro de ánimas, dividido en dos secciones: en la de la derecha veíanse las almas purificadas que eran sacadas de entre las llamas por ángeles y serafines; en el de la siniestra retorciáanse los pecadores, y todos llamaban la atención por las gesticulaciones de los semblantes y la desesperación que parecía torturarlos. En un rincón del lienzo descollaba una anciana con los ojos salidos de sus cuencas, colgaba la lengua de la boca, brotaban de las ventanas de la nariz chorros de fuego, pendían de su cuello sartas de onzas de oro, mientras que los brazos enjutos y descarnados se iban retorciendo; lo que daba a esta figura un carácter repelente y monstruoso. Sin que el pintor hubiera dado a nadie explicación de su obra, los curiosos del pueblo creyeron encontrar en el tipo monstruoso del purgatorio, la caricatura de María Pérez; y si se sonrieron al ver la travesura de Robles, en voz baja mur-

muraron y reprobaron venganza tan injusta como ruin, por ser la piadosa señora amada y venerada de todo Caracas. (1)

Mala salió la chianza al de Robes, pues hubo de salir de Caracas lanzado por el prelado, entonces con más poderío que la autoridad civil. Instalado en un pueblo de los llanos, abandonó el gallego el arte, para dedicarse a la industria de sastre y morir después de haber pasado muchos años de pobreza.

Tan luego como fué colocado en la Catedral el retablo que representa el martirio de San Esteban, con el único objeto de conmemorar los servicios de María Pérez; agradecido el cabildo eclesiástico a cuanto por la iglesia había hecho tan piadosa señora, dispuso desde 1674 que en las fiestas de la Purificación y de la Inmaculada Concepción, así como en la conmemoración de los muertos, en todas ellas se pidiera a Dios por el alma de María Pérez y de sus parientes difuntos. Durante dos siglos así lo hizo la Catedral de una manera ostentoria. Sábese que noviembre es el mes en que la iglesia católica conmemora a los muertos. En Caracas el día 1 de este mes está dedicado a todos los difuntos, sin distinción de nacionalidades; el 2 corresponde a los obispos y arzobispos; el 3 a los canónigos y el 4 a María Pérez. Hasta ahora veinte años esta última fiesta se hacía de una manera solemne, pues se colocaba un mausoleo en la nave central de la Metropolitana, celebraban las altas dignidades del cabildo, y buena orquesta acompañaba a la misa de difuntos. Y a tal grado llegó la veneración a la noble protectora de la Catedral, que entre las mesas que se colocaban el Jueves Santo en la puerta mayor del templo para pedir por las ánimas, por el monumento, cofradías, etc., se distinguía una en la cual se pedía dinero por el alma de María Pérez. Tales hechos motivaron que la gente del pueblo llamara los días 4 de noviembre y Jueves Santo, días de ánimas ricas, para distinguirlo de los de las ánimas pobres que en pelotón entraban en la fiesta del 1 de noviembre.

Lentamente y a medida que la renta que proporcionara el caudal de María Pérez iba menguando, fué cesando también el fervor de la Iglesia en favor de su protectora, sobre todo después que desapareció el Rev. Vaamonde, de grato recuerdo por sus virtudes eximias y nobles antecedentes. Y

---

(1) Entre los numerosos lienzos pintados que existen en Caracas, sólo uno lleva el nombre de Robes. Le vimos ahora años en la parroquia de Candelaria. Representaba a Jesús echando del templo a los mercaderes: nos pareció la pintura tan monstruosa que no alcanzamos a explicarnos cómo pudo el pintor vender tales obras.

gracias que se cante una misa el 4 de noviembre de cada año en honor de la que tanto hizo en beneficio de sus semejantes.

No recordamos dónde hemos leído, que en cierta ocasión un hombre algo timorato interrogó a un abate ilustrado acerca del tiempo que las almas que habían cumplido en la tierra con sus deberes ,permanecerían en el Purgatorio antes de llegar a la presencia de Dios. El abate contestó con naturalidad: "La purificación de las almas, dijo, puede necesitar de instantes, de horas, de semanas, de días y de años; pero os advierto que los días de la Eternidad son en esta tierra siglos y que el ser purificado necesita serlo más y más, antes de llegar al seno de la Eterna Recompensa". Si María Pérez llevó al morir el rico haber de virtudes que le concedieron y conceden sus compatriotas, es de presumirse que después de haber pasado doscientos y más años de su muerte, y gozado durante este lapso de tiempo de las bendiciones y oraciones de la Iglesia, haya alcanzado la felicidad eterna. No hay pues que extrañar que hayan concluído las fiestas de las ánimas ricas, después que desapareció el capital.

María Pérez se aleja, pero Maripere, continúa. ¡Qué distante estaba la señora cuando durante gran porción del siglo décimo séptimo en que vivió en su estancia sembrada de sabrosos frutos, de que tres siglos más tarde pasaría por el frente de su mansión predilecta una máquina humeante, tronadora, la locomotora, en fin, del Este, que al llegar a este lugar deja oír el silbato y el grito del conductor que dice: MARIPERE.

Maripere es el recuerdo constante de un alma virtuosa que dejó en la tierra nombre venerado, luminosa estela.

## EL CUADRILATERO HISTORICO

La ciudadela, o mejor dicho, el cuadrilátero comprendido entre la Plaza de Altagracia y la esquina de Maturín y las de Traposos y la Bolsa es el lugar de la ciudad de Caracas donde se han verificado los más notables acontecimientos de nuestra historia, en los días de la colonia y de la independencia. Doce manzanas comprende este recinto, y en ellas están las ruinas de la primera casa que edificó Losada: el primer templo que levantó éste, San Sebastián, llamado después Mauricio; los dos más antiguos conventos de monjas; el palacio de los Capitanes generales; la Audiencia; la Intendencia; la Cárcel real; el Ayuntamiento o casa Municipal; la Universidad; el Seminario Tridentino; la Catedral con su cementerio y prisión para eclesiásticos; la Tesorería real; los almacenes y oficinas de la Compañía Guipuzcoana; la Tercera o venta del tabaco; la casa de los Jesuítas; la casa donde se instaló el Congreso constituyente de 1811; el primer teatro real; las oficinas de la primera imprenta en Caracas; el Arzobispado; la casa donde se instaló Humboldt; y últimamente la casa donde nació Bolívar; su casa patrimonial, a la cual llegó en 1827; y el templo en que están sus restos y la plaza en que se verificó su apoteosis.

Dos conventos de frailes con sus respectivas plazuelas limitan este hermoso cuadrilátero al Sur-este y al Sur: el de San Jacinto y el de San Francisco. En el uno aparece en 1812, en los momentos de la gran catástrofe que derribó las dos terceras partes de la ciudad, aquel Bolívar, carácter impetuoso, voluntad de hierro, hombre de acción, quien, después de socorrer las víctimas y salvarlas de la muerte, se presenta en la plaza del templo y hace que descienda de la cátedra sagrada el eclesiástico que pintaba a la muchedumbre, toda aquella catástrofe, como un castigo del cielo". "En el mismo día y a la misma hora en que hace dos años, con sacrílega mano quitasteis el bastón al representante del Rey, dijo Dios, "no quiero templos", y la tierra conmoviéndose arruina vuestros hogares, sacrifica vuestras familias, sepulta vuestros tesoros y os sumerge en la orfandad, para castigar vuestra desobediencia y vuestra infidelidad el más generoso y bueno de los Reyes". Así principiaba el Padre Sosa, espí-

ritu realista, en la cátedra improvisada en medio de la desolación y del pavor, cuando Bolívar le interrumpe y le impone silencio. ¡Qué contraste entre estas frases del orador sagrado, al pintar la cólera de Dios, y estas otras del fogoso mancebo! “Si la naturaleza se opone a nuestra independencia, la venceremos y haremos que nos obedezca”.

Un año después, este mismo pueblo por medio de sus delegados discernía a Bolívar en el templo de San Francisco el título de LIBERTADOR; y veintinueve años más tarde, en este mismo recinto era recibido Bolívar, ya muerto, con los honores del triunfo. Había fundado la independencia de la América del Sur después de sacrificios y de luchas heroicas; había vencido a la naturaleza y a los hombres.

Frente al derribado templo de San Jacinto está la casa que habitaba actualmente la familia Madriz: en esta casa nació Bolívar en 1.783. Al lado, hacia el Norte, está la que sirvió de Audiencia a principios del siglo. Había en la puerta de ésta una campana de la cual pendía una cadena de hierro; el culpable que al ser perseguido tiraba de la cadena quedaba bajo el amparo de la Audiencia, y nadie podía tocarle. Sólo dos templos tuvieron este privilegio; la Catedral y Altagracia, y hubo ejemplos en que la justicia quedó en las puertas, mientras los culpables fueron a arrodillarse delante del santo de su devoción. Mas, hubo todavía una casa particular a la cual se le dispensó esta gracia concedida por los monarcas de España, y fué la de la familia Arguinzones, ya extinguida, que vivió en la esquina del mismo nombre, hoy llamada esquina de Maturín.

Esta esquina de Arguinzones o de Maturín tiene todavía más celebridad: en ella construyó el fundador de Caracas, Diego de Losada, su primera casa circundada de hermosos corrales. De manera que el lado oriental del cuadrilátero histórico está limitado en sus extremos Norte y Sur por dos casas célebres: la que fundó Losada, hoy en escombros, y aquella en que nació Bolívar.

En esta misma esquina y en parte del templo masónico estuvo la casa del Regidor Valentín Ribas, hermano del General Ribas, ambos de la conjuración del 19 de abril. En esta casa se reúnen por última vez en la noche del miércoles santo, los conjurados, y de allí salen para desempeñar cada uno su cometido. ¡Cuán adversa se ostentó la fortuna para muchos de aquellos hombres tan llenos de esperanzas! Sin ocuparnos de los más, recordamos la suerte de los hermanos Ribas. Aquella mansión honorable desaparece en el terremoto de 1812, y dos años después, en 1814, los soldados de

Boves cortan al general José Félix Ribas la cabeza, en el valle de la Pascua, que conducida por los vencedores como un trofeo de guerra, la colocan en una jaula en el camino de La Guaira. Más después en 1815, el Capitán general Moxó ofrece cinco mil pesos por la cabeza de Valentín Ribas: uno de sus asistentes, fiel hasta entonces, lo sabe, y ansioso de recibir el premio ofrecido asesina inicuaente a su amo en el hato de Camatagua, córtale la cabeza y se presenta con ella a recibir el galardón. Comprobada la identidad, Moxó mandó entregarle la suma ofrecida. No fueron estas desgracias las únicas que en aquellos días de sangre tuvo esta familia; en la misma época en que al golpe de la cuchilla realista caían los pescuezos de José Félix y Valentín Ribas, se cumbían a lanzasos sus hermanos Juan Nejomuceno y Antonio José, víctimas igualmente de las pasiones políticas y de la onda vertiginosa que debía sepultar en sus antros, familias enteras, propiedades y pueblos.

En los actuales edificios del Ministerio de Guerra y del Parque estuvieron las oficinas de la célebre Compañía Guipuzcoana; y en el actual Ministerio de Hacienda la Tesorería real: mientras la factoría del tabaco, llamada la Tercera se encontraba en el actual jardín del Casino.

La casa de la Tesorería real nos recuerda una aventura grotesca que pasó a un intendente español que en ella vivía a fines del pasado siglo. Hombre de cultos modales y de fina conversación, era el intendente, a la par que muchacho de aventuras y de escalamientos nocturnos. Vivía a la sazón en la esquina de la casa limitrofe con la Tesorería, la respetable matrona señora Mercedes Pacheco de Galindo, mujer de espíritu cultivado, y de gracia y donaire en su conversación. El intendente visitaba es esta casa, en la cual era siempre recibido con los honores debidos a la posición oficial que representaba; pero una vez, desde su ventana llegó a divisar una de esas caras simpáticas para quienes la luz del sol no llega nunca directamente sino velada por la sombra de los jardines interiores. El intendente estudiando la topografía de sus vecinas había sorprendido esta beldad, allá en el *boulevard* de la casa de la señora, y no titubeó en llamarla y ponerse al habla con ella.

Declararse y ser correspondido todo fué obra de muy pocos días: mas imposibilitada María para salir, tuvo al fin el intendente que aceptar el papel de escalador. Todo continuaba sin que nadie se apercibiese de aquella aventura, hasta que avisada la señora Galindo de que por el fondo del jardín se desprendía con frecuencia una sombra, y sabedora la ma-

trona de quien era el nuevo Romeo, se decidió a sorprenderle. Preparóse al efecto, y reuniendo algunos hachones y faroles que debían llevar sus sirvientes, aguardó. Cuando uno de sus espías le notificó, en una noche, que ya la sombra había descendido, hizo al instante encender los hachones y faroles, iluminó sus salas y corredores, y con toda la astucia de una mujer resuelta a dar una lección a su visitante, se presentó de repente en la puerta del jardín, sin dar tiempo al intendente para huir.

—¿Vos por aquí, señor intendente? parece que habéis olvidado la puerta de esta casa, dijo la señora llena de sonrisa.

—¿Señora, por Dios os suplico..., contestó el intendente todo turbado.

—Calmaos, señor, pues no vengo en son de guerra. He hecho iluminar toda mi casa para recibirlos, y como el jardín está oscuro, vengo acompañada de mi servicio para conducirlos a mi sala.

—Señora, os suplico por lo más santo...

—No, intendente: nada de extraño tiene esto; es tan fácil equivocarse y trocar el jardín por el zaguán! La juventud sufre con frecuencia estos extravíos voluntarios, y por eso nos pertenece a nosotras las ancianas guiarla en estos trances difíciles. Venid, tened la bondad de ofrecermos vuestro brazo y yo os guiaré. El deber de una señora como yo es rendir homenaje a vuestro rango y a vuestra respetabilidad. Y a ningún caballero le será permitido el entrar a mi casa salir de ella por tras corrales. ¿Qué diría el Rey?

El intendente confuso, sin poder hablar y lleno de despecho bajó sus ojos, y ofreciendo maquinalmente el brazo a la señora, pasó por en medio de dos alas de sirvientes, quienes con sus hachones y faroles simulaban un entierro nocturno en el interior de una familia.

Cuando llegó el intendente a la puerta del zaguán, sin perder sus modales distinguidos, inclinóse con reverencia delante de la señora, quien con serenidad y sonrisa le dijo: "Hasta mañana, señor intendente, buenas noches".

Frente a la Tercena está la casa que fundaron los jesuitas en el siglo pasado, única casa que tiene Caracas construída a prueba de terremotos. Esta casa sirvió a principios del siglo como plantel de educandas y más tarde de cuño y teatro, pues había desaparecido en 1812 el único que tenía Caracas en la esquina del Conde.

La hermosa casa que habitaron oficialmente los antiguos capitanes generales está en la calle de Carabobo (almacén actual de Sola y C<sup>o</sup>). De los tres últimos representantes

del Rey de España en Venezuela, dos de ellos nos dejaron sus huesos y el tercero su memoria; el mariscal Carbonel que murió en 1804 y fué enterrado en el templo de las Monjas Carmelitas, y el mariscal Guevara y Vasconcelos que murió en 1807 y está enterrado en el templo de San Francisco. Por lo que toca al mariscal Emparan, los revolucionarios del 19 de Abril tuvieron a bien embarcarlo para los Estados Unidos de América. Ignoramos cuál fué la suerte de este triste mandatario.

Al Sur de la casa de los capitanes generales, en la esquina de Sociedad, casa actual del almacén de F. Payer, se instaló la Sociedad patrótica en 1811. De aquí el nombre dado a esta esquina.

Más al Norte de la casa de los capitanes generales estuvo la Intendencia, no la casa patrimonial de Bolívar: esta casa la habitó el Libertador la última vez en que visitó a Caracas (1827) y más después en 1830 sirvió de casa oficial al Gobierno de Venezuela. Al frente y hacia el Sur de la casa episcopal está la casa que sirvió de imprenta en 1810 bajo la dirección de Baillio y C<sup>o</sup>. La primera casa de imprenta estuvo en la plazuela de Altigracia y más después frente a la puerta Norte de Catedral. Quizá nada queda hoy de las prensas introducidas en Caracas en 1808.

En la actual esquina del Palacio del Gobierno había dos casas contiguas: la Cárcel real que ocupaba el ángulo y tenía rejas de prisión a uno y otro lado, y la casa del Ayuntamiento (hoy Ministerio de Relaciones Exteriores) que estaba hacia el Sur con un balcón corrido y dos de tribuna. De la una salían los patriotas prisioneros que debían ser fusilados en la actual Plaza Bolívar durante la guerra a muerte: la otra nos recuerda la revolución de 1810 con todos sus pormenores, y sobre todo a Madariaga presentando a Emparan en el balcón del centro ante la muchedumbre apiñada en la calle. Fué Emparan el ECCE-HOMO de aquel solemne día.

Como hemos dicho, la *Sociedad patriótica* tuvo sus sesiones en la esquina de la Sociedad, mientras el Congreso constituyente de 1811 se instaló en la casa del conde de San Javier, esquina del Conde. Esquina de los Condes debía llamarse este lugar, pues frente al de San Javier vivía el de la Granja y más al Norte del primero, el de Tovar. No fué Caracas colonial tan rica en condes y marqueses como en generales y doctores la Caracas republicana. Para tres condes hubo cuatro marqueses y muchos caballeros de distintas órdenes.

En la casa de alto del conde de Tovar celebróse la jura de Carlos IV, a fines del siglo pasado. En el banquete que dieron los notables de Caracas, el mantel de la mesa consistía en vidrios de espejos unidos. ¡Qué antítesis entre esta abundancia de luz por dentro, mientras afuera no había ni instrucción pública, ni imprenta, ni bibliotecas! (\*)

Puede considerarse la Plaza Bolívar como el centro del cuadrilátero histórico! y en ningún lugar de Caracas se aglomeran los hechos como en este recinto, en que cada uno de los edificios que lo circundan trae a la memoria escenas de júbilo y de dolor, episodios lúgubres, gritos de vida o de muerte.

Cuando sentados en algunos de los bancos de este jardín, en cuyo centro descuella la estatua ecuestre del Libertador, se detiene nuestra mirada en los edificios del contorno, ¡cuántos recuerdos se agolpan entonces a nuestra memoria! Asistimos a las escenas del 19 de Abril de 1810, a los días indefinidos de 1811, a la desgracia de Miranda en 1812: escuchamos los gritos de la población y vemos los edificios que se desmoronan, cuando al sacudimiento violento de la tierra acompañado de ruidos pavorosos, se lanzan a la calle las familias, y los ayes de los moribundos se mezclan con los alaridos de los que huyen, y el aire se puebla de ecos lastimeros, de revelaciones lanzadas a la luz pública, y también de imprecaciones y blasfemias contra los revolucionarios de 1810.

---

(\*) Los Condes eran: el de Tovar (Martín de Tovar y Blanco) esquina de las Carmelitas: el de la Granja (Fernando Ascanio) casa actual del Sr. Boulton: el de San Javier (Antonio Pacheco) casa de los Solórzanos. Los Marqueses los siguientes: el del Toro (F. Rodríguez del Toro) nueva casa del señor general Minchin: el de Mijares (J. B. Mijares) casa actual del señor H. Valentiner: el de la casa León (Antonio Fernández León) establecimiento del "Indio": el del Valle (José Miguel Berroteagan) establecimiento de Astengo y Co. De estos siete titulados sólo dos se incorporaron a la causa de los patriotas: el Marqués del Toro y el Conde de Tovar. El resto permaneció en las filas realistas. Todas estas casas tenían en la puerta el sello de sus armas lo mismo que muchas de las de los caballeros pertenecientes a órdenes españolas. Todavía se ven algunos blasones en las casas antiguas, como en el Colegio de Chávez, en la Esquina de Llaguno, en la casa frente al Parque, en la Imprenta Nacional, en el Almacén de la "Realidad", etc., etc.

Por lo que toca al escudo de armas de la antigua ciudad de Santiago de León de Caracas, el cual estaba en todas las casas Municipales, sólo se encuentra hoy sobre dos fuentes públicas: la de San Juan y la extinguida de la esquina de Muñoz. Consistía el escudo en un león pardo rampante en campo de plata y entre sus brazos una venera de oro con la Cruz de Santiago, y por timbre una corona con cinco puntas de oro.



¡Cuántos recuerdos no despierta ese templo que destruido por un terremoto en 1641, se levanta para resistir un segundo choque en 1812! Su torre rebajada no dirá a las futuras generaciones que los habitantes de Caracas quisieron ser cautos sino que el arte arquitectónico de entonces era un estigma.

En ese templo se ha festejado el advenimiento de los reyes y el nacimiento de los príncipes, y se ha llorado (al menos en apariencia) la muerte de los unos y de los otros: en ese templo festejó la revolución de 1810, en 27 de abril, sus triunfos, y celebraron más después los suyos los gobiernos de 1811 y de 1812. A este templo llegaron Monteverde, y después Bolívar y después Boves, Morillo, Moxó, etc., etc. Realistas y republicanos, amigos y enemigos, todos los bandos políticos han celebrado en él sus triunfos. Afortunadamente el Dios de los ejércitos a quien van dirigidas todas las preces humanas, no tiene colores políticos, y escucha a todos para ser justiciero e inexorable.

Ha desaparecido ya en su exterior la antigua casa del Ayuntamiento, en cuyo lugar ostenta hoy su fachada elegante al estilo moderno, el Ministerio de Relaciones Exteriores. Tras de esas blancas paredes se siente el murmullo de la discusión en la mañana del 19 de Abril, mientras en la plaza y en las calles los conjurados aguardan entre la duda y la esperanza. ¡Cuántos pormenores aún ignorados en la historia de este día!

¡Cuántos episodios verificados en esta Plaza Bolívar! El ángulo donde está la estatua del estío era el lugar designado para la horca y para el fusilamiento de los reos políticos. Por muchos años en el tiempo de la colonia, existió en este lugar de la plaza un botalón pintado de verde, con una argolla de la cual ataban las manos de los delincuentes condenados al castigo de azotes. Había azotes con dolor que se aplicaba como castigo, y azotes sin dolor (como un juego) que se infligían a los condenados a la vergüenza pública.

Los patriotas principiaron los fusilamientos políticos en la plaza de la Trinidad en 1811 y después continuaron patriotas y realistas en la Plaza Bolívar, durante los días de la Revolución.

En el lugar donde está la estatua se quemó en 1806, por mano del verdugo, el retrato del general Miranda, sus proclamas y el hermoso pabellón tricolor que había traído al frente de su expedición. Cinco años más tarde, en el mismo lugar, se reunía Miranda acompañado de todos los ciudadanos de Caracas para festejar el primer aniversario del 19

de Abril de 1810. Al lado del viejo girondino se destacaba la bandera tricolor que conducían tres jóvenes distinguidos de aquella época: Lorenzo Buroz, José Vargas y Pedro P. Díaz. El primero debía ser en ese mismo año una víctima gloriosa de la Revolución, los otros dos debían figurar en los últimos días de Colombia.

¡Qué júbilo en esta plaza en los días de 1813, y sobre todo, aquel en que la procesión ordenada por Bolívar conducía a la Catedral de Caracas el corazón de Girardot! Tan luego como la comitiva se divisa en la cercanía de la capital, los templos echan a vuelo las campanas, la muchedumbre llena las calles y las casas se visten de duelo y de gala. Fué una verdadera ovación con los honores de funerales, un Viernes Santo con vestido de Pascua, una farsa política que todos aceptaron a lo serio, menos Bolívar, único autor de esta procesión singular, desde Valencia hasta Caracas.

¡Quién salvará este pobre corazón que viaja como el de los antiguos cruzados, muertos en el combate, cuando todos los patriotas huyan y quede Caracas a merced de las hordas salvajes de Boves!

Cuando lleguen los días lúgubres de 1814; cuando a Bolívar, perdido por todas partes y estrechado por los realistas, no le quede sino Caracas para defenderse. ¿Quién nos describirá esos primeros días de Julio, cuando aquel hombre templado por el infortunio apele a las medidas extremas como domine como única tabla de salvación en medio del naufragio general? Una noche, en ese mismo lugar donde está su estatua, habla a los padres de familia congregados en torno suyo y les pinta la situación con todos sus horrores y les promete defenderla con todas sus fuerzas. Había perdido en los campos de batalla la flor de la juventud caraqueña que había sacado de los claustros universitarios: había visto desaparecer todo su prestigio de 1813; encontrábase sin recursos, sin soldados, sin caballos, solo, solo; y sin embargo, quería todavía combatir y defenderse. Desde esa plaza ordena abrir los pozos de la ciudadela que le servirán de última trinchera. Las obras principian; mas una inspiración parece que lo detiene, y en lugar de la defensa imprudente que hará de Caracas una necrópolis, ordena la huída. Triste mañana aquella en que el cañón anuncia a la ciudad la hora de la fuga. En esa plaza se reúnen las familias que debían partir y también aquellas que debían quedarse, para hundirse ambas en torrentes de lágrimas, en presencia de los primeros albos del crepúsculo bello como siempre y como siempre indiferente a todas las desgracias humanas.

Previsivo anduvo el prelado Coll y Prat después de la salida de Bolívar, al sacar el corazón de Girardot del pie del altar mayor donde estaba enterrado para depositarlo al lado del cementerio de la misma iglesia. Vió a lo lejos la tempestad que debía desatarse y tomó posiciones. A los pocos días una avanzada de Boves, al mando del comandante González, hombre de buena índole, aparece por el camino del Valle. Insubordinados aquellos hombres feroces y sin que su jefe pudiera contenerlos del todo, asesinan inicua-mente en el camino al conde de la Granja y al señor Joaquín Marcano que iban en comisión por el real servicio.

A poco se presentan en el palacio arzobispal dos de los oficiales de aquel Cuerpo de vanguardia, y manifiestan al prelado el proyecto de pasar a cuchillo las familias de la capital, excepto a aquellas que se refugiásen en el palacio. Coll y Prat se indigna al escuchar tan horrorosos proyectos, y sin perder la calma, trata en medio de la reunión que le acompaña, de domar aquellas fieras salvajes. En esto aparece en palacio el infame Rosete, de las tropas de Boves, y reclama del Prelado el corazón de Girardot. Por una causa que ignoramos, una polémica se establece entre los oficiales de González y Rosete; tírase de las espadas en presencia del Prelado, y ya Rosete iba a ser víctima de sus compañeros, ya su cabeza iba a rodar en la alfombra de la sala, cuando Coll y Prat logra arrancar la víctima de la mano de sus asesinos y la oculta en uno de los dormitorios del palacio, mientras los oficiales feroces de Boves continúan en sus propósitos en medio de la concurrencia que ha llenado las salas del arzobispado. De nada sirven las observaciones de los hombres de orden que acompañaban al Prelado, de nada los conesjos y súplicas de éste, cuando Coll y Prat lleno de noble dignidad y armado con esa fuerza interior que sostiene la conciencia y da la justicia, apostrofa a aquellos bárbaros, les domina, y hace que le obedezcan. La tempestad cesó.

En estos instantes fué cuando Coll y Prat envió un emisario a Boves para que apresurase su entrada a la capital, expuesta a los horrores de su vanguardia, insubordinada y desobediente a las órdenes del jefe González.

Boves llega a Caracas el 6 de Julio y el Arzobispo le recibe con todos los honores. Su primrea exigencia es reclamar del Prelado el corazón de Girardot; pero tan luego como Coll y Prat se explica, Boves desiste de su propósito.

Pocos días después, Juan Nepomuceno Quero, implacable enemigo de los patriotas, es nombrado por Boves Goberna-

dor de Caracas. Al instalarse, el 1º de Agosto, su primer deseo es reclamar el corazón de Girardot. Nuevo trance para Coll y Prat, del cual debía salir airoso.

“Mañana a las 10, escribe Quero al Arzobispo, con fecha 2 de Agosto, entregará U. S. I. el corazón del traidor Girardot en la puerta mayor de la Santísima Iglesia Metropolitana, donde impiamente se halla colocado, al verdugo y acompañamiento que tengo dispuesto para recibirlo y darle el destino que merece.

“Para satisfacción del público conviene que en el acto de la entrega se sirva U. S. I. manifestar a los espectadores, con aquella influencia y energía que le son características y el caso exige, lo escandaloso de aquel hecho incompatible con la inmunidad del santuario y que sólo podía haber permitido U. S. I. a la fuerza y tenacidad del monstruo Bolívar.—*Juan Nepomuceno Quero*”.

No se hizo aguardar Coll y Prat, y al siguiente día contestó a Quero de una manera terminante que no dió ocasión a nuevos reclamos. El corazón de Girardot no estaba ya al pie del santuario sino al lado del cementerio. La previsión de Coll y Prat había salvado a Caracas de un hecho ignominioso que al realizarse, habría manchado al carácter nacional, pues era Quero venezolano al servicio de los realistas. Estaba escrito, por otra parte, que un realista, el Prelado, enemigo constante de la revolución a la cual hostilizó con todas sus fuerzas, con toda su conciencia, con todas sus más puras convicciones, fuera el hombre que salvara a Caracas en los días críticos de Boves, sin rebajar su dignidad caballerosa, sin mancharse como varón justo, sin faltar a la noble misión de su apostolado. Coll y Prat fué un enemigo noble y definido que, ni patrocinó los ultrajes, ni alimentó las venganzas, ni acrecentó los odios que hacen del enemigo político una víctima y de cada verdugo una hiena.

A la izquierda del Palacio arzobispal está el Seminario Tridentino. En la capilla de este instituto se firmó en 1811 el acta de nuestra independenciam, y se celebraron himnos a Bolívar en 1842.

He aquí los episodios ignorados que nos recuerda cada uno de los edificios que circundan la Plaza Bolívar, centro del cuadrilátero histórico. Esta plaza, hoy jardín y paseo público, fué una charca de sangre, un lugar de patíbulos y de escarnio y también de júbilo y de alabanzas. Por ella han pasado las generaciones de tres siglos, los magnates de lo pasado, los adalides de la guerra magna, los defensores del realismo. En ella ha flameado la bandera de Castilla y

la de Colombia y de Venezuela. Desde Losada hasta Osorio, desde Ricardos hasta Vasconcelos, como representantes de los Reyes de España hasta Carlos IV; y después, desde Emparan, la Junta de 1810, Monteverde, Miyares, Cajigal, y Moxó hasta Morillo como representantes de Fernando VII; desde el Constituyente de 1811 hasta Miranda y Bolívar con todos sus tenientes, representantes de la emancipación venezolana, todos han pisado este recinto célebre, y todos han dado páginas a la historia de América; mas sólo a uno estaba reservado llegar a la más brillante eminencia, a las regiones del genio... ¿Quién es, dónde está?... Allá... en el templo, de pie sobre sus despojos humanos: acá... en la plaza, sobre el caballo que él conduce en dirección de esta América que pregona su gloria inmortal.

## UN LAZARETO AMBULANTE

El viajero que contempla, desde cualquiera de las colinas que circundan, por el Este, Sud y Oeste, el panorama de Caracas, tiene que posar las miradas sobre un montón de ruinas que en la dirección del Noreste, se levantan al pie de la cordillera del Avila.

Desde el terremoto de 1812, que destruyó gran porción de la ciudad, figuran estos escombros por el tiempo ennegrecidos, cubiertos de yerbas silvestres y llenos de grietas que sirven de asilo a animales rastreros, dueños feudales del terreno. De seis años a esta parte, las ruinas han perdido mucho de aquella originalidad que caracteriza a los edificios derruidos, abandonados por el hombre, pues ha sido techada la porción izquierda, donde mora el excelente italiano que, en aquel sitio pintoresco, cultiva el árbol de la morera y el gusano de seda.

El pueblo de Caracas llama a aquellos escombros San Lázaro nuevo, para distinguirlo de San Lázaro viejo, el primitivo hospital de Lázaros que estuvo en el remate de la Calle Este 6, en el sitio llamado Hoyada de San Lázaro. En efecto, al pie del Avila, por los años de 1780 a 1781, estuvo el hospital de San Lázaro nuevo, por haber sido transportado del lugar que ocupaba en la Hoyada desde 1753. Tornó de nuevo a este lugar desde 1795, quedando el viejo hospicio para casa de huérfanos, con el título de Real Asilo de Niños Huérfanos; título que heredó igualmente el nuevo edificio al ser desalojado. Mas, como ni en una ni en otra ocasión pudo realizarse el deseo del Monarca, San Lázaro nuevo, con el sobrenombre de Casa de Real Asilo, fué convertido en lugar de recreo y de parranda de los primeros mandatarios de la colonia venezolana. A los veintinueve años de haber sido destruído, en parte, el edificio, por el cataclismo de 1812, se establece en esta área de manera transitoria, el cultivo de la morera, el cual vuelve al mismo lugar cuarenta y un años más tarde. ¡Cosa singular! Regresaban la morera y su gusano a los seis años en que, por segunda vez, los pobres Lázaros dejaban su sitio predilecto de la Hoyada, para fijarse, no en el lugar de las ruinas, sino a poca distancia, en la dirección del Este.

Departamos acerca de la historia de estas ruinas, de este lazareto ambulante, que pasa de la Hoyada al pie del Avila, y vuelve a la Hoyada para tornar de nuevo al pie de la montaña.

Departamos acerca de esta casa de Real Asilo, lugar de recreo y de orgía de los antiguos gobernadores españoles, asilo en dos ocasiones del árbol de la morera y de su rico gusano. ¿Qué nos dicen esos muros sobre los cuales prosperan arbustos silvestres? Nos hablan de la grandeza y de la miseria de generaciones que reposan en la tumba, de revistas militares, de banquetes y festines, a los cuales asistieron sabios y viajeros, y la juventud caraqueña, aquella que dió a la revolución redentora mártires, y a la victoria el triunfo de la idea.

Aquellas ruinas nos hablan de Bolívar, de Bello, de Ros de Olano, de Humboldt y Bonpland y también de Miranda. Departamos, que al recordar la grandeza caída y las vanidades humanas, si tropezamos por un lado con lo frágil y lo efímero, del otro nos encontraremos con la desgracia y el dolor, con los desheredados del mundo sostenidos por el amor de Dios.

Lastimosa, muy lastimosa, fué la suerte que cupo a los lázaros de Caracas en pasadas épocas. Sin pan, sin asilo, sin autoridades que los protegieran en el triste desamparo en que estaban, vivían a la ventura, sin más caridad que la que les proporcionaba la mano invisible de la Providencia.

Fugitivos, porque de todas partes los lanzaban como plaga maldita, dorinían, cuando les sorprendía la noche, acá y allá, al pie de edificios arruinados, de alguna cabaña cerrada, bajo la sombra de árbol protector o a la puerta de algún templo. Retirados de todo poblado, vagaban, huyendo no de la suerte, sino de sus semejantes, que si con la una mano les daban triste mendrugo de pan que en algo podía mitigarles el hambre, con la otra, en ademán repelente e imperativo, los obligaban a solicitar sitios salvajes donde pudieran albergarse. Así corrían los días de estos reclusos de la sociedad humana, cuando el brigadier Don Felipe Ricardos se encargó de la gobernación de Caracas en 1752. Si este mandatario fué tenaz y hasta perseguidor de los venezolanos, quienes con justas causas clamaron contra los abusos de la célebre Compañía guipuzcoana, es cuestión que no trataremos en este lugar. Es un hecho que en casi todos los gobiernos de la tierra, el interés individual ahoga el interés general. Ricardos favoreció los intereses de la corte española y sus propios intereses: bien cabían en este caso las

medidas extremas, y la fuerza extrangulando la justicia. A pesar de la mala nota de que gozaba nuestro gobernador, es un hecho que se ocupó en el desarrollo material de la capital, y sobre todo, en el socorro oportuno de la porción desvalida de la sociedad caraqueña: los lázaros.

Propúsose crear un lazareto y lo llevó a remate en 1753, en el sitio llamado la Hoyada. Y para sostenerlo con decencia y de manera constante, le creó una renta segura, el derecho que proporcionaban el juego de gallos y la venta de la bebida llamada *guarapo*, de consumo popular. Ricardos, por lo tanto, a pesar de sus malos antecedentes, formó el primer lazareto de Caracas, el cual ha continuado y es hoy favorecido por la caridad pública. (1)

Muy satisfechos quedaron los caraqueños al ver que los desgraciados lázaros habían, al fin, encontrado protección, y generosos aparecieron, desde aquel entonces, en el ejercicio de la caridad; pero como la inconstancia es la enemiga más sutil que tiene la criatura, y la marmuración es desahogo de la lengua, sucedió que, a los pocos años, comenzaron los habitantes de Caracas a censurar cuanto se había hecho y a lamentarse de que existiera un lazareto a orillas de la ciudad. Y a tal extremo alcanzaron las quejas, que hubieron de llegar en repetidas peticiones al pie del trono. Quiso el Monarca complacer a sus humildes súbditos, y mandó que el lazareto fuera trasladado al sitio que escogieran los caraqueños. Se deciden éstos por el lugar donde figuran las ruinas; y el nuevo lazareto comenzado en los días de la Gobernación del célebre General Solano, en 1766, fué concluído por los años de 1766 a 1778 y al nuevo edificio, los lázaros, con beneplácito de la población, fueron trasladados.

Ordenó el Rey que el primer lazareto fuese destinado con el título de Real Asilo, para niños huérfanos y expósitos, crianza y enseñanza de oficiales; noble disposición que no aceptaron los caraqueños.

---

(1) Cuando al comenzar la calle Este, se continúa el Este, a poco se tropieza con un edificio reconstruído, que lleva el nombre de Escuela de Artes y Oficios". En la primera ventana del taller de carpintería que mira al Oeste, estuvo la puerta del templo de San Lázaro, y en el fondo de la sala figura todavía el arco del presbiterio. Aunque el antiguo lazareto ha sido reconstruído, todavía no se ha perdido el carácter del primitivo edificio. Frente a la extinguida puerta del templo, figura la plazuela de los lázaros, pequeña alameda donde van a figurar las estatuas de Girardot y de Ricaurte, estos célebres tenientes de Bolívar. La reconstrucción del primer lazareto de Caracas, data del año de 1875, época en que fué rematado, al Este de las ruinas de San Lázaro nuevo, el actual hospital de lázaros.

La población celebró este nuevo triunfo, y todo el mundo se felicitaba de él, cuando la inconstancia, esta amiga veleidosa del corazón humano, y la censura, siempre armada de viperina lengua, volvieron a apoderarse de los pobladores de Caracas. Nuevas peticiones fueron dirigidas al Monarca. Decíase en ellas que estando bañada Caracas por el viento del Este, el caserío recibía las emanaciones de los lázaros, y por lo tanto, estaba expuesto a un aire viciado y enfermizo. Accedió el Rey, por segunda vez, al deseo de sus súbditos; mas, en esta ocasión no los dejó en libertad de elegir sitio para el tercer lazareto, sino que ordenó que regresasen los lázaros a su antiguo lugar de la Hoyada, y que el abandonado edificio quedara de Real Asilo de niños huérfanos y expósitos, crianza y educación de oficiales; disposición que por segunda vez rechazaron los caraqueños.

Desde el momento en que los lázaros abandonaron su mansión, al pie del Avila, el entusiasmo tornó al corazón de los caraqueños. Habían conseguido la realización de dos aspiraciones: emanciparse del viento del Este que juzgaban enfermizo, y poseer una casa de campo que con el elocuente nombre de Casa de Real Asilo, iba a servir de centro de diversiones. En efecto, el lazareto empezó al instante a recibir ensanche. Una prolongada calle compuesta de ciento diez y ocho árboles, desde la puerta del edificio hasta el camino de Quebrada-Honda, apareció a poco, al mismo tiempo que los cuadros de los espaciosos jardines se presentaron exornados de bellas rosas, y variados arbustos. Surtidores de agua, bancos, kioscos y blancos cisnes en pequeños estanques, abrigados por la sombra de los árboles frutales, dieron al espacioso recinto nueva y graciosa fisonomía. Cuando estuvo en condiciones de ser visitado por las caraqueñas, el Mariscal Carbonell, Gobernador de Caracas, inauguró la Casa de Real Asilo, con todo el esplendor posible, por los años de 1794 a 1796. Esta fiesta fué el origen de los *pic-nics* caraqueños. En aquellos días de Carbonell había sido creado el Real Consulado, centro de reunión que adiestraba a los caraqueños en el ensanche y progreso material del país. Desgraciadamente Carbonell murió en 1799, pero le sucedió un hombre superior, el General Vasconcellos, quien supo dar impulso al adelanto de la sociedad caraqueña. Vasconcellos fué no sólo un hábil mandatario sino también un espíritu altamente progresista. Unía a su talento y cultura social, el arte de agradar, tan necesario en el gobernador de una capital, como lo era Caracas en aquel entonces, centro de hombres notables y de mujeres tan bellas como agraciadas. Vas-

concellos supo continuar el embellecimiento de la Casa de Real Asilo, y hubo de pasar en ésta ratos de amena tertulia. Así, en 1799 fueron obsequiados, en repetidas ocasiones, los célebres Humboldt y Bompland, que han dejado sus nombres con gloria por donde quiera que se habla el idioma de Castilla. En 1804 fué igualmente obsequiado, con una parada militar, al pie del Avila, el Almirante Hillaret-Soyeuse, quien, agradecido a la sociedad caraqueña por las atenciones que de ella recibiera, obsequió a la Metropolitana con un cuadro original de Rubens (la resurrección de Cristo), cuadro que aún se conserva.

Con frecuencia bailaba en el Real Asilo la juventud de Caracas, y con frecuencia Terpsícore y Cupido tenían sus íntimas confidencias en los hermosos jardines o bajo la sombra de los ciento diez y ocho árboles que unían el camino de Quebrada-Honda con la portada del bello edificio. Desde la visita a Caracas del Conde de Segur y sus compañeros, en 1783, la sociedad de la capital se había acostumbrado a esa galantería francesa que encuentra en los pueblos de origen español más adeptos e imitadores que en los pueblos del Norte. Por otra parte, las repetidas visitas a Caracas de viajeros notables, tenían que ejercer, como en todas partes, cierta influencia en el desarrollo de una sociedad bien constituida.

Al concluir el siglo décimo octavo, figuraba, entre lo más distinguido de la capital, una señorita que unía a su educación y raza los atractivos de su belleza. Manuela Olano era uno de esos tipos escogidos de la mujer esbelta, bella y seductora, que sabe cultivar a cuantos la admiran, sin estudio y sin esfuerzos. Donde quiera que estuviera, Manuela se llevaba la palma por su belleza física, que sabía realzar con sus prendas sociales. En el templo, sobre todo, el Jueves de Corpus, el Jueves Santo, en las fiestas del Real Asilo, en el teatro, a pie o a caballo, que sabía conducir con garbo, Manuela atraía todas las miradas y recibía todos los aplausos, llegando a hacerse la mujer de moda. Vivía más al Sud de la casa de los Gobernadores, en la avenida Sud, número 26, cerca de la esquina llamada de Camejo, donde aquella reina del hogar tranquilo sabía recibir a sus distinguidas amistades. Numeroso era el círculo de sus admiradores, entre los cuales se afilió el gobernador, desde buena hora. Esto motivó el que, al enterarse el público de que Vasconcellos visitaba a la bella caraqueña, con malicia o sin ella, le pusiera a ésta el sobrenombre de la *Capitana*. Así, cuando se hablaba de las fiestas rumbosas de Caracas,

donde habían figurado las beldades de la capital, siempre se decía: "la Capitana fué la reina de la festa" aludiendo con esta frase al triunfo de Manuela Olano sobre sus competidores o rivales. Con el nombre de la *Capitana* continuó el público queriendo molestar a Manuela, pero ésta, más erguida que nunca, supo despreciar las hablillas del vulgo.

A ella le cuadraban aquellos bellos conceptos que puso el célebre poeta Quintana en boca de Isabel de Valois:

*"Ay, infeliz de la que nace hermosa!  
¿Qué le valdrá que en su virtud confíe  
Si la envidia en su daño no reposa  
Y la calumnia hiriéndola se rie?"*

Entre los oficiales civiles que tenía Vasconcellos en la Gobernación, figuraba uno de toda la confianza del Capitán General: era el comandante del batallón de pardos, Don Lorenzo Ros, hombre ya de edad proveya y apartado del mundo social por carácter, pues vivía retirado del poblado al fin de la avenida Este. Vasconcellos pertenecía a ese grupo de hombres públicos, que poseen la monomanía de los matrimonios, es decir, la de escoger esposas a sus empleados, tenientes, edecanes, etc.; manía en la cual descolló años más tarde, Napoleón el Grande. Sea que el comandante Ros, por una de tantas casualidades, se enamorara de la bella Manuela, o que Vasconcellos, juzgando a su subalterno de oficina digno de poseer a la nueva Elena, lo insinuara como buen esposo, es la verdad que en cierta mañana del año de 1801, circuló por Caracas la noticia de que Don Lorenzo Ros se casaba con Manuela Olano, y de que el Gobernador patrocinaba el enlace. Y no hubo ni tiempo para que los mordaces de profesión sacaran de la boca las lenguas de víbora, pues cuando nadie lo aguardaba, aparece el comandante Ros ofreciéndose a sus relaciones en su nuevo estado, en la casa número 26 de la Avenida Sur. Meses más tarde, en julio de 1802, el primer hijo de Ros fué bautizado en el templo de la extinguida parroquia de San Pablo, siendo padrino del párvulo, por poder, el General Vasconcellos. (2)

---

(2) En uno de los libros parroquiales que pertenecieron al demolido templo de San Pablo, aparece que el 17 de julio fué bautizado un párvulo, nacido el 6 del mismo mes, quien recibió en la pila bautismal el nombre de Lorenzo Manuel José, hijo legítimo del comandante Don Lorenzo Ros y de Doña Manuela de Olano. Fué su padrino Don Pedro Ponce, a nombre del Presidente y Gobernador, Capitán General Don Manuel de Guevara y Vasconcellos.

En aquellos mismos días, Manuela, que siempre había sido caritativa y protectora de la desgracia, amparó bajo sus alas de madre a un parvulito que había perdido a sus buenos padres a los pocos meses de nacido. Dióle Manuela su patronímico, noble acción que realizó su esposo dándole el suyo. He aquí el origen de Antonio Ros de Olano, una de las más puras y brillantes celebridades españolas del siglo actual.

En los jardines del Real de Asilo, en aquella planicie inclinada cubierta de yerbas, pasó Antonio su niñez. Lugar predilecto de sus padres, con frecuencia los acompañaba el niño que desde muy temprano comenzó con el auxilio de maestros particulares a desarrollar su espíritu. (3) Cuando Vasconcellos abrió, al entrar el siglo, desde 1802 a 1806, las veladas literarias en las cuales se hizo conocer Bello por sus inspiraciones poéticas, y más tarde Bolívar por sus críticas oportunas, el niño Antonio asistió a estos torneos del espíritu que abrían para Caracas nueva época, la que debía preceder a la revolución sangrienta que trajo la emancipación política de la América española.

Así corrían, entre juegos y estudios, los infantiles años de Antonio Ros y Olano, cuando, casi de repente, muere el gobernador Vasconcellos en 1807.

Desapareció, después de haber triunfado de la expedición de Miranda en 1806, contra las costas de Venezuela y de haber contribuido al adelanto social e intelectual de Caracas. La desaparición de este mandatario y el nuevo orden de ideas que a poco preocuparon los ánimos de los hombres pensadores, contribuyeron a disminuir en mucho el entusiasmo con el cual asistía la juventud de Caracas a las frecuentes fiestas que tenían efecto en las salas del Real Asilo. Sin embargo, con el Gobernador Don Juan de Casas, y más tarde con el General Emparan, el edificio del ex lazareto continuó llamando la atención de la sociedad caraqueña; y referían algunos de los hombres de aquel entonces que cansado el monarca español de los repetidos gastos que proporcionaba al erario el sostenimiento del famoso Real Asilo, llegó a decir que concedería un título de Castilla al que comprara a la Corona tan costosa finca. Ignoramos cuánto hubo sobre este particular.

Al llegar la revolución de 1810, el Real Asilo cambió de aspecto, no en lo social, pero sí en lo político. Los patri-

---

(3) Ignoramos si Lorenzo Manuel José Ros tuvo corta existencia: suponemos que fué así, pues en las crónicas de principios de siglo encontramos sólo a Antonio que juega con sus compañeros en los jardines y calles del Real Asilo.

cios de la República tuvieron también en las salas del extinguido lazareto sus reuniones y obsequios hasta 1812, en que Caracas vino al suelo en su dos terceras partes.

La política española impera de nuevo en Venezuela desde fines de 1812, hasta fines de 1813.

Entre los servidores peninsulares que figuraron en el Gobierno de Monteverde, encontramos a Don Lorenzo Ros, como comandante del batallón de pardos.

Dos años más tarde, en 1814, en la lista que publica el historiador Díaz de los españoles que huían de Caracas por causa de la guerra a muerte, tropezamos con Don Lorenzo Ros y con su señora, Manuela Olano de Ros, que abandonaban la capital y emigraban a Curazao.

El no encontrar en esta lista a Antonio Ros y Olano, nos hace sospechar que este niño había dejado su patria años antes, y seguido a España. Nos inclinamos a creer que Antonio dejó a Caracas de edad de diez a once años, antes del terremoto de 1812. En las conversaciones de este hombre preclaro con los compatriotas que lo visitaron en Madrid, ahora treinta años, el distinguido General recordaba de Caracas cuanto se relacionaba con los diez primeros años de su vida. Hablaba con placer de los campos, de los ríos, de las flores, de la nativa patria, y aún de alguna que otra de las familias de aquellos días. El amor a su hogar y a su patria, se reflejó siempre en todas sus conversaciones. En el ocaso de la vida, al desaparecer el hombre físico el espíritu parece que evoca las impresiones de la cuna: la patria se refleja entonces en el horizonte del pensamiento cual plácida estrella que viene a derramar luz sobre el corazón, en su horas postrimeras.

Solitarias yacían las ruinas de San Lázaro nuevo después del terremoto de 1812, cuando en 1814, se presenta en Caracas un anciano de noble aspecto y de gloriosos servicios a la patria venezolana, con el proyecto de cultivar el árbol de la morera y de beneficiar el gusano de seda. ¿Quién era el ilustre importador de la nueva industria? El general Gregorio Mac Gregor, aquel joven de buenos quilates que abraza los principios proclamados por la revolución de 1810, y entra desde luego en la lucha, con bríos, y con la noble esperanza de vencer. Mac-Gregor, con el espíritu que siempre anima a los aventureros de noble origen, que se lanzan con fe en todas las conquistas civilizadoras, comienza su carrera militar con Miranda en 1812, la continúa con Bolívar y desde 1813, se hace conocer por sus virtudes y talento, llega a su gloriosa meta en 1816, en la intervención de Ocumare, al

lado de Soubllette, vence en el Juncal, y desaparece de Venezuela. Nuevas aventuras le aguardaban más tarde, en Portobelo y otros lugares de la antigua Cundinamarca. Cansado de la guerra, regresa a su patria y desde sus costas felicita a sus compañeros de armas y saluda el nacimiento de Colombia. Al sentir sobre sus espaldas el peso de los años, torna a la patria adoptiva, con la idea de ser cultivador del gusano de seda.

Acójenle con cariño el Gobierno y el pueblo de Caracas, cédenle el terreno del Real Asilo, y el viejo prócer, con fe y esperanza, siembra centenares de árboles de morera, cosecha el gusano y saca las primeras madejas de seda, que regala a las familias. El entusiasmo por el cultivo del gusano de seda prende en Caracas y la prensa periódica anima al empresario. Fabrican algunas señoritas trenzas, bolsitas, tirantes, etc., con las sedas que ellas mismas cosechaban, pues en muchas casas se cultivaban los gusanos, cuando a poco el entusiasmo, a imitación de los fuegos fatuos se desvanece y nadie vuelve a hablar del árbol de la morera. Lentamente van desapareciendo los plantíos que prosperaban, San Lázaro vuelve a estar cubierto de maleza y de arbustos salvajes, y por remate de cuentas, el anciano del Juncal, Mac-Gregor, sucumbe en 1845.

Años después de la muerte de Mac-Gregor, el Gobierno de Venezuela quiere sacar los lázaros de su viejo sitio de la Hoyada, y con tal propósito hace construir un nuevo lazareto al Este de las actuales ruinas. En 1875, los lázaros se instalan por segunda vez al pie del Avila.

Regresaban a este sitio a los cien años de haberlo habitado. ¡Cómo se repiten los sucesos y las coincidencias! A los seis años del regreso de los lázaros, vuelve a instalarse la morera en el campo de ruinas. Nuevos plantíos llenan el terreno, el gusano prospera, el éxito sonríe, y la seda rica y bella logra pasar el atlántico, para brillar en la última exposición de París. (4) Y como complemento de estas coincidencias, en 1885 muere de avanzada edad aquel Antonio Ros y Olano,

---

(4) Por segunda vez desaparece de los terrenos de San Lázaro nuevo el cultivo de la morera y del gusano de seda. Nueva casa se levanta en la sección de derecha de las ruinas, y dentro de poco habrá desaparecido el último de los escombros. El cultivo del maíz invade la dilatada área, y de los centenares de arbustos de morera que la llenaban no quedará uno. El excelente italiano señor Redaelli, que con constancia admirable ha estado en este sitio al frente de una empresa que deseaba aclimatar en Caracas, ha dejado la capital al cesar la protección que recibía del Gobierno de Venezuela, hacía como ocho años.

que pasó los bellos días de su niñez e infancia entre los poblados jardines del Real Asilo. Cargado de años y de gloria desapareció del mundo, después de dejar inmortal hoja de servicios, timbre de España y de América.

Las ruinas del Real Asilo, la dilatada área del antiguo lazareto, hoy cubierta de arbustos de morera, el hilo de agua que se desprende de la montaña, todo, todo nos habla de Ros de Olano, y la memoria evoca, al visitar este sitio, el nombre del célebre militar, literato y hombre público que, durante sesenta años conquistó glorias y honores y dejó su nombre en páginas imperecederas. San Lázaro nuevo resume la infancia de Ros de Olano, así como las rientes orillas del Anauco la de Bello y las de manso Guaire la de Bolívar. A Miranda le tocó en suerte el sitio solitario y agreste de Catia, vecino del mar. La ola en cuyo vaivén quizá vió en su infancia aquella alma viril las vicisitudes de la vida, debía ser la única compañera de los postreros años del anciano girondino, cuando el hado le arrastró a orillas del gaditano mar.

Estas cuatro celebridades del suelo patrio han alcanzado ya las regiones de la historia de la poesía, de la pintura, de la estatuaria. El Néstor de ellos nos ha dejado su nombre en las páginas inmortales de la Revolución francesa, en las galerías de Versalles, en la bóveda del célebre Arco de triunfo de la nueva Lutecia. Su estatua figura en la ciudad natal; y su nombre lo llevan aldeas, Municipios y un Estado. Bolívar ha dado su nombre a una calle de París y a centenares de pueblos en el continente de Colón: y estatuas surgen en las capitales americanas a proporción que crece la fama de sus conquistas. La de Bello se yergue en Santiago de Chile, a orillas del grande Océano, y pronto descollará en alguna plaza de Caracas. En Madrid se elevará la del inmortal Ros de Olano. El canto se ha encargado de celebrarlos a todos, pero sólo uno de ellos, Ros de Olano, nos ha dejado en sentidos versos, antes de morir, el recuerdo de sus dos patrias: aquella en que vió la luz y se deslizó su niñez: Caracas; y aquella que le proclamó durante sesenta años como uno de sus grandes hijos y a la cual él ilustró con sus talentos y servicios: España. Para ambas tuvo el célebre patricio recuerdos y lágrimas, cuando escribió con el título de Caracas, el siguiente soneto:

¡Oh límite del suelo en que la vida  
latió al ambiente del hogar nativo,  
tras dilatada ausencia siento altivo  
amor filial hacia la patria huída!

Si es madre al corazón en la advertida  
memoria, en dulce canto es incentivo  
su espléndida riqueza al fulgor vivo  
del sol que esmalta la región querida.

Nací español en la ciudad riente,  
rodó mi cuna entre perpetuas flores,  
besé las aves de plumaje ardiente;

Trajéronme de niño mis mayores:  
Hoy en mi patria histórica, la muerte (II)  
las junta en un amor con dos amores.

---

Notas del Compilador. (11) Ya en otra ocasión hicimos notar que el soneto de Ros de Olano A Caracas, apareció mal copiado desde el principio, y así se encuentra en la Historia de la Poesía Hispano Americana, por Marcelino Menéndez y Pelayo, y en el Parnaso Venezolano, por Julio Calcaño. El poeta escribió:

Hay en mi patria histórica, la mente  
Las junta en un amor con dos amores

Pero alguien puso muerte en vez de mente, y así se ha seguido copiando sin discernimiento, y así afeado por los siglos de los siglos.

## LA PRIMERA NODRIZA DE BOLIVAR

A fines del último siglo, por los años de 1770 a 1780, figuraba entre los altos empleados de Caracas un distinguido e ilustre oficial, Don Fernando De Miyares, de antigua nobleza española e hijo de Cuba. De ascenso en ascenso, Miyares llegó al grado de General, siendo para comienzos del siglo, Gobernador de Maracaibo, y aun más tarde, en 1812, Gobernador y Capitán general de Venezuela, aunque por causas independientes de su voluntad, no pudo tomar posesión de tan elevado empleo, pues murió poco después, antes de nuestra emancipación, en la ciudad de Maracaibo, donde tuvo amigos y admiradores. Don Fernando había llegado a Caracas acompañado de su joven esposa, Doña Inés Mancebo de Miyares, de noble familia de Cuba, muchacha espléndida, poseedora de un carácter tan recto y lleno de gracia que, al tratarla, cautivaba, no sólo por los encantos de su persona, sino también por las relevantes prendas morales y sociales que constituían en ella tesoro inagotable. No menos meritorio era su marido, caballero pundonoroso, apuesto oficial, de modales insinuantes y de un talento cultivado; bellas dotes que hacían de Miyares el tipo de militar distinguido. Don Fernando poseía, como su señora, un carácter recto, incapaz de engaño, no conociendo en su trato y en el cumplimiento de sus deberes, sino la línea recta, pudiendo decirse de esta bella pareja que caminaban juntos en la vía del deber, sin que les fuera permitido desviarse. Y en prueba de esta aseveración refieren las antiguas crónicas el percance que a Don Fernando pasó, en dos ocasiones, por la rectitud de su esposa.

Fué el caso que Miyares, en la época a que nos referimos, después de haber fijado la hora de las diez de la noche, para cerrar su casa, regresó a ella en cierta ocasión después de las once; ya la puerta estaba cerrada. Al instante llama, y como nadie le responde, vuelve a golpear con el puño de su bastón.

—¿Quién llama? pregunta una persona desde la sala.

—Inés, ábreme, es Miyares, responde Don Fernando.

—¿Quién es el insolente que se atreve a nombrarme y tuerteame, y a tomar en su boca el nombre de mi esposo? Fernando de Miyares duerme tranquilo, y nunca se recoge a des-

hora. Y retirándose a su dormitorio, Inés de Miyares, tranquila y digna, se acostaba sin darse cuenta de los repetidos golpes que sobre el portón diera su marido.

Después de haber dormido en la casa de algún militar, Miyares, tornaba al siguiente día a su hogar. Al encontrarse con Inés, el saludo cordial era una necesidad de aquellos dos corazones que se amaban y respetaban.

—¿Cómo estás, mi Inés? preguntaba Don Fernando.

—¿Cómo estás, Fernando —contestaba aquella. Y ambos, dándose el ósculo de la paz doméstica, continuaban, sin darse por entendidos, sin hacerse cargo de ningún género, y como si hubieran estado juntos toda la noche.

Doce o quince días más tarde, pues que los buenos maridos son como los niños de dulce índole, que no reinciden, después de la primera nalgada que les afloja la madre, sino algunos días más tarde, Don Fernando quiso tornar a las andadas.

Don Fernando había dicho en cierta ocasión, delante de su servicio, lo siguiente: mi esposa Doña Inés Mancebo de Miyares es el alma de esta casa y sus órdenes tienen que ser obedecidas como las mías. Olvidándose de esto, Don Fernando, en cierta tarde, ordena a su esclavo Valentín que le aguardara en la puerta de la calle, pues tendría quizá que recogerse tarde.

A las diez y media de la noche, Inés manda cerrar la puerta de la calle, cuando se le presenta el esclavo Valentín y le dice la orden que había recibido de su amo. Por toda contestación Inés le ordena, cerrar inmediatamente la puerta de la casa.

Al llegar Don Fernando, tropieza con la puerta cerrada, y creyendo que el esclavo estaba en el zaguán, comienza a golpearla.

—Valentín, Valentín, ábreme, grita Don Fernando.

—¿Quién es el insolente que da golpes en el portón? —pregunta Inés desde la sala.

—Abreme, Inés, ábreme, no seas tonta. Es tu marido Fernando Miyares.

—Mi marido duerme, insolente —responde Inés— y retirándose a su dormitorio se entrega al sueño, cerrando los oídos a toda llamada. Don Fernando partió.

Al día siguiente, se repite la misma escena precedente, y todo continúa sin novedad. Así pasaban las semanas cuando Don Fernando le dice a su esposa cierta mañana. Inés, eres una esposa admirable, el método que te guía en todas las cosas domésticas, el orden que observas, la atención que prestas a nuestros intereses, la maestría con que cultivas las relaciones sociales, éstas y otras virtudes hacen de ti una

esposa ejemplar. Debo confesarte que estoy orgulloso y contento.

Y variando de conversación, añade Don Fernando: ¿sabes que mañana estoy invitado por el Intendente Avalos a un desafío de malilla? El Intendente creyéndome hábil en este juego desea que luchemos. Como llegaré tarde de la noche tengo el gusto de advertírtelo para que sepas que estaré fuera.

—Bien responde Inés. Quedará la puerta abierta y el esclavo Valentín en el corredor para que atienda a tu llamado. Celebraré siempre que me adviertas cuando tengas que recogerme tarde de la noche, pues ya en dos ocasiones no sé que tunante atrevido ha osado llamar a la puerta, tomando tu nombre. Todavía más, tomando el mío y tuteándome. Estaba resuelta si esto continuaba a quejarme al Capitán Gobernador para hacer castigar tanto desparpajo.

—Cosas de los hombres, hija —contesta Don Fernando— y besando la frente de su señora salió a sus quehaceres.

La familia Miyares vivía, cerca de la esquina de San Jacinto, en la casa hoy N° 15 de la calle Este 2. A la vuelta y en Calle Sur 1 vivía el Coronel Don Juan Vicente de Bolívar casado con la señora Concepción Sojo y Palacios (1). Amigas íntimas, habían de verse diariamente, pues entre ellas existían atracciones que sostenían el cariño y la más fina cortesía. Inés criaba uno de sus hijos, cuando Concepción en vísperas de tener su cuarto pidió a su amiga que la acompañara y le hiciera las entrañas al párvulo que viniera al mundo.

*Hacer las entrañas a alguno* es frase familiar antigua que equivale a nutrir a un recién nacido, cuando la madre se encuentra imposibilitada de hacerlo. Antiguamente se aceptaba esto por lujo, entre familias de alto rango, y entre los pobres, como necesidad. Casi siempre se elegía de antemano una madre que en condiciones propicias pudiera alimentar no sólo a su hijo sino también al del vecino, del amigo, o del pariente.

Concepción quiso que su amiga Inés, hiciera las entrañas al hijo que esperaba, y este nació el 24 de Julio de 1783. Apenas vió la luz, cuando Inés le llevó a su seno y comenzó a amamantarle —sirviéndole de nodriza por muchos meses,

---

(1) Es seguramente un lapsus calami el que aparezca la madre de Bolívar con los apellidos Sojo y Palacios, pues bien sabía el autor de estos trabajos que ella era Palacios y Blanco, hija del Capirán Don Feliciano Palacios y Gil de Arratia y de Doña Francisca de Blanco Herrera.

hasta que el niño pudo ser entregado a la esclava Matea (11). Días después del nacimiento, el párvulo fué bautizado con los siguientes nombres: Simón de la Santísima Trinidad Bolívar.

En el curso de los años, el niño Simón, familiarizado con la amiga de su madre, hubo de tomarle cariño, cuando supo que ella había sido su primera nodriza, lo que contribuyó a que la llamara madre. El Coronel Bolívar murió en 1786 y su señora en 1792, dejando a Simón de nueve años de edad. El niño, aunque travieso y desobediente, continuó, no obstante, llamando madre y tratando con veneración y respeto a la que con tan buena voluntad le había alimentado durante los primeros meses de la vida. Fué por lo tanto, Doña Inés Mancebo de Miyares, la primera nodriza de Bolívar, a la que sucedió la negra Matea que obtuvo cierta celebridad y alcanzó larga vida, pues murió en 1886, habiendo el Gobierno de Venezuela costeadó su entierro.

Ascendió Miyares a Gobernador de Maracaibo, dejó a Caracas y se instaló con su familia en aquella capital, con regocijo de sus compañeros (2). Amado de los habitantes de esta región por su Gobierno paternal y justo, estaba Miyares en posesión de su empleo, cuando reventó en Caracas la revolución del 19 de abril de 1810. Empleado español, opúsose al torrente de las nuevas ideas, sabiendo sostenerse en la provincia de su mando, la cual no entró en el movimiento revo-

---

(1) La negra Matea no fué nunca nodriza de Bolívar, sino la negra Hipólita, a quien el Héroe recordó siempre con filial afecto. En carta a su hermana María Antonia, fechada en el Cuzco, a 10 de julio de 1825, le dice: "Te mando una carta de mi madre Hipólita, para que le des todo lo que ella quiera: para que hagas por ella como si fuera tu madre. Su leche ha alimentado mi vida y no he conocido otro padre que ella"...

Según nota inserta en la página 76 de los Papeles de Bolívar, Hipólita era ágil y montaba bien a caballo. Quería entreñablemente a su amo y estuvo con él en las batallas que se libraron en San Mateo. Cuando Bolívar entró en Caracas el 10 de enero de 1827, subió bajo palio por la calle comprendida entre Sociedad y las Gradillas; y como divisara a Hipólita entre la multitud abandonó su puesto y se arrojó en brazos de la negra, que lloraba de placer.

(2) No puede hablarse del general Miyares sin recordar su gobierno de Maracaibo, tan patriarcal, tan justo, tan progresista. Han pasado cerca de noventa años, y todavía el nombre de este mandatario español lo recuerdan los hijos de Maracaibo con placer y orgullo. Noble destino el de hacer el bien y dejar tras sí bendiciones que se perpetúan! El buen nombre del general Miyares, que respetaron los hombres notables de las pasadas generaciones, sin distinción de partidos, brillará siempre a orillas del dilatado Coquibacoa. Mora aquí un pueblo inteligente, amante de lo grande y de lo bello, que al hacer justicia a sus grandes hombres, rinde igualmente veneración a los mandatarios españoles que contribuyeron a su grandeza y a su dicha.

lucionario de Caracas. Nombrado más tarde Capitán general de Venezuela, a causa de la deportación del mariscal Emparan, una serie de obstáculos se opusieron a que llegara a tomar posesión de tan elevado encargo, sobre todo, la invasión inoportuna del oficial español Monteverde en 1812. Estaba destinado Miyares a ser víctima de este triste mandatario, que de otra manera, otros habrían sido los resultados al figurar en Caracas un militar de los quilates de Miyares.

Inútiles fueron los esfuerzos que hiciera este legítimo mandatario español de Venezuela en 1812, para traer a buen camino a Monteverde, que prefirió perderse a ser justo y amante de su patria.

En la correspondencia oficial que medió entre estos hombres públicos, se establece el paralelo: Miyares aparece como un militar pundonoroso, cabal y digno, Monteverde como un hombre voluntario, cruel y cobarde.

El triunfo de la revolución de Venezuela contra Monteverde en 1813, encontró a Miyares en Maracaibo. La guerra a muerte comenzaba entonces y con ella las confiscaciones y secuestros de las propiedades pertenecientes a los peninsulares. Entre las haciendas confiscadas en la provincia de Barinas, estaba la que pertenecía a la familia Miyares. Doña Inés juzgó que era llegado el momento en que pudiera recordar a Bolívar la amistad que le había unido a su madre y la aprovechó para pedirle que le devolviesen la hacienda de Boconó, que estaba secuestrada. No se hizo aguardar la contestación de Bolívar, y en carta escrita al coronel J. A. Pulido, Gobernador de Barinas, entre otras cosas le dice: "Cuanto U. haga en favor de esta señora, corresponde a la gratitud que un corazón como el mío sabe guardar a la que me alimentó como madre. Fué ella la que en mis primeros meses me arrulló en su seno. ¡Qué más recomienda que ésta para el que sabe amar y agradecer como yo! Bolívar."

Al acto fué libertada la propiedad de Barinas, y hasta patrocinada, pues la orden de Bolívar tenía tal carácter, que para un hombre como el coronel Pulido era gala complementarla.

Perdida de nuevo la revolución, tuvo Bolívar que huir de Caracas, en Agosto de 1814, para que de nuevo la ocuparan las huestes españolas, a las órdenes de Boves. Entre tanto el general Miyares, después de haber estado en Maracaibo, Coro y Puerto Cabello, partió para Puerto Rico, donde fenebió por los años de 1816 a 1817, después de haber celebrado sus bodas de oro. No pudo este militar tan distinguido llegar a la Gobernación de Venezuela, pero sí la obtuvo su hijo po-

lítico el Brigadier Correa, militar recto y caballeroso, que si como español suyo cumplir con sus deberes, supo igualmente dejar un nombre respetado y recuerdos gratos de su gobernación, que han reconocido sus enemigos políticos.

Era la tertulia del Brigadier Correa, en la cual figuraba la incomparable viuda Doña Inés Mancebo de Miyares al lado de sus hijas y sobrinas, centro de muy buena sociedad. Esto pasaba en los días en que la guerra a muerte parecía extinguirse, y los ánimos menos candentes dejaban lugar a la reflexión. Una solución final se acercaba, y Morillo victorioso, era llamado de España. La parte distinguida de la oficialidad española, Morillo y La Torre a la cabeza, frecuentaba la amena tertulia de Brigadier, donde era venerada la viuda de Miyares. (3)

No había noche de tertulia, y sobre todo, cuando la "Gaceta de Caracas" publicaba alguna derrota de Bolívar o de sus tenientes, en que no fuera la política militante tema de conversación. El haber Doña Inés amamantado a Bolívar o haberle hecho las entrañas, como se dice vulgarmente, era mo-

---

(3) Esta casa es la de alto situada en la esquina de Camejo, donde estuvieron primero los patriotas en 1813, después los españoles, y finalmente el Gobierno de Venezuela desde 1834 hasta 1841. Vive en Caracas una anciana muy respetable que revela en sus modales, conversación variada y ameno trato, lo que ella fué en los días de su juventud, cuando ahora setenta y cinco años, conoció a Miranda y a los hombres de la revolución de 1810, y trató más tarde a Morillo, La Torre, Correa, y después a Bolívar y las celebridades de Colombia y de Venezuela. Es Doña Inés Arévalo, descendiente de aquel Luis Antonio Sánchez Arévalo, de antigua familia española, que se enlazó en Caracas a mediados del último siglo, con la respetable familia Hernández Sanavria. Fué el padre de Inés el Dr. Don Juan Vicente Sánchez y Arévalo, Oidor honorario de la Audiencia de Caracas y caballero que respetaron los partidos políticos de su época. Cuando queremos refrescar algunas fechas, aclarar algunos nombres, buscar la verdad de hechos dudosos, durante la época de 1812 a 1824, visitamos a esta distinguida compatriota y amiga nuestra, la cual nos deleita con el relato de hechos curiosos, de dichos notables, y nos habla de aquella sociedad española y venezolana en la cual figuró en primera escala. Inés conserva la memoria, a pesar de haber ya pasado de ochenta y seis años. Retirada del mundo social, y dedicada solamente al amor de sus sobrinos, después de haber visto desaparecer cinco generaciones, Inés ha perdido esa vanidad que alimenta o entretiene los primeros cincuenta años de la existencia, y ama el aislamiento, aspiración de los espíritus que se acercan a la tumba. Pero como nosotros hablamos en este cuadro de la tertulia del Brigadier Correa donde figuró Doña Inés Mancebo de Miyares, y con ella, la amiga que la ha sobrevivido, nos es satisfactorio decir a nuestros lectores que todavía existe una de las distinguidas venezolanas de aquella época: venerable anciana que es honra de su familia y modelo de virtudes sociales y domésticas.

Reciba nuestra amiga públicamente los sentimientos de nuestra gratitud.



tivo de burla o de sorpresa. —Cómo es posible, señora, que una mujer de tantos quilates no le diera a ese monstruo una sola virtud? —Sedicioso, cobarde, ruin, ambicioso, insurgente; hé aquí la lista de dicitos que tenía que escuchar Doña Inés con frecuencia.

Pero como era mujer de espíritu elevado, a todos contestaba. —“Para obras el tiempo”, decía a unos. —“Hay méritos que vienen con la vejez”, contestaba a otros. “¿Y si las cosas cambian?”, preguntaba en cierta noche a Morillo. “En las revoluciones nada puede preverse de antemano”, añadía. “El fiel de la balanza se cambia con frecuencia en la guerra”. “El éxito corona el triunfo”.

De repente llega a Caracas el correo de España con órdenes terminantes a Morillo, Marqués de la Puerta, Conde de Cartagena, para que propusiera a Bolívar un armisticio, y regresara a España, dejando en su lugar al general La Torre. Tal noticia cayó en la tertulia del Brigadier como una bomba, pues sabíase que Bolívar acababa de llegar a Angostura, después de haber vencido a Barreiro y libertado del yugo español a Nueva Granada. El aspecto de los acontecimientos iba a cambiar de frente y nueva época se vislumbraba para Venezuela.

En la noche en que se supo esta noticia en la tertulia del Brigadier, las conversaciones tomaron otro rumbo. Bolívar no apareció con los epítetos de costumbre, sino como un militar afortunado con quien iba a departir el jefe de la expedición de 1815. Días después Bolívar y Morillo hablaban amigablemente en el pueblecito de Santa Ana. Bolívar se presenta acompañado de pocos, mientras que Morillo lo estaba de lucido estado mayor. Cuando se acercaron, ambos echaron pie a tierra.

—“El cielo es testigo de la buena fe con la cual abrazo al general Morillo” —dijo Bolívar al encontrarse frente de su temido adversario—. “Dios se lo pague” —contestó secamente el español, dejándose abrazar. A poco comenzaron las presentaciones por ambas partes, reinando intimidad y buena fe que caracteriza entre hombres cultos, un acontecimiento de este género.

Entre los diversos temas de conversación que tuvieron Bolívar y Morillo, éste hubo de traer al primero recuerdos gratos.

—En Caracas tuve el gusto de conocer y tratar a vuestra bondadosa madre en la casa del Brigadier Correa —le dice.

—Mi madre, exclamó Bolívar, como sorprendido de semejante recuerdo, y llevando la mano a la frente añadió: —Sí, sí, mi madre Inés ¿no es verdad? ¡Qué mujer! ¡qué matrona

tan digna y noble! ¡cuánto talento y cuánta gracia! —añadió el Libertador.

—¿No os parece una de las más elevadas matronas de Caracas?

—Sí, sí, contestó Bolívar. Más que elevada es un ángel, añadió. Ella me nutrió en los primeros meses de mi existencia.

—Si es cierto —dijo Morillo— que las madres al nutrir a sus hijos, les comunican algo de su carácter, en el vuestro debe haber obrado el de tan digna matrona.

—No sé qué contestaros —replicó Bolívar—. En medio de estas agitaciones de mi vida, ignoro lo que me aguarda; pero creo que el hombre debe más al medio en que se desarrolla, al curso de los acontecimientos y a la índole del carácter, que a la nutrición de la madre. Estos influyen mucho en los primeros años de nuestra vida. Después, pierden el poderío y la influencia, conservando el amor modificado.

Un años más tarde, en 1821, Bolívar entraba triunfante en Caracas, después de Carobobo. Hacía ocho años que no la veía. Entre sus necesidades morales figuraba la de hacer una visita a Inés de Miyares que había dejado la casa de su yerno, en la esquina de Camejo, por una casita modesta y pobre situada en la actual Avenida Este. Allí fué Bolívar a visitarla.

—¡Simón! ¡Eres tú!... —exclamó Inés al ver a Bolívar en la puerta interior del zaguán.

—Madre querida, vengan esos brazos donde tantas veces dormí —exclamó Bolívar.

Y aquellos dos seres en estrecho abrazo, permanecieron juntos prolongado rato.

—Siéntate —dijo Inés enternecida— ¡cuán quemado te encuentro —añadió.

—Este es el resultado de la vida de los campamentos y de la lucha contra la naturaleza y los hombres —contestó Bolívar.

—Y ¿qué te importa —replicó Inés— si tú has sabido sacar partido de todo?

—Sí, parece que la gloria quiere sonreirme.

Bolívar había comenzado a hablar de los últimos sucesos de su vida militar, cuando de repente, toma las manos de la señora, las estrecha y le dice:

—Os he recordado mucho, buena madre. Morillo me hizo vuestro elogio en términos que me cautivaron. ¿En qué puedo seros útil?

—¡Los bienes de Correa están secuestrados!

Serán devueltos hoy mismo —dijo Bolívar. Vuestro yerno es un oficial que honra las armas españolas. Nos ha combatido como militar pundonoroso. Os ofrezco un pasaporte para todos vuestros hijos, agregó Bolívar. Es necesario que ellos figuren con nosotros.

—Eso no, hijo, eso no —exclamó doña Inés— como herida. Todo te lo acepto menos eso. Ellos pertenecen a una causa por la cual deben aceptar hasta el sacrificio. Mucho te agradezco este rasgo de tu bondad, pero creo que cada hombre tiene una causa, la causa de la patria. Ellos son españoles y su puesto está en España.

—Muy bien, muy bien —contestó Bolívar—. Así habla la mujer de inteligencia y de corazón.

Al siguiente día Bolívar libraba del secuestro los bienes del Brigadier Correa.

Ignoramos si cuando Bolívar estuvo por la última vez en Caracas, en 1827, visitó a su madre doña Inés. Es muy natural suponer que así lo hiciera, pues ya en la edad avanzada en que estaba ésta, con sus hijos ausentes y sin fortuna, las atenciones y la gratitud son como rocío del cielo en el hogar silencioso y digno de la pobreza.

Doña Inés no sobrevivió a Bolívar sino en tres años, pues murió en 1833.

Cuando alguno de los descendientes del general Don Fernando de Miyares, escucha a alguien que hace gala de poseer algún recuerdo del Libertador o de agradecer algún servicio hecho por éste, hay siempre una frase que ahoga toda pretensión, y es la siguiente: "*Quite usted, que en mi familia fué donde se le hicieron a Bolívar las entrañas*", queriendo decir con esto, que la primera nodriza de Bolívar fué la esposa de aquel notable militar, Doña Inés Mancebo de Miyares, noble hija de Cuba.

## EL PRIMER TUTOR DE BOLIVAR

En la calle Sud 5, número 9, hay una casa de singular fachada, construída en los primeros años del último siglo. Exteriormente es de un sólo piso y su frente está ocupado por tres grandes ventanas sobresalientes, constituyendo cada una de éstas el centro de otros tantos compartimientos formados de pilares fantásticos y arco de arabescos caprichosos. El conjunto aparece, a primera vista, más grotesco que artístico, sobre todo, cuando se estudia con detención. El dosel o guardapolvo en que están sujetas las rejas de cada ventana están exornadas de labores, del mismo estilo, aunque más vistosos. Sobre la puerta de entrada que está a la derecha, existe un nicho vacío coronado por el monograma de la Virgen María. Hasta ahora pocos años, figuró en el zaguán de esta casa el antiguo pavimento de hueso, muy de moda en Caracas, durante los dos últimos siglos. De este pavimento sólo se conserva una porción del primer corredor, recuerdo de los antiguos dueños que la habitaban en remotos días.

He aquí una casa célebre, no sólo porque en ella vivió Bolívar, de edad de cinco a seis años, cuando su madre cansada de las travesuras del niño, lo entregó al tutor *ad litem* que le había nombrado la Audiencia de Santo Domingo, por fallecimiento de su padre, el Coronel Bolívar, acaecido en 1786, sino también por ser esta casa la que, durante muchos años, ocupó el tutor, aquel célebre patricio de la revolución de 1810, aquel Licenciado Don José Miguel Sanz, amigo de Miranda, víctima de la guerra a muerte, en las sabanas de Urica, en agosto de 1814. En esta casa fué instalada la Academia de Matemáticas, en 1831; y el Colegio de Santa María en 1859, bajo la dirección de los señores Doctor Agustín Avelledo y Doctor Ribas Bawldinn.

Refieren las crónicas de ahora ciento veinte años, que en la Universidad de Caracas cursaba el estudio de ciencias jurídicas un mancebo de suaves modales, de carácter concentrado, pobremente vestido, dedicado en alto grado al estudio. Ya porque fuese tuerto de un ojo, ya porque careciera de la cháchara y atrevimiento que caracterizan en el claustro a ciertas medianías que llegan alcanzar entre sus colegas séquito y amistades, es lo cierto, que el más aprovechado de los estudiantes, en la época a que nos referimos, servía constan-



temente de tema de burla a sus compañeros, por su carácter retraído y silencioso. Llamábase el estudiante José Miguel Sanz.

Armado de paciencia, escudo en los espíritus superiores, supo José Miguel despreciar las bromas pesadas y repetidas de sus compañeros, no viendo en ellas sino puerilidades, hijas del poco mérito y de la ausencia de buena educación. Sin embargo, cuando José Miguel se veía acosado, abandonando el carácter silencioso, se iba sobre sus adversarios, los apostrofaba, los hería con frases cultas, y los retaba para los días de examen, seguro de que todos ellos aparecerían ignorantes a su lado. Y en efecto, así sucedía: al llegar la época en la cual cada estudiante debía presentarse con capital propio, José Miguel descollaba por sus méritos, apareciendo erguido, sereno, satisfecho, y con plena conciencia de sus fuerzas. Recreábanse los examinadores al ser testigos de la soltura del estudiante y de la facundia con la cual resolvía las más difíciles cuestiones. Al concluir los exámenes, la fama pregonaba el talento, aprovechamiento, despejo y demás condiciones del joven; y éste, en presencia de sus compañeros, recibía los premios a que había sido acreedor. La superioridad de Sanz que había comenzado a vencer a sus colegas con el desdén, llegó a imponerse con el talento y con la fama, de tal manera, que las bromas y burlas llegaron a tornarse en admiración. Sanz fué proclamado por sus condiscípulos el primer estudiante de Derecho, el espíritu más luminoso de su época y la gloria más pura del claustro universitario. Años más tarde, el nombre del nuevo abogado resonaba por todas partes. Brillaba en Caracas, en los momentos en que desaparecía de la escena política la Compañía guipuzcoana, se eclipsaba la estrella del feroz Intendente Avalos, y surgía con medidas trascendentales el gobierno de Carlos III, como una esperanza en los destinos de América.

A poco andar nace, en 1783, el párvulo Simón, hijo del Coronel Don Juan Vicente de Bolívar y de su esposa Doña Concepción Palacios y Sojo. Rico al nacer, lo fué más, cuando a los pocos días, el presbítero Don José Félix Arestiegua le adjudicó un cuantioso vínculo, legado que llamó la atención pública por la magnificencia del donador. Dos años más tarde, muere el Coronel Bolívar quedando el huérfano Simón, así como sus hermanos, bajo la tutela de la madre. Pero como la ley española, en casos como éste, favorece los derechos del privilegiado, la Audiencia de Santo Domingo al tener noticia de la muerte del Coronel Bolívar, nombró un tutor *ad litem* al párvulo Simón, recayendo el encargo en la

persona del ya célebre abogado de Caracas, Don José Miguel Sanz.

Es una ley de los contrastes, nacer rico y morir pobre; sembrar beneficios y cosechar abrojos; alcanzar nombre preclaro y morir abandonado; imperar, triunfar, ascender al zenit de la gloia y desaparecer silbado y maldecido. El infante Bolívar que, antes de poseer la razón, venía la ley a ampararle la cuantiosa fortuna que poseía, estaba escrito que tendría que ser amortajado con camisa ajena, cuarenta años más tarde. Todo esto no podía pasar por la mente del tutor, quien tampoco podía presumir el trozo de niño que, bajo su amparo, le entregaba la Audiencia de Santo Domingo. Aquel niño de cinco años y el tutor de treinta y cuatro, después de mil peripecias, debían tropezar por la última vez: el uno, el más joven, en el camino de la fuga: el otro, el anciano, en el camino de la muerte.

Insoportable apareció desde su más tierna edad el niño Simón Bolívar. No podían con él ni la madre, ni el abuelo, ni los tíos, pues obedecía a sus instintos y caprichos, se burlaba de todo, haciendo todo lo contrario de cuanto se le aconsejaba. Inquieto, inconstante, voluntarioso, imperativo, audaz, poseía todas las fuerzas del muchacho a quien le han celebrado sus necesidades, haciéndole aparecer como cosa nunca vista. Ni se le regañaba y menos se le castigaba por sus numerosas faltas; siendo inaguantable ante su propia familia y extraños. En tan triste situación pensó la madre del niño, cuando éste alcanzó la edad de seis años, que debía colocarlo bajo los cuidados de un director de carácter, de ilustración y de sanas ideas que pudiera salvarle a su hijo de una educación viciosa que sostenía un carácter indomable. Pensó Doña Concepción en el tutor *ad litem*, el abogado Sanz, quien después de repetidas excusas aceptó al fin, llevándose al niño a su casa para que viviera como uno de sus hijos. Le pareció que complementaba de esta manera el encargo que le había conferido la Audiencia.

Entre el pupilo y el tutor mediaban treinta años de edad, lo suficiente, al parecer, para que el viejo, que así llaman a los espíritus serios, tenaces en el cumplimiento del deber, pudiera imponerse a un niño de tan pocos años. Al instalarse Simón en la casa del tutor, de la cual hemos hablado, comenzó el Padre Andújar, capuchino muy instruído de aquella época, a enseñar al niño los rudimentos de religión, moral e historia sagrada, que sabía mezclar con historietas graciosas que tenían por objeto llamar la atención del discípulo y de captarle la mejor voluntad. Perteneían al tutor: las adverten-



cias, los consejos, los castigos y hasta las amenazas, pues Bolívar, niño, se reía de todo el mundo, a nadie obedecía, no aceptando sino los aplausos necios que provocaban algunas de sus muchachadas.

En los primeros días el tutor apareció suave y cariñoso, pero a proporción que este método fué quedando en desuso, el tutor fué acentuando las observaciones y consejos, hasta que llegó a mandar con carácter paternal e imperativo.

—Cállese usted y no abra la boca, le decía con frecuencia el tutor, cuando en las horas de almuerzo o comida, el niño quería mezclarse en la conversación. Y el muchacho, que era muy tunante, aparentando cierta seriedad, dejaba el cubierto y cruzaba los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué no come usted? preguntaba el licenciado.

—Usted me manda que no abra la boca.

En cada una de estas chuscadas, el tutor había de reírse, aunque en la mayoría de las veces permanecía serio al lado del pupilo.

—Usted es un muchacho de pólvora, le dice el tutor, en cierta ocasión.

—Huya, porque puedo quemarlo, contesta Bolívar. Y lleno de risa se dirige a la señora de Sanz y le dice: —Yo no sabía que era triquitraque.

—Ya no puedo con usted, le dice el Licenciado, en una ocasión en que el pupilo estaba inaguantable. Yo no puedo domar potros, agrega el tutor, algo excitado.

—Pero usted los monta, responde Bolívar, con impasibilidad admirable. Aludía el pupilo al caballo zaino que montaba el Licenciado, y que de vez en cuando costaba trabajo hacerle subir la rampla que unía el primer patio con el piso del corredor.

Como el Licenciado tenía que asistir con frecuencia a los tribunales, dejaba casi siempre a Simón encerrado en la sala alta de la casa, como castigo que le imponía por sus repetidas faltas; pero como los niños, por traviesos que sean, inspiran siempre conmiseración a las madres, sucedía que la esposa del Licenciado, apiadándose de Simón, le hacía llegar al prisionero, por una de las ventanas, y ayudada de una vara larga, pan y dulces, encargándole que de ninguna manera la comprometiera con su marido. Al regresar el tutor, la primera pregunta que hacía a la señora era la siguiente:

—¿Cómo se ha portado ese niño?

—Ha estado tranquilo, contestaba la señora.

En seguida subía el tutor a la sala de detención, abría la puerta y ponía en libertad a Simón.

—Sé que te has portado muy bien durante mi ausencia, decía el Licenciado al pupilo. Saldremos, por lo tanto, a pasear esta tarde.

—¿A qué debo ésto?, pregunta Simón.

—A los informes de mi señora.

—Qué buena mujer es su esposa, Don José Miguel, replica Simón, animado de gratitud.

—Sí, sí, muy buena, porque te apadrina y consiente, replicó el Licenciado.

—Ja, ja, ja, contesta el piiluelo, riéndose a sus anchas.

—¿De qué te ríes, tunante? pregunta el tutor.

—De nada, señor de nada. Me río porque lo apetezco. El muchacho no quiso comprometer a la señora que lo favorecía con dulces en cada ocasión en que el tutor, al salir para la Audiencia, encerraba a Simón en la sala alta de la casa.

Simón y el tutor salían casi todas las tardes a caballo, y retornaban después de horas de paseo. El Licenciado montaba su caballo zaino y el pupilo un burro negro algo perezoso. El maestro aleccionaba al discípulo, durante el paseo, aprovechando cualquier incidente que mereciese darle una lección.

—Usted no será jamás hombre de a caballo, dice el Licenciado a Simón, que no tenía compasión del asno.

—¿Qué quiere decir hombre de a caballo? preguntó el niño. El Licenciado da una explicación satisfactoria, a la cual responde Simón:

—¿Y cómo podré yo ser hombre de a caballo montando en un burro que no sirve para cargar leña?

—Así se comienza, responde el tutor que sabía aprovecharse de todo para departir con el pupilo. (1)

---

(1) Podría formarse una colección de los dichos, respuestas, frases irreflexivas, contestaciones oportunas, en ocasiones dignas de elogio, en otras dignas de censura, del niño Simón de Bolívar, durante el tiempo en que estuvo bajo la vigilancia del célebre tutor Don José Miguel Sanz. Doña Alejandra Fernández de Sanz, esposa de éste, que fué para el inquieto pupilo una providencia siempre cariñosa, siempre oportuna, transmitió a su hija Doña María de Jesús Sanz, después la esposa de Don Cástor Martínez, cuanto conservaba de caro acerca de las frases y respuestas de Bolívar. De labios de Doña María de Jesús, señora de gratos recuerdos para la sociedad de Caracas, supimos muchas de las historietas de Bolívar; y todavía hoy, los nietos del tutor, relatan incidentes que se han ido conservando en esta familia, durante cien años. Nos es placentero dedicar hoy en esta Leyenda algunas líneas a la memoria del célebre tutor, jefe de la tan conocida familia Martínez Sanz; y nos será satisfactorio, porque nos estimula el sentimiento patrio, dar más tarde a la estampa el estudio histórico que conservamos inédito, acerca del célebre patricio de la revolución venezolana, víctima de la guerra a muerte, en los días sangrientos de 1814.



Y fué tan hombre de a caballo que, cuando murió en Santa Marta, en 1830, de edad de cuarenta y siete años, notóse que tenía en cada posadera enorme callo. Había recorrido, durante veinte años, las pendientes, llanuras, valles, costas, las principales ciudades de la América del Sud, y el dorso de la tierra, desde las costas de Paria hasta las cimas de Cuzco y del Potosí y a orillas del elevado Titicaca.

Pero esta lucha constante entre el maestro, ya en edad prolecta y el niño de seis años, no debía continuar. Se comprende que el jefe de una familia sea incansable, tenaz y hasta cruel en la educación de un hijo de naturaleza refractaria, pero no se comprende que un hombre de la seriedad e ideas de Sanz pudiera constituirse en mentor constante de un muchacho, reacio a todo consejo, y con quien no le ligaban vínculos de familia ni antecedentes sociales. Además, ni tenía tiempo el tutor para constituirse en celador ni estaba en su educación hacerse verdugo de nadie. Así fué que antes de cumplirse dos años, Don José Miguel llevó a Simón a la casa de la madre y allí lo dejó para que continuara recibiendo las lecciones de los profesores Andújar, Pelgrón, Vide, Andrés Bello y Simón Rodríguez. Nos inclinamos a creer que éste sustituyó al tutor *ad litem* en el manejo de la fortuna que fué donada a Bolívar por el Padre Jérez Aresteigueta. Muerta la señora Concepción Palacios de Bolívar en 1791, el padre de ésta, Don Feliciano Palacios, continuó como tutor natural de Simón y después, por muerte de aquél, los tíos Esteban y Carlos, hasta, que el mozo Bolívar se emancipó de todo pupilaje en 1796 y salió para Europa en 1799.

¿Qué influencia ejerció el primer tutor de Bolívar en el ánimo y educación de éste? Ninguna, porque Bolívar pertenecía a ese grupo de hombres que se forman por sí, debido a cierta idiosincracia que tiende a emanciparlos de sus semejantes, y los somete al impulso de caprichos y necesidades, en acatamiento a aspiraciones naturales, que se transforman en grandes conquistas sociales. Si es difícil conducirlos en los primeros días, es más difícil comprenderlos cuando en posesión de una claridad intelectual, que los estimula, se empujan, toman vuelo, ascienden y obran sin ser comprendidos, en obediencia a leyes misteriosas del organismo. La humanidad juzga siempre a estos hombres luminosos, como locos dignos de conmiseración. Son como el álbato que necesita del huracán para extender el ala poderosa y en cernerse sobre la tempestad que les sirve de peña. La ola enfurecida, el rugido de los vientos desencadenados, todas las baterías del rayo eléctrico en posesión del espacio, he aquí la lucha en el vasto

campo de la naturaleza. Pero la fuerza no puede ser vencida sino por la fuerza cuando ésta es conducida por la sagacidad, piloto del espíritu. La pupila del álbator para dilatarse, exige la tempestad y en ésta encuentra su triunfo, su festín. El día en que estos álbator de las tempestades sociales vuelven al hogar, después de asomarse la faja iris en todos los horizontes, es para sucumbir... El poderío se torna entonces en debilidad, la sagacidad en temores; inflexibles, augustos, olímpicos, se hacen después llorones y quejumbrosos. Pero como el álbator, siempre encuentran la roca, el escollo, la playa hospitalaria que les sirve de tumba...

A los once años después de la partida de Bolívar, tropieza éste con su viejo tutor. Véanse de nuevo, anciano ya el maestro, y de veinte y cinco años el antiguo muchacho tronera y voluntarioso. El mismo número de años mediaba entre ellos; pero el respeto había tomado creces. Tropezaban al comenzar una revolución, cuyo desarrollo nadie podía prever, y la cual necesitaba más de calma y raciocinio que de arranques fogosos. El *tutor* y el pupilo estaban juntos. Sanz le juzgó lleno de talento, de imaginación, pero sin juicio sólido. Poseía la locomotividad del cuerpo y del pensamiento, pero careciendo del aplomo que dan los años y la experiencia. Sanz le creyó incapaz de grandes ideas.

Los sucesos de 1810, 1811 y 1812, confirman respecto de Bolívar, la opinión de Sanz. Uno de los espíritus pensadores de aquella época, Pedro Gual, amigo de Bolívar, opinó porque éste no había revelado hasta entonces, las grandes manifestaciones con que apareció más tarde. (1)

En las campañas de 1813, Sanz no surge en los campos de la revolución, sino como un espíritu secundario, obrero de poca valía. Con las altas virtudes de un patricio y los talentos de un hombre de Estado, pensador, ilustrado, recto, inflexible en el camino del deber, Sanz no apareció ante Bolívar, en aquellos días azarosos, de triste recordación, sino como el venerable abuelo ante sus nietos belicosos: el hombre de consulta en casos insignificantes; y esto como homenaje debido, más a los años que a la inteligencia del espíritu eminentemente práctico. Es un hecho en la historia que los hombres preclaros, al encontrarse como jefes de situaciones anormales, tienen más confianza en su propio criterio que en el ajeno. Rodéanse más del elemento joven, inquieto y aun tur-

---

(1) Gual. Testimonios del ciudadano Don Pedro Gual, sobre los verdaderos motivos de la capitulación de Miranda en 1812. Bogotá, 1 cuaderno, 1843.

bulento, si se quiere, que de los espíritus ya coronados por los años y las conquistas de una vida laboriosa y fecunda, y sobre todo, poseedores del don de gentes concedido por la Providencia a determinados caracteres.

Sólo en dos ocasiones consulta Bolívar a Sanz: primero, respecto del proyecto de Constitución que deseaba dar a Venezuela en 1813; y segundo, respecto de la pacificación en 1814, de los valles de Barlovento, que Sanz conocía, como el primero. Conciso y terminante se presenta el *tutor*, en sus opiniones: "En medio de la anarquía no puede reinar ninguna Constitución: la anarquía exige la dictadura y en ésta deben resumirse todos los poderes". Y respecto de la paz, alterada en los valles de Barlovento por los agricultores españoles y los esclavos sublevados, Sanz dice: "No es posible la autoridad civil, cuando el desorden impera, sino la militar, el campo volante, la ciudadanía armada en defensa de los intereses generales". Con tales respuestas manifestó el *tutor* la virilidad de sus ideas y la rectitud de sus propósitos. Contestaciones como éstas acompañadas de disputas acaloradas, en las variadas conferencias que tuvieron sobre temas políticos Bolívar y Sanz, fueron causa de que estos dos hombres no se acercaran y se unieran íntimamente, como era natural. La diferencia de edad, de educación, de principios, y cierto antagonismo en el modo de juzgar los sucesos, concluyeron por separar estos dos hombres que nunca llegaron a amarse. Víctima de los sucesos de 1814, acosado por la anarquía patriota más que por las huestes españolas. Sanz abandona en buena hora la tierra caraqueña y sigue a la isla de Margarita. Uno de sus contemporáneos, el General José Félix Blanco, nos dice, respecto del ilustre patricio, lo siguiente:

"Allí, (Urica) con el último ejército de la República, pereció uno de sus más virtuosos e ilustrados hijos, aquel Licenciado José Miguel Sanz, que en una época anterior hemos visto tan consagrado al servicio de su patria. Perseguido por Monteverde, había gemido muchos meses en las mazmorras de La Guaira y Puerto Cabello, hasta que la Audiencia española establecida en Valencia, le puso en libertad. Perdidas las posesiones del Centro y del Occidente por consecuencia de la batalla de La Puerta, emigró a Margarita, y se hallaba allí, cuando su amigo Ribas, deseando oír sus consejos, y aun obtener su mediación para cortar de raíz las disensiones de los jefes militares le llamó a su lado, haciendo valer a sus ojos el bien que de ellos se seguía a la República. La

víspera de la acción de Urica se avistaron y conferenciaron largo rato, separándose luego al empezar el combate. Con la muerte del ilustre letrado fueron a manos de Morales sus preciosos trabajos literarios y entre otros, una parte de la historia de Venezuela, para cuya redacción había acopiado inmensos materiales. Todos fueron destruídos. (1)

¿Cómo juzgará la historia de Venezuela a este célebre patricio de los primeros años de la magna revolución? En un cuadro por separado que publicaremos más tarde, trataremos de estudiar esta figura admirable, siempre luminosa de nuestra historia. Tal figura amerita un estudio serio.

---

(1) La Bandera Nacional, Caracas, 1838.

## DE COMO LOS FRANCESES HUYERON DE CARACAS SIN SAQUEARLA

Dice la tradición y confirman los geógrafos e historiadores de Venezuela, que Caracas fué saqueada en 1679 por piratas franceses. El jesuita Coleti así lo asegura, en su *Dizionario Storico-Geográfico dell'America Meridionale* de 1771, y también Alcedo en su *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*, que fué publicado años más tarde, 1789. A estos siguen, Yanes en su "Compendio de la Historia de Venezuela", publicado en 1840, y Baralt en su "Resumen de la Historia de Venezuela", que vió la luz pública en 1841. Y si los primeros citan el hecho, Baralt agrega a la aseveración de sus predecesores, "que los piratas se llevaron gran botín a bordo".

Pues bien, nada de esto es exacto, aunque lo hayan escrito cronistas, historiadores y geógrafos de ahora cien años, y confirmado Yanes y Baralt, y se repita en Manuales y Compendios de la Historia de Venezuela. Todo esto es un mito, pues Caracas nunca fué saqueada por filibusteros franceses.

He aquí una cuestión, al parecer, embrollada, y sin embargo muy sencilla. Caracas nunca fué saqueada por los franceses, y no obstante, los franceses huyeron de Caracas; Caracas no fué saqueada por filibusteros franceses, y sin embargo, éstos se llevaron a bordo un rico botín. Y lo más curioso de todo es, que los únicos perjudicados con motivo de la entrada de los franceses en Caracas, fueron los miembros del venerable Cabildo eclesiástico, a quienes costó el percance la suma de seis mil pesos.

Ahora parece la noticia más intrincada, pues entra un nuevo factor, el Cabildo eclesiástico. De manera que Caracas fué y no fué saqueada en 1679; y los franceses entraron y salieron, llevándose hasta las gallinas; y además, los capitulares de nuestra Catedral, fueron los únicos que tuvieron que pagar rescate a los invasores.

Referían nuestros antepasados y lo sabían sin duda alguna de sus padres y abuelos, que un tal Don Jaime Urrieta, hombre muy acaudalado, que figuró allá por los años de 1608 a 1610, tuvo el capricho de llamar a sus hijos varones con un solo nombre y a las hembras con otro. Hubo dos

hembras y éstas se conocieron con los nombres de Francisca y Paquita. Hasta aquí todo va en orden; pero como Don Jaime llegó a tener seis varones, al primero le llamaron Pablo, a los dos que siguieron se les bautizó con los derivados Pablito y Pablote. Al llegar al tercero, Don Jaime, sin querer contrariar su resolución, limitóse a estudiar los defectos físicos de sus nuevos hijos, antes de bautizarlos, para darles un distintivo que pudiera acentuar el nombre que todos debían llevar. Así se le puso al cuarto el nombre de Pablo el tuerto; y al quinto Pablo el zurdo; pero el último, por haber salido algo *zote*, obtuvo el nombre de *El gallo pelón*.

He aquí en qué paran las manías de dar un mismo nombre a una serie de hermanos. Y esto mismo puede decirse respecto de los nombres geográficos. La Caracas saqueada por los filibusteros franceses en 1697 ¿fué la Caracas de Pablito y de Pablote, la de Pablo el zurdo, la de Pablo el tuerto, o finalmente, la Caracas de *El gallo pelón*?

*Caracas* es el nombre que lleva, no sólo la capital de Venezuela, sino también un riachuelo en la costa, a barlovento de Naiguatá, que se desprende de la Cordillera y desagua en el mar. *La ensenada de los Caracas* figura en estos lugares, y *los Caracas* es el nombre que tienen, igualmente, las ricas haciendas en la misma costa. El valle en que está construída la capital de Venezuela se llama *valle de Caracas*, y *Caracas* dice también del grupo de islas de la costa, a sotavento de Cumaná. En los primeros años de la conquista castellana, no se conoció con el nombre de *Provincia de los Caracas* o *de Caracas*, sino la porción de costa vecina a las cimas del Avila, y tierras interiores despobladas.

Por los años de 1678 a 1680, el conocido filibustero francés Francisco Gramont, después de haber saqueado varios lugares de la costa venezolana, se apoderó en 1680, del puerto de La Guaira, del cual tomó lo que quiso y se llevó prisioneros al Jefe y a la guarnición del puerto que alcanzaba a 150 hombres. Y no se limitó a pillar este lugar, sino que arrasó con los animales y objetos que hubo en la costa de los Caracas y haciendas de este nombre, para las cuales fué terrible azote. Este es el hecho que confirman las frases del historiador Baralt, cuando, al repetir lo que habían dicho sus predecesores, respecto del saqueo de la capital de Venezuela por filibusteros franceses, agrega: "llevaron a sus bajeles gran botín". Este botín no salió de la capital Caracas, ni menos fué conducido por el camino y veredas que comunican a ésta con el puerto de La Guaira; sino tomado en las costas

Caracas y haciendas ricas de esta comarca, que fueron saqueadas en 1680, por el célebre pirata Francisco Gramont. (1)

Esta es la Caracas del gallo pelón, teatro de las fechorías de los franceses, y no la capital Santiago de León de Caracas que no ha sido saqueada sino en una sola vez, cuando en 1595 estuvo en ella, durante ocho días, el filibusteró inglés Amyas Preston, aunque los mismos cronistas e historiadores como Oviedo, Alcedo, Baralt y otros, hayan asegurado que fué Francisco Drake.

En los días de que hablamos, los moradores de Caracas eran víctimas a cada momento, de alarmas que infundían el pánico en las familias. Era la época del filibusterismo, cuando Inglaterra, Holanda y Francia, armadas contra España, trataban de arrancarle a ésta su conquista de América. Y aunque Caracas, por su pobreza, no despertaba la codicia de los aventureros extranjeros, sus habitantes temblaban, cuando se anunciaba en la costa alguno de tantos buitres rapaces, conocidos entonces con el nombre de filibusteros.

Por uno de estos sustitutos pasaron los moradores de Santiago, en los días en que Gramont se llevó hasta las gallinas, de las costas de las Caracas. Figuraba como gobernador de Venezuela en ese entonces, Don Diego Melo Maldonado, hombre activo, que en presencia del peligro que podía correr la capital, hizo abrir fosos en las cuadras cercanas a la plaza mayor, donde pensó atrincherarse y defenderse. A la realización de esta idea contribuyeron los pobres con su trabajo personal y los ricos con sus caudales. En la lista de magnates de la capital se inscribió el Cabildo eclesiástico, voluntariamente y sin ninguna coacción, con la cantidad de seis mil pesos. Grande se despierta el entusiasmo en el momento del peligro, y menguado aparece cuando cesa el temor. Al partir los piratas, después de pillajes repetidos, Caracas respira, huye el pavor, y los moradores se entregan al regocijo religioso, pues la Providencia los había libertado de la miseria. Creía el Cabildo, que, por no haber Gramont bajado a Caracas, se libertaba de la suma que había suscrito, cuando el gobernador, después de recoger la suscripción en totalidad, recuerda a los capitulares, la obligación a que se habían comprometido. Es curiosa la correspondencia que se entabla entre el gobernador que apremia y ellos que tratan de escaparse por la tangente, como con frecuencia se dice. Después de idas y venidas, de vueltas y revueltas, el

---

(1) Southey. Chronological History of the West Indies. 3 vols. 8º, 1827.

Cabildo, en fin, de buena o de mala gana, con sonrisa o con lágrimas, entrega los seis mil pesos. (1)

Y tan escarmentados quedaron los canónigos después de este chasco, que cuando más tarde, el monarca quiso comprometerlos, en caso semejante, es decir con contribución espontánea, pero forzosa, por la manera de pedirla, el Cabildo logró, en esta ocasión, irse de veras por la tangente.

Está probado que Caracas jamás fué saqueada por los franceses; pero como es cierto que los franceses tuvieron que huir de Caracas, departamos acerca de este hecho, para que así desaparezcan los mitos y triunfe por completo la verdad histórica.

En los días de la segunda expedición de Miranda y arribo de éste a las costas de Coro, 1806, fué tal el espanto que este suceso infundió en el ánimo de los caraqueños que, el gobernador Guevara Vasconcelos, a pesar de haber desplegado grande actividad, juzgó que era oportuno pedir un auxilio a la isla francesa de la Guadalupe, de donde enviaron a Caracas, en el término de la distancia, doscientos soldados al mando de un oficial, cuyo nombre no hemos podido averiguar. Es lo cierto, que los doscientos franceses fueron instalados en el Cuartel de San Carlos, y que en éste permanecieron hasta fines de 1808.

Muy lejos estaba de la mente de Vasconcelos, suponer que aquellas tropas iban a salir de Caracas, dos años más tarde, empujadas por un motín popular, contra los franceses, y más lejos aún, prever su muerte que acaeció en 1807.

Muerto el capitán general, sucedióle en el mando el segundo designado por la ley, el coronel teniente de Rey, Don Juan de Casas, español de buena índole, aunque de carácter débil para afrontar las difíciles circunstancias que iba a atravesar su gobierno. Sabía Don Juan los sucesos de Bayona, en mayo de 1808, cuando a mediados de julio, fueron aquellos conocidos de la población de Caracas, de una manera inesperada. En aquellos días, dos comisiones habían sido enviadas al gobierno de Venezuela, con encargos diametralmente opuestos: la una era francesa, inglesa la otra. El gobierno de Napoleón encargaba a su representante que entregara al gobernador y capitán general de Caracas, los documentos referentes al cambio político que acababa de verificarse en España, e invitar a la Colonia a hacer parte de la nueva monarquía. El gobierno inglés encargaba al suyo que alertara al mismo gobierno de Caracas, para que no fuera

(1) Archivo del Cabildo eclesiástico.



víctima de las perfidias de Napoleón, y le ofreciera todo género de protección, como aliado que era de España. Ambos delegados, que llegaron a Caracas casi a un tiempo, fueron recibidos por el gobierno y pueblo de la capital de diferente manera, pues estaban diametralmente opuestos.

El 15 de julio se sabe en Caracas que había llegado a La Guaira el bergantín francés "Le Serpent", que tenía a bordo al comisario francés, el que en el término de la distancia se presentó ante el coronel Casas, y le entregó los pliegos de que era portador. No habían corrido breves instantes, cuando se trasparenta en el público la comisión que traía el emisario francés, y grupos de curiosos llenan las calles principales. En esto, uno de los oficiales de la comisión, Mr. Lemanois, que estaba alojado en la posada del Angel, se pone a leer las noticias que acerca de los sucesos de Bayona, contenían las "Gacetas francesas". Escuchábanle algunos curiosos y entre éstos el oficial ingeniero Diego Jalón, que, indignado con procedimientos tan bajos como los empleados por Napoleón contra España, prorrumpe en dicterios contra el gobierno francés. Comienza la polémica, exáltase el patriotismo, es secundado Jalón por oficiales venezolanos, y la posada se convierte en campo de Agramante, cuando se escuchan los gritos de: "Viva Fernando VII y muera Napoleón con todos sus franceses". Por instantes la concurrencia se hace más numerosa, más entusiasta, y, en menos de una hora, como diez mil personas, escribe un festigo presencial, se hallaban al frente del palacio de gobierno y gritaban con furia: "Viva Fernando VII y muera Napoleón. (3)

En esto se reúne el Ayuntamiento en la sala capitular, y envía una comisión de su gremio al capitán general, con el objeto de que se reconociera a Fernando como Rey, y se le jurara públicamente la obediencia debida. Por tres ocasiones el gobierno quiere evadir el deseo popular, y por otras tres se presentan los diputados del Ayuntamiento, el cual triunfa por completo. Momentos más tarde, el gobierno, acompañado de todos los cuerpos oficiales y de numeroso concurso, proclamaba a Fernando VII.

Entre tanto, los comisionados de Napoleón que almorzaban tranquilamente en la casa del comerciante Joaquín García Jove, para quien habían traído cartas de recomendación, llegan a alarmarse, al conocer las proporciones que tomaba la

---

(3) La posada del Angel, destruída por el territorio de 18812, estuvo en el sitio que ocupa la actual casa de dos pisos número 9, en la Avenida Norte, cerca de la Metropolitana.

asonada contra los franceses. Así lo participan al gobernador Casas y éste les envía a su secretario, el joven Don Andrés Bello, quien al ponerse al habla con el principal, oye la siguiente bravata del bonapartista:

“Sírvasse usted decir a su Excelencia que ponga a mi disposición media docena de hombres, y no tenga cuidado por lo que pueda hacerme la turba que está vociferando en la calle”. (4) A pesar de esta fanfarria, los comisionados franceses hubieron de salir de Caracas en aquella misma noche, protegidos por el gobernador, que les facilitó una escolta de seguridad.

En la misma tarde en que se verificaba en Caracas el suceso que acabamos de narrar, llegaba a La Guaira la fragata inglesa *Acasta*, a cuyo bordo estaba el capitán Beaver, comisionado del gobierno inglés para manifestar a los venzolanos, que los pueblos de la Península se habían levantado contra los invasores. Y mientras que los franceses bajaban a La Guaira, muy bien escoltados, el capitán inglés subía a Caracas, donde fué recibido con frialdad por el gobierno, y con entusiasmo por las familias, lo contrario de lo que había pasado con los franceses. Esto contribuía a que la situación se definiera y el horizonte se despejara. De todos modos, estos sucesos de 1808, fueron los precursores de la revolución de 1810.

Antes de dejar a Caracas, el capitán Beaver quiere apoderarse del bergantín francés, en aguas del puerto, pero el Gobernador Casas le amenaza con hacerle fuego, si intenta tal proyecto. Sin poder contar, por lo tanto, con una protección decidida de parte del gobierno de Caracas, Beaver baja a La Guaira, se reembarca y parte. Días después, el gobernador Casas mandaba salir, en dos porciones, a los soldados franceses, que desde 1806 estaban en Caracas, con el objeto de que permanecieran en Puerto Cabello y en La Guaira, de donde debían seguir a Guadalupe, en la primera ocasión. Mientras que esto pasaba con los franceses de 1806, ya los comisionados de Bonaparte y el bergantín “*Le Serpent*” habían sido buena presa del capitán inglés Beaver.

Así fué como los franceses que, en remotos tiempos, según los cronistas e historiadores de Venezuela, saquearon a Caracas, huían de ésta, dos siglos más tarde, sin haberla saqueado.

---

(4) Amunátegui. Vida de Andrés Bello. Santiago de Chile 1 vol. en 4º 1882.

## PASQUINADAS DE LA REVOLUCION VENEZOLANA

Pasquino fué el nombre que llevó un sastre *remendón* de la antigua Roma, cuya tienda estuvo cerca del palacio de Los Ursinos. Y como Pasquino era un hombre epigramático, siempre chistoso, satírico contra el gobierno y los magnates de Roma, su tienda hubo de ser el punto de reunión de los charlatanes y conversadores de la capital, y también de ciertos espíritus ilustrados, partidarios de los epigramas, con los cuales fotografiaba el poeta a ciertos personajes de su época, (siglo décimo sexto). A poco de la muerte de Pasquino, apareció en el mismo sitio un torso de mármol, que juzgaron los artistas de Roma representaba a Menelao conduciendo el cadáver de Patroclo. Sobre este torso figuraban constantemente sátiras y epigramas contra los personajes de la época; y de aquí el haberse dado igualmente a la estatua el nombre de Pasquino, en recuerdo del célebre sastre que satirizó a gobiernos, a cardenales y a reyes.

Hoy, en casi todas las lenguas modernas, existen los vocablos pasquín y pasquinada, con los cuales se significa, escrito anónimo satírico, dicho agudo que se fija en lugares públicos contra alguien, sobre todo, contra gobiernos y hombres políticos.

Cuando Meczofanti fué creado cardenal, escribe Parisio, Pasquino declaró que era un nombramiento admirable, porque no había duda de que la *Torre de Babel* necesitaba de un intérprete. Sábese que Meczofanti era un insigne políglota. Durante la visita del Emperador Francisco a Roma, apareció el siguiente pasquín: *Gaudium urbis, Fletus Provinciarum, Risus Mundi*. Y cuando fué elegido el Papa León X, en 1440, figuró este acróstico satírico que fija la fecha MCCCCXL: *Multi caeci cardinales creaverunt caecum decimum (X) Leonem*. El dístico de Pasquino sobre el nombramiento de Holstenius y sus dos sucesores, como bibliotecarios del Vaticano, es de notable interés histórico. Holstenius había abjurado del protestantismo, y fué reemplazado por Leo Allarius, natural de Escio, quien a su turno tuvo por sucesor al sirio Evode Assemani, en vista de lo cual Pasquino dijo:

Preafuit hereticus —Post, hunc, schismaticus. At nunc.  
Turca praeest. Petri bibliotheca, vale!

Y cuando Urbano VIII publicó su célebre decreto excomulgando a todas las personas que usaran rapé en las iglesias de Sevilla, Pasquino citó de Job los siguientes conceptos: *¿A la hoja arrebatada del aire, has de quebrantar? ¿Y a una arista seca has de perseguir?* (1)

Las pasquinadas de la revolución venezolana comienzan con los sucesos de 1808. Tan luego como en la madrugada del 15 de junio de este año se tuvo noticia en el puerto de La Guaira del encargo que traían los comisionados franceses, enviados por Murat, cierto sentimiento de reprobación se apoderó de los ánimos. Al siguiente día apareció en algunas esquina del poblado, la siguiente octava:

La entereza, el valor y la constancia  
 en arrostrar peligros inminentes  
 ha sido, como sabe bien la Francia  
 el distintivo de españolas gentes:  
 los hijos de Sagunto y de Numancia  
 fieles siempre a su rey, siempre obedientes,  
 primero sufrirán verse abrasados  
 que de un extraño imperio subyugados. (2)

La historia nos relata los sucesos de Caracas que motivaron la jura de Fernando VII y la salida precipitada de los emisarios franceses, en los días que siguieron a la llegada de los emisarios ingleses. En medio del entusiasmo de la capital contra los franceses, la musa de Andrés Bello, a la sazón Secretario de la gobernación, improvisó el siguiente soneto cuando llegó la noticia del triunfo de Bailén contra Napoleón:

Rompe el león soberbia la cadena  
 con que atarle pensó la felonía,  
 y sacude con noble bizzaría  
 sobre el robusto cuello la melena:

La espuma del furor sus labios llena,  
 y a los rugidos que indignado envía  
 el tigre tiembla en la caverna umbría,  
 y todo el bosque atónito resuena.

---

(1) Wells. Things not generally known, etc. etc., 1 vol.

(2) 1 Urquinaona. Relación documentada del origen y progresos del trastorno de las provincias de Venezuela hasta la exoneración del Capitán general don Domingo de Monteverde, etc. 1 vol. Madrid, 1820.



El león despertó; temblad, traidores!  
lo que vejez creísteis, fué descanso;  
las juveniles fuerzas guarda enteras.

Perseguid, alevosos cazadores,  
a la tímida liebre, al ciervo manso:  
¡no insultéis al monarca de las fieras!

La imprenta no surgió en Caracas sino tres meses después de estos sucesos, pues la primera *Gaceta de Caracas* vió la luz pública el 24 de octubre de 1808. El primer grito contra el usurpador lo dió por lo tanto en Caracas el predilecto de las musas, aquel Andrés Bello que debía cantar después las glorias del patrio suelo, los hombres de la magna revolución y los variados dones de la fecunda zona.

Cuando más tarde, en 1809, llega a Caracas la noticia del movimiento revolucionario en Quito que proclamaba la independencia de España, no faltó en la capital quien se anticipara al movimiento venezolano del 19 de abril de 1810. En la pared de la casa del Superintendente de Real Hacienda Don Vicente Basadre, que vivió frente a la casa del Capitán general Vicente Emparan, apareció el siguiente pasquín:

Todo está listo  
Porque ya Quito dió el grito  
Y este Vicente  
Es lo mismo que el del frente (1)

No hemos tropezado con ningún pasquín español contra la revolución de 1810, pero esto se explica porque americanos y españoles fraternizaron con el movimiento; mas desde el instante en que se divide la opinión y comienzan las persecuciones contra los peninsulares, la sátira aparece en el campo de la política. A consecuencia de la expedición contra la provincia de Coro, al mando del Marqués del Toro, en 1811, y la que proyectó más tarde contra los descontentos de las provincias orientales, los realistas fijaron por todas partes el siguiente pasquín:

---

(1) La antigua casa del Intendente Basadre ha sido completamente reconstruída. En la hermosa que ocupa hoy la Compñie francaise. La casa de los antiguos gobernadores, frente a ésta conserva el mismo zaguán y aun porción del vetusto corredor enhuesado al estilo de añejas costumbres.

Ese Toro de Caracas  
 Ha dado un fuerte bramido,  
 Y en él nos ha prometido  
 que debe acabar con Coro.

Ya prevenido tenemos  
 Toreador, jinete y silla  
 Garrochas y banderillas  
 Para que el Toro esperemos.

Y así bien puede pitar  
 Ese Toro cuando quiera,  
 Que ya está listo el corral  
 y prontas las talanqueras.

Y cada cual desespera  
 De pelear con ese Toro;  
 La lengua y los cuernos de oro  
 Se los hemos de arrancar  
 Para que no vuelva hablar  
 El que ha de acabar con Coro.

En una carta del Doctor Peña al General Miranda, fechada en La Guaira a 26 de junio de 1812, aquél incluye al Generalísimo, algunos de los pasquines puestos en Cumaná por causa del Marqués del Toro y sus aliados.

He aquí uno de ellos, intitulado *Profecía de un cumanés sobre la venida del Marqués del Toro*:

Que el Dios del cielo me valga  
 Si aqueste Toro no anda  
 Escapándole la nalga  
 A su General Miranda.  
 Esto dice un cumanés  
 Que al tiempo da por testigo;  
 Llévatelo Maiz contigo;  
 Que los dos y otro son tres.  
 Y adivina quien te dió:  
 Si el negro o la carabma.

¿Con que ha salido en carrera  
 Un *Toro* que es tan atroz?  
 Si es así salga veloz  
 De esta nuestra incauta tierra  
 A todos tres les destierra

Nuestro pueblo incorporado,  
Y jura por lo sagrado  
Si tenaz sigue puntillo  
Que el *Toro* saldrá novillo,  
Novillo destoconado.

Ya este pueblo se ve ahito  
De Marqueses y pelucas,  
Y por momentos, Don Lucas,  
Se pondrá un solideíto  
Aunque de Sarga maluca.

Después del terremoto de Caracas el 26 de marzo de 1812, a los dos años de haberse efectuado en el mismo Jueves Santo, la deposición del Gobernador Emparan, mientras que los poetas de Caracas se ocuparon en cantar a las ruinas de la ciudad desolada, los realistas se contentaron con pegar en las esquinas los siguientes versos:

Jueves Santo la hicieron  
Jueves Santo la pagaron.

Nunca los enemigos de una causa política pudieron encontrar razones más poderosas para destruir a sus contrarios, que los realistas de Venezuela, cuando supieron influir sobre la muchedumbre ignorante y los espíritus débiles exagerando la conciencia de la caída del Gobierno colonial con la destrucción de centenares de pueblos sepultados por el cataclismo en 1812, dos fechas clásicas: Jueves Santo de 1810 - Jueves Santo de 1812.

Después de la caída de Miranda y triunfo de Monteverde en agosto de 1812, los soldados realistas de Barquisimeto, Coro, etc. cantaban en los ventorrillos de la ciudad el siguiente corrido contra Miranda y los principales factores de la revolución:

Miranda debe morir,  
Rosco ser decapitado,  
Arévalo consumido  
Espejo descuartizado.

A Venezuela intimó  
Miranda con imprudencia  
A imponer la independencía  
Que contra España juró;

A muchos también mandó  
Al cadalso conducir:  
Hizo la muerte sufrir  
A dos sacerdotes santos,  
Cometiendo excesos tantos  
Miranda debe morir.

Deben Castillo y Padón  
Ser en cuatro potros puestos,  
Y los Ribas ser expuestos,  
a la mayor aflicción.  
Contra el rey y su nación,  
Fué Roscio el más declarado,  
A la Corte se ha negado  
Como el traidor más aleve,  
Por cuyo motivo debe  
Roscio ser decapitado.  
Los Salias deben sufrir

El castigo más severo,  
Y de los Toros infiero  
Que todos deben morir.  
Trimiño debe existir  
En Humoa sumergido,  
Navas en Orán metido  
Para un ejemplar futuro;  
En el tormento más duro  
Arévalo consumido.  
Los Pelgrones deben ser

En el cañón azotados,  
Lo mismo los diputados  
De aquel supremo poder:  
Asimismo deben ser  
Los que a la Corte han negado;  
Para siempre desterrado  
Todo traidor caraqueño,  
Asesinado Briceño,  
Espejo descuartizado.

Los bóvedas de la Guaira y los castillos de Puerto Cabello y Maracaibo fueron las principales prisiones que tuvieron tanto los patriotas como los realistas desde 1810. Presenciaron estas mazmorras la muerte de millares de víctimas de uno y otro bando político durante la revolución, y después sirvieron para el mismo objeto en nuestras reyertas civiles.

Cuando las bóvedas de La Guaira fueron refaccionadas para ser más tarde demolidas, todas las paredes estaban llenas de letreros políticos, de versos, sentencias, sátiras e imprecaciones de todo género. Cada preso, según la importancia que se daba, creía que debía escribir en las paredes algún pensamiento alusivo a su permanencia en aquel lugar. Patriotas y realistas se disputaban el placer de dejar algo en los envejecidos muros. Entre los presos políticos de 1812, figuraba el joven Tomás Montilla, más tarde General de Colombia, espíritu epigramático, carácter alegre y sufrido que supo siempre sacar partido de las más difíciles situaciones. Al salir de la prisión dejó escrito el siguiente soneto que ha podido conservarse:

Bóveda pestilente y pavorosa,  
Mansión del crimen, de maldad morada,  
A sepulcro de vivos destinada,  
Más que la tumba, fría y silenciosa:

Como el averno, ardiente y calurosa,  
De insectos y reptiles habitada,  
Por el temblor a ruina amenazada,  
Y a imitación del caos, tenebrosa:

Tú fuiste habitación del inocente  
Al odio y al furor sacrificado,  
Víctima de venganza e injusticia;

No guardaste al malvado y delincuente,  
Sino al que del contrato más sagrado  
Fió sin temor, engaño ni malicia.

Y en el castillo de San Carlos (Maracaibo) un patriota, víctima del poder español en 1813, dejó escrito en los muros los siguientes versos:

El tigre cruel, sanguinario,  
Su propia especie perdona:  
Ni por furor se abandona  
A capricho imaginario:  
Pero el hombre, de ordinario,  
Siendo hermano al parecer,  
Demuestra siempre placer  
En ser loco, caprichoso,

Porque se juzga dichoso  
En destruir su propio ser. (1)

Refieren las crónicas de Caracas, que cuando en los días de la guerra a muerte eran conducidos los isleños realistas a los banquillos situados en la plaza de la Metropolitana, el populacho gritaba:

Bárbaros isleños,  
Brutos criminales  
Haced testamento  
De vuestros caudales. (2)

Y cuando, a poco, fines de 1814, entraron a Caracas las tropas de Boves, se cantaban en los ventorrillos galerones donde figuraban las siguientes cuartetas:

¿Dónde están las tres personas  
Del colegio electoral  
Que firmaban papeletas:  
Roscio, Blandín y Tovar?

¿Dónde están las tres personas  
Del Poder Ejecutivo  
Que se volvieron palomas  
Huyendo del enemigo?

—Bolívar, ¿dó están tus tropas  
—No preguntes zoquetadas,  
Mis tropas son de mujeres  
Y andan hoy en retirada.

De la época de Boves han llegado a nuestras manos las siguientes coplas patriotas y españolas, las cuales ponen de manifiesto el espíritu epigramático de aquellos días.

#### HE AQUI LAS PATRIOTAS

Boves se huyó del Cantón  
Del pueblo de Guasdualito,  
Y se vino a Palmarito  
Si son flores o no son:

(1) Esta composición y el soneto de Montilla, fueron publicados por el Nacional (Caracas) de 1º de abril de 1834, número 11.

(2) González. Biografía del General Ribas.



Y en tan fuerte retirada  
Doscientos mató el canario.

Dicen que los chapetones  
Desde que Boves murió,  
Le dicen a sus canillas,  
—¿Para qué te quiero yo?

A la lanza de un llanero  
Le echó Dios la bendición,  
Y le dice: mata godo  
Leal a la revolución.

Mientras vivan Ariomendi,  
Muñoz y el bravo Rondón  
Dormirá viendo visiones  
En el llano el español.

Que aondequiera hizo un osario  
Su siempre temida espada.  
Yo me quedo cavilando  
Este asesinato viendo:  
Si docientos mató huyendo,  
¡Cuántos mataría atacando!

En la batalla de Urica  
Boves torció y levantó,  
Y apenas llegó al infierno  
El diablo lo condenó.

En la pelea e las Queseras  
Al godo en la retiráa,  
Los lancean por las nalgas,  
Que no tienen que quebráa.

Con las balas que tiran  
Los chapetones  
Los patriotas se peinan  
Los canelones.

#### LEANSE LAS REALISTAS:

Está del valiente Boves  
La victoria enamoráa,  
Siempre le lleva la lanza  
Aondequiera que va.

En la batalla lo libra  
De las manos de la muerte,  
De velo matá patriota  
Llena de amor se divierte.

Victoria en su campamento  
Los patriotas cantarán  
Cuando remuevan sus manos  
El Peñón de Gibraltáa.

Y cuando Bolívar fué contra Bogotá a fines de 1814, circularon tantos dichos con los cuales se le hacía aparecer como un Nerón que sacrificaba sacerdotes, que profanaba templos, etc., que al fin todo el mundo le juzgó como espíritu del mal. El siguiente pasquín atribuído al clérigo doctor Juan Manuel García Tejada, circuló por todas partes, como nos dice Groot:

Bolívar el cruel Nerón,  
Este Herodes sin segundo,  
Quiere arruinar este mundo  
Y también la religión;  
Salga todo chapetón,  
Salga todo ciudadano,  
Salga, en fin, el buen cristiano  
A cumplir con su deber,  
Hasta que logremos ver  
La muerte de este tirano.

El General Morillo triunfa por completo en Nueva Granada, en 1815: al siguiente día del sacrificio de los mártires políticos, Caldas, Torres, Gutiérrez, Villavicencio, Camacho, etc., uno de sus aduladores le obsequió con la siguiente décima:

Maldigamos la vil ley  
Que a independencia convida  
Defendamos cetro y vida  
De Fernando, nuestro Rey,  
Que viva nuestro vírrey.

Morrillo, Enriles, Morales,  
Gobernador, oficiales,  
Y toda su invicta tropa  
Que vinieron desde Europa  
A remediar nuestros males.



Pero a la siguiente mañana amanecieron refutados esos versos en este pasquín:

Bendigamos la gran ley  
 Que a independencia convida,  
 Destruyamos cetro y vida  
 De Fernando, intruso rey.  
 ¿Qué quiere decir virrey,  
 Morillo, Enriles, Morales,  
 Gobernador, oficiales  
 Y toda su indigna tropa  
 Sino ladrones de Europa  
 Que duplicaron nuestros males? (1)

En los campos de Barinas y de otros lugares de la pampa venezolana, cartaban los llaneros un corrido que data de 1818 en obsequio de Morillo. No conocemos sino la siguiente estrofa:

Mézclese el cacao,  
 Bata el molinillo,  
 Rico chocolate  
 Para el gran Morillo.

Y cuando el ejército de éste, pasaba cruentos trabajos en la misma pampa durante las campañas de 1817 y 1818, los llaneros de Páez, al saber las miserias que sufrían los realistas, les hacían llegar coplitas burlescas. De éstas han llegado a nuestras manos las siguientes:

En Cádiz nos embarcaron  
 En una famosa nave  
 Para venir a las Indias  
 A comer pan de cazabe.

Si la ración de galleta  
 No la dan como en Europa,  
 Me he pasar al patriota  
 Al punto, con mi maleta.

El siguiente corrido patriota apareció contra los realistas en las calles de Cumaná en 1817, después del triunfo de Margarita y aproximación del General Zaraza.

---

(1) Correo del Orinoco, número 35, de 31 de julio de 1819.

Regina se está muriendo  
 Patricia se está casando:  
 Margarita es la madrina  
 Zaraza viene bailando. (1)

Después de restablecida  
 de un accidente fatal,  
 Le sobrevino otro mal  
 Y se halla desfallecida:  
 El habla casi perdida,  
 Su testamento está haciendo,  
 Sus hijos están huyendo,  
 Por ser un mal contagioso:  
 De unos cólicos biliosos  
 Regina se está muriendo.  
 .... (2)

Cuanto gusto nos dará  
 Ver a Regina casada,  
 Con Bolívar desposada;  
 De gozo nos llenará:  
 Un vestido se le hará.

De la *Zaraza más fina*,  
 De la que nunca *Regina...*  
 Pudo vestir un momento;  
 Y en tan feliz casamiento  
*Margarita* es la madrina.

En tan solemne función  
 ¿Qué música habrá por fin?  
 Si Margarita el violín,  
 Cedeño toca el violón:  
 Rojas el flautín sonando,

Y la trompa en conclusión  
 Mariño la está tocando;  
 Páez los vales pondrá,  
 Bermúdez que cantará.  
*Zaraza* viene bailando.

---

(1) Regina es España y Patricia la patria venezolana.

(2) Falta la 2ª décima que debe terminar con este verso: "Patricia se está casando".



En los pueblos al Oriente de Venezuela, donde el espíritu revolucionario fué incansable, la musa popular, epigramática no perdió oportunidad de burlarse de los realistas. Como muestra del espíritu que animaba a estos pueblos, insertamos las siguientes endechas:

Por la calle van cantando  
Los indios americanos:  
Ya se acabó la Regencia,  
¡Nos alegramos, nos alegramos!

Muchacho, dile a Fernando  
Que ya la América es libre;  
Que si piensa dominarnos  
Que se estire, que se estire...

Patriota, alegres cantemos,  
Ya la España se voló,  
Y mueran los españoles:  
¡Viva la unión! ¡Viva la unión!  
Y ya los pueblos son libres  
De la nación, de la nación.

Por la calle van cantando  
Los indios cumanagotos:  
Ya se acabó la Regencia,  
Pues no habrá, pues no habrá otra...

Los catalanes vendrán  
En clase de comerciantes,  
Pero a gobernar como antes,  
Eso sí no lo verán, no lo verán.

¿Cuáles fueron las ventajas  
Que el español nos dejó,  
Después que mató, y robó  
De Méjico las alhajas.

Y al son de sus roncadas cajas  
Reunía nuestra nación,  
Y con dañada intención  
Y maléficis estilos  
Nos disparan con los filos  
*¿Del ciego y dorado arjón?*

Quien niega el conocimiento  
Del ciego y dorado arpón,  
O no es capaz de razón  
O no tiene entendimiento.

Con este motivo de la ocupación del castillo de San Antonio de Cumaná por los catalanes antes de Carabobo, los patriotas lanzaron al público el siguiente pasquín:

El día cinco de marzo  
Por intento del demonio,  
Cogieron los catalanes  
El Castillo San Antonio.  
El día cinco de marzo  
Este caso sucedió,  
Que el castillo San Antonio  
Un mal patriota vendió.

En el cerro Colorado  
Pusimos una trinchera,  
Para moler el castillo  
Y fijar nuestra bandera  
Y el Cerro de agua santa  
El castillo dominó  
¡Alón, alón, caminó!  
¡Alón, alón, alón!

En el Cerro colorado  
Arreglamos un cañón;  
Y en la plaza del puente  
Pusimos el Cantón.

A lo que contestaron los realistas con canciones de este género:

¡Muera la maraña  
De viles traidores,  
Y los seductores  
Contra el rey de España!

Fernando sétimo aclama  
El Consejo de Castilla  
Para que felice viva  
Por rey de toda la España.

Fernando estaba tirado  
 Debajo de una escalera  
 Y ahora le hemos sacado  
 Para fijar la bandera.

Las canciones bailadas que más boga tenían en los pueblos de Oriente, eran *La Juana Bautista*, *La Conga* y *La Cachupina*:

La conga se viste  
 Toda de amarillo  
 ¡Que viva la Patria!  
 Y muera Morillo.  
 Que conga,  
 Que conga,  
 Que dale niña a la conga.  
 Que conga, señó.

En las filas patriotas, desde el principio de la revolución, se habían alistado en el ejército, franceses europeos, y franceses de Martinica y otras Antillas. Esto motivó el que el pueblo de Venezuela llamara franceses a los extranjeros que militaron en favor de la causa republicana. De esta unión fraternal de franceses y venezolanos nació cierta promiscuidad graciosa en las canciones de los campamentos, sobre todo en los orientales. Así, esta canción de *La Conga* nos trae a la memoria la siguiente cuarteta de la época de Miranda en los valles de Aragua.

Veinte y cinco franceses  
 Cargaban su cañón  
 Alón, alón caminá  
 Alón, mozos, alón.

Y cuando vino el fracaso, el abordaje que trabaron en *Punta Gorda* (costa cumanesa) el Comandante español Guerrero y el Comandante patriota Gutiérrez, en el cual perecieron ambos, quedando el triunfo a los españoles, los pasquinistas realistas dijeron:

De la Margarita  
 Gutiérrez salió  
 Buscando el chinchorro,  
 Pero se amoló.

Que conga, que conga,  
Que conga, señó.  
Se amoló Gutiérrez  
Por ser un traidor.

Fué tanto el machete  
Que aterrorizaba  
Y dijo Gutiérrez:  
*Muchachos, al agua.*

En donde pensaban  
Encontrar socorro,  
Les llegó Guerrero,  
Les echó el chinchorro.

Apenas hemos podido conseguir de *La Cachupina*, la siguiente cuarteta:

Cachupín de mi vida,  
¿Por qué estás triste?  
Porque la Cachupina  
Ya no me asiste.

Todavía, como una reminiscencia de gloriosos días, se repite entre los ancianos que han sobrevivido a la época luctuosa y prolongada de la guerra a muerte, una que otra letrilla en conmemoración de la desaparición de algún asesino. Así, cuando murió el feroz Ñañez, en la defensa de Ospino en 1814, decían los llaneros:

Si el General Bolívar  
Fuera adivino  
*Ya supiera que Ñañez...*  
*Murió en Ospino. (1)*

Y cuando en Margarita murió el famoso Calvetón, la poesía y la música lo celebraron a un tiempo en la siguiente cuarteta:

Calvetón murió saltando  
La *palizá* e Juan segundo  
Ya se acabó en este mundo  
Un oficial de Fernando. (2)

(1) Lisandro Alvarado. Combate de Ospino.

(2) Rojas Lorient. Episodio de la guerra de Independencia.



Hay una cuartetita más que sintetiza la muerte de tres malvados, factores sobresalientes en los días de la guerra a muerte; es la siguiente:

En Urica murió Boves,  
En el Alacrán Quijada,  
Y en el sitio del Juncal  
Rosete y sus camaradas.

Entre los pasquines picarescos de los patriotas contra los realistas, sobresale el que figuró en algunas esquinas de Caracas en 1818. Había llegado a la capital la noticia, que sólo conocían los patriotas, de que el bergantín *Arrogante Guayanés* había apresado al bergantín *Conejo* que pertenecía a la escuadra realista. Se había recibido un número del *Correo del Orinoco*, y como nada decía sobre el particular, las autoridades españolas ignoraban por completo el suceso. En aquellos días el pueblo de Caracas hacía mucho caso de una frase vulgar que decía: *Ave María Crispulera*, con la cual celebraban cualquier suceso inesperado, etc., etc. La noticia vino a hacerse pública por el siguiente pasquín que fué colocado, entre otros lugares, frente al templo de San Pablo:

Ave María Crispulera  
Que en un deleite profano,  
A los godos le han cogido  
El *Conejo* con las manos.

Los gobernantes españoles, al publicar en Caracas la Constitución de 1820, lo hicieron con gran aparato, creyendo embaucar así a los necios. Al siguiente día apareció en algunas esquinas la siguiente coplilla:

Se cambió el real en dos medios,  
Ya no seré más virote;  
Siempre es la misma jeringa  
Con diferentes palotes.

Y cuando después de creada Colombia comenzaron a descomponerse los partidos, en las mismas esquinas aparecieron estos versos:

Bolívar tumbó a los godos  
Y desde ese aciago día,  
Por un tirano que había  
Se hicieron tiranos todos.

En el año de 1826, cuando tuvo efecto en Caracas el movimiento que se conoció con el nombre de *La Cosiata*, apareció en cierta mañana, en el portón de la casa de Doña María Antonia Bolívar, hermana de El Libertador, que vivía entonces en la esquina de la Sociedad, la siguiente cuarteta:

María Antonia no seas tonta,  
Y si lo eres, no seas tanto:  
Si quieres ver a Bolívar  
Anda vete al camposanto.

En la misma época en la cual el espíritu público era hostil a El Libertador, a quien calificaba de tirano y usurpador, apareció en cierta mañana la siguiente sextilla:

Si de Bolívar la letra con que empieza  
Y aquella con que acaba le quitamos,  
*Oliva* de la paz símbolo, hagamos,  
Esto quiere decir que del tirano  
La cabeza y los pies cortar debemos  
Si es que una paz durable apeteecemos.

Este es sin duda alguna, el pasquín más terrible lanzado contra Bolívar. Refieren los historiadores Restrepo y Groot que durante la permanencia de El Libertador en el Perú, tanto en Lima como en las otras ciudades, se cantaban estos versos en las misas en acción de gracias, en elogio de Bolívar, en el tiempo que mediaba entre la Epístola y el Evangelio:

De ti viene todo  
Lo bueno, señor:  
Nos diste a Bolívar,  
Gloria a ti gran Dios.

¿Qué hombre es éste, cielos,  
Que con tal primor  
De tan altos dones  
Tu mano adornó?

Lo futuro anuncia  
Con tal precisión  
Que parece el tiempo  
Ceñido a su voz.

De ti viene todo, etc.

Qué abismo entre los versos de la precedente sextilla y estos cuartetos que recitaban coros religiosos en algunos templos americanos.

## EDIFICIOS DESCABEZADOS Y VENTANAS TUERTAS

Refiere la tradición, que al verificarse el gran terremoto de Caracas, en 26 de marzo de 1812, la torre de la Metropolitana, compuesta de tres cuerpos, inclinóse al Norte, después del primer choque, volviendo por otro sacudimiento a su nivel. Desde aquel día la población de Caracas manifestó el deseo de que se rebajase a la torre el tercer cuerpo, temiendo que en caso de otro cataclismo viniese al suelo. El hecho en sí y el no haber sufrido nada el templo, indicaban que este edificio había sido sólidamente construído; pero como es necesario obedecer a las exigencias públicas, las autoridades apoyaron el clamor general. El conocido alarife Francisco Herrera se comprometió a rebajar el tercer cuerpo, sin que cayera en la calle ni un solo terrón; y poniendo manos a la obra, así fué rematada. Todos los materiales demolidos fueron sacados por el interior de la torre, quedando en la calle el tránsito expedito para los moradores de la ciudad. Cuando éstos acordaron, vieron que aquella había quedado descabezada, apareciendo sobre el segundo cuerpo algo como una mitra o bonete, coronado de una estatua. La torre había sido descabezada y así ha permanecido desde entonces.

Dos años más tarde, en 1814, a consecuencia de los triunfos de Boves, quien con victorioso ejército avanzaba hacia Caracas, quiso Bolívar sostenerse en ésta, y con tal objeto fijó el sitio de la ciudadela donde debía atrincherarse el grupo de patriotas que guarnecían la capital, haciendo al efecto abrir fosos en derredor de la plaza mayor. Pero a poco tuvo Bolívar que desistir de semejante temeridad, pues hubiera sido una ruina para Caracas; y abandonando a ésta en la madrugada del 6 de junio, siguió con las tropas y muchedumbre de fugitivos por el camino de Oriente. Días después entró Boves con parte de su ejército, y cuando las familias que se habían quedado en la capital temblaban creyendo que el vencedor entraría a ésta a fuego y sangre, resultó que nada hubo, pues Boves no sacrificó sino a dos hombres: a uno de sus soldados que quiso en la plazuela de San Pablo robar en cierta tienda, y al maestro alarife

frentes que habitaba su dueña doña María Teresa Ponte, Andrade, Jaspe y Montenegro, Gedler, Bolívar de Jerez Aristeguieta, matrona de grandes campanillas por sus antecedentes, carácter, riqueza y por la austeridad de sus costumbres. De bello porte y de modales muy cultos, doña Teresa, mujer servicial, sabía ser "humilde con el humilde, pero con el soberbio firme"; apareciendo en ciertas ocasiones condescendiente y generosa, y en otras alatanera y dominante.

Habíase levantado el primer cuerpo del edificio y fijábanse las vigas que debían formar el entresuelo, cuando advirtió doña Teresa que su casa iba a quedar bajo la vigilancia de los que habitaran la nueva fábrica. Al instante preséntase delante de los directores de la Compañía y les expone las razones que la favorecían para que la nueva fábrica no tuviera dos pisos. La dirección accede por el momento, y la señora queda satisfecha, cuando a poco continúa la obra como se había proyectado. Por segunda vez se presenta doña Teresa delante de los guipuzcoanos, mas no con carácter manso y humilde, sino con arrogancia y majestad. "Os pedí ahora días, señores, un favor —dijo doña Teresa—; vengo hoy a manifestaros mi resolución inquebrantable: la de no permitir la continuación del segundo cuerpo de vuestra fábrica". La Compañía accede por segunda vez, prometiendo que el nuevo edificio no tendría sino un solo cuerpo; pero andando los días aparece en cierta mañana gran número de operarios con escaleras, andamios, instrumentos a manera de soldados que quisieran dar un asalto. Al ruido de los albañiles, doña Teresa abre uno de sus balcones, observa los movimientos, y después de cerciorarse de la perfidia y resolución de los vascos, aparenta calma y medita acerca de lo que debía hacer. Si los vascos habían consultado un abogado que los animara a continuar la fábrica y si con razón o sin ella creyeron vencer a la señora, es cosa que ignoramos, siendo lo único cierto que la obra continuó con mayor número de operarios. Habían corrido los días cuando doña Teresa, muy de madrugada, hace llegar a su casa treinta esclavos de Chacao, los cuales traían zurroneos llenos de piedra y estaban al mando de dos capataces. Después de ordenarles lo que debían hacer, aguarda las diez de la mañana para mandar dar el asalto a la fortaleza de los vascogados, como ella llamaba la fábrica. Animada parecía ésta y el movimiento tomaba creces, cuando a cierta señal de la señora, sale la cuadrilla de invasores, que cual nube de langostas hambrientas arremete a los obreros que comienzan a defenderse de turba tan belicosa. Al instante y en medio

Francisco Herrera, por haber dejado abiertos los fosos de la ciudadela, estorbando así el paso de los transeúntes.

Con excepción de la torre de la Metropolitana, las otras de la capital fueron destruidas por el terremoto de 1812, conservando su primer cuerpo la de San Mauricio, sobre la cual crecieron yerbas y arbustos hasta ahora pocos años, en que fué demolido el vetusto templo y sustituido ventajosamente por la Santa Capilla. Al desaparecer las torres de los templos de Caracas, quedó la de Altagracia con dos cuerpos, por haberse conservado así desde la época en que se fundó el oratorio de las Carmelitas, en 1732. Levantábase el tercer cuerpo de la torre de aquel templo, cuando las madres monjas que estaban en la misma calle se quejaron al Prelado de que los patios y corredores del convento quedaban a merced de los curiosos, que se subían al campanario de Altagracia, lo cual iba a echar por tierra la disciplina de la comunidad y establecer la comunicación visible; por lo que ordenó el Obispo dejar como estaba la torre de Altagracia y tapar las ventanas del campanario que miraban hacia el convento. La torre de Altagracia, por lo tanto, nació sin cabeza, hace ya más de doscientos años.

Descabezado estuvo, hasta ahora veinte y dos años, el frontón de la Metropolitana; descabezado también estuvo el famoso muro de sillería de la Basílica de Santa Teresa, que mira al Norte. Este comienzo del nuevo templo de San Felipe, existía en la época en que Humboldt visitó a Caracas en 1799. Refiérese que cuando los admiradores del sabio viajero preguntaron a éste cuando volvería a Caracas, sonriendo contestó: "Cuando esté rematado el templo de San Felipe", queriendo significarles que nunca más. Humboldt murió en 1867, y doce años después quedaba concluida la hermosa Basílica de Santa Teresa, demolido el oratorio de San Felipe y convertida el área en parque. En el centro de éste es levanta la estatua de Washington.

Pero entre los edificios descabezados ninguno nos relata una historia tan curiosa como el actual parque militar de Caracas. La Compañía Guipuzcoana, dueña de ciertos solares que existían entre las esquinas de Carmelitas y de San Mauricio, había levantado, a mediados del siglo último la sólida Casa Nacional donde está el Registro público, y tan sólida, que resistió al violento terremoto de 1812. Concluida la primera casa, continuóse la segunda en el área que ocupa el parque militar. En línea diagonal con la esquina del parque y frente a la demolida ermita de San Mauricio, calles Norte 2 y Oeste 1, había una casa de dos pisos y dos

de gritería espantosa, vense cruzar los aires piedras, ladrillos, cuernos, martillos, cucharas, reglas y plumadas y hasta tinas llenas de mezclote. Los esclavos, alentados por los capataces, ascienden las escaleras, llegan a los andamios, y echan por tierra cuanto en éstos había, al mismo tiempo que recibían y devolvían tremendos puñetazos. Muchos de los operarios huyen, mientras que otros se refugian en el interior de la fábrica, perseguidos por los capataces de Chacao. Uno de éstos muere en la reyerta, en tanto que el otro logra echar a la calle a los rendidos. A los gritos de la brega acuden los vecinos, se detienen los transeúntes y la victoria, en alas de la fama, llega a los extremos del poblado. Habíase librado una batalla de treinta minutos, en la cual hubo tres muertos y muchos aporreados de ambos bandos.

Ocupábase doña Teresa en hacer recoger sus heridos y contusos, cuando se presenta en el campo de batalla el Gobernador Brigadier Ramírez. Doña Teresa, desde la puerta de su casa, saluda con dignidad a la primera autoridad y le extiende la mano.

—¿Qué ha pasado en vuestra esquina? —pregunta el Gobernador, en conocimiento ya de los antecedentes del asunto.

Doña Teresa, mujer de talento y de habilidad, comprendiendo que si daba riendas a su venganza podría ameritar un juicio, aparece sonreída en aquel momento y contesta con gracia:

—Una escaramuza, Brigadier, una mala chanza si se quiere. Quise asustar a los operarios de esta fábrica, por causas que no ignoráis: encargué a estos esclavos que lanzaran piedras al aire; pero hay gentes que no admiten chanzas y toman las cosas a lo serio. Yo sola he perdido, pues ha muerto mi primer mayordomo; en cuanto a los heridos y contusos de ambos bandos, es de mi deber socorrerlos y aun premiarlos, por haber mostrado arrojo e impavidez, condiciones que les servirán algún día en defensa de la Patria y de la honra. Quise jugar con los directores de la Compañía Guipuzcoana, darles una leccioncita por haberme faltado a la palabra empeñada, y creo que seguiré jugando con ellos si persisten en darle a la fábrica dos pisos.

Y cambiando de tono, agregó:

—Se olvidaron, Brigadier, de que hablaban con una señora de mis antecedentes. ¡Estos hombres son unos miserables plebeyos que ostentan sus títulos de nobleza como la mona su vestido de seda!

Ramírez acompañó a la señora hasta el corredor de la casa, despidiéndose de ella con galantería. En cuanto a los

guipuzcoanos, tuvieron a bien dejar el edificio con un solo cuerpo; es decir, lo descabezaron. (1)

En 1640 comenzó el Obispo Mauro de Tovar el Seminario Tridentino de Caracas; pero tan débiles quedaron los cimientos, que fueron destruidos por el terremoto de 1641. Esto motivó el que cuando se dió comienzo a la nueva fábrica, quedaron enormes arcos que iban a sostener los corredores altos. Comprada la casa contigua a la fábrica por el Cabildo Eclesiástico y destinada por éste para Obispalía, resolvieron construirle un segundo piso e igualarla al Seminario, lo que hizo que las arquerías de los dos edificios sean iguales. Las fachadas exteriores de éstos quedaron chocantes y contrahechas; y mientras que la Obispalía ostentaba balcones de mucho vuelo y ventanas tuertas y raquílicas, el Seminario tenía la apariencia de un presidio, por sus rejas cuadradas colocadas a diversos niveles, y las cuales no guardaban simetría con los enormes balcones.

Sábase que el Arzobispo Méndez, primer Prelado después del triunfo de la Independencia, en 1821, era tuerto, y tuerto igualmente el doctor Suárez, Provisor y Deán que se encargó del Arzobispado cuando Monseñor Méndez fué expulsado de Caracas en 1831. En cierto día de esta época reuníanse en la esquina de las Gradillas notables y dignísimos huéspedes. Habíase colocado en el ángulo exterior de la Obispalía el primer farol de alumbrado, el cual quedó tuerto. Al siguiente día apareció en la pared del Palacio Episcopal un pasquín manuscrito que decía:

Tuerta la ventana,  
Tuerto el farol,  
Tuerto el Arzobispo,  
Tuerto el Provisor.

Y un transeúnte agregó al pie, con lápiz:

Y tuertos los vecinos del rededor.

Aludía esto último al anciano Hernández, que tenía una canastilla frente a la Obispalía, y al respetable comerciante francés, M. Próspero Rey, que tenía su establecimiento de modas en la casa de Bolívar. M. Próspero Rey, oficial de

---

(1) Este edificio ha sido modificado hace poco y aparece hoy con cierta gracia, aunque nada podrá despojarlo de su tamaño primitivo y del objeto que tuvieron los guipuzcoanos al construirlo.

caballería de Napoleón, tenía cubierto un ojo que había perdido en la sangrienta batalla de Leipzig, en 1814.

El primero de los comerciantes de la esquina de la Obispa-lía que leyó el pasquín fué M. Rey, quien al momento llamó al anciano Hernández, y éste, al leerlo, exclamó:

—Y esto, ¿qué significa?

—Mon ami, "Mieux vaut monocle qu'aveugle" —contesta Rey con su carácter sociable y epigramático.

—No comprendo esta jerigonza —replica Hernández.

—"Au royaume des aveugles les borgnes sont rois" — agrega M. Rey con garbo.

Por Dios, señor, repito que no comprendo tal jerigonza —dice Hernández.

Esto quiere decir "que más vale un tuerto que un ciego"; y que "en el país de los ciegos el que tiene un ojo es *Rey*".

—¡Ah! no, señor, esto no va conmigo, que me llamo Hernández; esto será con usted que se firma Rey.

—Yo no pertenezco al país de los ciegos, sino al de la gloria —replicó Rey.

Entonces, querido vecino, démonos por vencidos, y sea desde hoy esta esquina la de los tuertos y la de la gloria, por vivir en ella, en la célebre casa de Bolívar, un oficial del grande ejército de Napoleón que pudo salvarse del desastre de Leipzig con un ojo de menos.

Y Hernández, despidiéndose de la turba de curiosos que llenaba la esquina, se dirige a M. Rey y le dice:

—"En el país de los ciegos, señor, el que tiene un ojo es *Rey*".

## RETOZOS CARAQUEÑOS

La capital de la provincia de Venezuela, dice el historiador español Don Mariano Torrente, que escribió su historia el año de 1829, ha sido la fragua principal de la insurrección americana. Su clima vivificador ha producido los hombres más políticos y osados, los más emprendedores y esforzados, los más viciosos e intrigantes, y los más distinguidos por el precoz desarrollo de sus facultades intelectuales. La viveza de estos naturales compite con su voluptuosidad, el genio con la travesura, el disimulo con la astucia, el vigor de su pluma con la precisión de sus conceptos, los estímulos de gloria con la ambición de mando, y la sagacidad con la malicia. (1).

He aquí un retrato de cuerpo entero hecho del hombre caraqueño; y no es de extrañarse que, desde el momento en que a Bolívar lo calificaron los escritores españoles de la época de la revolución —1810 a 1825—, con los epítetos de ambicioso, aturdido, bárbaro, cobarde, déspota, feroz, ignorante, imprudente, insensato, impío, inepto, malvado, monstruo, miserable perjuro, pérfido, presumido, sedicioso, sacrílego, usurpador, etc., etc.; no es de extrañarse que si tan injuriosos epítetos sirvieron para calificar el genio que supo emancipar tantos pueblos de la servidumbre de España; que, si esto se escribió en los días de la magna guerra, otra cosa debía suceder al llegar el iris de la paz. Gracias sean dadas al historiador Torrente que nos concede, siquiera, algo bueno, en medio de tanto malo.

Es lo cierto, que por naturaleza, por inclinación y hábito somos retozones, sobre todo, en asuntos democráticos, en cositas de partidos, en percances de intereses políticos, y por éstos hemos podido pasar de una esclavitud tranquila a los contratiempos de una libertad peligrosa. La historia de nuestros partidos políticos es una serie de travesuras, casi siempre, con tendencias a la comedia, a la tragedia, y en determinadas ocasiones, al sainete. Y no se crea que nuestros retozos vienen desde 1810, que ya durante los siglos que

---

(1) Torrente. Historia de la Revolución Hispanoamericana, 3 vols. gruesos en 8°. Madrid, 1829.

precedieron a la revolución del 19 de abril, los caraqueños se metían en el bolsillo a los Gobernadores que de España nos enviaban, salvo en una o dos ocasiones en que éstos hicieron tascar el freno a los miembros del Ayuntamiento de Caracas. En las disputas acaloradas que tuvieron los cabildos político y eclesiástico, desde remotas épocas, hasta mediados del último siglo, fueron más culpables los caraqueños del Ayuntamiento con el Gobernador a la cabeza, que los españoles del cabildo eclesiástico, sostenido por el Obispo. Si Bohorques, Mauro de Tovar y otros prelados supieron lanzar excomuniones a sus contrarios, insultarlos y acusarlos ante el Monarca, el General Solano, espíritu liberal, inteligente y justiciero, supo poner a raya a los retozones del Ayuntamiento de Caracas, desde 1763 hasta 1770, cuando éstos quisieron armarse con el santo y la limosna, como lo tenían de costumbre. Y todavía más atrás, los retozos caraqueños venían repitiéndose, pues todo databa desde que por intervención de los agentes de la colonia en la Corte de Felipe II, recabaron de éste, con diplomacia y astucia, el que los dos Jueces de la ciudad y el Ayuntamiento, por muerte de los Gobernadores, entraran a mandar la provincia.

Departamos acerca de uno de estos retozos caraqueños, en los días en que esta capital, por disposición del Monarca, quedó, en lo civil, dependiente del virreinato de Bogotá. En dos ocasiones ha estado la capital, Caracas, bajo el gobierno de Bogotá; la una, cuando fué creado el virreinato de ésta en 1717, y la otra, cuando fué fundada la República de Colombia, un siglo más tarde, en 1819. La historia conoce cuanto precedió a la disolución de la República en 1830. Entre las causas principales figuran los retozos republicanos de 1826, con sus corolarios de actas y pronunciamientos a favor y en contra de Bolívar en 1828 y 1829. Narremos ahora, lo que trajeron los retozos caraqueños de 1720 a 1726.

En 1716, se encarga de la gobernación de Caracas, Don Marcos Francisco de Betancourt y Castro, el cual duró muy poco tiempo en sus funciones. Para comprender cuanto vamos a narrar, conviene saber que, por uno de tantos caprichos que tuvieron siempre los reyes de España, respecto de los límites entre las diversas secciones de América, desde 1717; Caracas y las secciones de la colonia venezolana, Guayana y Maracaibo, quedaron anexadas al virreinato de Bogotá, que acaba de erigirse, pero sólo en lo político, pues en lo religioso dependían aquellas secciones del obispado de Puerto Rico. Por esta disposición quedaba Caracas despojada de su carácter de capital, e igualmente quedaba bajo

el mando no de un Gobernador que en nombre del Monarca se establecía en aquélla, sino como un pueblo secundario, dependiente del gobierno de Bogotá. Los notables de Caracas no vieron con buenos ojos tal cambio; pero como el obediencia y fidelidad al Monarca era virtud no desmentida en todo buen vasallo, inclináronse sin murmurar. Una medida tan inesperada respecto de una capital que estaba más cerca de las costas de España que de la ciudad de Bogotá, debía causar disgustos, fomentar intrigas y hasta desacatos, como veremos más adelante.

Por causas que ignoramos quiso el virrey de Bogotá Don Jorge de Villalonga, separar del mando al Gobernador Betancourt, para cuyo efecto, vino a Caracas, como interino, a principios de 1720, Don Antonio de Abreu; mas como aquel resistiese entregar la gobernación, por estar próxima su salida hubo de quedarse hasta que cumplió su tiempo. En esta situación, no queriendo el Ayuntamiento recibir a Abreu, por la mala voluntad que éste había sabido captarse de la población de Caracas, nombraron a los Alcaldes Don Alejandro Blanco y Don Manuel Ignacio Gedler en 1720, y en 1721 a Don Alejandro Blanco Villegas y Don Juan Bolívar Villegas, nombramientos que fueron comunicados al Rey. A poco llega a Caracas el sustituto de Betancourt, Don Diego Portales y Meneses, que se encargó de la gobernación de la provincia. Tranquilo andaba todo cuando en 1723 se presentan en Caracas dos comisionados del virrey de Bogotá, Pedro Beato y Pedro Olavarriaga, que habían agenciado más antes la pretendida deposición del Gobernador Betancourt.

Traían el propósito de hacer la propaganda entre los magnates ricos de la colonia, acerca de la creación de una compañía de comerciantes de Guipuzcoa, la cual afrontaría grandes capitales en beneficio de la agricultura y del desarrollo de las poblaciones. Lo seductor de esta noticia, las utilidades exageradas que prometían sus autores, las franquicias que debía obtener en el porvenir una compañía tan respetable, la protección que se prometía del Monarca, la riqueza incipiente de Venezuela llamada a grandes destinos, la destrucción, en fin, del contrabando extranjero; estas y otras ideas fué el tema obligado de los criados o enviados del virrey Villalonga, en su paseo por los pueblos y ciudades de Venezuela. Bien comprendieron el Gobernador Portales y el Obispo Escalona y Calatayud, que desde 1717 se había encargado de este Obispado por ausencia de Monseñor Rincón que había sido destinado para el de Bogotá, todo lo grave y trascendental de semejante propaganda, la cual comenzó, des-

de sus orígenes, a producir los resultados de todo negocio imaginario: el deseo de lucro, desarrollo de la codicia, en una palabra, el monopolio, fuerza que destruye todas las aspiraciones de los necesitados y da vuelo a la ambición de los poderosos. Advertidos los agentes del virrey por el Gobernador Portales, para que suspendieran el encargo que tan bien desempeñaban, ningún caso le hicieron, lo que obligó a éste a aprehenderlos; disposición que inmediatamente comunicó a la Audiencia de Santo Domingo y al virrey de Bogotá. Y como por la cesión de Caracas al gobierno de Nueva Granada, habían ya surgido ciertas competencias entre las autoridades de allá con las de acá, de esperarse era un rompimiento entre ellas, después de la prisión de los criados del virrey, sobre todo, cuando ya muchos magnates de la capital, víctimas de las intrigas y exageraciones de Beato y Olavarriaga, no pensaban sino en las imaginarias ganancias de la proyectada compañía.

No anduvo Portales menos activo que los intrigantes, y lleno de astucia hubo de participar al rey la conducta que había seguido, así como los temores que por el cumplimiento del deber le asaltaban, respecto de las tropelías que contra él podía ejercer el señor de Villalonga; medida en que obró con pleno conocimiento de los hombres y de las cosas de América. La dependencia de Caracas del gobierno de Bogotá comenzaba a producir lo que era de esperarse: el choque entre dos gobiernos que no tenían por apelación sino la persona del Monarca, no quedando por resultado de toda divergencia sino desgracias para la sociedad de Caracas, que debía presenciar un prolongado conflicto de intereses bastardos, y del triunfo de la codicia y del monopolio sobre el bienestar de la población trabajadora y sufrida.

En 1721 el virrey Villalonga pide al Ayuntamiento de Caracas testimonio del acta en que constaba la fianza dada por el Gobernador Portales, medida que indicaba el comienzo de las hostilidades que iba a desplegar aquel mandatario; mas dió la casualidad que en el mismo año el rey ordenó al Obispo de Caracas, por real cédula, que en el caso en que el virrey de Bogotá intentase algo hostil contra el Gobernador Portales, lo impidiese; y que si llegaba a reducirlo a prisión, le tornase a la libertad y le volviese a su empleo. No comprendemos semejante política seguida por el Monarca; tan despojada aparece de convicciones y de virilidad, que más bien puede considerarse como un juego de contradicciones, que como el desarrollo de un plan gubernativo. Si la gobernación de Caracas estaba subordinada a la de Bo-

gotá, el rey no debía intervenir en hechos que no se habían consumado: si el virrey no obraba, por otra parte, con justicia, el Monarca no debía desautorizarle, interpolando entre ambos Gobernadores la persona del Obispo, que obedeciendo el mandato real, desautorizaba al superior y favorecía al subalterno. Tal será siempre el resultado de toda política personal en la cual impera, no la fuerza de la ley, sino la conveniencia del momento.

Nunca había llegado a Caracas una real cédula con más oportunidad que aquella en que el Monarca ordenaba al Obispo favorecer al Gobernador Portales contra las tropelías del virrey Villalonga, pues poco tiempo después, recibió el Ayuntamiento de Caracas la orden de aprehender al Gobernador, confiscar sus bienes y remitirlo a Bogotá. Apoyábase aquél para emplear un procedimiento tan duro, en variados hechos que manifestaban la ninguna obediencia del Gobernador Portales a las órdenes del virrey, en su falta de respeto a la autoridad superior, y en la altivez con la cual parecía desdeñar las órdenes que se le comunicaban desde Bogotá. Reunido parte del cabildo de una manera sigilosa, y acompañado de un escribano, del maestro de campo, vecinos y guardias, pasa a la casa real en solicitud del Gobernador Portales. Comunícale a éste la orden del virrey, a nombre del Monarca, a lo que contesta Portales, ya indignado: "No obedezco a tal despacho, pues V. E. nada tiene que hacer con los actos de mi gobierno."

Por segunda vez requiere el cabildo al Gobernador la orden recibida, a lo que contesta Portales: "Presentadme esos despachos, que deseo ver, pues yo he recibido otros reales que aun no he abierto". Y fuera de sí al verse intimidado, se desata en frases destempladas contra el cabildo y los que le acompañaban.

Este desciende entonces a los bajos de la casa real, invoca el nombre del rey; acuden al instante los vecinos y transeúntes y todos juntos suben de nuevo y entran en la sala del Gobernador Portales, quien al verlos, lleno de dignidad y de moderación dirige al cabildo frases amargas en que le echa en cara un tratamiento tan inusitado. Por la tercera vez amonesta el cabildo al Gobernador en nombre del rey, y Portales se somete para ser conducido a la casa capitular, donde permanece custodiado. En seguida se apodera el cabildo de los papeles del Gobernador, se toma nota por inventario y confíscanse los bienes. Desde aquel momento aparecían en la escena política dos partidos. Por una parte figuraban el pesquisador Abreu, confidente del virrey, y siempre

en asechanza para conseguir sus propósitos los agentes Beato y Olavarriga, que habían sido puestos en libertad, y el Ayuntamiento, que debía apoderarse del mando. Por la otra, el Gobernador Portales, sus amigos y el Obispo Escalona y Calatayud, que tenía órdenes del rey para restablecer al Gobernador en su empleo, en el caso de llegar a ser depuesto. Entretanto los magnates de Caracas, unos, los más ilusos, se afiliaban en el bando del pesquisador y agente del virrey, mientras que otros acompañaban al Obispo y al Gobernador. Sin detenernos en la justicia y conveniencia que asistieran a uno y otro bando, hasta cierto punto esta lucha era necesaria. El progreso y adelantamiento de toda sociedad exige el choque de intereses, de aspiraciones, de ideas y propósitos, que se disputan las diversas secciones de la comunidad; y hasta el exacerbamiento de las pasiones puede tolerarse, con tal que no pasen a las vías de hecho. De la lucha pacífica, bajo todas sus faces sale la luz, porque el estímulo desarrolla las fuerzas, y del combate de las ideas, surgen medios de ataque o de defensa. Alertados los enemigos de Portales, acusaron a éste ante la Audiencia de Santo Domingo, y le expusieron todo lo sucedido, como un desacato inferido a la majestad de la ley, en tanto que por su parte el Gobernador escribía al rey la historia de los sucesos y la poca libertad de que gozaba, bajo la autoridad de mandatarios tan apasionados.

Aprobóse todo lo acontecido por el cabildo de Caracas, y quedaron los Alcaldes ordinarios a la cabeza del gobierno de la provincia, en obediencia a reales órdenes.

Ante el cabildo, el Obispo Escalona y Calatayud reclama la persona del Gobernador, pero los Alcaldes se niegan a entregarlo. A poco la Audiencia de Santo Domingo amenaza al prelado con multarlo, si lleva a cabo su pensamiento lo mismo que a los Alcaldes si no continuaban al frente de la gobernación civil. El 25 de mayo de 1825 logra el Gobernador Portales escaparse de la prisión y se refugia en el templo de San Mauricio. En fuerza de los poderes reales que tenía el Obispo por la real cédula de 5 de mayo de 1724, quedaba el prelado plenamente autorizado por segunda vez, a favorecer al Gobernador. Mientras que esto pasaba llega a Caracas la real cédula de 13 de junio, en la cual mandaba el Monarca al cabildo que obedeciera al Gobernador. Trata el Obispo de imponerse en sus justas pretensiones y es rechazado. Alborótase el partido de los gobiernistas, y no lo esquiva el contrario. El Gobernador es conducido de nuevo a estrecha prisión, donde le cargan de cadenas. Logra eva-

dirse de nuevo, y en esta ocasión refúgiase en el Seminario Tridentino. Ya para este entonces los dos bandos políticos se habían insultado y sus disputas tomaban el carácter de una revolución. Desprestigiado el Gobernador, desatendido el Obispo que, con mansedumbre y tacto pudo moderar en algo estos asuntos, el grito de las pasiones llegó a imperar por todas partes, y los partidarios del Gobernador, abrigando temores, lograron hacerlo escapar por tercera vez y sacarlo fuera de Caracas. Al saberlo los Alcaldes despachan tropas en todas direcciones, como 800 hombres salen para Valencia, y participan a todas las autoridades subalternas de la provincia, que ninguna debía obedecer al tal Gobernador, y que todas y cada una estaban en el sagrado deber de aprehenderlo.

Las cosas iban de mal en peor, cuando llega a Caracas la real cédula de julio de 1725, en la cual el Monarca, instruido por Portales de cuanto había pasado, ordena al Obispo la inmediata reposición del Gobernador y la deposición de los Alcaldes, que fueron unas de las víctimas de este escándalo, precursor de la instalación, poco después, de la célebre Compañía Guipuzcoana, de la cual el tal Olavarriaga, fué su primer director. Por real cédula de enero de 1726, la conducta de la Audiencia de Santo Domingo fué desaprobada, y sus miembros condenados cada uno a pagar doscientos pesos de multa, y a remitir al Obispo Escalona y Calatayud, el proceso seguido a Portales. Los Alcaldes y Regidores de Caracas que se opusieron a restablecer la persona del Gobernador, fueron condenados a pagar cada uno mil pesos de multa y a ser remitidos a España, bajo partida de registro. (1)

¿Cuál fué el resultado inmediato de estos retozos políticos? La pérdida de la gracia que los caraqueños desde remotos tiempos habían obtenido del monarca español, por medio de comisionados tan diplomáticos, tan hábiles: la de que los dos Alcaldes de la capital pudiesen reemplazar la autoridad del Gobernador cuando éste muriera o fuese derrocado. Diez años más tarde de estos sucesos, el gobierno español anuló lo que habían hecho sus predecesores, y nombró agentes peninsulares que en todo caso pudieran reemplazar la persona

---

(1) El viajero Depons, comisionado del gobierno francés cerca de la Capitanía general de Caracas, a comienzos del siglo, trae un ligero extracto de estos hechos. De este autor tomó Baralt, lo que figura en el volumen de su Historia Antigua de Venezuela. Nosotros hemos sacado todos los pormenores de este curioso incidente, de las actas del antiguo Ayuntamiento, correspondientes a los años corridos del 1720 al 1726.

del Gobernador. Todavía, años más tarde, en la época del Gobernador Solano, el Ayuntamiento, por retozos más o menos apremiantes, perdió uno de los Alcaldes de la ciudad. Hasta aquella fecha ambos eran venezolanos; desde entonces, fué uno de ellos español el otro venezolano. (2) Los retozos republicanos de 1826, trajeron la caída de Bolívar y disolución de Colombia; los retozos de 1725, la pérdida de una gracia concedida hacía siglos por el monarca de España al Ayuntamiento de Caracas.

Los retozos caraqueños de que hemos hablado, así como todos los retozos de las muchas capitales de ambos mundos, son inherentes a los pueblos de la raza latina. Están en la índole de las aspiraciones, de las condiciones sociales, de la lucha constante que trae casi siempre resultados armónicos en el desarrollo general. Lo que está en las necesidades del cuerpo y del espíritu, hace parte de los puntos o decepciones, de las conquistas o percecimientos del ser pensante y libre. Los pueblos que han pasado largas épocas bajo el peso de alguna tiranía, patrocinan estos retozos como expansiones necesarias de la libertad social reconquistada; y los gobiernos que sostienen la verdadera libertad, ni los persiguen ni los protegen. La tolerancia política por una parte, y la completa libertad de la prensa por la otra, contribuyen siempre a disipar estos gritos del entusiasmo político, religioso o social, que no pasan de cierta efervescencia transitoria; obra del entusiasmo, de la juventud, y de las tendencias civilizadoras de cada época.

---

(2) Ya hablaremos de todo esto cuando publiquemos nuestro estudio inédito, titulado: Orígenes de los partidos políticos de Venezuela.

## LOS HERMANOS SALIAS

Desaparecieron las antiguas ruinas de la Casa de Misericordia, que desde el terremoto de 1812 llamaba la atención, en el extremo oriental de la calle Este 4: en este sitio figura hoy el hermoso Parque de Carabobo. Desaparecieron, igualmente, las ruinas de la antigua casa del Regidor Ribas, en la esquina de Maturín: allí se levanta hoy un templo masonico. Aun se conserva la vetusta quinta de Bolívar, a orillas del Guaire, pero ya sin el famoso cedro de Fajardo, en cuyo hermoso tronco dos generaciones habían inscrito sus nombres; y se conservan la casa solariega del Doctor Alamo, en la esquina de Santa Teresa, y la que en el rincón de la plaza de San Pablo, perteneció a la antigua familia Salias. En estos y en otros lugares, se reunían los revolucionarios de Caracas, desde que en 1808, fué invadida España por Napoleón y entregado a éste Carlos IV, con su familia, por el Príncipe de la Paz, favorito de la reina.

Existía en aquellos días un fermento que preocupaba los ánimos, una idea en gestación, cuyas formas no se podía delinear; algo noble y generoso que acercaba a la juventud y la ponía en camino de grandes acontecimientos, todavía desconocidos. La juventud en aquel entonces era fuerza, y égida los sentimientos generosos. Pero si en la mayoría de estos círculos familiares sobresalía la juventud masculina, y era la que daba el tono, en una de las casas mencionadas descollaba al frente de los noveles políticos, una matrona llena de gracia, inspirada, de palabra fácil, y orgullosa de poder decir como Cornelia: *mis tesoros son mis hijos*. Esta matrona admirable, fué aquella Margarita de Salias, alma de la tertulia que tenía por concurrentes a lo más distinguido y apuesto de la sociedad de Caracas. Allí, en el rincón de la antigua plaza de San Pablo, estuvo la casa solariega de la familia Salias. (1)

---

(1) He aquí una plaza de Caracas sin nombre que al caracterice: llámose antiguamente de San Pablo, por el templo que allí estuvo; y después, plaza del Teatro Municipal. Bien pudiera bautizársela con el nombre glorioso de Plaza Salias. En el centro figura la estatua de uno de los más brillantes adalides de la magna guerra. Ningún colorido cuadraría más al guerrero, que posar en el pavimento de la Plaza Salias, que recuerda a sus compañeros de la guerra a muerte, segados en los campos de batalla y en los patibulos.

Abrimos las crónicas de la revolución caraqueña, leemos los diversos sucesos políticos que desde 1808 acercan los hombres, y al contemplar el grupo de familias que lanzaron sus hijos a la defensa del patrio suelo, tropezamos con la de Salias. Huérfanos de padre los hermanos Salias, alentados por la madre, forman un cuerpo que no obedece sino a una voz mágica: *Libertad*. Francisco, Vicente, Pedro y Juan Salias, y tras de éstos Mariano y Carlos, los menores de la familia, pertenecen por sus antecedentes, talentos, servicios militares y civiles, entusiasmo y arranques, a la pléyade de adalides que comienzan el 19 de abril de 1810, siguen los impulsos de la revolución, acompañan a Miranda en 1811 y 1812, y siguen con Bolívar en 1813 y 1814. Cuando llegan los reveses de esta época lúgubre, la revolución pierde muchos de sus atletas segados en los patíbulos. Entre las numerosas víctimas de Pore, sacrificadas en 1816, por orden de Morillo, está uno de los Salias, Juan. Le habían precedido en la muerte Pedro y Vicente, salvándose por uno de tantos milagros el mayor de ellos, aquel Francisco que el 19 de abril de 1810, cuando todo estaba perdido, detiene en la puerta mayor de la Metropolitana al Gobernador Empanan y le hace retroceder a la sala del Ayuntamiento. Muertos tres, quedaban tres para continuar impasibles y resueltos. Escapados de las bóvedas Francisco y Mariano, Bolívar toma al primero para tenerlo a su lado, desde 1813, y deja los menores a las madres, sus compañeros en las playas del ostracismo.

En este grupo de lidiadores, Vicente sintetiza la revolución: Francisco es el patricio inspirado del 19 de abril de 1810; tres de ellos debían ser edecanes de Miranda, uno de Bolívar; dos, víctimas en el campo de batalla; uno en el patíbulo, y sólo el menor debía alcanzar edad nonagenaria para contarnos los sucesos de aquellos días luctuosos y hablarnos de sus hermanos. Refieren las crónicas que durante los veinte y cinco años que siguieron a la guerra a muerte, en cada ocasión en que Margarita, la madre de los Salias, recordaba a sus hijos inmolados, lágrimas silenciosas corrían de sus ojos; el culto maternal fué una de las virtudes sobresalientes de esta espléndida matrona.

En la lista comprensiva de los autores del 19 de abril de 1810, con la cual remata el historiador español Díaz, su *Rebelión de Caracas*, publicada en 1829, figuran cuatro de los hermanos Salias, así: Francisco, que vivía en aquella época, Vicente, fusilado en Puerto Cabello en 1814, Pedro, que su-



cumbió en la reyerta sangrienta de Aragua, en 1814, y Juan, fusilado en Pore en 1816. (1)

En el admirable grupo de los hermanos Salias, hay uno que descuella por su carácter, inteligencia, ilustración: es Vicente, médico y poeta, uno de esos paladines de las grandes causas, siempre inspirado, desde el día en que sucesos nuevos en el orden social, empujan ciertos corazones en pos de nobles y misteriosos destinos. Vicente, con su espíritu epigramático, con su palabra acentuada, entusiasta, era la parte etérea de esta familia de patricios. Un escritor moderno le ha sintetizado en estas frases elocuentes: "Saliás era un griego, amigo de la belleza, lleno de chiste y de sal ática" (2). En efecto, cuando llega el momento en que cada carácter debía definirse, llenos unos de tristes presentimientos, entregados otros a la fuerza del destino, Vicente aparece radiante en medio de sus compañeros: siempre con la cabeza erguida, y siempre con la sonrisa en los labios, esta precursora del chiste y de la bella frase en los espíritus superiores. El hado le tenía, sin embargo, reservado para ser una de las ilustres víctimas de la guerra a muerte.

Ya tornaremos a esta figura de los días épicos.

Había salido el Capitán general Empanan del Ayuntamiento, en la mañana del 19 de abril de 1810, y se encaminaba hacia la Metropolitana, cuando la juventud de Caracas, que aguardaba verlo preso, juzgó el lance perdido. El Gobernador había logrado evadir con astucia la lógica del Ayuntamiento, y libre de la intriga, tiempo tenía para reflexionar. Al pasar con su séquito frente al cuerpo de guardia de la esquina del Principal, nota que el oficial y soldados no le hacen los honores, lo que contestó el Gobernador con una mirada de reproche. Este incidente motivó que la concurrencia que llenaba calles y plaza se apercibiese de algo desconocido, y era que el oficial amenazado por su procedimiento y lleno de temores, después de haber obedecido a la consigna de los revolucionarios exclamara: —"Me han dejado solo, pero sabré comprometer a todo el mundo. Conmigo serán juzgados cuantos me aseguraron que todo estaba listo". Esto fué lo suficiente para que comenzaran los gritos de "al cabildo", "al cabildo", los cuales se repetían inconscientemente por todas partes. Eran los gritos lanzados por los salias, Ribas, Montillas, Jugo y demás revolucionarios que, como espectadores, estaban apostados en diferentes sitios, en derredor de

---

(1) Díaz escribe Mariano en lugar de Juan, que es un error de nombre, pues aquél murió en Caracas en 1850.

(2) González. Biografía de Ribas.

la plaza real. En estos momentos Francisco Salias atraviesa la plaza con el objeto de alcanzar al Gobernador, antes de que éste entrara a la Metropolitana. Comprendió el joven patricio de que si Emparan, ya apercibido, obraba con entereza, desde el templo, todo podía fracasar, y por esto quiso detenerlo. Ambos llegaron en el mismo instante a la puerta del templo.

—Os llama el pueblo a cabildo, le dice Salias, impidiéndole la entrada.

—Será más tarde, contesta Emparan.

—Os llama el pueblo a cabildo, señor, y los momentos son muy apremiantes. Os llama el pueblo a cabildo, repite Salias, con ademán sereno.

Eran los momentos en que los gritos se redoblaban y llegaban a oídos de Emparan, ya preocupado.

Al cabildo, señor, le repite Salias.

Vamos, pues, al cabildo, contesta Emparan.

El Gobernador había notado que al acercarse Salias, el cuerpo de guardia situado cerca de la puerta mayor del templo, quiso hacer los honores al primer mandatario, y el oficial Ponte, había ordenado lo contrario. Este incidente, que se repitió por segunda vez, y el ademán imponente de Salias, le obligaron a retroceder.

De mil maneras ha sido referido este incidente de Salias, causa inmediata de la vuelta del Gobernador a cabildo. Cada historiador lo relata a su modo, lo que amerita estudiar el suceso a los ojos del criterio histórico y de la sana razón, y despojarlo así, de toda exageración o calumnia con que hayan querido mancharlo los enemigos de la revolución hispanoamericana.

“Al poner el Gobernador el pie en los umbrales del templo, dice el historiador Díaz, le alcanzó Francisco Salias que había a carrera atravesado la plaza: le tomó por el brazo: le puso un puñal al pecho y le intimó a que volviese al Ayuntamiento”.

“Al poner el pie en los umbrales del templo le alcanza el desaforado Francisco Salias, le asesta un puñal al pecho y le intima al regreso al Ayuntamiento”. Esto escribe el historiador español Torrente.

“Salió para la Catedral con el cuerpo de cabildo; pero al llegar a la puerta de ésta, le agarró del brazo un Salias, que acompañado del pueblo y con gritería, le obligaron a volver a la Sala Capitular”. Así habla el Oidor Martínez, en la narración que escribió desde Filadelfia, referente a los variados incidentes de la revolución del 19 de abril de 1810.

Ducoudray Holstein, en su *Historia de Bolívar*, pone en boca de Salías dos discursos, uno al llegar el Gobernador a la puerta del templo y otro cuando torna al cabildo, en el cual pide aquél en términos insultantes, la deposición del Intendente Aca, odiado de la población, y en seguida el arresto de la Audiencia real, etc., etc.

El relato de Baralt y Díaz es muy lacónico: "En este instante varios grupos de conjurados reunidos en la plaza, cierran el paso a la comitiva de Emparan, y un hombre llamado Francisco Salías agarra a éste del brazo y grita que vuelva con el cabildo a la Sala Capitular".

Restrepo, el notable historiador de Colombia, dice: "Estaban ya a las puertas de la iglesia, cuando varios grupos cierran el paso, y avanzándose atrevidamente un hombre llamado Francisco Salías, toma del brazo al Capitán general y le intima que vuelva con el Ayuntamiento a la Sala Capitular".

Otros escritores asientan que Salías despojó al Gobernador del bastón que llevaba; es decir, dejó éste de figurar como primer mandatario, desde el momento en que entregaba a una facción la insignia de mando.

Así se ha ido comentando, desde el 19 de abril de 1810, un incidente que no tuvo nada de ruin, nada de faccioso y descompuesto, y sí mucho de respetuoso y de digno. Salías, ciudadano pacífico y de familia distinguida, no tuvo necesidad de amagar a nadie con puñal, pues las armas de que se valió fueron el respeto y la compostura. Ni Díaz, ni Torrente, fueron testigos del suceso. Díaz, en su narración no califica a Salías; pero Torrente que copia a su Mecenaz, apostrofa a Salías con el dictado de *desaforado*. La narración del Oidor Martínez es más exacta que las precedentes, pues se limita a referir el hecho, sin epitetos y sin puñales. La narración de Ducoudray es una confusión de incidentes. La discusión que tuvo horas más tarde el canónigo Cortés Madariaga con el Gobernador, discusión que dió por resultado la caída de los principales empleados y de la Audiencia, la anticipa aquel historiador y la agrega al incidente de Salías. Confundió los informes que obtuviera.

El relato de Baralt y Díaz que copia Restrepo, sólo tiene de censurable el que de un patricio tan conocido como era Francisco Salías, se dijera un *hombre llamado* Francisco Salías; lo que equivalía a decir, un desconocido. En este particular, el historiador Díaz es más, justo, pues coloca a Francisco Salías al nivel de los demás conjurados sin despojarlo de su carácter de revolucionario.

Salias no agarró por el brazo al Gobernador, ni hubo necesidad de esto, ni de amagos. Salias se insinuó, manifestó el deseo general y triunfó, sin necesidad de amenazas ni de tropelías. Tampoco le despojó del bastón de Mariscal, pues Emparan tornó con él al cabildo, con él pasó su detención de cortos días y con él se embarcó. Las frases "arrancó el bastón", "le despojó de la insignia de mando", son figuradas y sólo así deben admitirse.

Dos incidentes providenciales abren la revolución del 19 de abril de 1810: el incidente Salias y el incidente Cortés Madariaga; sin éstos la revolución habría fracasado.

Con Vicente Salias, Mariano Montilla, los hermanos Bolívar, López Méndez, Bello, y Cortés Madariaga comienza la diplomacia venezolana en 1810.

Ya en otro escrito hemos departido acerca de este tema. (1) Cada una de estas agrupaciones produjo resultados inmediatos; mas la de Bolívar, López Méndez y Bello trajo un nuevo factor a la revolución: Miranda, que a fines de 1810 tornó al suelo patrio, después de haber dedicado treinta años de su vida a las conquistas de la libertad en ambos mundos. La "Sociedad patriótica" creada por Miranda, trajo las conquistas de la tribuna libre, espontánea, expansiva, y aun turbulenta y demagógica: era la antesala del Congreso que surgió poco después. La creación de la diplomacia venezolana —la tribuna parlamentaria: he aquí las dos más bellas creaciones de la revolución de 1810.

Con los hermanos Salias, con Ribas, con Soublette, con los hermanos Carabaño, Bolívar, Mac-Grégor y muchos otros, comienzan los heraldos de la guerra, próxima a estallar. El que tenía señalado la Providencia para conducir victoriosos los ejércitos de Colombia hasta las nevadas cimas de los Andes, debía recibir su bautizo de sangre, en unión de sus conmlitones, bajo las órdenes de Miranda. Los hombres son hijos del encadenamiento de los sucesos.

En estos días, fué cuando la familia Salias hubo de estrechar amistad con el Generalísimo. Durante la estada de éste en España, había tratado con alguien de la parentela de aquélla, así fué que al llegar a Caracas quiso conocerla. Por otra parte, el padre de los hermanos Salias, Don Francisco, muerto al finalizar el último siglo, era español de buenos quilates. Miranda era partidario de los enlaces de españoles con americanos, pues juzgaba que el elemento hispano era el único que nos haría conservar las virtudes de raza y de

(1) Véase nuestro estudio histórico titulado: "Orígenes de diplomacia venezolana".

familia, que Castilla había sabido plantar en el Nuevo Mundo. La familia Salias y Miranda constituyeron un lazo de intereses políticos y sociales. En Vicente, Miranda había encontrado uno de los más simpáticos caracteres de la revolución; en sus hermanos el sentimiento de la Patria llevado al sacrificio. No pasó mucho tiempo sin que cada uno ocupara el puesto que le indicaba el deber y recibiera por galardón la muerte, la victoria o el ostracismo.

En efecto, a fines de 1811, revienta la contrarrevolución española, tanto en Caracas como en Valencia. Era el comienzo de la guerra civil, con sus odios, crímenes y hogueras. Más tarde, el terremoto de 1812, vendrá en ayuda de los españoles que se valdrán del fanatismo para apoderarse de los ánimos timoratos y de pueblos incipientes y seguir triunfantes por todas partes. Entre los edecanes de Miranda figuran tres de los hermanos Salias: Francisco, Juan y Mariano. Ya veremos la suerte que cupo al primero. Tenemos ya a Miranda en campaña; lucido ejército en el cual figura la juventud de Caracas le acompaña en dirección de Valencia, donde la contrarrevolución española ha establecido sus reales.

En aquellos días figuraba en los alrededores de Valencia, una partida de salteadores encabezada por el Zambo Palomo y por Eusebio Colmenares, conocido con el nombre de El Catire. Con el pretexto de encontrar inmunidad, estos hombres de mala ley se habían afiliado en el bando español, que los admitía y protegía como a hombres necesarios. Aparecían y desaparecían, infundiendo por todas partes el espanto, y sin fijarse en cada localidad sorprendida, sino el tiempo necesario para saquearla. En junio de 1811, el edecán de Miranda desempeñaba cierto encargo de su Jefe, cuando es sorprendido y cogido por la partida de El Catire y de Palomo (1). Quiere éste atropellar al prisionero y el primero se opone con todas sus fuerzas. ¿Quién era este protector de Salias? Sin preverlo, el edecán al verse prisionero, se encuentra frente al antiguo capataz de su familia, en la hacienda "El Hoyo", en los altos de Caracas. El Catire, al reconocer al joven Salias, lo ampara y lo lleva consigo a sus guaridas. Después de algunos días, Valencia fué tomada a

---

(1) Este Zambo Palomo es el mismo que más tarde, en 1813, acompañó a Monteverde, después de la rota de Maturín, y pudo salvar a este mandatario, conduciéndolo por veredas ocultas. Después tropezamos con el mismo Palomo, que figura en el ejército de Morales, en San Fernando, en 1819. Mandaba un escuadrón y tenía el grado de Comandante.

fuego y sangre por Miranda, y acompañado de los dos bandoleros se presenta Salías en el campamento patriota, implorando el perdón de aquellos hombres, gracia que le concedió Miranda. El parte dirigido por el Generalísimo al Ministro de la Guerra, fechado en Valencia a 25 de junio de 1812, es el siguiente:

*“Señor Secretario del Despacho de la Guerra”*

“Esta mañana al amanecer, como previne a US. en mi anterior oficio, hicimos un reconocimiento general sobre todos los puntos de la ciudad de Valencia, en que nuestras tropas se hallan en el día establecidas, para cerrar su comunicación con la campaña y bloquearla perfectamente. Observamos que los enemigos perseguidos vigorosamente por nuestra infantería ligera, se hallaban reducidos al centro de la ciudad habiéndonos abandonado, todos los barrios y cercanías, junto con una pieza más de artillería, y ochenta y cuatro prisioneros de guerra. La buena dirección del fuego de nuestra artillería contra la plaza, y la escasez general de víveres, a que el bloqueo tiene reducido al enemigo, ha producido una desertión bastante considerable, pues pasan de cincuenta personas, las que el día de hoy se han pasado a este ejército; entre ellas, hemos tenido la satisfacción de ver llegar a Don Francisco Salías, que haciendo la función de nuestro edecán, el día 23 del mes pasado, quedó prisionero en Valencia; y ha debido su libertad, según su informe, al famoso Eusebio Colmenares (alias El Catire), uno de los principales jefes entre los insurgentes de Valencia, y que igualmente se ha presentado, implorando el perdón de sus pasadas ofensas, en virtud del servicio que, en procurar la libertad Salías nos ha hecho, y de los que ofrece hacer a su patria, sin solicitar otra recompensa por todo ello que el olvido de su pasada conducta: lo que me ha parecido útil y conveniente el acordarle. El parte adjunto del Ingeniero en Jefe indica los trabajos hechos por éste los días 8 y 9, contra la plaza de Valencia; y aunque hoy se ha observado que el enemigo trabaja con grande actividad en hacer nuevas cortaduras y retrincheramientos en las principales calles que guían a la plaza mayor de esta ciudad, no me parecerá extraño, que la disminución de las tropas que la defienden, reducidas a un número, por la gran desertión, que por todas las avenidas de ellas hacia el campo se observa, la hallásemos evacuada dentro de dos o tres días.

"Dios guarde a U.S. muchos años. — Cuartel General del Morro, frente de Valencia, a 10 de agosto de 1811, a las 8 de la noche.

*"Francisco de Miranda". (1)*

Días más tarde el edecán Salias acompañado del joven Bolívar, traía a Caracas el parte de la toma de Valencia. Bolívar había recibido su bautizo de sangre y acompañado de un edecán del Generalísimo, quiso recibir las felicitaciones amigas. (2)

A poco el vendaval político toma creces, la desmoralización cunde por todas partes, y tras el entusiasmo, en sus últimos espasmos, viene el desaliento. El terremoto de marzo de 1812 fué la fuerza misteriosa que acabó de hundir al bando patriota y abrió el camino de Caracas a los enemigos de la joven República. La estrella de Miranda va a eclipsarse, y tras éste, llegará el carro de la guerra a muerte. Pero con Miranda están sus hombres: Ribas, Muñoz Tébar, Vicente Salias, Soublette, Espejo, Bolívar, Sanz y otros más. ¡Qué grupo éste el que constituye los hombres de Miranda! La correspondencia de todos ellos con el Generalísimo, es un rico tesoro de apreciaciones históricas de alto interés. Esta correspondencia, salvada de la catástrofe de La Guaira, sintetiza una época admirable en la historia de Venezuela. El propulsor de la revolución, al desaparecer en las mazmorras de la Carraca en 1816, había sido ya precedido de algunas de estas lumbreras que constituyen la constelación histórica de los *hombres de Miranda*: Salias y dos de sus hermanos, Ribas, Espejo, Muñoz Tébar, Sanz y otros más.

Dos épocas caracterizan la revolución venezolana: 1810 a 1812; 1813 a 1825. Miranda y sus hombres sintetizan la época de gestación, incomprensible, indefinida. Bolívar y sus tenientes comprende la época del sacrificio, de la guerra a muerte, de la lucha heroica, del combate constante: el triunfo de la revolución.

Miranda ha desaparecido de la escena política, y la campaña feliz de 1813, ha abierto a Bolívar las puertas de Caracas. Con él han continuado los hermanos Salias: la revolución ha cambiado de conductor, pero no de ideas. Terri-

(1) Gaceta de Caracas de 13 de agosto de 1881. Es raro tropezar hoy con algún número de la Gaceta de la época de 1810 hasta 1815; por esto la publicación de ciertos documentos que no figuran en las Colecciones, es de grande interés.

(2) Tenemos una leyenda inédita que se intitula: Bautizo de sangre de Bolívar.

ble recomienza la lucha; pero el triunfo de toda idea noble exige sacrificios. La guerra a muerte ha comenzado a segar a los vencedores de 1813, y el incendio de 1814 toma proporciones gigantescas. En los boletines militares de esta época sangrienta, aparecen con frecuencia los hombres de los hermanos Juan y Pedro Salias. Ha llegado el momento en que uno de ellos precede a sus hermanos en la gloria y en la muerte. Hay un hecho de armas que conoce la historia con el nombre de degüello de Aragua: es la avanzada luctuosa de Urica, donde todo fué exterminio. Allí desaparece el batallón *Caracas*, compuesto de una gran parte de la juventud de la capital, al mando de su Comandante Pedro Salias. "Todo el batallón *Caracas* quedó tendido, desde Salias hasta el último soldado", escribe Díaz.

Apartemos la vista de este campo de desolación. El sacrificio de Vicente Salias nos aguarda.

Después de la desgracia de Miranda y del triunfo de Bolívar en 1813, Vicente Salias, en unión de Muñoz Tébar, redactaba la *Gaceta de Caracas*. Era ésta un boletín en que se daba noticia, no sólo de los triunfos patriotas, sino también de las tropelías cometidas por los españoles, desde los días de Monteverde. En la *Gaceta de Caracas* está la historia de la guerra a muerte, durante los años de 1813 y 1814, con todos sus gritos y sarcasmos.

La revolución tenía un adversario en Caracas, el famoso gacetillero José Domingo Díaz, médico, condiscípulo de Vicente Salias. Si éste pintaba a su contrario como un hombre indigno de todo crédito, Díaz se contentaba con asociarlo a Bolívar, en cada escrito que, desde Caracas, lanzaba a los pueblos de Venezuela. No hubo para Díaz epíteto injurioso que no endilgara a Bolívar, a quien odiaba de corazón; y como el mismo odio profesaba a su condiscípulo Vicente, sucedía que los hombres de Bolívar y de Salias andaban siempre pareados en las crónicas del gacetillero de los españoles. Díaz y Salias tenían cierta cuenta pendiente: éste había, desde 1810, ó antes, escrito un poema joco-serio titulado *La Medicomiquía*, en el cual aparece Díaz como el protagonista principal. En esta obra, que siempre se conservó inédita, si Díaz queda en ridículo, Salias aparece como un espíritu epigramático. Este odio secreto lo amamantaba Díaz, como una necesidad de su espíritu y de su corazón. Animábalo la dulce esperanza de ver algún día a su condiscípulo y enemigo político en desgracia, y el curso de los sucesos hubo de satisfacerle.

Cuando llegaron los momentos aflictivos de 1814; cuando no había ya esperanza de salvación posible, Vicente fleta un buque en La Guaira y se embarca en dirección a las Antillas; pero apenas ha dejado las aguas de La Guaira. cuando es apresado por un corsario español que le conduce al castillo de Puerto Cabello. Había llegado para Vicente la hora fatal; pero ante muerte próxima, valor encontró en su pecho el gallardo mancebo, y serenidad en su espíritu ilustrado, que eran ambas virtudes timbre de su raza. En carta de Díaz a Boves, fechada en La Vela de Coro, a 4 de agosto de 1814, leemos los siguientes conceptos:

“Dios se cansó de sufrir los insultos que nos hacían: los castigó por medio de usted, de un modo seguro y enérgico, y su justicia se extendió hasta poner en las manos del gobierno español de Venezuela; al sacrilego e insolente redactor de aquella *Gaceta*, Don Vicente Salias, mi condiscipulo, prófugo en el bergantín *Correo de Gibraltar*, partido de La Guaira el 8 del último mes, apresado por el corsario español el *Valiente Boves*, armado por Don Simón de Iturralde uno de los apasionados de usted, y conducido a este puerto. *Si la justicia es recta como debe ser, su vida terminará poco tiempo después de su Gaceta* (1).

He aquí, en estas frases terribles, la hiena en presencia de su presa. El gacetillero se gozaba con la idea de la muerte de Vicente, y temeroso, acentuaba el deseo, invocando la justicia. ¡Cuántas monstruosidades encierra el corazón humano!

En el castillo de Puerto Cabello existían algunos presos patriotas, que por grupos iban saliendo al cadalso. El día en que le tocó a Salias, acompañaron a éste, Antonio Rafael Mendiri, que había sido Secretario interino de Guerra, y caído prisionero después de la derrota de Barquisimeto, y otros dos patriotas de poca importancia. Mendiri, hombre de espíritu débil, habló en el cadalso de la siguiente manera:

“Señores —dijo— teniendo más ilustración que mis compañeros, creo deber hablaros antes que ellos. He seguido estudios, y la lección de algunos libros prohibidos es la causa de mi perdición. Me llené de orgullo creyéndome sabio: me inspiraron máximas que ahora conozco detestables, y me han conducido a este caso. Me hicieron apartar de los deberes que cumplieron mis mayores, y buscar la felicidad en un gobierno que me favoreciese en todas mis pasiones. Lo conozco y lloro, mas sin remedio. Señores: no es este lugar

---

(1) Díaz. Rebelión de Caracas, 1 vol. en 8º, Madrid, 1829.

ni el tiempo de enumeraros estos libros peligrosos; vosotros oiréis en el púlpito su catálogo de la boca del Doctor Don Juan Antonio Rojas Queipo, a quien lo he encargado. Huid de ellos si queréis ser felices: obedeced al Rey, y seréis justos. Vamos." Se sentó en el patíbulo, y espiró.

Después de fusilados otros dos patriotas, llegó a su turno a Vicente Salias que pidió permiso para hablar a los espectadores. Digno, sereno, sin ninguna muestra de debilidad o temor, Vicente se dirige al borde del cadalso y elevando sus miradas y brazos hacia lo Alto, pronuncia con voz sonora la siguiente imprecación:

*"Dios Omnipotente, si allá en el cielo admites a los españoles, renuncio al cielo."*

Iba a continuar, cuando el redoble de los tambores ahogó sus palabras. Entonces se sienta en el banquillo e impávido recibe la muerte. Así desapareció "este griego amigo de la belleza, lleno de chiste y de sal ática"; este paladín de la idea liberal en los días de la guerra a muerte.

Dos años más tarde, cuando llegó el momento en que la crueldad de Morillo hubo de saciarse en Nueva Granada, mandando a sacrificar por todas partes a centenares de hombres ilustres y notables, entre los fusilados en Pore, cupo triste suerte a Juan Salias, el tercero de los hermanos destinados al sacrificio. De los tres sobrevivientes, Mariano acompañó a la familia en su ostracismo; Francisco siguió como ayudante de Bolívar en las campañas de 1817 a 1821; Carlos había huído con la inmigración de Caracas en 1814, únese a las tropas de Bermúdez, antes de Úrica, y reaparece más tarde en la campaña del Magdalena, en 1821.

Cornelia no debía tornar a la patria de sus hijos sacrificados en la flor de la edad, sino cuando los sobrevivientes le abrieran con honra la puerta del hogar abandonado, y el menor de ellos hubiera recibido, en campo patriota, el bautizo de sangre!

## CONTRA INSURGENTE AGUA CALIENTE

Desde el 19 de abril de 1810, comienzo de la revolución que, después de desastres y matanzas, concluyó victoriosa en las alturas de Ayacuchō, en 1824, la familia venezolana hubo de dividirse en dos bandos políticos: españoles y americanos, o en términos más locales, godos y patriotas. Sostenían los primeros la realeza, los segundos la República. Con estos epítetos acompañados de odios y de persecuciones por ambas partes, todos llegaron a la última meta. Vencieron los patriotas y se fueron los godos oficiales, pero quedaron los urbanos que muy necios hubieran sido, al abandonar el suelo donde tenían sus hijitos y propiedades.

Cuando reventó la revolución de 1810 no había partidos, pero cuando a poco se transparentaron las ideas republicanas, los realistas pusieron el grito en el cielo y la reyerta comenzó, y con esta las persecuciones, las diabluras políticas de 1811, finalmente el terremoto de 1812, como precursor de la caída del gobierno patriota. Surgen de nuevo los patriotas en 1813 para sucumbir en 1814. Desde fines de este año hasta 1821 estuvieron los beligerantes de quien a quien hasta que ondeó, de veras, el pabellón de la República en Carabobo en 1821 y en Puerto Cabello en 1824. Tascaron el freno godos y godas, a pie firme y comenzaron los retozos republicanos. Pero lo más sorprendente para los vencidos fué que habiendo cundido el contagio en toda la porción española del continente de Colón, Bolívar se encargó de llevar la victoria hacia el Sur, y galopando sobre el dorso del Ande, la condujo hasta las nevadas y volcánicas cimas de la soberbia cordillera. Desaparecieron desde entonces los godos de antaño pero quedan los de ogaño, con quienes no romperemos lanzas.

Entre las familias caraqueñas, los odios políticos estuvieron tan acentuados, durante la guerra a muerte, que hubo algunas de ambos bandos, que con o sin intención tropezaba, para vapulearse públicamente en las calles de Caracas. Y aún se refiere de una dama, cuyo nombre dejaremos en el tintero, que no contenta con los encuentros fortuitos, entraba de sopetón en las casas de los contrarios, y fustigaba a cuantos encontraba sin conmiseración. ¿Quién fué ella y a qué

bando político perteneció? ¿Y qué ganaría la historia con conocer estos arrebatos realistas o republicanos?

“Te aconsejo que no te mezcles en los negocios políticos escribía Bolívar a su hermana Antonia en 1826, ni te adhieras ni opongas a ningún partido. Deja marchar la opinión y las cosas, aunque las creas contrarias a tu modo de pensar. Una mujer debe ser neutral en los negocios públicos. Su familia y sus deberes domésticos deben ser sus primeras ocupaciones...”

Y en verdad que las cosas anduvieron muy complicadas, cuando desde 1815 hasta 1819, se fusilaba a los hombres por simple sospecha y se metía a otros en el embudo de los empréstitos hasta que se adelgazaran como anguilas, y enánimes, salieran por el pico.

La antigua familia Blandain, después Blandín, que tanto figuró en las tertulias caraqueñas de fines del último siglo, y de la cual hemos ya hablado en otra ocasión (1) la constituían al comenzar la guerra a muerte en 1813, dos secciones, con ideas políticas diamétralmente opuestas: la española, a la cual pertenecía la familia Echenique con sus entroncamientos de Alzualde, Zarzamendi, Aguerrevere, Medina, Martínez, etc., y la americana donde campeaban las de Blandin, Argain y Báez. Por la República se decidieron los hermanos Bartolomé y Domingo Blandín, y los jóvenes Argain que figuraron en las filas patriotas. Por la realeza se decidió la familia Echenique con sus entroncamientos.

Concluída la contienda, los patriotas de la familia que estaban en el extranjero, regresaron al patrio suelo donde también quedó la familia Echenique a pie firme llevando levantada la bandera de Ataulfo, se entiende, en sus ideas y aspiraciones políticas. Goda fué la primera pareja, por los años de 1774 a 1775, godos continuaron los hijos, godos los nietos: pero ya entre los biznietos comienzan a despuntar las medias tintas; tal es el influjo de los retozos republicanos sobre el corazón humano. Lo que nosotros admiramos en esta familia es la firmeza política de las matronas a la altura de sus méritos y virtudes sociales. Como los girondinos, cada una de ellas octogenaria, muere en su ley, envuelta en la bandera de Castilla; y si en sus últimos años no llegaron a perdonar por completo a Bolívar, quizá le pidieron a Dios que le salvara, pues el ideal político de todas ellas estaba más allá

---

(1) La primera taza de café en el valle de Caracas. Rojas. Leyendas históricas de Venezuela, vol. 1.

del Atlántico (1). Rindamos culto a la memoria de estas matronas, gala en pasadas épocas de la sociedad caraqueña, y origen de muchas familias actuales de reconocido mérito.

Doña Josefa Echenique, la heroína de esta silueta, casada en primeras nupcias con el comerciante D. Jerónimo Alzualde de quien tuvo familia, lo fué en segundas con don Miguel Zarzamendi, también comerciante español. Conocida por su carácter sostenido, en favor de la causa española, algunos del bando patriota la molestaron en 1813 a 1814, imponiéndole contribuciones, y complicándola en enredos y chismografías, armas tan conocidas de todos los partidos políticos. Pero lo que más molestaba a los patriotas era que doña Josefa había casado a su hija María Isabel Alzualde con el coronel Gervasio Medina, del ejército de Morillo, quien militaba por lo tanto contra Bolívar desde 1815. Así, la señora tenía que andar con los ojos muy abiertos, cuando llegaron los días del armisticio que trajo repique general en los campanarios de los ejércitos patriotas, pues a buen entendedor pocas palabras bastan. Doña Josefa había sufrido, y aunque durante el gobierno español, desde fines de 1814 hasta 1821, había descansado, temía encontrarse con un nuevo orden de cosas. Vivía esta excelente matrona en la avenida Este, N° 53, casa de su propiedad que había refaccionado, cerca de la esquina del Cují, sitio donde los descendientes de la familia Blandín, tenía variadas fincas que aun conservan casi en totalidad. (2)

Comenzaba el año de 1821, después de haber sido roto el armisticio, cuando los republicanos vislumbraron la victoria tan deseada, después de miles de desgracias capaces de afligir el ánimo más templado. Pero como Bolívar era un espíritu inquebrantable que poseía el vuelo del Aguila y la tranquilidad del León, supo sacar partido hasta de las derrotas más vergonzosas... Todo anunciaba que iba a librarse una batalla final entre peninsulares y venezolanos y que el lugar de la contienda sería la llanura de Carabobo. Bolívar lo juzgó así y creyó que la suerte iba a decidirse en el campo afortunado donde ya en otra época, en 1814, le había sonreído la victoria.

---

(1) El fundador de la familia Echenique en Caracas, tuvo una hija de su primer matrimonio, doña Josefa Echenique antes de entroncar con la familia Blandín. De las cuatro hermanas Echenique, Catalina, Sebastián y Marta, las tres últimas pertenecieron al segundo matrimonio.

(2) Cuando el fundador de esta familia se estableció en Caracas por los años de 1745 a 1746, la ciudad no pasaba por esta dirección de la esquina del Cují. Por esto los diversos miembros de la familia pudieron hacerse de solares que levantaron de nuevo. La casa de doña Josefa conserva todavía sobre el portón, el sello de la Virgen María. (Véase la leyenda Cují de Casquero).

Para llevar a feliz término su pensamiento, Bolívar se propuso dar jaque a los diversos cuerpos del ejército español situados en diferentes lugares, para evitar la reconcentración de fuerzas sobre el campo de Carabobo, y con tal fin, dispuso que el general Bermúdez, por la costa de Barlovento, atacara al jefe español Morales, y a Pereira que tenía tres mil combatientes.

Después de variados sucesos referentes a la historia de esta campaña en los valles del Tuy y de Aragua cuyos incidentes pueden verse en los autores, Bermúdez, que había ya estado en Caracas y había tenido que dejarla, tornaba a ella por el camino del Este. Propone Pereira una suspensión de armas, pero el jefe oriental contesta exigiendo la capital, la cual abandona Pereira, durante dos días, para situarse en la colina del Calvario. En el mismo día en que se decidía la suerte de la República en el campo de Carabobo entraba Bermúdez con su pequeño ejército a Caracas por la avenida Este. Serían las 9 de la mañana cuando Pereira al ver a su contendor dueño de la Capital, destacó contra él varias guerrillas que comenzaron a tirotear a los patriotas por las calles vecinas al Caroaata.

Doña Josefa había visto pasar a Bermúdez al frente de su estado mayor en el cual figuraba como oficial un primo de ella, el comandante Melchor Báez. Sea porque en la mujer el sentimiento político es más ideal, o porque obedece a ciertas inspiraciones que en ella obran de una manera misteriosa, es lo cierto que a doña Josefa se le ocurrió que el jefe insurgente huiría en esta ocasión, como lo había hecho días antes, no por el camino del Sur, sino por el del Este, y así esperaba verle pasar de nuevo por sus ventanas, para jugar carnaval con el temido cumanés, empapararlo, si era posible, no con líquidos sucios, sino con agua potable elevada a una temperatura más alta que la tibia. Pensar y ejecutar fué obra de cortos instantes, y ya para las dos de la tarde estaba lista el agua, dispuestas las criadas esclavas, que en los postigos de las ventanas, debían sostener la guerrilla y las que adentro debían ayudarlas con pertrechos renovados sin cesar. Contra *insurgente agua caliente*, exclamó doña Josefa después de dar las últimas órdenes a las esclavas dispuestas y contentas a obedecer con adiciones los mandatos de su ama.

El tiroteo entre los contendientes comenzado desde las 9 de la mañana había sido nutrido durante cinco horas, cuando comenzó a menguar. Bermúdez, había obtenido el más completo triunfo contra las guerrillas de Pereira y todos habían vuelto a subir la colina del Calvario en solicitud del jefe espa-

ñol que se había situado en el picacho más elevado, donde figura hoy el Observatorio astronómico. En disposiciones de continuar, Bermúdez deja su retaguardia en la plaza mayor y con el frente de su ejército sigue al puente de San Pablo y comienza la subida, cuando un incidente inesperado, da al traste con los vencedores, y la más espantosa derrota se apodera de los patriotas. Eran las tres de la tarde. Es el hecho que el corneta de órdenes, en lugar de tocar adelante, toca retirada. Al instante prende el desorden, cunde el pánico y no hay fuerza capaz de contener el desbordamiento de las tropas.

Con la rapidez del rayo, Bermúdez descarga sobre el cuello del corneta fuerte sablazo y la cabeza del infeliz rueda por tierra. El terrible sable se descarga sobre el cuerpo de los fugitivos más cercanos, sobre oficiales y soldados y nada puede conseguirse. Los oficiales pundonorosos logran reunir agrupaciones de cuatro o más soldados. Bermúdez al galope de un corcel viene a la plaza Bolívar, en solicitud de su retaguardia; pero ya ésta y la impedimenta compuesta de indios cumanagotos se habían dispersado en variadas direcciones. Bermúdez lleno de ira y con el brazo no fatigado aun de planear y de cortar cabezas, retrocede, se multiplica, despacha oficiales con órdenes severas, se defiende personalmente de las primeras guerrillas españolas desprendidas de la colina del Calvario, pero todo es inútil. Había sonado la hora de la derrota, y sólo le quedaban monteras sin cohesión y parte del estado mayor. Entonces, desesperado, llevando la esclavina rota y el pecho herido, emprende la huída por la prolongada avenida Este. Ya el grito de "derrota", repetido por millares de bocas, había penetrado en todas las casas del poblado, y por todas las calles en dirección de Oeste a Este, no se veían sino soldados y pelotones fugitivos en solicitud de las arboledas del "Guaire y del Anauco.

Al despuntar la comitiva de Bermúdez por la esquina de Marrones, doña Josefa exclama, "ha llegado el momento", y las criadas se aprestan en los postigos, cada una con su totuma llena de agua más que tibia. Doña Josefa iba a asistir a una escaramuza carnavalesca, desde la puerta de la sala que mira al corredor. La Comitiva pasa las primeras ventanas a la izquierda del zaguán, donde doña Josefa nada había ordenado, por estar bajas, cuando se acerca el grupo de fugitivos a la primera ventana de la derecha.

*Contra insurgente agua caliente* exclaman las criadas de la primera ventana, al lanzar sobre el grupo las primeras totumadas de agua. Al instante Bermúdez se detiene. ¿Qué es esto? exclama sorprendido; *miserables esclavas*, agrega, cuan-

do de dos ventanas aun tiempo sigue el carnaval y los gritos de *contra insurgente agua caliente*. Enfurecido Bermúdez, prorrumpe en frases destempladas, y de su boca salen sapos y culebras, cuando se escucha en repetidas ocasiones la frase de *contra insurgente agua caliente*; y tras de cada apóstrofe, allá iban totumadas de agua.

*Detén a tus esclavas, Josefa*, dice entonces el comandante Báez que pertenecía a la comitiva, y por toda contestación las esclavas le endilgan totumadas de agua. Bermúdez está como fuera de sí, trata de herir a las guerrilleras, y éstas ocultando el bulto, vuelven a bañarlo. El combate se ha hecho general, y si imprecaciones y amenazas contra los godos salen de la boca de los fugitivos, agua va de las ventanas de doña Josefa. Altaneras aparecen las guerrilleras con el triunfo, colérico Bermúdez y su Estado Mayor, cuando por intervalos vuelve a escucharse la voz del comandante Báez que repite: "*Josefa, detén a tus esclavas*".

Aquella reyerta carnavalesca duraba ya tres minutos, cuando Bermúdez, queriendo marcar la casa de doña Josefa, descargó un sablazo sobre una de las celosías, y continuó: "*Ya sabrás infame goda* exclamó, *a quien has querido ultrajar*. Y no había concluído la frase de amenaza, cuando cayeron sobre el grupo de fugitivos nuevas totumadas de agua. Y contra insurgente agua caliente. Todavía, al emprender la retirada, de la última ventana, una de las esclavas más diestras baña con la última totumda de agua el anca del caballo del primo hermano de doña Josefa.

Los que han presenciado alguna de esas interesantes escaramuzas, del carnaval moderno, en este mismo sitio de la avenida Este, cuando la juventud elegante de Caracas en carruajes llenos de ramilletes y de cestillos de flores, entra en combate contra las beldades que engalanan las ventanas, podrán formarse idea del carnaval de agua caliente que jugó doña Josefa Echenique con el famoso general cumánés, en la tarde de la derrota del Calvario, 24 de julio de 1821.

Cuando los fugitivos continuaron con ampollas en el pescuezo, casi todos, Bermúdez iba lanzando bocanadas de metralla y de espuma contra doña Josefa y las godas de Caracas. Y tan furioso iba y tan temible, después de haber cortado cabezas, planeado a centenares de soldados y recibido el baño carnavalesco de doña Josefa Echenique, que cerca de Sabana Grande, al tropezar con un sargento que no atendió a la llamada, de un sablazo le separó la cabeza del tronco.

Cuando a los pocos días, después de Carabobo, llegó Bolívar a Caracas, al ser enterado de todos los accidentes de la derrota

de Bermúdez, y entre otros, del carnaval de doña Josefa Echenique exclamó: "La goda tiene razón y ha obrado con talento. Tras de una mañana de tiroteo y de fatiga bien asienta por la tarde un baño refrigerante."

Concluída la guerra, las amenazas de Bermúdez, se desvanecieron, olvidóse del percañe carnavalesco y nadie volvió a molestar a doña Josefa. Pero un incidente inesperado, si por un lado causó satisfacción, años más tarde, a la señora, por el otro le produjo sinsabores que oportunamente cesaron por la intervención de Páez y de Soubllette: fué el siguiente:

Durante los meses en que Bermúdez, años después de 1821, permaneció de paso en Caracas, vivió en la esquina del Cují, cerca de la casa de doña Josefa Echenique. Desde la Habana el coronel Medina había pedido a su familia en Caracas que le remitieran su tricornio de parada que necesitaba. Con este objeto, la familia se valió de un carpintero que debía acomodar la encomienda en caja especial; mas éste, que guardaba cierto rencor oculto contra Medina, en lugar de construir el mueble, tomó el sombrero y se lo llevó de regalo al general Bermúdez, asegurándole que aquella prenda la había querido comprar una familia goda para regalarla al coronel Cisneros, entonces sublevado contra el Gobierno de Colombia y a favor de los españoles. Bermúdez aceptó el regalo y de éste hizo uso en variadas ocasiones.

"Que papujado va el general insurgente", dijo doña Josefa, a su familia, al ver pasar en cierta tarde, a Bermúdez que, como todos saben, tenía abultado el pecho y arrogante el busto. "Pero lo que más hermosea a este Adonis de los insurgentes, añadió la señora, es el rico tricornio de mi yerno, el coronel Medina, que con tanta gracia cubre la bien peinada melena de este loco cumanés."

No contentos los enemigos políticos de doña Josefa, al verla tranquila en su casa, hubieron de fraguar contra ella una calumnia, diciendo que tenía correspondencia con el cabecilla Cisneros, que había comprado un tricornio para enviárselo y mil vulgaridades más, del mismo jaez. Abrele un juicio a la señora con el único objeto de sacarle dinero, comienza el proceso que alimentaban unos tantos farsantes políticos. Y ya habían salido de las arcas de la señora, centenares de pesos, cuando Páez y Soubllette hubieron de intervenir y poner punto final a tamaña iniquidad.

Doña Josefa Echenique había jugado carnaval con uno de los leones patriotas, había perdido el tricornio de parada de su yerno y por añadidura algunos centenares de pesos. Todo

lo hubiera perdido con satisfacción, menos sus ideas políticas, pues ella y sus hermanas murieron en olor de santidad godiana, como en remotísimos tiempos habían muerto Ataúlfo, Alarico y compañeros mártires.

F I N

ACABOSE  
DE IMPRIMIR  
ESTE LIBRO EN LA  
IMPRESA BALMES  
RAUCH 1847-BUENOS AIRES  
A LOS 24 DIAS DE  
MAYO DEL  
AÑO MCMXLVI

Reg. 48.432

Clas. V.4365

